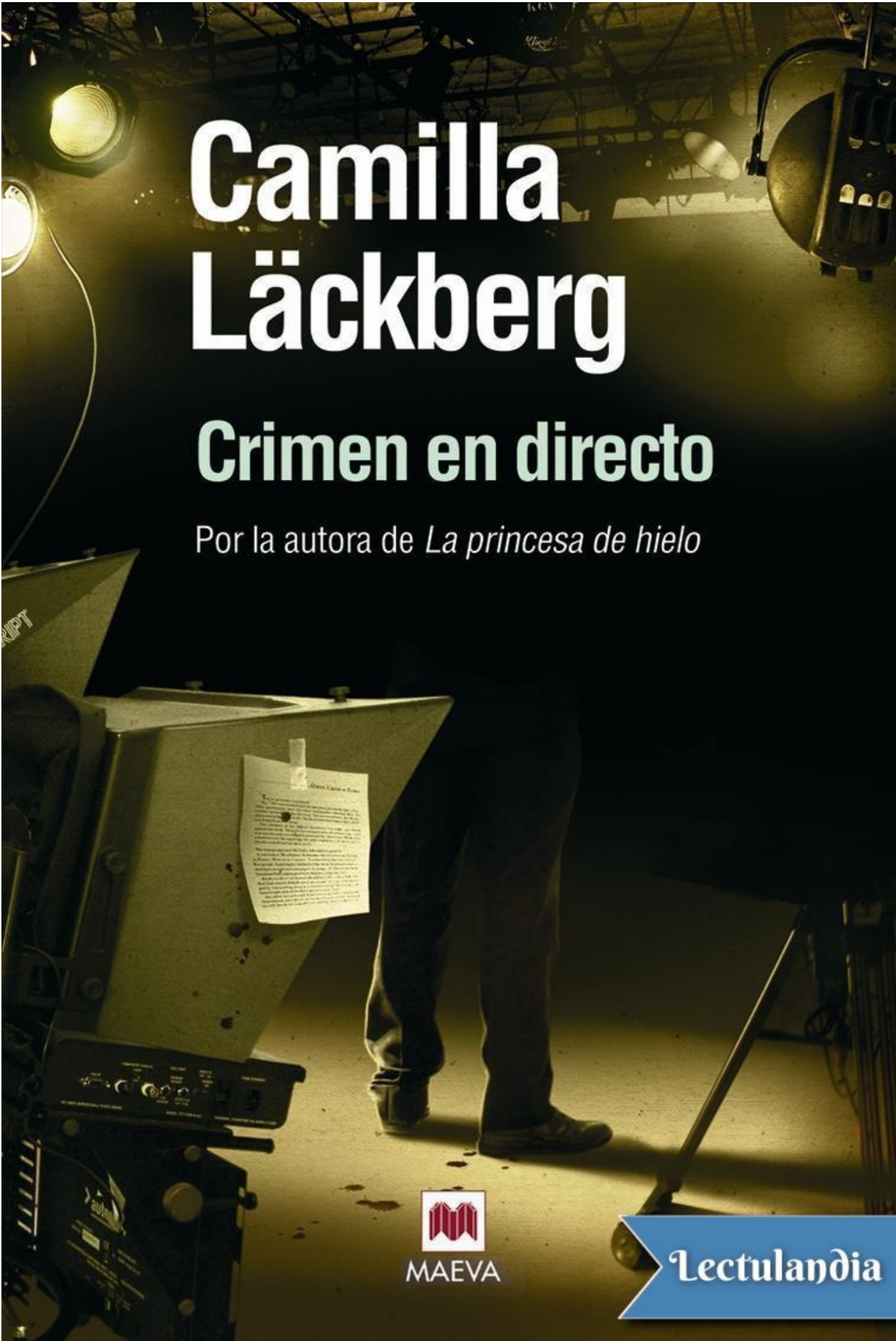




Camilla Läckberg

Crimen en directo

Por la autora de *La princesa de hielo*



MAEVA

Lectulandia

Patrik y Erica siguen disfrutando de su idilio en el pueblo de Fjällbacka, ahora acompañados por su bebé, la pequeña Maja, que ya tiene ocho meses. Mientras la joven pareja está plenamente volcada en los preparativos de su próxima boda, los asuntos en la comisaría, donde Patrik trabaja, siguen su curso rutinario. Pero el alcalde reúne al pleno del Ayuntamiento para anunciar la llegada a Tanum de un equipo de televisión para filmar un reality-show bastante escandaloso llamado «Fucking Tanum» que, supuestamente, debería reportar unos jugosos beneficios a la población y que va a suponer en realidad una auténtica pesadilla. Poco después, Patrik debe investigar la muerte de una mujer, víctima de un accidente de tráfico. Aparentemente la mujer bebió más de la cuenta, pero a Patrik le llaman la atención unas extrañas marcas en el cuello de la víctima y descubre muy pronto que existe una misteriosa relación entre ese crimen y otros asesinatos que tuvieron lugar en el pasado en distintos lugares de Suecia. Al lado de todos los cuerpos había una página del cuento infantil Hansel y Gretel. Mientras tanto, el productor del programa, consciente de que a mayor escándalo, mayor índice de audiencia, alimenta los conflictos entre el grupo de participantes.

Lectulandia

Cämillä Lackberg

Crimen en directo

ePUB v1.3

Conde1988 12.06.11

mäs libros en lectulandia.com

Para Wille y Meja

Capítulo 1

Lo que mejor recordaba era su perfume. El que guardaba en el baño. El frasco lila brillante de aroma dulce e intenso. De mayor fue un día a buscarlo a una perfumería, hasta que dio con él. Le entró la risa de ver el nombre: Poison.

Ella solía ponerse un poco en las muñecas, que luego se frotaba en el cuello y, si llevaba falda, también en los talones.

A él le parecía tan hermoso. Sus muñecas delgadas, delicadas, frotándose con gracia la una contra la otra. El aroma se difundía por la habitación alrededor de su persona y siempre añoraba el instante en que la tenía cerca, muy cerca, el momento en que ella se inclinaba para besarlo. Siempre en la boca. Siempre de forma tan leve que a veces se preguntaba si el beso habría sido real o si sólo era un sueño.

«Cuida de tu hermana», le decía ella siempre antes de salir por la puerta como si, más que caminar, volara.

Después, nunca recordaba si le había contestado en voz alta o si, simplemente, había asentido con la cabeza.



El sol primaveral entraba a raudales por las ventanas de la comisaría de policía de Tanumshede, revelando, implacable, la suciedad de las ventanas. La humedad del invierno aparecía adherida a los cristales como una membrana y Patrik se sentía como si a él le ocurriese otro tanto. Había sido un invierno muy duro. Cuando se tenían hijos, la vida era infinitamente más divertida, pero también infinitamente más trabajosa de lo que nunca imaginó. Y aunque las cosas funcionaban mucho mejor que al principio con Maja, Erica seguía insatisfecha con su vida de ama de casa. Aquella certeza atormentaba a Patrik cada segundo y cada minuto que pasaba en el trabajo. Por si fuera poco, todo lo sucedido con Anna les había supuesto una carga más que soportar.

Unos golpecitos en el marco de la puerta vinieron a interrumpir su lúgubre reflexión.

—¿Patrik? Acaba de llegar una emergencia, un accidente de tráfico. Un solo vehículo, en la carretera hacia Sannäs.

—Vale —dijo Patrik al tiempo que se levantaba—. Oye, ¿no era hoy cuando empezaba la sustituta de Ernst?

—Sí —respondió Annika—. Pero es que aún no son las ocho en punto.

—Bueno, en ese caso, le pediré a Martin que me acompañe. Había pensado

llevarla conmigo un tiempo, hasta que adquiriera algo de rodaje.

—Ya, pues que sepas que la pobre me da lástima —respondió Annika.

—¿Por salir de servicio conmigo? —preguntó Patrik, dedicándole en broma una mirada llena de indignación.

—Por supuesto —confirmó Annika—. Sé cómo conduces. No, en serio, no creo que Mellberg se lo ponga nada fácil.

—Pues, después de haber leído su currículum, creo que nadie mejor que Hanna Kruse para manejar al jefe. Parece una chica dura, a juzgar por sus méritos, por su hoja de servicio y por las palabras de recomendación que trae.

—Sí, y por eso no acabo de explicarme que haya pedido un destino como Tanumshede...

—Ya, claro, en eso no te falta razón —admitió Patrik mientras se ponía la cazadora—. Le preguntaré por qué se rebaja a trabajar en este callejón sin salida profesional con un puñado de policías aficionados... —dijo guiñándole un ojo a Annika, que le dio un golpecito en el hombro.

—¡Anda ya! Sabes que no me refería a eso.

—No, ya lo sé, era por hacerte rabiar... Por cierto, ¿tienes algún dato más sobre el lugar del accidente? ¿Hay heridos? ¿Algún muerto?

—Según la persona que llamó para dar el aviso, parece que sólo había un ocupante en el vehículo. Y está muerto.

—Mierda. Bueno, voy a buscar a Martin y nos ponemos en marcha, a ver qué hay. No creo que tardemos mucho en volver. Entretanto, enséñale a Hanna la comisaría.

En ese preciso momento se oyó una voz de mujer en la recepción.

—¿Hola?

—Me parece que es ella —dijo Annika ya camino de la puerta. Patrik la siguió, pues sentía una gran curiosidad por ver quién era la fémina que venía a incrementar el personal de la comisaría.

Cuando vio a la mujer que los aguardaba en la recepción, se quedó sorprendido. Patrik no sabía exactamente qué esperaba, aunque quizá a alguien más... grande. Y, desde luego, no tan bonita... ni tan rubia. La joven le tendió la mano primero a Patrik y luego a Annika, y se presentó:

—Hola, soy Hanna Kruse. Hoy es mi primer día en esta comisaría.

La voz de la colega, profunda y firme, encajaba más con las expectativas de Patrik.

Su apretón de manos revelaba, además, las muchas horas de gimnasio y Patrik ya empezaba a modificar su primera impresión.

—Hola, Patrik Hedström. Ésta es Annika Jansson, la médula espinal de la comisaría...

Hanna sonrió al tiempo que replicaba:

—El único bastión femenino en este territorio de dominación masculina, por lo que me han dicho. Al menos, hasta ahora.

Annika se rió de buena gana.

—Sí, admito que es un alivio contar con alguien que equilibre el alto índice de testosterona que encierran estas paredes.

Patrik interrumpió su charla.

—Chicas, ya confraternizaréis luego. Hanna, acaba de llegarnos un aviso de accidente de tráfico, un solo vehículo y ocupante, con resultado de muerte. He pensado que podrías venirte conmigo ahora mismo, si te parece. Así empiezas de lleno el primer día.

—Por mí, bien —respondió Hanna—. ¿Dónde puedo dejar el bolso?

—Te lo llevo a tu despacho —respondió Annika—. Ya te lo enseñaré todo cuando volváis.

—Gracias —respondió Hanna apresurándose a alcanzar a Patrik, que ya había salido.

—Bueno, ¿y qué tal te sientes? —preguntó Patrik ya rumbo a Sannäs.

—Bien, gracias, muy bien, aunque siempre hay nervios cuando se empieza en un nuevo lugar de trabajo.

—A juzgar por tu curriculum, ya te has movido por bastantes comisarías —observó Patrik.

—Sí, quería adquirir tanta experiencia como me fuese posible —explicó Hanna sin dejar de observar con curiosidad el panorama—. Distintas regiones de Suecia, distintos ámbitos de servicio, lo que sea. Todo aquello que pueda ampliar mi experiencia como policía.

—Pero ¿por qué? —continuó Patrik—. Quiero decir, ¿cuál es tu objetivo?

Hanna sonrió con tanta amabilidad como firmeza.

—Un puesto en la jefatura, naturalmente. En el seno de alguno de los distritos policiales más importantes. De modo que asisto a todo tipo de cursos, amplío mi experiencia y trabajo tanto como puedo.

—Suenas como la receta del éxito —respondió Patrik sonriendo también. Sin embargo, la desmedida ambición que revelaba la colega lo hacía sentirse un tanto incómodo. Era algo a lo que no estaba acostumbrado.

—Eso espero —aseguró Hanna sin dejar de contemplar el paisaje que iban atravesando.

—¿Y tú? ¿Cuánto tiempo llevas trabajando en Tanumshede?

Patrik se irritó al oír que respondía un tanto avergonzado.

—Pues... desde que terminé en la academia, la verdad.

—Vaya, a mí me habría sido imposible. Pero eso significa que estás muy a gusto aquí. Eso me favorece a mí... —constató entre risas y volviendo la mirada hacia él.

—Sí, claro, lo puedes ver así. Sin embargo, también es por costumbre y por comodidad. Yo soy de aquí, aquí me crié y conozco la zona como la palma de la mano. Aunque ya no vivo en Tanumshede, sino en Fjällbacka.

—¡Ah, es verdad, me dijeron que estás casado con Erica Falck! ¡Me encanta cómo escribe! Bueno, sus libros sobre casos de asesinato, admito que no he leído las biografías...

—Bah, no te preocupes. Al parecer, media Suecia ha leído la última novela, a juzgar por las cifras de ventas, pero la mayoría ni siquiera sabe que ha escrito cinco biografías de otras tantas escritoras suecas. La que más vendió fue la de Karin Boye, y creo que sacaron nada menos que dos mil ejemplares... Por cierto, que aún no estamos casados, pero falta muy poco, lo hacemos el sábado de Pentecostés.

—Vaya, ¡enhorabuena! ¡Qué bonito, una boda en Pentecostés!

—Sí, bueno, esperemos... Aunque, para ser sincero, yo quisiera escaparme a Las Vegas y ahorrarme todo el jaleo. No tenía ni idea de que casarse fuese una empresa de tanta envergadura.

Hanna se rió de buena gana.

—Sí, me lo imagino...

—Pero tú también estás casada, por lo que he visto en tu documentación. ¿No os casasteis por la iglesia con toda la pompa?

Una sombra apagó el semblante de Hanna, que apartó la mirada y murmuró en voz tan baja que Patrik apenas la oyó:

—Lo hicimos por lo civil, pero de eso ya hablaremos en otra ocasión. Parece que ya hemos llegado, ¿no?

Ante ellos tenían, en efecto, un coche destrozado en la cuneta. Dos bomberos intentaban acceder al interior por el techo. No parecían tener prisa. Tras una ojeada al asiento delantero del coche siniestrado, Patrik comprendió la razón.

No fue casualidad que la reunión se celebrase en la casa de Erling W. Larson, en lugar de en las oficinas del ayuntamiento. Tras meses de constantes trabajos de renovación, la casa, o «la perla», como él solía llamarla, estaba por fin lista para ser admirada. Era una de las casas más antiguas y más grandes de Grebbestad, y le costó mucho convencer a los antiguos propietarios de que la pusieran en venta. Siempre esgrimían el mismo argumento y se lamentaban diciendo «que si había pertenecido a la familia», «que si había ido pasando de padres a hijos», pero los lamentos se convirtieron en un sordo murmullo que, a su vez, se fue tornando en alegre gruñir, a medida que él aumentaba el precio de su oferta. Y los imbéciles de los lugareños ni siquiera se percataron de que les había ofrecido mucho menos de lo que habría estado dispuesto a pagar. Seguramente, jamás habían puesto un pie fuera del pueblo y carecían de esa conciencia del valor de las cosas que se adquiriría al vivir en

Estocolmo, acostumbrados a las condiciones inmobiliarias de la capital. Una vez formalizada la compra se gastó, sin pestañear, otros dos millones en renovar la casa, y ahora le mostraba orgulloso el resultado al resto de la comisión municipal.

—Aquí trajimos de Inglaterra una escalera que encaja muy bien con los detalles de época. Claro que no fue barata, precisamente. Sólo se fabrican cinco escaleras como ésta al año, pero la calidad cuesta. Y hemos mantenido una estrecha colaboración con el museo de Bohuslän, con la idea de no destruir el espíritu de la casa. Tanto Viveca como yo somos muy meticulosos con esas cosas y procuramos renovar las viviendas con sumo cuidado de no destruir su espíritu. Por cierto, tenemos varios ejemplares del último número de la revista *Residence*, donde se da cuenta del resultado de nuestra reforma. El fotógrafo dijo que jamás había visto una reforma ejecutada con tanto gusto. Tomad un ejemplar de la revista y así podéis hojearlo en casa tranquilamente. Ah, quizá debería explicar que *Residence* es una revista en la que sólo aparecen viviendas de lujo. Vamos, que no es como la sueca, *Sköna Hem*, donde meten la casa de fulanito y de menganito —observó Erling con una risita que indicaba lo absurda que se le antojaba la idea de que su casa apareciese en semejante publicación—. En fin, ¿nos sentamos y nos ponemos manos a la obra? —dijo señalando la gran mesa del salón, preparada con el servicio de café.

Su mujer había ido poniéndola mientras él les enseñaba la casa y ahora aguardaba en silencio a que tomaran asiento. Erling le hizo un gesto de aprobación. Su querida Viveca valía su peso en oro, sabía cuál era su sitio y era una anfitriona excepcional. Un tanto taciturna, quizá, nada versada en el arte de la conversación, pero más valía una mujer capaz de callar que una charlatana incansable, como solía decirse.

—Bien, ¿qué ideas se os ocurren sobre el gran tema al que nos enfrentamos hoy?

Se habían sentado todos a la mesa y Viveca iba sirviéndoles el café en delicadas tazas de porcelana blanca.

—Bueno, ya sabes cuál es mi postura —respondió Uno Brorsson mientras se ponía cuatro terrones de azúcar. Erling lo observó con desprecio. No entendía a los hombres que descuidaban su físico y su salud de aquel modo. Él salía a correr todas las mañanas y hasta se había hecho algún que otro *lifting* discretísimo, aunque esto sólo lo sabía Viveca.

—Ya, de tu postura no cabe la menor duda —aseguró Erling, con más crudeza de la que pretendía—. Pero tú has tenido la oportunidad de decir lo que pensabas y, ahora que hemos adoptado esta decisión, considero que debemos procurar sacarle el mayor partido posible. De nada sirve seguir debatiendo el asunto. El equipo de televisión llegará hoy y, bueno, ya conocéis mi punto de vista, personalmente considero que es lo mejor que le podía suceder a la comarca. No tenéis más que ver las consecuencias que las ediciones anteriores han tenido para las zonas donde se ha desarrollado el programa. Ciertamente que Amal saltó a la fama con la película de

Moodysson, pero eso no fue nada comparado con la publicidad que obtuvo gracias al programa protagonizado por gente del pueblo. Y *Fucking Töreboda* dio a conocer el pueblo en todo el país. ¡Sabed que la mayor parte de la población sueca se plantará ante el televisor para ver *Fucking Tanut!* ¡Es una posibilidad única para promocionar la mejor cara de este rincón de Suecia!

—¡La mejor cara! —resopló Uno—. Alcohol y sexo y un montón de imbéciles, de famosos de pacotilla que se creen estrellas de televisión por salir en el programa, ¡eso es lo que verán de Tanumshede!

—Ya, bueno, yo creo que será muy emocionante —terció entusiasmada Gunilla Kjellin, con su voz un tanto chillona, mirando a Erling con chiribitas en los ojos. A Gunilla le encantaba Erling. Incluso podría decirse que estaba enamorada de él, aunque ella jamás admitiría tal cosa. En cualquier caso, Erling no vivía ignorante de dicha circunstancia y la aprovechaba para conseguir su voto en todos los asuntos que deseaba sacar adelante.

—Ahí lo tienes, ¡ya oyes a Gunilla! Ese es el espíritu con que todos deberíamos acoger el futuro proyecto. Vamos a emprender una aventura muy emocionante y una oportunidad que deberíamos agradecer —exclamó Erling con su tono de voz más persuasivo y entusiasta. El mismo que le había valido siempre la atención y el interés tanto del personal como del Consejo. Cuando pensaba en los años de éxito candente, lo invadía la nostalgia. Pero, por suerte, lo había dejado a tiempo. Cogió el merecido pago y se despidió. Antes de que los periodistas, movidos por su sed de sangre, se lanzasen a la caza de los desgraciados de sus colegas, como sobre una presa que abatir y descuartizar. A Erling lo angustió mucho la decisión de jubilarse anticipadamente después del infarto, pero luego se dio cuenta de que había hecho lo correcto—. Venga, probad estos deliciosos dulces: de la pastelería Elg. —Los animó señalando la bandeja repleta de bollos de crema y de canela. Todos obedecieron y se sinceraron, un dulce. Él se abstuvo. El hecho de haber sufrido un infarto, pese a lo cuidadoso que era con la alimentación y el ejercicio había incrementado más aún su prudencia.

—¿Qué pasará con los posibles daños? Tengo entendido que en Töreboda hubo muchos destrozos durante la grabación del programa. ¿Se hará cargo de los desperfectos la cadena de televisión?

Erling resopló impaciente en dirección al origen de la pregunta. El joven jefe municipal de economía tenía que andar siempre incordiando con minucias, en lugar de ver la imagen a gran escala, *the big picture*, como él solía decir. Por lo demás ¿qué demonios sabría él de economía? Apenas había cumplido los treinta y seguramente no habría visto en toda su vida la cantidad que Erling manejaba en un solo día en los tiempos dorados de La Empresa. No, esos ridículos contables no le parecían dignos de ninguna consideración. Se dirigió a Erik Bohlin, el contable en cuestión, y le dijo

con retintín:

—No es ése un asunto que debamos abordar ahora. Teniendo en cuenta el incremento del flujo turístico, no creo que merezca la pena preocuparse por unos cristales rotos. Y además, espero que la policía haga cuanto esté en su mano por ganarse el sueldo y mantener la situación bajo control.

Posó la mirada en cada uno de ellos durante unos segundos, era una técnica que le había procurado muchos éxitos con anterioridad. Y así fue también en esta ocasión. Todos bajaron la vista y se guardaron sus protestas para sí, como debía ser. Habían tenido su oportunidad, pero la decisión había sido adoptada tras una votación conforme al mejor espíritu democrático, y los autobuses de la tele entrarían aquel día en Tanumshede, con los participantes del programa.

—Todo saldrá bien —dijo Jörn Schuster, que aún no se había recuperado del golpe que le supuso el hecho de que Erling ocupase ahora el puesto de consejero municipal, puesto que había sido suyo durante casi quince años.

Erling, por su parte, no alcanzaba a comprender por qué habría decidido Jörn quedarse en el Consejo. Si a él lo hubieran desacreditado con tan pocos votos, se habría retirado con el rabo entre las piernas. Pero si Jörn quería quedarse, por él no había problema. Tenía ciertas ventajas conservar al viejo zorro, aunque ya estuviese cansado y desdentado, hablando metafóricamente. Aún contaba con un puñado de fieles seguidores y, mientras Jörn siguiese activo en el Consejo, no causarían problemas.

—Bien, pues entonces empezamos hoy mismo, ¡adelante a toda máquina! Yo iré a darle la bienvenida al equipo personalmente, a la una en punto, y ni que decir tiene que vosotros también podéis participar. De lo contrario, nos vemos en la reunión ordinaria del jueves. —Dicho esto, se levantó para indicar que había llegado el momento de despedirse.

Cierto que Uno seguía mascullando entre dientes cuando se iba, pero, por lo demás, Erling creía haber logrado unir a las tropas. Aquello olía a éxito, tenía el presentimiento.

Más que satisfecho, salió al porche y encendió el puro de la victoria. Dentro, en el comedor, Viveca quitaba la mesa en silencio.

—Ta-ta-ta-ta. —Maja parloteaba en la trona al tiempo que, con habilidad asombrosa, esquivaba la cuchara que Erica intentaba meterle en la boca. Tras unos minutos de enfrentamiento con la habilidad de la pequeña, logró por fin introducir una cucharada de papilla, pero fue breve la satisfacción, puesto que Maja eligió justo aquel momento para demostrar lo bien que sabía reproducir el sonido de un coche.

—Brrrrr —dijo con tal pasión que la papilla salió despedida para aterrizar en una capa homogénea en la cara de Erica.

—¡Joder con la niña! —se quejó Erica con voz cansina, aunque se arrepintió en el acto de sus palabras.

—Brrrr —insistió Maja alegremente, consiguiendo así esparcir sobre la mesa los últimos gramos de la papilla que aún le quedaban en la boca.

—¡Joder con la niña! —dijo Adrian, a lo que Emma, ejerciendo de hermana mayor, lo reprendió enseguida.

—Adrian, no debes decir palabrotas.

—Pues Ica sí las dice.

—Bueno, pero no deben decirse de todos modos. ¿A que no, tía Erica? ¿A que no se deben decir palabrotas? —preguntó Emma con los brazos en jarras y clavando en Erica una mirada exigente.

—No, por supuesto que no deben decirse. Lo que he hecho ha estado muy feo, Adrian.

Satisfecha con la respuesta, Emma continuó con su yogur. Erica la observó con una mezcla de cariño y preocupación. Se había visto obligada a hacerse mayor demasiado deprisa. A veces se comportaba con Adrian más como su madre que como su hermana mayor. Anna no parecía advertirlo, pero Erica lo veía clarísimo. De hecho, sabía muy bien lo que suponía cargar con ese papel cuando aún se era demasiado joven.

Y allí estaba otra vez, haciendo de madre de su hermana, al mismo tiempo que era madre de Maja y una especie de madre suplementaria de Emma y Adrian, a la espera de que Anna despertase de su letargo. Erica echó una ojeada a la planta de arriba mientras ponía orden en el desbarajuste que había sobre la mesa. Pero no se oía nada. Anna rara vez se despertaba antes de las once y Erica la dejaba dormir. No sabía qué hacer.

—Yo no quiero ir a la guardería hoy —declaró Adrian adoptando un mohín desafiante que mostraba a las claras: «E intenta obligarme, si eres capaz».

—Por supuesto que vas a ir, Adrian —intervino Emma, con los brazos otra vez en jarras.

Erica frenó la riña que sabía estaba a punto de iniciarse y, mientras limpiaba como podía a su hija de ocho meses, ordenó:

—Emma, ve a ponerte el abrigo y los zapatos. Adrian, no tengo ganas de discutir por eso hoy. Irás a la guardería con Emma, sin posibilidad de negociación.

Adrian abrió la boca para protestar, pero algo vio en la mirada de su tía que le dijo que, justo aquella mañana, era mejor obedecer, de modo que, con una sumisión nada habitual en él, se encaminó también al vestíbulo.

—Muy bien, ahora ponte los zapatos —le dijo Erica al tiempo que le daba las zapatillas de deporte. Al verlas, el pequeño negó con vehemencia.

—Yo no sé, tendrás que ayudarme.

—Por supuesto que sabes, si en la guardería te las pones tú solo.

—No, no sé. Soy demasiado pequeño —añadió, para que quedase bien claro.

Erica dejó escapar un suspiro y sentó en el suelo a Maja, que empezó a alejarse gateando mucho antes de que ella se hubiese arrodillado siquiera. La pequeña había aprendido a gatear muy pronto y, a aquellas alturas, era una maestra en la materia.

—Maja, bonita, quédate aquí —le dijo Erica mientras intentaba ponerle una zapatilla a Adrian. No obstante, la niña optó por ignorar el encarecido ruego de su madre y se lanzó a la aventura. Erica notó cómo le corría el sudor a raudales por la espalda y las axilas.

—Yo la cojo —dijo Emma solícita, que tomó el silencio de Erica por una afirmación. Al cabo de un instante, apareció zapateando ligeramente con Maja retorciéndose como un gato en sus brazos. Erica vio que la carita de su hija empezaba a adquirir ese tono rojizo que, por lo general, anunciaba la pataleta, y se apresuró a cogerla. Luego apremió a los niños para que se dirigieran al coche. ¡Mierda!, cómo odiaba esas mañanas.

—Venga, al coche, que llegamos tarde otra vez y ya sabéis lo poco que le gustan los retrasos a la señorita Ewa.

—No le gustan nada —constató Emma meneando la cabeza con preocupación.

—No, desde luego, no le gustan lo más mínimo —corroboró Erica mientras le ponía a Maja el cinturón de la sillita.

—Yo quiero ir delante —declaró Adrian cruzando los brazos indignado, preparándose para la batalla. Pero a Erica ya se le había agotado la paciencia.

—Vete ahora mismo a tu asiento —le rugió al pequeño que, con cierta satisfacción para Erica, se sentó volando en su sitio. Emma se sentó en el centro, sobre su cojín, y se puso el cinturón de seguridad sin ayuda. Con cierto exceso de brusquedad. Erica le ajustó el cinturón a Adrian, pero se moderó cuando, de repente, sintió una manita en la mejilla.

—Ica, te quieeeeeero mucho —declaró el pequeño esforzándose al máximo por parecer tan dulce como le era posible. Estaba más que claro que se trataba de un intento de hacerle la pelota, pero no fallaba nunca. Erica sintió que se le derretía el corazón, se inclinó y le plantó un sonoro beso en la mejilla.

Lo último que hizo antes de dar marcha atrás para salir fue lanzar una mirada inquieta hacia la ventana del dormitorio de Anna. Pero el estor seguía bajado.

Jonna pegó la frente a la fría ventana del autobús y contempló el paisaje que discurría ante su vista, de nuevo invadida por la inmensa indiferencia de siempre. Se tiró de los puños del jersey hasta cubrir bien con ellos las muñecas. Con los años, se había convertido en un gesto instintivo. Se preguntaba qué hacía ella allí. Cómo se vio envuelta en aquello. ¿Por qué existía tal fascinación por su vida y su día a día? Jonna

no lo entendía. Una joven destrozada llena de cortes en el brazo, una joven rara y condenadamente sola. Aunque, quizá justo por eso la votasen en La Casa semana tras semana, porque había otras muchas jóvenes como ella en todo el país. Chicas ávidas de reconocerse en su persona, cada vez que terminaba discutiendo con los demás participantes, cuando se sentaba en el cuarto de baño a llorar y hacerse cortes en los brazos con cuchillas de afeitar, cuando irradiaba tanta impotencia y desesperación que los demás ocupantes de La Casa se apartaban de ella como si tuviese la rabia. Quizá fuera justo por eso.

—¡Ooooh, qué emocionante! ¡Qué suerte que tengamos otra oportunidad, oye! —Jonna oía la infinita expectación que resonaba en la voz de Barbie, pero se negó a ofrecerle ni un amago de respuesta. Su solo nombre le producía náuseas. Pero a la prensa le encantaba aquello. BB-Barbie quedaba divinamente en las portadas. Aunque su verdadero nombre era Lillemor Persson. Uno de los diarios de la tarde lo había averiguado. Además, habían encontrado fotos suyas de hacía un tiempo, de cuando era una chica esquelética con el pelo castaño y unas gafas demasiado grandes, que no se parecía en nada a la bomba rubia de silicona que era en la actualidad. Jonna se echó a reír cuando vio aquellas fotos en el ejemplar del periódico que les llevaron a La Casa. Pero Barbie lloró. Y luego quemó el diario.

—¡Mira cuánta gente hay! —Barbie señalaba excitada la aglomeración de personas hacia la que parecía dirigirse el autobús—. ¿Te das cuenta, Jonna? Todo esto es por nosotros, por nosotros, ¿no lo entiendes? —Barbie no era capaz de estarse quieta, y Jonna la miró con desprecio. Luego se puso los auriculares del reproductor de mp3 y cerró los ojos.

Patrik rodeó el coche despacio. Había caído por una pronunciada pendiente hasta que lo frenó el árbol. La parte delantera estaba completamente aplastada pero, por lo demás, el vehículo había quedado intacto. No debía de ir a mucha velocidad.

—Parece que el conductor se dio contra el volante. Yo diría que ésa fue la causa de la muerte —opinó Hanna, que se hallaba en cuclillas junto al lateral del conductor.

—Bueno, yo creo que eso es mejor dejárselo al forense —dijo Patrik con un tono algo más cortante de lo que pretendía—. Quiero decir que...

—No pasa nada —atajó Hanna—. La mía ha sido una apreciación absurda. En lo sucesivo, me limitaré a observar, no a sacar conclusiones. O al menos, todavía no —añadió.

Patrik había dado la vuelta alrededor del coche y fue a acucillarse al lado de la colega. La puerta del conductor estaba abierta de par en par y el accidentado seguía allí, aún con el cinturón puesto, pero con la cabeza sobre el volante. Tenía la cara llena de sangre, que también había goteado hasta el suelo.

De repente oyó el clic de la cámara de uno de los técnicos que fotografiaba el

lugar del accidente.

—¿Os estorbamos aquí? —preguntó Patrik dándose la vuelta.

—No, ya hemos tomado la mayor parte de las fotos que necesitamos. Pensábamos incorporar el cadáver y sacarle algunas instantáneas. ¿Podemos? Me refiero a si ya habéis visto lo que queráis, por ahora.

—¿Tú qué dices, Hanna? —preguntó Patrik, procurando no excluir a su colega. Se imaginaba lo difícil que era ser nuevo en un puesto de trabajo y él estaba decidido a hacer lo posible por facilitarle las cosas.

—Sí, eso creo. —Tanto ella como Patrik se pusieron de pie y se apartaron para que el técnico pudiera acceder al cadáver. El hombre cogió cuidadosamente por los hombros a la víctima y la apoyó en el reposacabezas. Entonces vieron que era una mujer. Llevaba el pelo corto y ropa neutra, de ahí que en un primer momento pensaran que se trataba de un hombre, pero su cara les dijo, sin asomo de duda, que la accidentada era una mujer de unos cuarenta años.

—Es Marit —declaró Patrik.

—¿Marit? —preguntó Hanna.

—Tiene un pequeño comercio en la calle Affiarsvägen, donde vende té, café, chocolate y cosas así.

—¿Tiene familia? —La voz de Hanna sonó un tanto extraña al hacer la pregunta, y Patrik la miró de soslayo, pero su nueva compañera tenía el mismo aspecto y pensó que serían figuraciones suyas.

—Pues la verdad es que no lo sé. Tendremos que averiguarlo.

El técnico había terminado de hacer las fotos y se retiró. Patrik dio un paso al frente y Hanna lo imitó.

—Ten cuidado, no toques nada —le dijo Patrik instintivamente. Antes de que Hanna hubiese podido responder, añadió—: Perdona, se me olvida que eres nueva aquí, no en la Policía. Deberás tener un poco de consideración conmigo —le dijo a modo de disculpa.

—No exageres —se rió Hanna—, No soy taaaaan sensible.

Patrik rió con ella, aliviado. No era consciente de hasta qué punto se había acostumbrado a trabajar con gente a la que conocía bien y sabía cómo funcionaban. Seguramente, sería muy saludable para él la llegada de sangre nueva. Además, era un lujo, en comparación con Ernst.

Que lo hubieran despedido después de su actuación arbitraria del otoño pasado había sido... bueno, ¡un milagro!

—Venga, dime qué ves —le preguntó Patrik acercándose a la cara de Marit.

—No es tanto lo que veo como lo que huelo —respondió Hanna inspirando con fuerza—. Aquí apesta todo a alcohol. Debía de ir como una auténtica cuba cuando se salió de la carretera.

—Sí, eso parece, sin duda —confirmó Patrik, aunque sonó algo vacilante. Con el ceño fruncido, miró el interior del coche. No había nada de particular en el suelo. Un envoltorio de caramelo, una botella de plástico de coca-cola, vacía, una página que parecía arrancada de un libro y al fondo, ya bajo el asiento del acompañante, una botella de vodka, también vacía.

—Pues no parece muy complicado. Accidente de un solo vehículo y un conductor borracho —sentenció Hanna retrocediendo un par de pasos, como dispuesta a marcharse. La ambulancia ya estaba lista para transportar el cadáver y no podían hacer mucho más.

Patrik observó el rostro de la víctima un poco más de cerca. Examinó con atención las heridas. Allí había algo que no encajaba.

—¿Puedo limpiarle la sangre de la cara? —le preguntó a uno de los técnicos, que ya estaba recogiendo el equipo.

—Sí, no habrá problema, tenemos documentación más que suficiente. Aquí tienes un paño. —El técnico le dio un trozo de tela blanca y Patrik se lo agradeció con un gesto de asentimiento. Con sumo cuidado, casi con mimo, retiró la sangre que había manado, sobre todo, de la herida de la frente. La mujer tenía los ojos abiertos y Patrik no pudo continuar sin antes cerrarlos despacio con el dedo índice. Debajo de la sangre, aquella cara era como un estudio de todo tipo de heridas y moratones. Sin duda, el volante la habría golpeado con fuerza, pues el coche era un modelo antiguo que no llevaba airbag.

—¿Podrías hacer unas fotos más? —le preguntó al colega que le había dado el paño. El técnico asintió y echó mano de la cámara. Rápidamente tomó varias fotos y miró inquisitivo a Patrik.

—Sí, así vale —le dijo Patrik caminando en dirección a Hanna, que parecía confusa.

—¿Has visto algo? —le preguntó.

—No lo sé —respondió Patrik con franqueza—. Es que hay algo que... No sé... —Desechó la idea con un gesto de la mano—. Seguro que no es nada. Venga, volvamos a la comisaría, así los demás podrán terminar con esto.

Entraron en el coche y pusieron rumbo a Tanumshede. Durante todo el trayecto de regreso, reinó en el ambiente un extraño silencio. Y en ese silencio, algo reclamaba la atención de Patrik. Sólo que él no sabía qué.

Bertil Mellberg sentía una curiosa alegría en su corazón. La misma que sólo experimentaba cuando pasaba unos días con Simon, aquel hijo suyo de cuya existencia nada había sabido durante quince años. Por desgracia, Simon no iba a verlo muy a menudo, sólo de vez en cuando, pero habían logrado mantener algo parecido a una relación. No era desbordante, ni apreciable a simple vista, y se desarrollaba

discretamente. Pero existía.

Aquella sensación difícil de explicar se debía a algo muy curioso que le había sucedido el sábado anterior. Sten, su buen amigo y probablemente el único, al que quizá incluso cabría definir como simple conocido—, llevaba varios meses insistiéndole y presionándolo para que lo acompañase a la verbena de Munkedal, que se celebraba en un granero, con música folk. Y él había accedido. Por más que Mellberg se tuviera por un bailarín bastante bueno, hacía muchos años que no acudía a un salón de baile y lo de la música folk sonaba en cierto modo a... *hambo* y a calcetines con pompones. Pero Sten asistía habitualmente y al final logró convencerlo de que en ese tipo de bailes no sólo se disfrutaba de la música que apreciaba la gente de su generación, sino que también constituían un excelente coto de caza. «Te las encuentras sentadas en hilera, esperando a que alguien las saque a bailar», le había dicho Sten. Mellberg no podía negar que aquello sonaba bien, el mujerío había escaseado en su vida en los últimos años, y claro que al amigo le hacía falta airearse un poco. Pero su escepticismo se debía a que se imaginaba muy bien qué tipo de mujeres solía haber en esos bailes. Viejas urracas desesperadas, con más ganas de buscarse un hombre con una buena pensión en el que clavar sus garras que de darse un revolcón en el granero. Sin embargo, si algún arte dominaba era precisamente el de protegerse de viejas ansiosas de boda, se dijo, de modo que finalmente decidió ir al baile y probar suerte en la cacería. Por si acaso, se había puesto su mejor traje y se había rociado con un poco de «huele-bien» aquí y allá. Sten fue a su casa y, juntos, se tomaron un refuerzo para entrar en calor antes de marcharse. Sten se había encargado de que fueran a buscarlos en coche, de modo que no tenían que preocuparse por mantenerse sobrios. Y no era que a Mellberg lo inquietase mucho en general, pero no estaría bien que lo detuvieran por conducir borracho. Después del incidente con Ernst, la dirección no le quitaba la vista de encima, de modo que más le valía portarse bien. O, al menos, fingir que se portaba bien. Ojos que no ven, corazón que no siente...

Pese a los preparativos, Mellberg no entró con demasiada esperanza en la gran sala de baile, que ya estaba totalmente llena. Y, desde luego, vio confirmadas todas sus sospechas. Sólo había vejestorios de su misma edad donde quiera que mirase. En eso estaban totalmente de acuerdo él y Uffe Lundell, ¿quién coño quiere en su cama el cuerpo de una tía de mediana edad, arrugado y flácido, cuando había en el mundo tantos otros tersos, hermosos y jóvenes? Aunque Mellberg se vio obligado a admitir que Uffe tenía un poco más de éxito que él en ese terreno. Y todo por el rollo aquel de ser estrella de rock. Una injusticia como un piano.

Estaba a punto de ir a reponer sus reservas vigorizantes cuando oyó a su espalda a alguien que le dirigía la palabra:

—Vaya sitio. Y una aquí, sintiéndose mayor.

—Bueno, yo he venido protestando —respondió Mellberg haciéndole un reconocimiento visual a la mujer que tenía a su lado.

—Lo mismo digo. A mí me ha traído Bodil —explicó la mujer al tiempo que señalaba a una de las damas que hacía todo lo posible por deshacerse en sudor en la pista de baile.

—En mi caso, ha sido Sten —respondió Mellberg señalando también la pista.

—Me llamo Rose-Marie —dijo la mujer tendiéndole la mano para estrechársela.

—Bertil —respondió Mellberg.

En el preciso momento en que la palma de su mano rozó la de ella, cambió su vida. A lo largo de sus sesenta y tres años, Mellberg había experimentado el deseo, la excitación, las ansias de poseer a alguien ante algunas de las mujeres a las que había conocido, pero nunca había estado enamorado. Ahora, aquel sentimiento se apoderó de él con toda su intensidad. La contemplaba admirado. El yo eminentemente objetivo de Mellberg registró la presencia de una mujer de sesenta años, de un metro sesenta de estatura, con cierto grado de redondez, el cabello corto tintado de un vivo color rojo y una alegre sonrisa. Pero su yo subjetivo sólo se fijó en sus ojos. Eran azules y lo observaban con curiosidad y persistencia, y él sintió que se perdía en ellos, como decían en las novelas románticas de tres al cuarto que vendían en los quioscos.

A partir de aquel momento, la noche pasó demasiado rápido. Bailaron, hablaron y él iba a buscarle la bebida y le retiraba la silla para que se sentara. Actitudes que, desde luego, no se incluían en su repertorio habitual. Pero claro, nada hubo de normal aquella noche.

Cuando se despidieron, Mellberg se sintió al punto desorientado y vacío. Sencillamente, tenía que volver a verla. Y allí estaba ahora en la oficina, un lunes por la mañana, con el ánimo de un escolar. Tenía sobre la mesa un papel con su nombre y un número de teléfono anotado debajo.

Mellberg miró la nota, respiró hondo y marcó el número.

Habían vuelto a discutir por enésima vez. Sus disputas degeneraban en combates de boxeo verbales con demasiada frecuencia. Y, como de costumbre, ambas defendían su punto de vista. Kerstin quería contarle. Marit deseaba seguir manteniéndolo en secreto.

—¿Acaso te avergüenzas de mí? ¿De nosotras? —le gritó Kerstin. Y Marit apartó la vista, como en tantas ocasiones, y evitó mirarla a los ojos. Porque, de hecho, ahí estaba el problema, precisamente. Se querían, pero Marit se avergonzaba de ello.

Al principio, Kerstin se dijo que no era tan importante. Lo único que contaba era que se hubiesen conocido, que las dos, después del maltrato sin paliativos que les había dispensado la vida y de las heridas que algunas personas les habían dejado en el

alma, hubiesen llegado a conocerse y a quererse. ¿Qué importancia podía tener el sexo del ser amado? ¿Qué importancia podía tener lo que dijeran u opinaran los demás? Pero Marit no lo veía así. No estaba preparada para exponerse a la opinión y los prejuicios del entorno, y quería que todo siguiese como durante aquellos cuatro años. Pretendía que siguieran viviendo juntas como amantes pero fingiendo, de cara a la galería, que eran dos amigas que compartían piso por razones económicas o de tipo práctico.

—¿Cómo puede importarte tanto lo que diga la gente? —le había preguntado Kerstin durante la discusión de la tarde anterior. Marit se echó a llorar, como siempre que se peleaban. Y, como siempre, consiguió con ello aumentar la rabia de Kerstin. El llanto era una especie de combustible para la ira que había ido creciendo tras el muro creado por el secreto. Kerstin detestaba hacer llorar a Marit. Detestaba que la gente y las circunstancias hiciesen sufrir a la persona que más amaba en el mundo.

—Pero ¡piensa en cómo le afectaría a Sofie que todo saliera a la luz!

—¡Sofie es mucho más valiente de lo que crees, así que no la utilices como excusa de tu propia cobardía!

—¿Cómo de valiente puede ser una chica de quince años de la que se ríen porque su madre es bollera? ¿No comprendes el infierno que sería para ella la escuela? ¡No puedo hacerle eso! —Marit tenía la cara desencajada por el llanto, como si fuera una máscara horrenda.

—¿De verdad crees que Sofie no lo sabe todo ya? ¿De verdad crees que la engañamos sólo porque tú te mudes al cuarto de invitados las semanas que pasa con nosotras y porque tú y yo nos dediquemos a hacer un absurdo paripé? ¡Que sepas que ella se ha enterado hace siglos! Y si yo estuviera en su lugar, me avergonzaría de una madre que es capaz de vivir en una mentira de mierda sólo para evitar las habladurías de la gente. ¡Eso sí que sería una vergüenza!

A aquellas alturas, Kerstin gritaba tan alto que se le quebraba la voz. Marit la miró con aquella expresión dolida que Kerstin había aprendido a odiar con los años y, por experiencia, sabía lo que vendría después. En efecto, Marit se levantó bruscamente y se puso la cazadora entre sollozos.

—¡Pues lárgate, joder, lárgate! ¡Es lo que haces siempre! ¡Lárgate! ¡Pero esta vez, no te molestes en volver!

Cuando Marit cerró la puerta, Kerstin se sentó a la mesa de la cocina. Respiraba de forma acelerada y jadeante, como si hubiese estado corriendo. Y, en cierto modo, quizá fuera así. Corriendo en pos de la vida que deseaba para las dos, pero que el miedo de Marit les impedía vivir. Y por primera vez, sentía lo que le había dicho. Una voz interior le decía que no resistiría mucho más.

A la mañana siguiente, sin embargo, aquella sensación dio paso a un profundo y angustioso desasosiego. Estuvo despierta toda la noche, esperando que se abriese la

puerta, deseando oír los pasos familiares sobre el parqué, ansiando abrazar a Marit y pedirle perdón. Pero Marit no volvió a casa. Y las llaves del coche habían desaparecido, pues Kerstin lo comprobó durante la noche. ¿Dónde demonios se había metido? ¿Se habría ido con su ex marido, el padre de Sofie? ¿O se le habría ocurrido irse a Oslo, con su madre?

Con mano temblorosa, Kerstin cogió el auricular para hacer algunas llamadas.

—¿Qué creéis que supondrá esto para la industria turística del municipio de Tanum?
—preguntó el reportero del *Bohuslänningen*, lápiz y papel en mano, a la espera de anotar su respuesta.

—Muchísimo. Sencillamente, muchísimo. Durante cinco semanas se emitirá un programa diario de media hora desde Tanumshede y, bueno, no creo que a esta comarca se le haya presentado nunca una oportunidad semejante de publicidad —respondió Erling radiante. Ante la puerta del antiguo caserío se había congregado un público numeroso para recibir el autobús con los participantes. La mayoría eran adolescentes que no cabían en sí de excitación ante la posibilidad de, por fin, encontrarse personalmente con sus ídolos.

—¿Y no podría surtir el efecto contrario? Me refiero a que, en ediciones anteriores, todo ha quedado en peleas, sexo y borracheras. Y no creo que sea ése el mensaje que deseen transmitirles a los turistas.

Erling miró irritado al periodista. ¡Joder con la gente! ¿Por qué tenían que ser siempre tan negativos? Ya había tenido bastante con el Consejo Municipal y ahora la prensa local empezaba con lo mismo.

—Ya, bueno, pero habrás oído el dicho: «Toda publicidad es buena publicidad». Y, si hemos de ser sinceros, Tanumshede tiene una existencia cuestionable, a escala nacional, me refiero. Eso cambiará radicalmente con la emisión de *Fucking Tanum*.

—Puede, pero... —comenzó el periodista que, no obstante, se vio interrumpido por Erling, cuya paciencia se había agotado.

—Por desgracia, no tengo tiempo para hacer más comentarios, debo ejercer de comité de bienvenida. —Y, dicho esto, se dio media vuelta y encaminó sus pasos hacia el autobús, que acababa de aparcar. Los jóvenes se agolpaban expectantes ante la puerta del vehículo y aguardaban a que se abriese con miradas ardientes. La visión de tantos adolescentes ansiosos confirmó a Erling en su opinión de que aquello era precisamente lo que necesitaba la comarca. Ahora todo el mundo sabría dónde quedaba Tanumshede.

Cuando la puerta del autobús se abrió con un chasquido, el primero que bajó fue un hombre de unos cuarenta años. La decepción que reflejaba la mirada de los jóvenes indicaba que no era uno de los participantes. Erling no había seguido ninguno de los programas, así que no tenía ni idea de quién o qué podía esperar.

—Erling W. Larson —dijo ofreciéndole la mano y ajustando la mueca de su mejor sonrisa. Las cámaras trabajaban ávidamente.

—Fredrik Rehn —respondió el hombre estrechándole la mano—. Hemos hablado por teléfono, yo soy el productor de este circo. —Ahora, sonreían los dos.

—Bien, mi más sincera bienvenida a Tanumshede. En nombre del pueblo, quisiera decir que estamos muy contentos y orgullosos de teneros aquí y esperamos entusiasmados una temporada llena de apasionantes episodios.

—Gracias, muchas gracias. Sí, también nosotros tenemos grandes esperanzas. Con las dos temporadas de éxito que nos avalan, nos sentimos bastante seguros, sabemos que este formato siempre triunfa y confiamos en que la colaboración será excelente. Pero no creo que debamos seguir castigando a estos jóvenes —dijo Fredrik con una sonrisa tan amplia como resplandeciente hacia el esperanzado público—. Aquí están. Los participantes de *Fucking Tanum: Big Brother-Barbie*, *Big Brother-Jonna*, *Robinson-Calle*, Tina de *El bar*, *Robinson-Uffe* y, por último, aunque no menos importante, *Farmen-Nlehm*.

Uno tras otro fueron saliendo del autobús y enseguida estalló el griterío. La gente daba alaridos y señalaba, y se empujaban unos a otros para tocarlos o pedirles un autógrafo. Los cámaras ya habían empezado a filmarlo todo. Erling observaba satisfecho, aunque un tanto desconcertado, la exaltación a que había dado origen la llegada de los participantes. Y no pudo por menos de preguntarse qué le pasaba en realidad a la juventud actual. ¿Cómo era posible que un puñado de mocosos desharrapados despertasen tal histeria? En fin, él no tenía por qué entender el fenómeno, lo importante era aprovechar al máximo la popularidad que el programa le proporcionaría a Tanumshede. Si, además, conseguía quedar como el gran benefactor del pueblo, una vez consumado el éxito, sería un efecto secundario muy agradable.

—Veamos, hemos de acabar con esto por ahora. Tendréis un sinfín de oportunidades de conocer a los participantes. No en vano, van a vivir aquí durante cinco semanas. —Fredrik iba aparando a la gente que aún se agolpaba en torno al autobús—. Los participantes necesitan instalarse y descansar un poco. Pero supongo que pondréis la tele la semana que viene, ¿verdad? ¡El lunes a las siete damos el pistoletazo de salida! —exclamó con los pulgares en alto y otra sonrisa tan antinatural como todas las demás.

Muy a su pesar, los jóvenes se fueron retirando, la mayoría de ellos en dirección a la escuela de secundaria. Sin embargo, a algunos les pareció que aquélla era una excelente oportunidad para pasar de las clases ese día, por lo que se encaminaron hacia Hedemyrs.

—Desde luego, no hay duda, esto tiene muy buena pinta —auguró Fredrik pasando los brazos por los hombros de Barbie y Jonna—. ¿Qué decís, chicas? ¿Listas para empezar?

—Por supuesto —respondió Barbie con un luminoso parpadeo. El revuelo ocasionado le había supuesto, como de costumbre, un subidón de adrenalina que la hacía dar saltitos sin cesar.

—¿Y tú, Jonna? ¿Qué tal?

—Bien —respondió la joven en un murmullo—. Pero sería lo suyo que pudiéramos deshacer las maletas.

—Eso lo arreglamos ahora mismo, querida —respondió Fredrik dándole un apretón extra—. Lo más importante es que estéis a gusto —aseguró antes de dirigirse a Erling.

—¿El alojamiento está listo?

—Por supuesto que sí —respondió Erling señalando un edificio antiguo de color rojo situado a tan sólo cincuenta metros de donde se encontraban—. Se hospedarán en el caserío, ya hemos colocado las camas y demás, y creo que estaréis estupendamente.

—*Whatever*, con tal de que haya algo de beber, yo duermo donde haga falta —declaró *Farmen*—*Mehmet*, cuyo comentario fue acogido por los demás con risitas y gestos de asentimiento. Una de las condiciones para que participasen era que se les ofreciese alcohol gratis. Eso, y todas las posibilidades para practicar sexo que les brindase su condición de celebridades.

—Tranquilo, Mehmet —le respondió Fredrik sonriente—. Hay un buen bar con todo lo que queráis. Y también un par de cajas de cerveza. Pero cuando se acaben habrá más. Nosotros nos encargamos de vuestro bienestar, ya lo sabes. —En este punto, Fredrik hizo amago de pasar los brazos también por Mehmet y Uffe, pero los chicos se escabulleron con suma habilidad. Desde muy pronto lo etiquetaron como un marica redomado, no les apetecía lo más mínimo tontear con un amanerado y querían dejárselo muy claro. Aunque, desde luego, se trataba de un equilibrio difícil de mantener, puesto que el marica era, además, el productor, y había que estar a buenas con él, según les habían aconsejado los participantes de la temporada anterior. El productor podía decidir quién estaba más tiempo en el aire y quién menos, y los minutos en pantalla eran lo único que contaba. Que, durante esos minutos, aparecieras vomitando, orinando en el suelo o haciendo el ridículo en general no tenía la menor importancia.

De todo eso Erling no tenía ni la más remota idea. Él nunca había oído hablar de camareros que se hacían famosos, ni de la dura inversión al servicio de la guarrería que se exigía para mantenerse en el candelero como famoso de un reality-show. No, a él sólo le interesaba la expansión económica que experimentaría Tanum. Y que se hablase de él como su artífice.

Erica ya había almorzado cuando Anna bajó del dormitorio. Se sentó a la mesa y

aceptó la taza de café que le ofrecía Erica.

—Es la una y cuarto.

—Ta-ta —dijo Maja manoteando entusiasmada en dirección a Anna, en un intento de reclamar su atención. Anna ni se dio cuenta.

—Mierda, he dormido hasta más de la una... ¿Por qué no me has despertado? —preguntó Anna antes de dar un sorbo al café humeante.

—Bueno, no sabía qué querías. Parece que necesitas descansar —respondió Erica prudente, al tiempo que se sentaba también a la mesa.

La relación entre ella y Anna consistía, desde hacía tiempo, en que Erica tenía que vigilar su lengua. Y la cosa no había mejorado mucho después de todo lo que pasó con Lucas. El simple hecho de que ella y Anna viviesen de nuevo en la misma casa las inducía a reproducir unos patrones antiguos que ambas habían luchado por desechar. Erica asumía automáticamente el papel maternal con su hermana, mientras que Anna parecía debatirse entre el deseo de dejarse cuidar y de rebelarse. Los últimos meses, aquellas paredes se habían cargado de una atmósfera opresiva a causa de todo aquello de lo que no se hablaba, pero que esperaba el momento oportuno para salir a relucir. Sin embargo, puesto que Anna aún se encontraba en un estado de *shock*, del que, por otra parte, no parecía capaz de salir, Erica se dedicaba a andar de puntillas con todo, aterrada ante la idea de hacer o decir lo que no debía.

—¿Y los niños? Habrán ido a la guardería, ¿no?

—Sí, claro, y todo ha ido muy bien —le respondió Erica sin mencionar el pequeño incidente con Adrian. Anna tenía ahora tan poca paciencia con los niños... La mayoría de las tareas de tipo práctico recaían sobre Erica, y en cuanto los niños alborotaban lo más mínimo, Anna se quitaba de en medio y dejaba que su hermana se encargase de todo. Iba hecha un trapo, arrastrando exánime los pies por toda la casa, como si quisiera encontrar lo que la mantuvo viva en su día. Erica estaba terriblemente preocupada.

—Anna, no te enfades, pero ¿no crees que deberías hablar con alguien? Nos dieron el nombre de un psicólogo que dice que es fenomenal, y creo que te vendría...

Anna la interrumpió con brusquedad.

—No, ya te he dicho que no. Tengo que salir de esto yo sola. Es culpa mía. He asesinado a una persona. No puedo ir a lamentarme ante un extraño, he de arreglarlo sola. —Tenía los nudillos blancos de tanto apretar la taza de café.

—Anna, ya sé que hemos hablado de ello mil veces, pero te lo digo vez más: tú no asesinaste a Lucas, lo mataste defensa propia. Y no sólo en defensa de ti misma, sino también de los niños. Nadie lo dudó un instante, te dejaron libre y te declararon inocente sin cargo alguno. El te habría matado a ti, Anna, era él o tú.

Anna contrajo ligeramente los músculos de la cara mientras Erica hablaba y Maja, consciente de la tensión que flotaba en el aire, empezó a protestar en la trona.

—No-tengo-fuerzas-para-hablar-de-ello —dijo Anna apretando los dientes—. Me vuelvo a la cama. ¿Recoges tú a los niños? —Y sin esperar respuesta, se levantó y dejó a Erica en la cocina.

—Sí, yo recojo a los niños —respondió Erica con lágrimas en los ojos. Pronto no podría más. Alguien tendría que hacer algo.

Entonces, se le ocurrió una idea. Tomó el auricular y marcó el número de memoria. Valía la pena intentarlo.

Hanna fue directamente a su despacho y empezó a instalarse. Patrik continuó hasta el cuartucho de Martin Molin y llamó discretamente a la puerta.

—Entra.

Patrik pasó y, con la mayor confianza, se sentó en la silla que había frente a la mesa de Martin. Ambos trabajaban mucho juntos y pasaban bastante tiempo el uno en la silla de las visitas del otro.

—Me han dicho que salisteis por un accidente de tráfico. ¿Alguna víctima mortal?

—Sí, la conductora. Iba sola. Y la reconocí. Es Marit, propietaria de una tienda en la calle Affärsvägen.

—¡Joder! —dijo Martin con un suspiro—. ¡Qué absurdo! ¿Se cruzó con un ciervo o algo así?

Patrik dudó.

—Los técnicos estaban allí, de modo que su informe, junto con el de la autopsia, nos dará la respuesta definitiva, pero el coche apestaba a alcohol.

—¡Joder! —exclamó Martin una vez más—. O sea, que conducía borracha. Aunque creo que jamás la detuvieron por eso antes. Podría ser la primera vez que conducía bebida. O quizá se hubiese librado hasta ahora.

—Bueeeno —respondió Patrik dubitativo—. Sí, podría ser.

—¿Pero? —intervino Martin para animarlo a hablar mientras se cruzaba las manos en la nuca. El color rojizo de su cabello brillaba en contraste con el blanco de las palmas de la mano—. Parece que hay algo que no acaba de convencerte. Te conozco lo bastante bien a estas alturas.

—Bah, yo qué sé —dijo Patrik—. No es nada concreto. Era sólo que había algo... algo raro, pero no te puedo decir qué.

—Bueno, tus corazonadas suelen dar en el clavo —dijo Martin preocupado, meciéndose hacia atrás y hacia delante en la silla—. Pero, dada la situación, lo mejor será esperar a ver qué dicen los expertos. En cuanto los técnicos y el forense lo hayan visto, sabremos más. Quizá ellos den con la explicación de lo que a ti te resultaba raro.

—Sí, tienes razón —dijo Patrik rascándose la cabeza pensativo—. Pero... no,

bueno, tienes razón, no tiene sentido ponernos a especular. Por ahora hemos de centrarnos en lo que si podemos hacer. Y por desgracia, eso incluye precisamente informar a sus familiares. ¿Tú sabes si tenía familia?

Martin frunció el entrecejo.

—Tiene una hija adolescente, eso sí lo sé. Y comparte piso con una amiga. Se ha murmurado más de una cosa sobre ese arreglo, pero no sé...

Patrik dejó escapar un suspiro.

—En fin, no hay más que ir a su casa, a ver qué tal.

Y, en efecto, unos minutos más tarde llamaban a la puerta del apartamento de Marit. Con una ojeada a la guía de teléfonos comprobaron que vivía en un bloque situado no muy lejos de la comisaría. Tanto Patrik como Martin iban apesadumbrados. Aquél era el cometido policial más detestado entre los profesionales. Hasta que no oyeron los pasos al otro lado de la puerta ni se les había ocurrido que a aquella hora del día no hubiera nadie.

La mujer que les abrió la puerta supo enseguida cuál era el motivo de la visita. Patrik y Martin lo notaron en el tono pálido que su rostro adquirió al verlos y el modo en que se hundieron sus hombros, con gesto resignado.

—Es por Marit, ¿verdad? ¿Le ha pasado algo? —Le temblaba la voz, pero se apartó para que entrasen en el vestíbulo.

—Sí, por desgracia traemos malas noticias. Marit Kaspersen sufrió un accidente de tráfico, el suyo era el único vehículo implicado. Marit... falleció en el accidente —anunció Patrik con voz queda. La mujer permaneció inmóvil, como si se hubiese congelado en aquella posición y no fuese capaz de enviar señales del cerebro a los músculos. De hecho, tenía la mente ocupada en procesar la información que acababa de recibir.

—¿Quieren café? —preguntó al fin, moviéndose como un autómatas en dirección a la cocina, sin aguardar la respuesta de los dos policías.

—¿Hay alguien a quien podamos llamar? —preguntó Martin. La mujer parecía conmovida. Llevaba el pelo castaño en un corte muy práctico y se lo pasaba constantemente por detrás de las orejas. Era muy delgada y vestía vaqueros y un jersey de lana, el típico modelo noruego, con un hermoso dibujo y grandes y sinuosos herrajes plateados.

Kerstin meneó la cabeza.

—No, no tengo a nadie salvo a... a Marit. Y a Sofie, claro, pero está con su padre.

—Sofie es la hija de Marit, ¿no? —preguntó Patrik negando con la cabeza cuando Kerstin, después de haber servido tres tazas de café, le mostró el cartón de leche.

—Sí, tiene quince años. Esta semana le toca a Ola. Pasa una semana con Marit y conmigo y otra con Ola, en Fjällbacka.

—¿Eran muy amigas Marit y usted? —Patrik se sintió un poco incómodo con su

forma de hacer la pregunta, pero no sabía cómo abordar el asunto. Tomó un sorbo de café mientras aguardaba la respuesta. Estaba muy rico. Cargado, justo como a él le gustaba.

La media sonrisa de Kerstin le reveló que sabía a qué se refería.

Cuando empezó a hablar, el llanto acudió a sus ojos:

—Éramos amigas las semanas que Sofie pasaba aquí, y amantes las semanas que pasaba con Ola. Por eso fue por lo que... —Se le quebró la voz y rompió a llorar a lágrima viva. Estuvo sollozando un rato, al cabo del cual hizo un esfuerzo por recobrar el control de la voz y continuó—: Por eso discutimos ayer por la tarde. Por enésima vez. Marit no quería salir del armario, pero yo me estaba asfixiando y quería contarle todo. Ella se escudaba en Sofie, pero no era más que un pretexto. Era ella, que no quería exponerse a las habladurías y a las miradas críticas de la gente. Yo intenté explicarle que de eso no se libraba de todos modos, que la gente hablaba y nos miraba desde hacía tiempo. Y que, aunque al principio nos criticaran si hacíamos pública nuestra relación, estoy convencida de que al final se habrían terminado aburriendo. Pero Marit no se atrevía a prestar oídos a ese razonamiento. Durante muchos años, vivió la vida gris de la sueca media, el marido, la hija, el chalé y las vacaciones en caravana y todo lo demás y, claro, arrinconó en lo más recóndito de su ser la posibilidad de sentir algo por una mujer. Pero cuando nos conocimos, fue como si de repente todo encajase. O, al menos, así fue como me lo describió. Asumió las consecuencias, abandonó a Ola y se mudó conmigo. Sin embargo, no se atrevía a ser consecuente con ello al cien por cien. Por eso discutimos ayer. —Kerstin extendió el brazo en busca de una servilleta y se sonó ruidosamente.

—¿A qué hora salió? —preguntó Patrik.

—Sobre las ocho. Ocho y cuarto, creo. Sabía que había pasado algo. Nunca se había ausentado toda la noche, pero no me decidí a llamar a la policía. Pensé que quizá se hubiera ido a casa de alguien o que habría pasado la noche caminando por ahí o, bueno, no sabía qué pensar. Cuando han llegado, estaba a punto de empezar a llamar a los hospitales y, si no hubiera dado con ella, les habría llamado a ustedes.

Empezaba a moquear de nuevo y tuvo que volver a sonarse. Patrik veía la tristeza, el dolor y la culpa mezclados en su semblante y deseó poder decirle algo que, al menos, paliase el sentimiento de culpa. Sin embargo, se veía obligado a echar más leña al fuego.

—Verá... —comenzó indeciso, y carraspeó antes de proseguir—. Verá, sospechamos que estaba muy ebria cuando se produjo el accidente. ¿Sabe si tenía problemas con el alcohol?

Tomó otro sorbo de café y durante un segundo deseó hallarse en otro lugar, muy lejos de allí. No en aquella cocina, con aquellas preguntas y con todo aquel dolor. Kerstin lo miró atónita.

—Marit nunca bebía alcohol. Al menos, no desde que yo la conozco, es decir, durante más de cuatro años. No le gustaba el sabor, decía, y ni siquiera tomaba sidra.

Patrik cruzó con Martin una mirada elocuente. Otro dato extraño se añadía a aquella sensación intangible que había experimentado desde que vio el lugar del accidente, hacía un par de horas.

—¿Está completamente segura? —La pregunta sonó absurda, Kerstin ya había respondido, pero no quería dar lugar a vaguedades.

—¡Por supuesto! Jamás, jamás la he visto beber alcohol, ni vino, ni cerveza ni nada de eso, y la idea de que se haya emborrachado antes de sentarse al volante..., bueno, sencillamente, me parece imposible. Pero, no entiendo... —Kerstin miraba desconcertada a Patrik y a Martin. Aquello no tenía ni pies ni cabeza, Marit no bebía nunca, así de sencillo.

—¿Dónde podemos localizar a su hija? ¿Tiene la dirección del ex marido de Marit? —preguntó Martin al tiempo que sacaba lápiz y papel.

—Vive en Fjällbacka, en el barrio de Kullen. Aquí tengo la dirección.

Cogió un papel del corcho de la cocina y se lo dio a Martin. Aún parecía confundida y aquella información tan extraña la hizo olvidar el llanto por un instante.

—Entonces, ¿no quiere que llamemos a nadie? —preguntó Patrik poniéndose de pie.

—No. En realidad, lo que quiero es estar sola.

—Vale, pero llámenos si necesita algo —Patrik le dio su tarjeta de visita. Se dio la vuelta justo antes de que la puerta se cerrase una vez que hubieron salido. Kerstin seguía sentada en la cocina. Totalmente inmóvil.

—¡Annika! ¿Ha llegado la nueva muchacha? —Mellberg vociferó la pregunta en medio del pasillo.

—¡Sí! —le respondió Annika también a gritos, sin molestarse en moverse de la recepción.

—¿Y dónde está? —continuó Mellberg desgañitándose.

—¡Aquí! —Se oyó la voz de una mujer. Un segundo después, Hanna apareció en el pasillo.

—Ajá, bueno, bueno, pues si no estás muy ocupada, quizá tengas un momento para venir y presentarte —le dijo en tono arisco—. Es costumbre entrar a saludar al nuevo jefe. Por lo general, es lo primero que hace la gente.

—Lo siento —se disculpó Hanna muy seria acercándose a Mellberg para estrecharle la mano—. Acababa de llegar cuando Patrik Hedström me pidió que fuera con él a atender un aviso. Acabo de llegar. Y ahora mismo estaba pensando en ir a presentarme, por supuesto. He de decir que tengo tan buenas referencias de vuestro trabajo... Las investigaciones de asesinato de los últimos años han sido un éxito y se

ha hablado mucho de la excelente dirección que debe de tener esta comisaría, pues, pese a ser tan pequeña, ha resuelto los casos de un modo ejemplar.

Dicho esto, estrechó con firmeza la mano de Mellberg, que la miró suspicaz para comprobar si hallaba algún indicio de ironía en sus palabras. Sin embargo, Hanna lo observaba con seriedad y Mellberg decidió enseguida tragarse la alabanza con piel y espinas. Tal vez la cosa no fuese tan mal con una fémina de uniforme. Además, estaba de buen ver. Un tanto escuálida para su gusto, pero bien proporcionada, sí señor, muy bien proporcionada. Aunque después de la conversación mantenida aquella mañana y de su halagüeño final, debía admitir que ya no sentía en el estómago el mismo cosquilleo de antaño cuando veía a una mujer atractiva. Antes al contrario, y para su sorpresa, tal visión lo hacía pensar en la cálida voz de Rose-Marie y en la alegría con la que aceptó su invitación a cenar.

—Bueno, veamos, no podemos quedarnos aquí en el pasillo —observó después de, muy a su pesar, abandonar el recuerdo de la agradable conversación telefónica—. Entremos en mi despacho y hablemos con calma.

Hanna lo acompañó hasta su oficina y se sentó en la silla que había frente a Mellberg.

—Entonces, ya has entrado de lleno en el trabajo de la comisaría, ¿no?

—Sí, el comisario Hedström me pidió que lo acompañara al lugar de un accidente de tráfico, con un solo coche implicado y con resultado de muerte, por desgracia.

—Sí, son cosas que pasan.

—Según nuestra primera estimación, había alcohol de por medio. La conductora apestaba a vodka.

—¡Joder! ¿Te dijo Patrik si tenía antecedentes en ese sentido?

—Pues no, no daba esa impresión. Y él conocía a la víctima. Se trata de una mujer que, al parecer, tenía un comercio en la calle Affarsvägen. Marit, si no recuerdo mal.

—¡Menuda pu...! —exclamó Mellberg rascándose reflexivo el cabello que llevaba enroscado sobre la calva—. ¿Marit? Jamás lo habría creído de ella. —Mellberg carraspeó ligeramente—. En cualquier caso, espero que no hayas tenido que ir a darles la noticia a los familiares en tu primer día, ¿no?

—No —respondió Hanna bajando la vista—. Patrik y un chico pelirrojo algo más joven se encargaron de eso.

—Sí, es Martin Molin —aclaró Mellberg—. ¿No os ha presentado Patrik?

—No, me figuro que se le olvidó. Sospecho que tenía la mente ocupada con lo que les esperaba.

—Vaya —respondió Mellberg pensativo. Siguió un largo silencio que rompió con un nuevo carraspeo—: Bueno, pues muy bien. Bienvenida a la comisaría de Tanumshede. Espero que estés a gusto aquí. Por cierto, ¿cómo te has organizado el

alojamiento?

—Lars, mi marido, y yo hemos alquilado una casa en la zona, enfrente de la iglesia. La verdad es que nos mudamos hace ya una semana y hemos intentado instalarnos en la medida de lo posible. La casa se alquilaba amueblada, pero queremos organizarla a nuestro gusto.

—Y tu marido, ¿a qué se dedica? ¿También él tiene trabajo aquí?

—Aún no —respondió Hanna bajando la vista de nuevo y retorciéndose las manos con nerviosismo.

Mellberg resopló despectivo para sus adentros. O sea, que estaba casada con uno de esos tíos, un cerdo sin empleo que permitía que lo mantuviese su mujer. En fin, algunos sabían montárselo bien.

—Lars es psicólogo —explicó Hanna, como si acabase de oír lo que pensaba Mellberg—. Y está buscando trabajo, pero la oferta en esta zona no es muy amplia. De modo que, mientras encuentra algo, está escribiendo un libro. Un libro divulgativo. Y además, trabajará unas horas por semana como psicólogo de los participantes de *Fucking Tanum*.

—Ajá —respondió Mellberg en un tono que indicaba que ya hacía rato que había perdido el interés por el trabajo de su marido—. En fin, reitero mi bienvenida. —Dicho esto, se puso en pie para indicarle que, una vez despachadas las formalidades, podía marcharse.

—Gracias —respondió Hanna.

—Cierra la puerta al salir —le dijo Mellberg. Por un instante, creyó advertir una sonrisa en los labios de la mujer, pero se habría confundido. La nueva policía parecía sentir un gran respeto por su persona y por su trabajo. De hecho, así se lo había dicho, más o menos, y gracias a su profundo conocimiento del ser humano, Mellberg estaba en condiciones de asegurar cuándo la gente era sincera y cuándo no. Y Hanna había sido muy sincera.

—¿Qué tal te ha ido? —le preguntó Annika en un susurro unos segundos más tarde en su despacho.

—Bueno —respondió Hanna exactamente con la sonrisa divertida que Mellberg creyó no haber visto—. Un verdadero... personaje, diría yo —continuó mientras meneaba la cabeza.

—Un personaje. Sí, creo que se lo puede llamar así —admitió Annika entre risas—. De todos modos, parece que tú sabes llevarlo. No le aguantas ningún desmán, es mi consejo. Si cree que puede hacer lo que quiera contigo, estás perdida.

—Te aseguro que he conocido a algún que otro Mellberg en mi vida, así que creo que sé cómo manejarlo —respondió Hanna. Annika no dudó ni un momento de que fuese verdad—. Hay que adularlo un poco, fingir que haces exactamente lo que te diga, pero hacer luego lo que uno considere mejor. Si el resultado es bueno, se

comportará como si hubiese sido idea suya desde el principio, ¿me equivoco?

—No, acabas de dar la receta perfecta de cómo se trabaja a las órdenes de Mellberg —confirmó Annika riendo, antes de retirarse a su mesa de la recepción. Estaba claro que no iba a tener que preocuparse de aquella joven. Curtida, inteligente y valiente como ella sola. Sería un placer ver cómo se las arreglaba con Mellberg.

Dan ordenaba desolado las habitaciones de las niñas. Como de costumbre, habían dejado sus dormitorios en tal estado que parecía que hubiese caído una bomba de las pequeñas. Sabía que debería esforzarse por educarlas para que recogieran sus cosas, pero el tiempo que pasaba con ellas era demasiado precioso. Las tenía en casa los fines de semana alternos, y quería aprovechar al máximo aquellas horas, en lugar de malgastarlas en discusiones y peleas. Sabía que no hacía lo correcto, que debería asumir su papel de educarlas en lugar de dejarle toda la responsabilidad a Pernilla, pero el fin de semana pasaba tan rápido... como los años, que también parecían volar a una velocidad aterradora. Belinda había cumplido ya los dieciséis y se estaba haciendo mayor, y Malin, que tenía diez, y Lisen, de siete, crecían a tal ritmo que a veces tenía la sensación de no ser consciente. Tres años después de la separación, aún lo abrumaba la culpa como si fuera un bloque de piedra inmenso. Si no hubiese cometido aquel error fatal, quizá ahora no se vería así, recogiendo la ropa y los juguetes de las niñas en una casa tan vacía que sólo se oía el resonar del eco. Quizá también hubiese sido un error quedarse en la casa de Falkeliden. Pernilla se había mudado a Munkedal, para tener a su familia más cerca, pero Dan no quería que las niñas perdieran también la casa. De modo que trabajaba, ahorraba y luchaba para que sus hijas se sintieran en casa cada dos fines de semana. Aunque aquello dejaría de funcionar muy pronto. Los gastos de la casa lo estaban arruinando. En un plazo de seis meses, como máximo, se vería obligado a tomar una decisión. Se desplomó en la cama de Malin, con la cabeza entre las manos.

El teléfono, que estaba encima de la cama de su hija, lo sacó de sus cavilaciones.

—Hola.

—...

—¡Vaya! Hola, Erica.

—...

—Sí, es un poco duro. Las niñas se fueron ayer por la tarde.

—...

—Ya, ya sé que vendrán otra vez dentro de una semana, pero me parece una eternidad. Bueno, dime, ¿cómo estás tú?

Dan la escuchó con atención. La preocupación que reflejaba su semblante antes de la llamada se agravó más aún.

—¿Tan mal están las cosas? Bueno, si hay algo que yo pueda hacer, dímelo.

Continuó escuchando a Erica hasta que, finalmente, le respondió:

—Pues... sí que puedo, claro. Si crees que servirá de algo.

—...

—Bien, entonces, saldré ahora mismo.

Dan colgó el auricular y permaneció un rato sentado, sumido en honda reflexión. No sabía si, realmente, podía contribuir en algo, pero cuando Erica le pedía ayuda, no se lo pensaba un momento. Hubo un tiempo ya lejano en el que fueron pareja, aunque desde hacía muchos años eran sólo muy buenos amigos. Además, Erica le había ayudado durante su separación de Pernilla, y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella. También Patrik se había convertido en buen amigo suyo, y Dan los visitaba a menudo.

Se puso el anorak y salió con el coche. No le llevó más de unos minutos llegar a casa de Erica, que le abrió enseguida.

—Hola, entra —le dijo dándole un abrazo.

—¡Hola! ¿Dónde está Maja? —Dan miró con interés a su alrededor en busca de la pequeña, que se había convertido en su bebé favorito. Y le gustaba creer que Maja también lo miraba con buenos ojos.

—Está durmiendo, *sorry* —respondió Erica riendo. Sabía que su princesita suscitaba en Dan más interés que ella, con creces.

—Bueno, intentaré subsistir sin hacerle cosquillas en el cogote.

—No creas, no tardará en despertarse. Venga, entra. Anna está en el dormitorio. —Erica señaló el piso de arriba.

—¿Crees que es buena idea? —preguntó Dan inquieto—. Quizá a ella no le apetezca lo más mínimo. Puede que incluso se enfade.

—No me digas que un hombre alto y fuerte como tú se echa a temblar ante la ira de una pobre mujer —bromeó Erica mirando a Dan, cuyo aspecto imponía, sin duda.

—Pero es verdad que me parezco mucho, ¿no? —Dan adoptó una pose ridículamente artificial, antes de romper a reír—. No, creo que tienes razón. Y mis días de guaperas han terminado para siempre. Supongo que necesitaba eliminarlo del sistema...

—Bueno, tanto Patrik como yo deseamos que llegue el día en que nos traigas a una novia con la que se pueda mantener una conversación.

—Quieres decir, teniendo en cuenta el alto nivel intelectual reinante en esta casa... Por cierto, ¿cómo van las cosas en el programa *Hotel Paradise*? ¿Siguen dentro tus favoritos? ¿Quién llegará a la final? Tú que eres fiel telespectadora, sabrás ponerme al día de lo que pasa en ese programa cultural que constituye un reto para tu cerebro ansioso de conocimiento. Y Patrik... bueno, él podrá decirme algo sobre la quiniela. Eso son matemáticas avanzadas.

—Ja, ja, ja. Tú ganas —le dijo Erica dándole un puñetazo en el brazo—. Anda,

sube y haz algo de provecho. Quién sabe si, al final, no me vas a ser útil.

—¿Estás segura de que Patrik sabe lo que hace? Creo que tendré una charla con él sobre lo sensato que puede ser llevarte al altar. —Dan ya había subido la mitad de las escaleras y le hablaba por encima del hombro.

—Muy gracioso... ¡Anda, sube ya!

A Dan se le atragantó la risa en la garganta en los últimos peldaños. Apenas había visto a Anna desde que fue con los niños a vivir a casa de Erica y Patrik. Al igual que el resto del país, había leído acerca de la tragedia en los diarios, pero cuando iba a ver a Erica, Anna se quedaba en su habitación. Por lo que Erica le decía, pasaba allí encerrada la mayor parte del tiempo.

Llamó discretamente, pero no obtuvo respuesta. Volvió a llamar.

—¿Anna? ¿Hola? Soy Dan, ¿puedo entrar? —Anna seguía sin contestar y él se quedó fuera, desconcertado. La situación no le resultaba cómoda en absoluto, pero le había prometido a Erica que le ayudaría y no le quedaba más remedio que intentarlo. Respiró hondo y empujó la puerta. Anna estaba tendida en la cama, despierta. Clavaba en el techo la mirada vacía y tenía las manos cruzadas sobre el estómago. Ni siquiera miró a Dan cuando entró. Este se sentó en el borde de la cama. Ella seguía sin reaccionar.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás?

—¿A ti cómo te parece que estoy? —respondió Anna sin apartar la vista del techo.

—Pues nada bien. Erica está preocupada por ti.

—Erica siempre está preocupada por mí —respondió Anna.

Dan sonrió.

—Sí, desde luego, en eso tienes razón. Es un poco como una madre sobreprotectora, ¿no?

—Y que lo digas —respondió Anna mirando a Dan.

—Pero su intención es buena. Y ahora está más preocupada que de costumbre, diría yo.

—Sí, claro, ya lo sé —dijo Anna exhalando un suspiro. Un suspiro largo y profundo que pareció liberar mucho más que un poco de aire—. Es que no sé cómo salir de esto. Es como si me hubiese quedado sin un ápice de energía. Y no siento nada. Nada en absoluto. No estoy triste. Y no estoy contenta. Simplemente, no siento nada.

—¿Has hablado con alguien?

—¿Te refieres a un psicólogo o algo así? Sí, Erica también insiste en ello. Pero tampoco para eso tengo fuerzas, no me veo hablando con un extraño. Sobre Lucas y sobre mí. No podré.

—Y ¿conmigo...? —Dan dudó un instante y se movió inquieto en el borde de la

cama—. ¿Podrías plantearte hablar conmigo? No es que nos conozcamos mucho tú y yo, pero desde luego no soy un extraño.

Calló y aguardó tenso su respuesta. Esperaba que dijera que sí. De pronto, sintió un terrible instinto protector al ver su cuerpo demacrado y la mirada llena de ansiedad. Se parecía tanto a Erica aunque, al mismo tiempo, eran tan distintas... Una versión de Erica más asustadiza y más frágil.

—Pues... no lo sé —respondió Anna vacilante—. No sé qué podría decirte. Ni por dónde empezar.

—Podemos empezar por dar un paseo, ¿no? Si quieres hablar, hablas. Si no, pues caminamos un rato. ¿Te parece? —Al propio Dan le pareció que sonaba ansioso.

Anna se incorporó y se sentó despacio en la cama. Se quedó un rato de espaldas a él, hasta que se levantó.

—Vale. Daremos un paseo. Sólo un paseo.

—Vale —respondió Dan. Bajó la escalera delante de Anna y echó una ojeada a la cocina, donde oyó trajinar a Erica—. Vamos a dar una vuelta —le gritó. Con el rabillo del ojo vio que Erica se esforzaba por fingir que aquello no tenía nada de extraordinario.

—Hace fresco fuera, así que más vale que te abrigues —le dijo a Anna, que, siguiendo su consejo, se puso una trenca beis y una bufanda color hueso.

—¿Estás preparada? —le dijo, con la sensación de que la pregunta tenía más de una dimensión.

—Sí, eso creo —respondió Anna quedamente antes de salir al sol primaveral.

—Oye, ¿tú crees que uno llega a acostumbrarse un día? —preguntó Martin cuando iban en el coche camino de Fjällbacka.

—No —respondió Patrik parcamente—. O al menos, eso espero. Y, de ser así, sería el momento de cambiar de profesión.

Tomó la curva de Langsjö a más velocidad de la recomendable y Martin se agarró convulsamente, como siempre, del asa del techo. Se dijo que no debía olvidar advertirle a la nueva compañera que se guardara de ir en el coche con Patrik. Aunque ya era tarde, claro, pues había acudido con él por la mañana al lugar del accidente, así que habría vivido ya su primera experiencia de proximidad con la muerte.

—¿Qué tal es? —preguntó Martin.

—¿Quién? —respondió Patrik, que parecía más distraído que de costumbre.

—La nueva, Hanna Kruse.

—Ah, sí, bien... —respondió Patrik.

—¿Pero?

—¿Cómo que pero? —Patrik volvió la vista hacia Martin, que se agarró al asa con más fuerza aún.

—¡Oye, mira la carretera, coño! Bueno, me ha dado la impresión de que querías añadir algo.

—Bah, no sé —dijo Patrik, para alivio de Martin, ya con la vista en la carretera—. Es sólo que no estoy acostumbrado a la gente tan tremendamente... bueno, ambiciosa.

—¿Y qué puñetas quieres decir con eso? —rió Martin, aunque sin poder ocultar que se sentía un tanto dolido.

—¡Vamos, hombre! No te lo tomes a mal, no quiero decir que tú carezcas de ambición, pero Hanna es... ¿cómo describirla? ¡Superambiciosa!

—Superambiciosa —respondió Martin con escepticismo—. Tienes reservas hacia ella porque es ¡superambiciosa! ¿No podrías ser más explícito? Y además, ¿qué tienen de malo las chicas superambiciosas? No serás de los que piensan que la policía no es para mujeres, ¿verdad?

Patrik volvió a apartar la vista de la carretera para dirigirle a Martin una mirada de lo más desconfiada.

—Vamos a ver, ¿es que no me conoces en absoluto o qué? ¿Crees que soy un machista de mierda? Un machista cuya pareja gana el doble que él, en todo caso... Lo que quiero decir es que... ¡Bah! Da igual, ya te darás cuenta tú mismo.

Martin guardó silencio unos minutos, al cabo de los cuales preguntó:

—¿Lo dices en serio? ¿Erica gana el doble que tú? —Patrik se echó a reír.

—Ya sabía yo que eso te cerraría el pico. Pero, para ser sinceros, sólo en bruto, antes de las retenciones. Con las retenciones, todo va a parar a las arcas del Estado. Y es una suerte. Hacerse rico habría sido una puta pena.

Ahora fue Martin quien se echó a reír.

—Sí, qué triste destino. Nadie quiere exponerse a una cosa así.

—No, ya te digo —convino Patrik con una sonrisa, pero enseguida adoptó una expresión grave. Acababan de entrar en el barrio de Kullen, compuesto de altos edificios muy próximos unos a otros. Dejó el coche en el aparcamiento. Ambos permanecieron unos minutos sentados y en silencio. —Bueno, pues ya toca. Otra vez.

—Sí —dijo Martin con un nudo cada vez más grande en el estómago. Sin embargo, no había vuelta atrás. Mejor acabar cuanto antes.

—¿Lars? —Hanna puso el bolso en el suelo, colgó la cazadora y dejó los zapatos en el armario zapatero. Nadie respondió—. ¿Hola? ¿Lars? ¿Estás en casa? —Notó que la preocupación empezaba a empañar su voz—. ¿Lars? —Fue llamándolo por toda la casa. Todo estaba en calma. Las partículas de polvo revoloteaban a su paso y se veían claramente a la luz primaveral que se filtraba por las ventanas. El propietario no se había esforzado mucho en dejarla limpia antes de alquilarla, pero ella no se sentía con ánimo de ponerse manos a la obra nada más llegar. La inquietud que sentía

neutralizaba todo lo demás—. ¡LARS! —gritó, ya en voz alta, aunque sin oír nada más que su propia voz, que rebotó contra las paredes.

Hanna continuó su recorrido por la casa. No había nadie en la planta baja, de modo que subió aprisa las escaleras hacia el primer piso. La puerta del dormitorio estaba cerrada. La abrió despacio.

—¿Lars? —dijo suavemente. Lo encontró tumbado en la cama, de costado y de espaldas a ella. Se había tumbado sobre la colcha y estaba vestido, pero, por lo pausado de la respiración, Hanna dedujo que dormía. Con mucho cuidado, se tumbó a su lado, pegada a él y en la misma postura. Se quedó unos minutos escuchando su respiración y notó que el ritmo la adormecía. El sueño se llevó su preocupación.

—¡Vaya mierda de sitio! —exclamó Uffe al tiempo que se dejaba caer en una de las camas que había preparadas en el espacioso local.

—Pues yo creo que va ser divertido —dijo Barbie dando saltitos sentada en su cama.

—¿Acaso he dicho yo que no vaya a ser divertido? —se burló Uffe—. He dicho que esto es un agujero de mierda, pero nosotros vamos a animarlo, ¿a que sí? No hay más que ver los recursos que han puesto a nuestra disposición —dijo incorporándose y señalando el bar bien repleto—. ¿Qué decís? ¿Empezamos la fiesta?

—¡Sí! —corearon todos, menos Jonna. Nadie miró las cámaras que zumbaban a su alrededor. Estaban demasiado habituados como para cometer ese tipo de fallos de principiante.

—Pues vamos, joder, ¡salud! —gritó Uffe, antes de empezar a beber cerveza directamente de la botella.

—¡Salud! —respondieron los demás alzando sus botellas. Todos menos Jonna, que se quedó en la cama mirando a los otros cinco, sin moverse.

—Y a ti ¿qué coño te pasa? ¿Es que no somos lo bastante buenos para que bebas con nosotros?

Todas las miradas se volvieron expectantes hacia Jonna. Todos eran muy conscientes de que un conflicto suponía un buen programa y nada les interesaba tanto como hacer de *Fucking Tanum* un buen programa.

—Es que ahora no tengo ganas —respondió Jonna evitando la mirada de Uffe.

—Es que ahora no tengo ganas —la imitó Uffe con voz aflautada. Miró a su alrededor, para asegurarse de que contaba con el apoyo de los demás y, al ver la expectación en sus caras, continuó—: ¡Qué coño! ¿Es que eres abstemia o qué? Creía que estábamos aquí para hacer de esto una ¡FIESTA! —exclamó antes de alzar la botella y dar otro par de tragos.

—No es abstemia —se atrevió a decir Barbie, que calló enseguida ante la mirada de reprobación de Uffe.

—¡Bah, dejadme en paz! —soltó Jonna bajándose de la cama—. Voy a dar una vuelta —dijo al tiempo que se ponía un chaquetón amorfo de estilo militar que tenía colgado en la silla.

—Sí, lárgate —le gritó Uffe—. ¡Perdedora de mierda! —Se carcajeó ruidosamente y abrió otra cerveza. Luego, miró a su alrededor—. ¿Qué coño hacéis ahí mirando? Es el momento de la gran ¡FIESTA! ¡Salud!

Tras unos segundos de silencio, empezaron a difundirse por el local unas risas nerviosas. Luego, también los demás alzaron sus botellas y se entregaron a la nebulosa del alcohol. Las cámaras no dejaban de filmar con su zumbido incesante, acentuando la embriaguez de los chicos. Ser visto era muy agradable.

—Papá, ¡que están llamando a la puerta! —Sofie vociferó antes de volver a su conversación telefónica. Exhaló un suspiro—. Mi padre es tan lento. Jo, no soporto esto. No veo la hora de volver con mi madre y con Kerstin. Una mierda tener que estar aquí justo cuando están filmando *Fucking Tanum*. Los colegas iban a verlos y yo me lo pierdo todo. ¡Tenía que pasarme a mí, mierda! —se lamentó—. ¡Papá! ¡Que ABRAS la puerta! ¡Están llamando! —volvió a gritar—. Ya te digo, soy demasiado mayor para andar de una casa a otra en plan hija de padres separados. Pero siguen sin llevarse bien, así que ninguno me hace el menor caso. ¡Qué infantiles son!

El timbre de la puerta atravesó atronador el piso una vez más y Sofie se levantó bruscamente.

—¡Vale, jo, abriré YO! —gritó antes de volver al auricular en voz más baja—. Oye, luego te llamo. Mi padre estará con los cascos puestos, escuchando esa música de baile repugnante que le gusta. Un besito, guapa.

Con otro suspiro, se dirigió a la puerta.

—¡Sí! Ya va. —Abrió la puerta enojada, pero se apaciguó al ver a los dos desconocidos vestidos de uniforme.

—Hola...

—¿Te llamas Sofie?

—Sí... —La joven rebuscaba febrilmente en su memoria, preguntándose qué habría hecho para que la policía fuese a buscarla. No atinaba a imaginar qué sería. Bueno, sí, se había tomado varias cervezas con alcohol en el último baile del instituto y se había subido varias veces en la moto de Olle, que está tuneada, pero le costaba creer que la policía se molestase por esas naderías.

—¿Está tu padre? —preguntó el policía de más edad.

—Pues... sí —respondió Sofie vacilante, con un montón de especulaciones rondándole por la cabeza. ¿Qué puñetas habría hecho su padre?

—Nos gustaría hablar con los dos —añadió el pelirrojo, el policía algo más joven. Sofie no pudo por menos de reparar en el hecho de que no estaba nada mal. Claro que

el de más edad tampoco. Pero era tan mayor. Un vejestorio, vamos. Seguro que tenía treinta y cinco, como mínimo.

—Entren —les dijo haciéndose a un lado para que pasaran. Mientras se quitaban los zapatos, ella se encaminó a la sala de estar. Y, tal como se figuraba, allí estaba su padre con los cascos encajados en las orejas. Seguro que estaba escuchando algo espantoso de Wizex, o de Vikingarna, o de Thorleifs, o algo parecido. Le indicó, gesticulando, que se quitase los auriculares. Su padre los separó un poco de las orejas y la miró inquisitivo.

—Papá, hay unos polis que quieren hablar con nosotros.

—¿Policías? Pero... ¿de qué? ¿Cómo? —Sofie comprendió que también la mente de su padre empezaba a pensar en lo que podría haber hecho ella para que la policía se presentase en casa. Sofie se le adelantó—. Yo no he hecho nada. *Honest*. Te lo juro.

El padre la miró suspicaz y se quitó los auriculares, se levantó del sillón y se dirigió al vestíbulo dispuesto a averiguar lo que pasaba. Sofie iba pisándole los talones.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ola Kaspersen con una expresión de temor ante la posibilidad de recibir una respuesta nada halagüeña. Su acento revelaba su origen norteo, pero tan leve que Patrik supuso que llevaba muchos años fuera de su región natal.

—¿Podemos entrar? Por cierto, yo soy Patrik Hedström y éste es mi colega, Martin Molin.

—Ajá, vale —respondió Ola estrechándoles la mano a ambos, aún vacilante e inquisitivo—. Sí, claro, pasen y nos sentamos —dijo indicándoles el camino a la cocina, como hacían nueve de cada diez personas. Por alguna razón, la cocina se presentaba siempre como el lugar más seguro de la casa cuando se recibía la visita de la policía—. Bueno, ¿en qué podemos ayudarles?

Ola se había sentado al lado de Sofie, enfrente de los dos policías, y se puso a ordenar los flecos del mantel. Sofie lo miró irritada. ¡Ni siquiera en un momento así podía estarse quieto y dejarse de tanto colocar!

—Pues... —comenzó el policía que se había presentado como Patrik Hedström. Parecía vacilar y Sofie empezó a sentir un extraño nudo en el estómago. Sintió el impulso de taparse los oídos y empezar a canturrear, como hacía cuando era niña y sus padres discutían, pero sabía que ya no podía usar aquel recurso: ya no era una niña.

—Por desgracia, tenemos una noticia bastante triste. Marit Kaspersen falleció ayer por la tarde en un accidente de tráfico. Lo sentimos mucho —dijo Patrik Hedström por fin. Carraspeó un poco, pero sin apartar la mirada.

La sensación de vértigo se agudizó en el estómago de Sofie, que ahora trataba de

asimilar lo que acababa de oír. ¡No podía ser cierto! Debía de tratarse de un error. Su madre no podía estar muerta. No, no podía ser. El fin de semana siguiente pensaban ir de compras a Uddevalla. Ya habían quedado. Ellas dos solas. Una de esas salidas sólo de madre e hija con la que su madre llevaba semanas dando la lata y que Sofie fingía despreciar pero que, en el fondo, la alegraba inmensamente. Un sordo zumbido resonaba en su cabeza y, a su lado, su padre jadeaba como si le faltase el aire.

—Debe de ser un error —oyó decir a su padre, como un eco de su propio pensamiento—. Ha debido de haber algún malentendido. ¡No puede ser que Marit esté muerta! —exclamó jadeante, como si hubiese estado corriendo.

—Sintiéndolo mucho, no hay duda. —Patrik guardó silencio, pero continuó al cabo de un instante—: Eh... yo mismo la identifiqué. La conocía de la tienda.

—Pero, pero... —Ola buscaba algo que decir, pero las palabras parecían rehuirle. Sofie lo miraba sin saber qué pensar.

Hasta donde le alcanzaba la memoria, sus padres habían andado siempre a la gresca. Jamás se habría imaginado que hubiese en él un resto de sentimiento por su madre.

—¿Qué...? ¿Qué pasó exactamente? —balbució Ola.

—Un accidente, al norte de Sannäs. Su vehículo fue el único involucrado.

—¿El único? ¿Qué quiere decir? —preguntó Sofie con las manos convulsamente agarradas al borde de la mesa como si, en aquel momento, fuese lo único que la mantuviese en el mundo real—. ¿Dio un volantazo al ver un ciervo o algo así o qué? Si mi madre cogía el coche como dos veces al año... ¿Para qué habría cogido el coche ayer tarde? —Miró a los policías que tenía enfrente y sintió que el corazón se le desbocaba en el pecho. El modo en que bajaron la mirada indicaba claramente que había algo que no les habían contado. ¿Qué sería? Sofie aguardaba ansiosa la respuesta.

—Creemos que había bebido, que iba conduciendo borracha. Pero no lo sabemos con certeza, la investigación nos dará la respuesta —respondió Patrik Hedström mirándola directamente a los ojos. Sofie no daba crédito. La muchacha miró a su padre y luego de nuevo al policía.

—¿Está de broma o qué? Eso no puede ser. Mi madre no probaba el alcohol. Ni una gota. Jamás la he visto tomar ni una copa de vino. Estaba totalmente en contra del alcohol. ¡Cuéntaselo, papá! —Sofie sintió nacer una vaga esperanza. ¡Aquella no podía ser su madre! Miró animada a su padre. Ola se aclaró la garganta.

—Sí, así es. Marit jamás bebía. Ni durante todo el tiempo que estuvimos casados, ni, por lo que yo sé, tampoco después.

Sofie buscó su mirada, como para hallar en ella la confirmación de que también él abrigaba la misma esperanza, debía tratarse de un error. Sin embargo, tenía la sensación de que algo... iba mal... Desechó esta idea y se dirigió a Patrik y a Martin.

—Ahí lo tienen, en algo se han equivocado. ¡No puede ser mi madre! ¿Lo han comprobado con Kerstin? ¡Puede que esté en casa!

Los policías intercambiaron una mirada elocuente. El pelirrojo tomó la palabra.

—Ya hemos estado en casa de Kerstin. Al parecer, ella y Marit tuvieron una discusión ayer por la tarde. Tu madre salió enfadada y se llevó las llaves del coche. Kerstin no la había vuelto a ver desde entonces. Y... —Martin miró a su colega.

—Y yo estoy completamente seguro de que era Marit —finalizó Patrik—. La había visto en numerosas ocasiones, incluso en la tienda, y la reconocí de inmediato. En cambio, no sabemos si de verdad había bebido. Nos dio esa impresión sólo porque olía a alcohol en el asiento del conductor. Pero no lo podemos asegurar. De modo que cabe la posibilidad de que exista otra explicación y, seguramente, ustedes tengan razón. Pero no hay duda de que era tu madre, Sofie. Lo siento.

Volvió entonces aquella sensación desagradable que le invadió el estómago y que creció sin cesar, hasta que sintió la bilis en la garganta. También las lágrimas acudieron ahora a sus ojos. Notó la mano de su padre en el hombro, pero se zafó de ella bruscamente. Se interponían entre ellos todos los años de peleas. Todas las discusiones, tanto antes como después de la separación, las críticas y el despellejarse el uno al otro. Todo aquello se concentraba ahora en un punto de acero situado en medio del dolor. No tenía fuerzas para seguir escuchando. Tres pares de ojos se clavaron en la muchacha. Sofie echó a correr y huyó hacia la calle.

Al otro lado de la ventana se oían dos voces alegres y unas leves risas que atenuaron el sonido de la puerta al abrirse, hasta que las risas inundaron la casa. Erica no daba crédito a lo que veía. Anna sonreía, no de un modo forzado y por obligación, como hacía a veces ante los niños, sino con una sonrisa auténtica, de oreja a oreja. Ella y Dan hablaban animadamente y venían con las mejillas sonrosadas por el paseo que, a buen ritmo, habían dado bajo el sol primaveral.

—¡Hola! ¿Lo habéis pasado bien? —preguntó Erica discreta mientras ponía la cafetera.

—Sí, ha sido estupendo —respondió Anna sonriéndole a Dan—. Una maravilla poder estirar las piernas un poco. Llegamos hasta Bräcke y volvimos. Hace un tiempo magnífico y los árboles ya están empezando a brotar y... —Tuvo que detenerse a tomar aliento, pues aún jadeaba después del veloz paseo.

—Y, sencillamente, nos lo hemos pasado bomba —concluyó Dan quitándose el anorak—. Bueno, qué, ¿hay café o lo vas a guardar para otros invitados?

—No digas tonterías, pensaba que nos tomaríamos un café los tres. Si tienes ánimo... —le dijo Erica a Anna, aún con la sensación de estar pisando una finísima capa de hielo cuando le hablaba a su hermana, pues temía romper la burbuja de alegría en la que ahora parecía encontrarse.

—Sí, la verdad, hacía mucho que no me sentía tan animada —respondió Anna sentándose a la mesa. Tomó el café que le ofrecía Erica, se puso un poco de leche y cogió la taza con ambas manos para calentarse—. Esto fue precisamente lo que me recomendó el médico —aseguró Anna con las mejillas encendidas.

A Erica le saltaba el corazón de alegría al ver sonreír a Anna. Hacía tanto tiempo desde la última vez... Desde que advirtió en los ojos de Anna algo distinto de aquella mirada triste y abatida. Miró a Dan llena de gratitud. Cuando le pidió que viniese a hablar con Anna, no tenía la certeza de estar haciendo lo correcto, pero sí la sensación de que, si alguien podía sacarla de su letargo, sería Dan. Erica llevaba varios meses intentándolo, pero al fin comprendió que ella no podría derribar el muro tras el que se había parapetado su hermana.

—Dan me preguntó cómo van los planes de la boda, pero he de admitir que no lo sé. Seguro que me lo has contado, pero, por desgracia, yo no he estado muy receptiva. Así que, cuéntanos, ¿cómo lo lleváis? ¿Lo tenéis ya todo reservado y listo? —Anna tomó un sorbo de café y miró a Erica con curiosidad.

Parecía tan joven, tan intacta... Como antes de conocer a Lucas. Erica se obligó a ahuyentar aquel tema. No tenía ganas de estropear el momento pensando en semejante monstruo.

—Pues sí, todo aquello que hay que reservar está en marcha. La iglesia está preparada, y hemos pagado la reserva para la celebración en el Stora Hotel y... bueno, eso es más o menos lo que tenemos listo.

—Pero, por favor, Erica, ¡si sólo faltan seis semanas! ¿Qué vestido vas a llevar? ¿Y los niños? ¿Y el ramo? ¿Habéis hablado del menú con el hotel? ¿Y habéis reservado habitación para los invitados de fuera? Y la distribución de las mesas, ¿la tenéis pensada?

Erica alzó una mano entre risas. Maja los observaba satisfecha desde su trona, ignorante del origen de tanta alegría repentina.

—Tranquila, tranquila... Si sigues así, terminaré por lamentar que Dan te haya sacado de la cama —dijo con una sonrisa y guiñando un ojo, para que no cupiese duda de que estaba bromeando.

—Vale, vale —respondió Anna—. No diré una palabra más. Bueno, sí, sólo una: ¿tenéis preparada una orquesta o algo así?

—No, no y mil veces no. Ésa es la respuesta a todas tus preguntas, lo siento —suspiró Erica—. No he tenido tiempo... —explicó.

Anna adoptó enseguida una expresión grave.

—No has tenido tiempo porque has cargado con la responsabilidad de tres niños. Perdóname, Erica, los últimos meses no deben de haber sido fáciles para ti. Quisiera haber... —Se interrumpió y Erica vio que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Sssss, no pasa nada. Adrian y Emma se han portado divinamente y pasan el día

en la guardería, así que tampoco ha sido para tanto. Pero echan de menos a su madre.

Anna exhibió una sonrisa empañada de tristeza. Dan flirteaba con Maja, intentando mantenerse al margen de la conversación. Era cosa de Erica y Anna.

—¡Dios! ¡La guardería! —exclamó Erica dando un salto de la silla con la vista en el gran reloj de la cocina—. Llego tarde, tengo que ir a buscarlos. Ewa se pondrá hecha una furia si no me doy prisa.

—Hoy voy a buscarlos yo —dijo Anna poniéndose de pie—. Si me dejas las llaves del coche, salgo ahora mismo.

—¿Estás segura? —preguntó Erica mirándola a los ojos.

—Sí, totalmente segura. Tú has ido a buscarlos todos estos días. Hoy iré yo.

—Se van a poner tan contentos... —dijo Erica volviendo a sentarse.

—Sí, seguro que sí —convino Anna con una sonrisa al tiempo que cogía las llaves del coche que estaban en la encimera. Ya en el vestíbulo, se dio media vuelta.

—Dan... ¡Gracias! Necesitaba ese paseo. Y me ha sentado de maravilla poder hablar.

—Anda ya, si me lo he pasado muy bien —respondió Dan—. Igual podemos repetir mañana, si el tiempo lo permite. Trabajo hasta las tres, así que, ¿qué te parece una hora de caminata, antes de recoger a los niños?

—¡Fenomenal! Pero ahora tengo que irme volando. De lo contrario, Ewa se pondrá hecha una furia, ¿no es lo que has dicho, Erica? —dijo Anna con una última sonrisa antes de marcharse.

Erica se volvió hacia Dan.

—¿Qué demonios habéis hecho en el paseo? ¿Habéis fumado maría o qué?

Dan se echó a reír.

—Qué va, nada de eso. Anna necesitaba hablar con alguien, nada más. Tuve la sensación de haberle quitado un tapón. Cuando empezó, no había manera de detenerla.

—Yo llevo varios meses intentando hablar con ella —se lamentó Erica, que no pudo evitar sentirse un tanto herida.

—Erica, ya sabes cómo son las cosas entre vosotras dos —le dijo Dan intentando tranquilizarla—. Tenéis bastantes trapos sucios pendientes, quizá por eso a Anna no le resulte tan fácil hablar contigo. Vuestra relación es demasiado íntima, para bien y para mal. Sin embargo, cuando íbamos caminando, me dijo que sentía una gratitud infinita por la ayuda que tú y Patrik le estáis prestando y, ante todo, por lo bien que os habéis portado con los niños.

—¿Eso te ha dicho? —preguntó Erica en un tono que desvelaba su ansia de reconocimiento. Estaba tan acostumbrada a hacerse cargo de Anna y lo hacía tan de buen grado... Pero, por egoísta que sonara, quería que su hermana lo admitiese y lo apreciase.

—Sí, eso me ha dicho —reiteró Dan y posó su mano sobre la de Erica, en un gesto cálido y familiar—. Pero, oye, lo de la boda sonaba un tanto preocupante —prosiguió Dan—. ¿Os dará tiempo de atarlo todo en seis semanas? Bueno, ya me dirás si necesitas que te ayude con algo —dijo mientras le hacía muecas a Maja, que hipaba de risa.

—¿Y qué ibas a poder hacer tú? —resopló Erica al tiempo que servía un poco más de café—. ¿Elegir el vestido de novia?

Dan rompió a reír.

—Sí, seguro que elegía uno precioso. No, claro, pero sí puedo ofrecerte cama para algunos invitados, si es necesario. Tengo sitio de sobra.

Dan se puso serio enseguida. Erica sabía perfectamente por qué.

—Oye, todo se arreglará —le dijo—. Mejorarán las cosas, ya verás.

—¿Tú crees? —preguntó apesadumbrado antes de tomar un sorbo de café—. ¡Qué coño sabemos! Las echo tanto de menos que creo que me voy a romper por dentro.

—¿A quién echas de menos? ¿A las niñas? ¿O a Pernilla y a las niñas?

—No lo sé. A todas. Pero ya he aceptado que Pernilla seguirá adelante sola. Me mata no poder ver a las niñas todos los días. No poder estar con ellas cuando se despiertan, cuando se van al colegio, no poder cenar con ellas por la noche mientras me cuentan cómo les ha ido. Y todo eso. En lugar de pasarme las semanas en una mierda de casa vacía. Quise conservarla para que no perdieran también el hogar de su infancia, pero ahora no sé si podré seguir pagándola. Lo más probable es que tenga que venderla dentro de seis meses.

—Créeme, yo he vivido lo mismo y he pasado por ahí —dijo Erica, aludiendo a lo cerca que estuvo Lucas de vender la casa en la que ahora vivían, el hogar de su infancia y la de Anna.

—Es que no sé qué hacer con mi vida —confesó Dan mesándose el corto cabello rubio.

—Vaya, no sonáis muy alegres vosotros dos, ¿no? —vino a interrumpirlos la voz de Patrik desde la puerta.

—Estábamos hablando de lo que va a hacer Dan con la casa —respondió Erica levantándose para ir a besar a su futuro esposo. Maja también se había dado cuenta de que el hombre de su vida acababa de entrar por la puerta y estalló en un frenético manoteo para hacerse notar.

Dan la miró y abrió los brazos con dramatismo:

—¿Cómo? Yo creía que había algo serio entre tú y yo, y resulta que le sonríes al primer tipo que aparece por la puerta. ¡Qué juventud! Son incapaces de reconocer la calidad cuando la ven.

—Hola, Dan —dijo Patrik entre risas dándole una palmadita en la espalda, antes

de coger a Maja—. Sí, verás, yo creo que para esta jovencita papá está el primero de la lista. —Besó a Maja y frotó la barba contra el cuello de la pequeña, que rió con una mezcla de molestia y entusiasmo.

—Por cierto, Erica, ¿no tendrías que ir a por los niños a la guardería? —preguntó.

Erica hizo una pausa de efecto, antes de explicar con una amplia sonrisa:

—Ha ido a recogerlos Anna.

—¿Qué me dices? ¿Anna ha ido a por los niños? —Patrik los miraba atónito pero encantado.

—Sí, aquí el héroe se la llevó de paseo y luego se fumaron un porro de maría y...

—¡Qué mentirosa eres! Anda, calla ya —rió Dan volviéndose a Patrik—. Resulta que Erica me llamó esta mañana y me preguntó si no podría intentar convencer a Anna para que saliera un rato, a fin de animarla un poco. Y bueno, Anna vino conmigo y dimos un largo y agradable paseo, que le ha sentado muy bien, por lo visto.

—Pues sí, eso parece —corroboró Erica y despeinó a Dan con gesto amistoso—. ¿Y si te quedas un rato al resplandor de la admiración general y cenas con nosotros?

—Depende. ¿Qué hay de cenar?

—Menudo caprichoso estás tú hecho —rió Erica—. Bueno, anda. Pollo guisado con aguacate y arroz de jazmín.

—Vale, me parece aceptable.

—Qué descanso ver que podemos satisfacer tu elevado estándar, *mister gourmet*.

—Bueno, eso ya lo veremos cuando lo haya probado.

—Anda, cállate ya —le dijo Erica al tiempo que se levantaba para preparar la cena.

Sentía un dulce calor interior. Había sido un buen día. Un día estupendo, se dijo. Y se dio la vuelta para preguntarle a Patrik qué tal le había ido a él.

Capítulo 2

Lo bueno había superado a lo malo, ¿O no? A veces, por las noches, cuando se retorció entre pesadillas, no se sentía tan seguro. Sin embargo así, a la luz del día, estaba convencido de que lo bueno había pesado más. Lo malo no eran más que sombras que, agazapadas en escondrijos, no osaban mostrar su fea cara. Y así quería él que fuese.

Ambos la habían amado. Lo increíble. Aunque quizá él la hubiese amado más. Y quizá ella lo hubiese amado más a él. Hubo entre ellos una relación excepcional. Nadie podía interponerse entre los dos. Lo feo, lo sucio, les resbalaba sin tener dónde aferrarse.

Su hermana los observaba sin envidia, consciente de estar viendo algo único, algo con lo que no tenía sentido competir. Y eso la incluía a ella. Él la envolvía en su amor, la dejaba participar de él. No existía razón alguna para sentir envidia. No eran muchos los afortunados que podían beneficiarse de semejante amor.

Y, puesto que los amaba de forma tan ilimitada, les limitó el mundo. Y ellos se dejaron limitar agradecidos. ¿Para qué iban a necesitar a nadie más? ¿Para qué abrirse paso entre todo aquello tan desagradable que existía allí fuera? Todo aquello que ella les decía que existía fuera. El no sabría arreglárselas en ese mundo. Ella misma se lo dijo. Él era un pájaro cenizo. Siempre andaba perdiendo cosas, se le caían de las manos, las destrozaba. Si ella los dejase salir al mundo exterior, sucederían cosas terribles. Los pájaros cenizos no sobrevivían allí fuera. Pero era tal el cariño con que se lo decía... «Mi pájaro cenizo —decía—. Mi pájaro cenizo.»

A él le bastaba su amor. Y a su hermana también. O, al menos, le bastaba casi siempre.



Aquella historia era un petardo. Jonna colocaba distraída la compra en la cinta para poder leer el código. En comparación con aquello, *Gran Hermano* era como el festival de música de Hultsfred. ¡Aquello era un petardo! Aunque, en realidad, no podía quejarse. De hecho, había visto las temporadas anteriores, de modo que sabía que iban a vivir y a trabajar en un agujero como aquel al que habían ido a parar. Pero... ¡Acabar en la caja de un puñetero supermercado ICA...! Con eso no había contado. Su único consuelo era que Barbie había corrido la misma suerte. Barbie estaba sentada en la caja detrás de Jonna, con las tetas de silicona aprisionadas bajo el delantal rojo. Y Jonna se pasó toda la tarde oyendo su necio parloteo y viendo cómo

todo el mundo, desde adolescentes de voz quebrada hasta viejos verdes de voz lasciva, todos intentaban hablar con ella. ¿Acaso no comprendían que con las tías como Barbie no había que hablar? ¿Que se trataba simplemente de invitarlas a un montón de copas y que, a partir de ahí, todo iba como una seda? ¡Imbéciles!

—¡Oh, será estupendo veros en televisión! Y ver nuestro pueblo, claro. Jamás me habría imaginado que Tanumshede sería famoso en todo el país.

La señora que tan ridículamente se expresaba hacía aspavientos junto a la caja y, de vez en cuando, sonreía entusiasmada a la cámara que había fijada al techo. Era tan estúpida que no comprendía que resultaba facilísimo cortar su intervención e impedir que apareciese en ningún capítulo. Las miradas a la cámara eran un *no-no* absoluto.

—Son trescientas cincuenta con cincuenta —le dijo Jonna cansada sin apartar la vista de la señora.

—Ah, sí, claro, bueno, aquí tienes mi tarjeta —dijo la señora «chupacámaras» al tiempo que pasaba la Visa por el lector—. ¡Anda, y ahora tengo que marcar el código! —exclamó entre risitas.

Jonna exhaló un suspiro. Se preguntaba si podría librarse faltando al trabajo desde ya. A los productores solían encantarles las disputas con los jefes de personal y cosas por el estilo, pero quizá fuese demasiado pronto para empezar con ésas. Tendría que aguantar una semana por lo menos. Al cabo de ese plazo, solía funcionar divinamente lo de andar armando escándalos.

Se preguntaba si sus padres se sentarían ante el televisor el lunes. Lo más probable era que no lo hicieran. Ellos nunca tenían tiempo para actividades tan triviales como ver la tele. Eran médicos, de ahí que su tiempo fuese más precioso que el del resto de los humanos. El tiempo que invirtiesen en ver *Robinson* o incluso el que le dedicasen a ella, podían utilizarlo para ponerle a alguien un marcapasos o para hacerle un trasplante de riñón. Jonna era una egoísta al no comprenderlo. Su padre llegó incluso a llevarla consigo al hospital para que presenciara la operación de corazón que iba a practicarle a un niño de diez años. Quería que Jonna comprendiese por qué era tan importante su trabajo, según le explicó, por qué no podían pasar con ella tanto tiempo como deseaban. Su madre y él tenían un don, el don de poder ayudar a los demás, y era su deber usarlo tanto como fuese posible.

¡Menudo rollo de mierda! ¿Por qué habían tenido hijos, si no iban a poder dedicarles su tiempo? ¿Por qué no pasaban de tener críos, y así podrían estar las veinticuatro horas del día con las manos metidas en el corazón de cualquiera?

Al día siguiente de la visita al hospital, Jonna empezó a hacerse cortes. Era un gran alivio. A la primera incisión que el cuchillo hacía en la piel, sentía cómo cedía la ansiedad. Era como si escapase de su cuerpo fluyendo roja y cálida por la herida. Le encantaba la visión de la sangre. Le encantaba la sensación de un cuchillo o de una cuchilla o de un clip o de cualquier cosa que tuviese a mano, sentirlo cortando la

ansiedad que, de lo contrario, se le quedaría anclada en el pecho.

Descubrió, además, que sólo entonces la veían. La sangre les hacía volver la mirada hacia ella y verla. Pero el efecto era cada vez menos intenso. Según iba acumulando heridas y cicatrices disminuía el efecto sobre la ansiedad. Y en lugar de mirarla llenos de preocupación, sus padres empezaron a contemplarla resignados. Se habían rendido y habían decidido salvar a aquellos a quienes podían salvar. A personas con el corazón estropeado, a gente con cáncer de estómago y con órganos que habían dejado de funcionar y que debían ser sustituidos por otros. Y ella no tenía nada de eso que ofrecerles. Ella sólo tenía estropeada el alma, y eso no podía arreglarse con un bisturí, así que dejaron de intentarlo.

El único amor que ahora podía recibir era el de las cámaras y el de las personas que, cada noche, se sentaban delante del televisor y la miraban a ella. La veían a ella.

Oyó a su espalda que un chico le preguntaba a Barbie si le dejaba tocarle un poco la silicona. Al público le encantaría. Jonna se subió las mangas con la intención de que las cicatrices quedaran a la vista. Era lo único que podía ofrecer.

—Oye, Martin, ¿puedo pasar un momento? Tenemos que hablar de un asunto.

—Claro, entra. Sólo estaba terminando unos informes. ¿De qué se trata? Pareces preocupado.

—Sí, bueno, es que no sé qué pensar de esto. Verás, el informe de la autopsia de Marit Kaspersen llegó esta mañana y, en fin, hay algo que me resulta muy extraño.

—¿El qué? —preguntó Martin inclinándose con interés manifiesto. Recordaba que Patrik había mencionado algo al respecto ya el día del accidente, pero, a decir verdad, lo había olvidado enseguida y Patrik tampoco había vuelto a mencionar nada desde entonces.

—Pues verás, Pedersen ha anotado todo lo que ha ido encontrando, y además he hablado con él por teléfono, pero la verdad es que no nos aclaramos.

—¡Cuenta! —La curiosidad de Martin iba en aumento.

—En primer lugar, Marit no murió a causa del accidente. Ya estaba muerta antes de que éste se produjera.

—¿Qué coño dices? ¿Cómo? ¿De qué? ¿Un infarto o algo así?

—No exactamente. —Patrik se rascaba la cabeza sin dejar de leer el informe—. Murió por intoxicación etílica. Tenía seis coma un miligramos por decilitro en sangre.

—¡Estás de broma! Joder, esa tasa de alcohol mataría a un caballo.

—Exacto. Según Pedersen, debió de beberse toda la botella de vodka en un tiempo récord.

—Ya, y sus familiares dicen que no probaba el alcohol.

—Justamente. Tampoco había en el cadáver indicios de que fuese consumidora de alcohol, lo que seguramente implica que no había desarrollado la menor tolerancia a

su consumo, de modo que, según Pedersen, su reacción a la sobredosis debió de ser inmediata.

—O sea, que se pilló una buena curda, por alguna razón. Es muy trágico, pero, por desgracia, son cosas que pasan —observó Martin, algo desconcertado por la evidente preocupación de Patrik.

—Sí, eso parece. Pero resulta que Pedersen encontró una cosa que lo complica todo ligeramente. —Patrik cruzó las piernas y hojeó el informe en busca del párrafo en cuestión—. Aquí está. Intentaré traducirlo al lenguaje del profano, Pedersen lo escribe todo siempre de un modo tan hermético... Bueno, pues dice que Marit tenía un moratón extraño alrededor de la boca. Además, había indicios de lesiones en la boca y en la faringe.

—¿O sea? ¿Qué quieres decir?

—No lo sé —admitió Patrik con un suspiro—. No es suficiente para que Pedersen se pronuncie de forma definitiva. No puede afirmar con total seguridad que no se metiera entre pecho y espalda la botella entera, y que luego muriera de intoxicación etílica y se saliera de la carretera.

—Pero se supone que estaría aturdida por completo mucho antes. ¿Tenemos algún informe de conducción anormal en la noche del domingo?

—No, o al menos yo no lo he encontrado. Lo que hace que todo esto resulte un tanto extraño. Por otro lado, a esa hora no había mucho tráfico, así que quizá, sencillamente, tuvieron la suerte de no cruzarse con ella —dijo Patrik pensativo—. Pero Pedersen no encuentra explicación a las heridas encontradas en el interior y alrededor de la boca, de modo que considero que hay motivos para estudiar esto más de cerca. Puede que sea un caso normal y corriente de conducción bajo los efectos del alcohol, pero puede que no. ¿Qué opinas tú?

Martin reflexionó un instante.

—Sí, bueno, tú has tenido tus objeciones desde el principio. ¿Crees que Mellberg lo aceptará?

Patrik se quedó mirándolo sin decir nada y Martin se echó a reír.

—Todo depende de cómo se le exponga el asunto, ¿no?

—Desde luego que sí, todo depende de cómo se le exponga el asunto.

Patrik se rió también y se puso de pie. Luego volvió a adoptar una expresión grave.

—¿Crees que estoy cometiendo un error? ¿Que estoy haciendo una montaña de un grano de arena? Lo cierto es que Pedersen no encontró nada concreto que indicase que no fue un accidente. Pero, al mismo tiempo —dijo blandiendo el informe de la autopsia—, hay algo aquí que dispara una alarma en mi interior, aunque yo sea incapaz de... —Se pasó la mano por el pelo con desesperación.

—Hagamos lo siguiente —propuso Martin—. Empezaremos a preguntar aquí y

allá e intentaremos recabar más información, a ver adonde nos conduce. Quizá así descubras a qué se debe el avispero que te zumba en la cabeza.

—Sí, tienes razón —admitió Patrik—. Mira, primero voy a hablar con Mellberg, pero sí, eso haremos, volveremos a interrogar a la pareja de Marit.

—Me parece bien —convino Martin reanudando su trabajo con los informes—. Pasa a buscarme cuando hayas terminado con Mellberg.

—Vale.

Patrik ya se marchaba cuando Martin lo llamó.

—Oye —dijo un tanto inseguro—. Llevo un tiempo pensando en preguntarte... ¿Cómo van las cosas por casa, con lo de tu cuñada y todo eso?

Patrik sonrió desde el umbral.

—Pues, la verdad, empezamos a recobrar la esperanza. Anna parece haber iniciado el ascenso desde el más profundo abismo. En buena medida, gracias a Dan.

—¿A Dan? —preguntó Martin sorprendido—. ¿El Dan de Erica?

—*Excuse me*, ¿cómo que el Dan de Erica? Que sepas que en la actualidad es nuestro Dan.

—Sí, sí —rió Martin—. Bueno, pues vuestro Dan, pero ¿qué tiene que ver él con el asunto?

—Pues verás, el lunes pasado, Erica tuvo la brillante idea de pedirle que viniese a casa y hablase con Anna. Y funcionó. Y desde entonces, se ven, conversan y dan largos paseos, y parece que era exactamente lo que Anna necesitaba. En un par de días, se ha convertido en una persona completamente distinta. Los niños están encantados.

—¡Qué bien!

—Sí, nos alegramos muchísimo —dijo Patrik antes de dar una palmada en el dintel—. Oye, me voy a ver a Mellberg a ver si acabo con él cuanto antes. Luego seguimos hablando.

—De acuerdo —respondió Martin. Enseguida intentó centrarse de nuevo en los informes. Ésa era la otra parte de su profesión de la que le habría gustado librarse.

Los días se le hacían eternos. Se sentía como si el viernes y, con él, la cita para cenar, no fuese a llegar jamás. O bueno, la cita... Le resultaba extraño pensar en esos términos a su edad. En cualquier caso, sí que cenarían juntos. Cuando llamó a Rose-Marie, no tenía ningún plan, de modo que se sorprendió infinitamente cuando se oyó a sí mismo enunciar la propuesta de una cena en el restaurante Gestgifveriet. Y aún más iba a sorprenderse su cartera. Sencillamente, Mellberg no comprendía qué le estaba pasando. Para empezar, no era lógico que se le hubiese ocurrido siquiera la idea de ir a comer a un lugar tan caro como el restaurante Gestgifveriet de Tanum, y mucho menos comprometerse a pagar por dos, no, eso no era propio de él en

absoluto. Y aun así, por sorprendente que pudiera parecer, el proyectado dispendio no lo alteraba demasiado. A decir verdad, debía admitir que incluso anhelaba que llegase el momento de poder invitar a Rose-Marie a una cena lujosa de verdad y ver su cara al otro lado de la mesa bajo el resplandor de las velas mientras les servían todo tipo de exquisiteces.

Mellberg meneó la cabeza contrariado con tal vehemencia que el nido de pelo postizo se le escurrió hacia la oreja. Desde luego, no se comprendía a sí mismo. ¿Estaría enfermo? Se colocó de nuevo el peluquín sobre la calva y se tocó la frente con la mano, pero no, no había indicios de fiebre. En cualquier caso, aquello era preocupante, se sentía extraño. ¿Le ayudaría un aporte adicional de glucosa?

Su mano iba ya camino de las bolas de coco que guardaba en el último cajón cuando oyó unos golpecitos en la puerta.

—¿Sí? —preguntó irritado.

Patrik se asomó a la puerta.

—Perdón, ¿molesto?

—No, qué va —mintió Mellberg exhalando para sí un suspiro tras una última mirada añorante al cajón—. Entra.

Aguardó hasta que Patrik se hubo sentado. Como de costumbre, Mellberg experimentó una mezcla de sentimientos encontrados ante aquel comisario demasiado joven a sus ojos. En realidad, prefería no tomar nota de que, de hecho, Patrik rondaba ya los cuarenta años. En su favor contaba el hecho de la sensatez con que había actuado en las investigaciones de asesinato llevadas a cabo durante los últimos años. Su excelente trabajo había proporcionado a Mellberg metros y metros de columnas en la prensa. En su contra, en cambio, figuraba el hecho de que Mellberg tuviese siempre la sensación de que Patrik se consideraba superior a él. No era una actitud expresa, pues Patrik se comportaba con el respeto que se exigía a un subordinado; era más bien una sensación personal. En fin, mientras Hedström hiciera su trabajo tan bien que Mellberg quedase ante los medios de comunicación como el jefe competente que de hecho era, lo toleraría. Pero sin dejar de observarlo, desde luego.

—Pues, verás, ya tenemos el informe forense del accidente del lunes pasado.

—¿Ajá? —respondió Mellberg con tedio manifiesto. Los accidentes de tráfico eran un incidente rutinario.

—Pues sí... Y parece que hay algún que otro aspecto poco claro.

—¿Poco claro? —Aquella expresión despertó el interés de Mellberg.

—Sí —aseguró Patrik mirando los documentos igual que hacía un momento en el despacho de Martin—. La víctima presenta una serie de lesiones que no pueden atribuirse al accidente en sí. Además, resulta que Marit ya estaba muerta antes de estrellarse con el coche. Intoxicación etílica. Tenía una tasa de alcohol de seis coma uno.

—¿Seis coma uno? Estás de broma, ¿no?

—Por desgracia, no es ninguna broma.

—Y ¿en qué consisten esas lesiones? —preguntó Mellberg inclinándose.

Patrik dudó un instante.

—Tiene heridas en el interior de la boca y alrededor.

—Alrededor de la boca —repitió Mellberg con escepticismo.

—Así es —insistió Patrik a la defensiva—. Sé que no es mucho, pero, teniendo en cuenta que todo el mundo coincide en afirmar que Marit no probaba el alcohol, y lo desproporcionado de la tasa que arroja el análisis, a mí me resulta turbio.

—¿Turbio? ¿Estás pidiendo que pongamos en marcha una investigación sólo porque a ti te parece turbio? —Mellberg enarcó una ceja y se quedó observando a Patrik. Aquello no acababa de gustarle. Le parecía un argumento demasiado flojo, demasiado poco definido. Por otro lado, Patrik había tenido siempre razón en sus presentimientos, de modo que quizá debería dejarlo hacer. Reflexionó un instante mientras Patrik lo observaba expectante—. Vale —dijo al cabo—. Dedícale unas horas. Si encontráis algún detalle, porque me figuro que meterás en esto a Molin, que indique que hubo algo fuera de lo normal, continuad. Pero si no dais con nada decisivo de inmediato, no quiero que perdáis un minuto más con este asunto. ¿Vale?

—Vale —dijo Patrik, visiblemente aliviado.

—Pues hala, lárgate y a trabajar —lo instó Mellberg despachándolo con un gesto de la mano derecha. La izquierda iba ya camino del último cajón del escritorio.

Sofie cruzó la puerta despacio.

—¿Hola? Kerstin, ¿estás en casa?

El silencio reinaba en el piso. Lo había comprobado, Kerstin no estaba en el trabajo, en la tienda Extra Film, sino que había solicitado la baja por enfermedad. No era de extrañar, a Sofie le habían concedido ausentarse unos días del instituto, teniendo en cuenta las circunstancias. Pero ¿dónde se habría metido Kerstin? Sofie recorrió el apartamento. De repente, no pudo reprimir las lágrimas, el llanto la sacudió como una ola gigante. Soltó la mochila y se sentó en la alfombra de la sala de estar. Cerró los ojos, a fin de aislarse de todas las impresiones sensoriales que la invadieron. Había recuerdos de Marit por todas partes. Las cortinas, que ella había cosido; el cuadro que compraron cuando Marit se mudó al piso, los cojines que Sofie nunca mullía después de haber pasado varias horas tumbada encima, algo por lo que Marit siempre protestaba... Todos aquellos elementos triviales, cotidianos, lamentables, de un entorno que ahora resonaba a causa del vacío. Sofie se irritaba con ella, le gritaba y se enojaba porque le exigía cosas y le imponía reglas. Sin embargo, al mismo tiempo, aquello la reconfortaba. Después de tantas peleas y disputas, Sofie anhelaba estabilidad y normas concretas. Y, ante todo, pese a la actitud rebelde, a que

su adolescencia la obligaba, siempre la tranquilizó la certeza de que ella estaba ahí. Su madre. Marit. Ahora sólo le quedaba su padre.

Sintió una mano en el hombro y dio un respingo. Se dio la vuelta.

—¿Kerstin? ¿Estabas en casa?

—Sí, estaba durmiendo —respondió Kerstin mientras se ponía en cuclillas al lado de Sofie—. ¿Cómo estás?

—¡Oh, Kerstin! —exclamó Sofie sin más mientras hundía la cara en su hombro. Kerstin la abrazó torpemente. No estaban acostumbradas a tener tanto contacto físico. Sofie ya había pasado la edad infantil de los abrazos cuando Marit se mudó a vivir con ella. Sin embargo, pronto dejó de sentirse incómoda. Sofie inspiró ansiosa el aroma del jersey de Kerstin, uno de los favoritos de su madre, que aún conservaba su perfume. El olor reavivó su llanto. Sofie sintió que le moqueaba a Kerstin en el hombro, y se apartó.

—Lo siento, te estoy llenando de mocos.

—No pasa nada —le respondió Kerstin secándole las lágrimas con los pulgares—. Puedes sonarte en este jersey todo lo que quieras. Es... Es de tu madre.

—Lo sé —respondió Sofie riendo—. Y me habría matado si hubiera visto que lo he manchado de rímel.

—La lana de cordero no puede lavarse a más de treinta grados —recitaron las dos al mismo tiempo antes de romper a reír al unísono.

—Ven, vamos a sentarnos en la cocina —propuso Kerstin y le ayudó a levantarse. Entonces Sofie se dio cuenta de que tenía el rostro apagado, mucho más pálido que de costumbre.

—Y tú, ¿cómo estás tú? —preguntó Sofie preocupada. Kerstin siempre había sido una persona tan... serena. La llenó de temor verla temblar mientras ponía agua en la cacerola.

—Bueno, más o menos —respondió Kerstin sin poder contener el llanto que inundaba sus ojos. Había llorado tanto los últimos días que le sorprendía que aún le quedasen lágrimas que verter. Se decidió y tomó impulso, antes de decir—: Verás, Sofie, tu madre y yo... Hay algo que...

Se interrumpió sin saber cómo continuar. Sin saber si debía continuar. De repente vio con sorpresa que Sofie rompía a reír.

—Por favor, Kerstin, espero que no vayas a contarme lo de mi madre y tú como si fuera una novedad.

—¿Cómo que lo de tu madre y yo? —preguntó Kerstin con cautela.

—Pues que estabais juntas y eso. Por favor, ¿a quién crees que engañabais? —Sofie volvió a reír—. Menuda pantomima representabais a todas horas. Mi madre cambiando sus cosas de habitación según yo estuviese o no aquí y dándoos la mano a escondidas, cuando creíais que no os veía. ¡Qué absurdo, por Dios! Vamos, si ahora

todo el mundo es homo o bi. Es supermoderno.

Kerstin la miraba perpleja.

—Pero, si lo sabías, ¿por qué no dijiste nada?

—Porque era divertido veros haciendo teatro. De lo más entretenido, vaya.

—¡Mocosa listilla! —exclamó Kerstin riendo de corazón. Después del dolor y el llanto de los últimos días, la risa estalló en la cocina como un eco liberador—. Que sepas que Marit te habría retorcido el cuello si hubiera sabido que lo sabías y que hacías como si nada.

—Sí, seguro que sí —dijo Sofie riendo también—. Tendríais que haberos visto escabulléndoos hacia la cocina para besaros. Y pensar que trasladabais las cosas en cuanto yo me iba a casa de mi padre. ¿No entiendes que era una farsa?

—Sí, claro que lo entiendo, lo entiendo perfectamente, pero eso era lo que quería Marit.

Kerstin se puso seria de repente. El agua empezó a burbujear y lo aprovechó como excusa para levantarse y volverse de espaldas a Sofie. Sacó dos tazas, puso dos bolsitas de té y vertió el agua hirviendo.

—Hay que esperar a que el agua se enfríe un poco —dijo Sofie, y Kerstin se vio obligada a reír de nuevo.

—Estaba pensando en lo mismo. Tu madre nos enseñó bien a las dos.

Sofie sonrió.

—Sí, creo que sí. Aunque seguro que habría deseado enseñarme mejor aún. —Su sonrisa dejaba traslucir la tristeza y se extinguió del todo al pensar en todas las promesas y en todas las expectativas que ya no tendría oportunidad de cumplir.

—Oye, ¿sabes? Marit estaba tan orgullosa de ti... —observó Kerstin acercándole una taza—. Tendrías que haber oído cómo alardeaba. Incluso después de haber tenido alguna discusión fuerte contigo, decía: «¡Vaya desparpajo que tiene esa mocosa!».

—¿Seguro? ¿Podrías jurarlo? ¿Estaba orgullosa de mí? Con el incordio que he sido...

—¡Qué va! Marit era consciente de que estabas haciendo tu trabajo. Y tu trabajo consistía en desligarte de ella. Y... —se interrumpió algo insegura—. Y sobre todo teniendo en cuenta todo lo que había pasado entre ella y tu padre, atribuía aún más importancia al hecho de que supieras mantener tus opiniones. —Kerstin bebió un sorbo de té y casi se quemó la lengua. Tendría que dejar que se enfriase un poco—. Eso la llenaba de preocupación, ¿sabes? Que la separación y todo lo que pasó después te hubiese... marcado de algún modo. Y sobre todo temía que no comprendieses por qué tuvo que separarse. Lo hizo por ella misma, pero también por ti, y en la misma medida.

—Sí, bueno, al principio no lo entendía, pero ahora que soy mayor, ya lo comprendo.

—Ya, ahora que tienes nada menos que quince años, ¿no? —le preguntó Kerstin irónica—. Es a los quince cuando te dan el manual que contiene todas las respuestas sobre la vida, el infinito y la eternidad, ¿no? ¿Podrías prestármelo alguna vez?

—¡Anda ya! —respondió Sofie con una sonrisa—. No me refería a eso. Quiero decir que había empezado a ver a mis padres como personas, más que como «mamá y papá», vamos. Y tampoco veo ya a mi padre como un héroe —añadió Sofie apenada.

Por un instante, Kerstin sopesó la posibilidad de contarle a Sofie todo lo demás, todo aquello de lo que habían intentado protegerla. Pero la tentación pasó como había llegado.

De modo que siguieron tomando té y hablando de Marit. Riendo y llorando pero, sobre todo, recordando a aquella mujer a la que ambas habían amado, cada una a su manera.

—¡Hoooola, chicas! ¿Qué os pongo? ¿Qué venís buscando? ¿La *baguette* de Uffe?

Las risitas entusiastas de las chicas que habían entrado en grupo en la panadería indicaron que el chistecito había surtido el efecto deseado, lo cual animó a Uffe a abundar en el tema; de modo que cogió una barra de la cesta e intentó sugerir lo que podía ofrecerles meneándola en el aire a la altura de las caderas. Las risas dieron paso a un coro de grititos, mezcla de pavor y alegría, con lo que Uffe empezó a dar vueltas haciendo malabares a su alrededor.

Mehmet lanzó un suspiro. Joder, con el pesado de Uffe. Desde luego que tuvo mala suerte cuando le tocó trabajar con él en la panadería. Por lo demás, no era mal sitio para estar. A él le encantaba cocinar y estaba entusiasmado con la idea de aprender más sobre repostería, pero era incapaz de imaginar siquiera cómo iba a aguantar el imbécil de Uffe durante cinco semanas enteras.

—Oye, Mehmet, ¿no vas a enseñarles tu *baguette*? Yo creo que a las chicas les encantaría ver una buena *baguette* de negro.

—Joder. Déjame en paz —respondió Mehmet, que siguió colocando los rollitos de mazapán al lado de una bandeja de galletas.

—¿Qué pasa? Si tú eres un ligón, hombre. Y seguro que aquí ni siquiera habían visto a un negro antes. ¿O sí, chicas? ¿Habíais visto alguna vez a un negro? —Uffe señalaba a Mehmet con gesto histriónico, como si lo estuviese presentando desde un escenario.

Mehmet empezaba a enojarse. Más que verlas, sintió que las cámaras que había en el techo giraban para enfocarlas. Aguardando, anhelando y ansiando su reacción. Cualquier matiz, por mínimo que fuera, llegaría en directo a la sala de estar de la gente, y cero reacciones y cero sentimientos era tanto como decir cero espectadores. Él lo sabía, conocía el juego, después de haber llegado a la final en *La granja*. Y, aun así, era como si lo hubiese olvidado, como si hubiese querido olvidarlo. Entonces,

¿por qué aceptó ir a Tanum? Aunque, al mismo tiempo, era consciente de que para él constituía una vía de escape. Durante cinco semanas podría vivir en una especie de taller protegido. Una burbuja en el tiempo. Sin responsabilidad, sin más exigencias que estar ahí, reaccionar. Nada de currar como un loco en cualquier trabajo de mierda para ganar lo suficiente para pagar el alquiler del apartamento cochambroso en el que vivía. Nada de esa cotidianidad que le robaba uno tras otro los días de su vida sin que ocurriese nada de particular. Y nada de decepciones cuando no cumplía las expectativas. De eso era de lo que huía principalmente. De la decepción que reflejaban los ojos de sus padres. Esperaban tanto de él. Estudiar, estudiar, estudiar, le habían repetido hasta la náusea desde que era pequeño. «Mehmet, tienes que estudiar y sacarte un título. Tienes que aprovechar la oportunidad que te brinda este magnífico país. En Suecia puede estudiar todo el mundo. Tienes que estudiar.» Su padre se lo había repetido hasta la saciedad, desde que Mehmet era pequeño. Y lo había intentado. Con todas sus fuerzas. Pero resultaba que no se le daban bien los estudios. Las letras y los números se resistían a permanecer en su cabeza. Aun así, él tenía que ser médico. O ingeniero. O, en el peor de los casos, licenciado en económicas. Eso era lo que sus padres esperaban sin abrigar la menor duda, porque en Suecia se le brindaba la oportunidad. En cierto modo, sus padres se salieron con la suya. Sus cuatro hermanas mayores abarcaban esas tres carreras: dos eran médicos, una era abogado y la tercera había estudiado Economía. Él era el menor y, de algún modo, había logrado convertirse en la oveja negra de la familia. Ni *La granja* ni *Fucking tanum* habían incrementado el valor de sus acciones en la familia lo más mínimo. Y no es que él lo esperase: sus padres nunca mencionaron que emborracharse ante las cámaras fuese una alternativa aceptable a la carrera de Medicina.

—¡Que la enseñe! ¡Que la enseñe! —continuó Uffe, intentando que se le uniese el público adolescente. Mehmet sintió que estallaba de rabia. Dejó lo que estaba haciendo y se encaminó hacia Uffe.

—¡Déjalo ya, Uffe! —le dijo Simon, que apareció de la trastienda de la panadería con una gran bandeja de bollos recién horneados. Uffe lo miró desafiante y, por un instante, sopesó si obedecer o no. Simon le entregó la bandeja—. Toma, anda, mejor dales a las chicas un bollo recién hecho.

Uffe vaciló un minuto aún, pero terminó por coger la bandeja. La arruga que dibujaron sus labios indicaba que las manos de Uffe no estaban tan habituadas como las de Simon a manejar bandejas calientes, pero no le quedó más remedio que aguantarse y ofrecerles los bollos a las chicas.

—Bueno, ya lo habéis oído. Venga, que os invito a unos bollos. ¿No me vais a dar las gracias con un beso?

Simon hizo un gesto de resignación en dirección a Mehmet, que le sonrió con gratitud. Simon le gustaba. Era el propietario del horno y la panadería, y congeniaron

desde el primer día. Simon tenía algo diferente, algo que hacía que se entendieran sólo con mirarse. Una pasada, la verdad.

Mehmet se quedó un buen rato mirando a Simon mientras éste regresaba a su masa y a sus dulces.

Las ramas en flor que veía por la ventana despertaron en Gösta un doloroso anhelo. Cada capullo llevaba consigo la promesa de los dieciocho hoyos y su Big Bertha. Pronto, nada podría separar a un hombre de sus palos de golf.

—¿Has logrado pasar del quinto hoyo? —preguntó la voz de una mujer desde la puerta. Lleno de remordimientos, Gösta se apresuró a apagar el juego del ordenador. Vaya mierda. Solía oír cuándo alguien se acercaba por el pasillo. Siempre estaba en alerta máxima cuando se ponía a jugar, lo que, por desgracia, a veces afectaba sensiblemente a su capacidad de concentración.

—Bueno... es que estaba tomándome un descanso —balbució Gösta algo turbado. Sabía que el resto de sus colegas no tenían una fe excesiva en su capacidad de trabajo, pero Hanna le gustaba y esperaba contar con su confianza, al menos durante un breve período.

—¡Bah, no pasa nada! —exclamó Hanna al tiempo que se sentaba a su lado. A mí me encanta jugar al golf en el ordenador. Y a Lars, mi marido, también. A veces nos disputamos la pantalla. Pero el quinto hoyo es complicado. ¿Tú lo has conseguido alguna vez? Si no, puedo enseñarte el truco. Me llevó muchas horas dar con la solución.

Sin esperar respuesta, Hanna acercó la silla. Gösta apenas creía lo que oía, pero abrió el juego otra vez y le dijo solemnemente:

—Llevo desde la semana pasada luchando con el número cinco, pero, haga lo que haga, la bola se desvía o hacia la derecha o hacia la izquierda. ¡No entiendo qué es lo que hago mal!

—Verás, te lo voy a explicar —le dijo Hanna quitándole el ratón de las manos. Su compañera fue avanzando hasta el lugar adecuado, hizo unas maniobras en el ordenador y... la bola salió disparada y cayó en el *green* en una posición perfecta para que él pudiera meterla en el hoyo al siguiente golpe.

—¡Guau! ¿Eso era lo que había que hacer? ¡Gracias! —Gösta estaba impresionado. Hacía muchos años que sus ojos no tenían aquel brillo.

—Pues sí. Pero no vayas a creer que esto es un juego de niños —respondió Hanna entre risas mientras apartaba la silla y se alejaba un poco de la del colega.

—¿Tu marido y tú jugáis al golf? —preguntó Gösta con renovado entusiasmo—. Porque, en ese caso, quizá podríamos jugar alguna partida algo más adelante.

—No, por desgracia, no jugamos —admitió Hanna con una expresión de disculpa que le resultó simpática.

En opinión de Gösta, el hecho de que el golf no le gustase a todo el mundo en la misma medida que a él constituía uno de los grandes misterios de la vida.

—Hemos pensado en empezar a jugar, sólo que no encontramos el momento —añadió Hanna encogiéndose de hombros.

A Gösta le agradaba cada vez más su nueva colega. Y no podía por menos de admitir que, como Mellberg, también había visto con cierto escepticismo que la nueva colega fuese del sexo contrario. Había algo en la combinación de pechos y uniforme policial que le resultaba..., bueno, un tanto extraño, como mínimo. Pero Hanna Kruse desterró todos sus prejuicios. Parecía lista, y Gösta esperaba que Mellberg también lo advirtiese y no le hiciese la vida demasiado imposible.

—¿A qué se dedica tu marido? —preguntó Gösta con curiosidad—. ¿Ha conseguido encontrar trabajo aquí?

—Sí y no —respondió Hanna al tiempo que retiraba una pelusa invisible de la camisa del uniforme—. La verdad es que al menos ha tenido la suerte de encontrar un trabajo temporal. Luego ya veremos qué pasa.

Gösta enarcó una ceja con gesto inquisitivo. Hanna se echó a reír.

—Sí, bueno, es que es psicólogo. Y va a trabajar con los participantes del programa mientras se está grabando. O sea, en el programa *Fucking Tanum*.

Gösta meneó la cabeza.

—Uno ya es demasiado viejo para comprender cuál podría ser la utilidad de semejante espectáculo. Cabalgar bajo la manta y andar haciendo eses y hacer el ridículo delante de toda Suecia. Y, además, de forma voluntaria. No, yo esas cosas no las entiendo. En mi época, uno encontraba un buen entretenimiento en el programa *Hylands hörna* y en las representaciones teatrales de Nils Poppe. Un poco más decente, por así decirlo.

—¿Nils qué? —preguntó Hanna.

Gösta dejó escapar un suspiro y, con cara de abatimiento, le explicó:

—Nils Poppe. Dirigía representaciones teatrales de verano que... —. Al ver que Hanna se reía, guardó silencio.

—Gösta... Sé quién es Nils Poppe. Y Lennart Hyland. No tienes que sentirte tan ofendido.

—Vaya, oye, qué graciosa —dijo Gösta—. De repente me he sentido como si tuviera cien años. Una pura reliquia.

—Gösta, tú estás tan lejos de ser una reliquia como pueda uno imaginarse —aseguró Hanna—. Sigue jugando ahora que sabes cómo pasar el quinto. Creo que puedes concederte un rato de tranquilidad.

Gösta le dedicó una sonrisa cálida y llena de gratitud. ¡Qué mujer! Acto seguido, pasó a intentar dominar el hoyo seis. Un par de hoyos o tres. Eso no era nada.

—Erica, ¿has hablado del menú con el hotel? ¿Cuándo iremos a probarlo?

Anna se balanceaba con Maja en el regazo y miró apremiante a Erica.

—¡Mierda! Se me ha olvidado —confesó Erica con una palmada en la frente.

—¿Y el vestido? ¿O es que has pensado casarte en chándal? Y Patrik, con el traje de la graduación del instituto, ¿no? En ese caso, habría que ponerle unos añadidos en los costados. Y una goma elástica entre los botones y los ojales de la chaqueta. — Anna soltó una carcajada.

—Ja, ja, muy graciosa—respondió Erica, incapaz, pese a todo, de no alegrarse al ver a su hermana bromeando. Anna parecía otra persona. Hablaba, reía, comía con apetito y, bueno, hasta se metía con su hermana mayor—. Sí, ya lo sé, lo que no sé es de dónde sacar tiempo para hacer todo eso.

—Oye, tienes delante a la canguro número uno de Fjällbacka. Quiero decir que Emma y Adrian pasan las mañanas en la guardería y yo puedo quedarme con esta señorita, así que aprovecha.

—Vaya... Tienes razón —admitió Erica sintiéndose un tanto ridícula—. La verdad, no había pensado que... —Erica guardó silencio.

—No tienes por qué sentirte ridícula. Lo entiendo. Durante un tiempo no has podido contar conmigo, pero ahora he vuelto al partido. El balón está en el campo. He dejado de martirizarme.

—Bueno, sé de una persona que, últimamente, ha pasado demasiado tiempo con Dan, tengo entendido —observó Erica entre risas, y se dio cuenta de que Anna esperaba que hiciera un comentario al respecto. También ella había andado algo crispada los últimos meses, estresada y nerviosa, y ahora pensó que podría empezar a relajarse... de no ser por el hecho de que, con creciente horror, veía acercarse la fecha de la boda. Ya sólo faltaban seis semanas. Y ella y Patrik llevaban un retraso tremendo con la planificación.

—Hagamos una cosa —propuso Anna dejando a Maja en el suelo—. Escribiremos una lista de lo que hay que hacer. Y luego nos repartimos las tareas entre tú, Patrik y yo. Quizá Kristina también pueda echar una mano, ¿no?

Anna miraba a Erica inquisitiva, pero, al ver la expresión de horror de su hermana, añadió:

—O no, mejor no.

—No, ¡por Dios! Dejemos a mi suegra al margen, en la medida de lo posible. Si ella pudiera intervenir, organizaría esta boda como si fuera su fiesta particular. Si supieras la de sugerencias con las que ya nos ha venido «con la mejor de las intenciones», como se empeña en añadir siempre. ¿Sabes lo que dijo cuando le contamos lo de la boda?

—No, cuenta —respondió Anna llena de curiosidad.

—Ni siquiera empezó diciendo «¡Qué bien! ¡Enhorabuena!», ni nada parecido,

sino que nos soltó cinco razones por las que este matrimonio era un error.

—¡Maravilloso! —rió Anna—. Típico de Kristina. Y dime, ¿cuáles eran esas razones?

Erica se acercó a coger a Maja que, muy decidida, había empezado a trepar por la escalera. Aún no habían comprado una barrera.

—Pues verás. En primer lugar, era demasiado pronto celebrar la boda para Pentecostés. Según ella, necesitaríamos un año por lo menos para prepararla. Además, no le gusta que queramos tener una ceremonia discreta, con un máximo de sesenta invitados, porque entonces no podrían venir ni la tía Agda, ni la tía Berta, ni la tía Rut, o como se llamen todas ellas. Y ten en cuenta que no son tías de Patrik, sino tías de Kristina... a las que Patrik vio una vez cuando tenía cinco años, o algo así.

Anna reía de tan buena gana que le dolía la barriga. Maja las miraba alternativamente, como preguntándose qué sería aquello tan divertido que tanto las hacía reír. Y, seguramente, eso era lo que estaba pensando la pequeña. Pero luego pareció considerar que el motivo no era tan importante y se echó a reír ella también con todas sus ganas.

—Bueno, llevas dos razones. ¿Qué más? —preguntó Anna.

—Sí, luego empezó a discutir la distribución de las mesas y a preocuparse por si íbamos a sentar a Bittan muy cerca de nuestro sitio, porque Bittan, decía, no podía estar de ninguna manera en la mesa presidencial. De hecho, no veía la necesidad de que la invitásemos porque, después de todo, los padres de Patrik son ella y Lars, y los conocidos ocasionales no deberían tener prioridad en una lista de invitados tan reducida.

Anna reía tumbada en el suelo. Sin resuello y entre hipidos, le dijo:

—¿Con lo de «conocidos ocasionales» se refería a la pareja que Lars ha tenido desde hace más de veinte años?

—Exacto —respondió Erica, secándose las lágrimas, porque lloraba de risa—. La queja número cuatro era que yo me negaba a llevar su vestido de novia.

—Pero ¿habíais mencionado antes su vestido de novia? —La interrumpió Anna, que la miraba con los ojos como platos.

—Ni siquiera llegamos a hablar de su vestido... Pero lo vi en las fotografías de la boda de Lars y Kristina y, teniendo en cuenta que es un vestido de los años sesenta, que parece tejido a ganchillo y que termina justo debajo del trasero, ya podía haberse imaginado que no me interesaría llevarlo. Tan poco como Patrik querría dejarse las pobladas patillas y la abundante barba que su padre luce en la misma foto.

—Esa mujer está como una cabra —sentenció Anna, que ya había pasado de la risa a la estupefacción.

—Y... la razón número cinco, tararára tara... —intervino Erica imitando un toque de trompeta—. La número cinco es que exigía que su sobrino, el primo de Patrik, se

encargase de amenizar la fiesta.

—¿Ajá? Y ¿cuál es el problema? —preguntó Anna un tanto sorprendida.

Erica hizo una pausa teatral, antes de explicar:

—Su sobrino toca la *nyckelharpa*.

—¡Anda ya! Estás de broma —respondió Anna, un tanto aterrada—. No hablarás en serio, ¿verdad? —Volvió a reír—. ¡Dios santo, me lo imagino! Una gran boda con todas las tías de Kristina apoyadas en sus andadores, tú con un vestido minifaldero de ganchillo, Patrik con patillas largas y el traje de su graduación y, lo último, aunque no menos importante, la *nyckelharpa*, instrumento imprescindible en cualquier fiesta. ¡Dios, qué guay! Pagaría cualquier cosa por presenciarlo.

—Sí, tú ríete —la recriminó Erica con una sonrisa—. Pero, tal y como están las cosas, no habrá boda, con el retraso que llevamos con los preparativos.

—Pues nada —replicó Anna resuelta mientras se sentaba a la mesa, lápiz y papel en mano—. Hagamos una lista ahora mismo, y nos ponemos manos a la obra. Y que no se crea Patrik que va a librarse. Tú no eres la única que se casa, ¿no? Os casáis los dos.

—Sí, claro, nos casamos los dos —respondió Erica, un tanto escéptica, pues no creía fácil sacar a Patrik de la confusión de que, en los preparativos de aquella boda, Erica era tanto directora de proyecto como soldado de a pie. De hecho, Patrik parecía creer que, una vez se hubo declarado, habían concluido sus obligaciones de tipo práctico y que, a partir de ahí, lo único que le quedaba por hacer era no llegar tarde a la iglesia.

—Veamos: buscar un grupo que toque en la fiesta. Esto... será cosa de Patrik —aseguró Anna encantada. Erica enarcó una ceja con expresión incrédula. Anna no se dejó distraer por ello y continuó con su lista.

—Buscar un frac para el novio. Esto... lo hará Patrik —Anna estaba muy concentrada en su tarea, y Erica, encantada de no tener que llevar las riendas por una vez.

—Pedir hora para la degustación del menú... lo hará Patrik.

—Oye, no creo que funcione... —comenzó Erica, pero Anna fingió no oírla siquiera.

—El vestido de novia... Sí, bueno, esto es cosa tuya, Erica, en lo del vestido has de poner algo de tu parte. ¿Qué te parece si mañana nos vamos las tres a Uddevalla, a ver qué tienen?

—Sí... —respondió Erica vacilante. Lo último que le apetecía en aquellos momentos era ir a probarse ropa. Los kilos de más que había acumulado durante el embarazo de Maja seguían ahí como una montaña inamovible, junto con los otros kilos que había ido añadiendo durante los últimos meses, pues, debido al estrés, no había tenido tiempo de reparar siquiera en lo que comía. Se detuvo mientras se

llevaba a la boca el bollo que tenía en la mano y volvió a dejarlo en el plato. Anna dejó la lista y la miró.

—¿Sabes? Si dejas de comer hidratos de carbono desde hoy hasta el día de la boda, perderás los kilos a toda velocidad.

—Anda ya, yo nunca he perdido kilos a ninguna velocidad digna de mención —respondió Erica con amargura. Una cosa era pensar una misma que le sobraban unos kilos y otra muy distinta que alguien te lo dijera. Pero, claro, Anna tenía razón. Algo debía hacer si quería verse guapa el día de su boda—. Vale, lo intentaremos —dijo a regañadientes—. Nada de bollos ni galletas ni golosinas, me olvidaré del pan y de la pasta de harina blanca y de todas esas cosas.

—Muy bien, pero, en cualquier caso, has de ir a buscar un vestido ya. Luego, si es necesario, pueden meterle un poco las costuras.

—Me lo creeré cuando lo vea —replicó Erica con voz apagada—. Pero tienes razón, podemos ir a Uddevalla mañana, en cuanto hayamos dejado a Emma y a Adrian en la guardería. Y ya veremos. Si no, tendré que casarme en chándal —dijo observándose con pesadumbre—. Bien, ¿y qué más? —preguntó suspirando y señalando con la cabeza la lista de Anna que, entusiasmada, seguía anotando y distribuyendo tareas a diestro y siniestro. Erica experimentó de pronto un cansancio indecible. Aquello no saldría bien, de ninguna manera.

Cruzaron la calle sin prisa. Hacía tan sólo cuatro días que Patrik y Martin recorrieron el mismo camino y no estaban muy seguros de lo que iban a encontrarse. Hacía cuatro días que Kerstin conocía la noticia de la muerte de su pareja. Cuatro días eternos, seguramente.

Patrik le dirigió a Martin una mirada inquisitiva antes de llamar al timbre. Como si se hubieran puesto de acuerdo, ambos exhalaban un hondo suspiro con el que dejaron escapar parte de la tensión acumulada. En cierto modo, consideraban que era muy egoísta sentirse atormentado por visitar a personas que habían perdido a un ser querido; que era puro egoísmo sentir el menor malestar, cuando para ellos era mucho más fácil que para quienes se hallaban en pleno luto por la pérdida de un familiar. Claro que el malestar se debía a su miedo a decir una inconveniencia, a dar un mal paso que empeorase la situación, pese a que la lógica les decía que nada de lo que ellos pudiesen hacer agravaría un dolor que siempre resultaba invicto, imposible de asimilar.

Oyeron unos pasos acercándose por el pasillo y, al cabo de un instante, se abrió la puerta, pero al otro lado no estaba Kerstin, tal y como esperaban, sino Sofie.

—Hola —les dijo la muchacha con un hilo de voz y con la cara marcada por el llanto de varios días. La joven no se movió, de modo que Patrik se aclaró la garganta para tomar la palabra.

—Hola, Sofie. —Guardó silencio un instante, pero añadió enseguida—: Supongo que te acordarás de nosotros, Patrik Hedström y Martin Molin. —Miró a Martin y volvió a dirigirse a Sofie—. ¿Está en casa... Kerstin? Tendríamos que hablar con ella unos minutos.

Sofie se hizo a un lado, entró en el piso y llamó a Kerstin mientras Patrik y Martin aguardaban en el vestíbulo.

—¡Kerstin! Ha venido la policía. Quieren hablar contigo.

Kerstin salió de una de las habitaciones. También ella tenía la cara hinchada y roja de tanto llorar. Se quedó en silencio a unos metros de donde se encontraban ellos y ni Patrik ni Martin sabían cómo abordar el tema. Finalmente, la mujer les dijo:

—¿Quieren entrar?

Ambos asintieron, se quitaron los zapatos y la siguieron hasta la cocina. Sofie parecía querer acompañarlos, pero quizá Kerstin intuyó que el tema que iban a tratar no era apropiado para ella, porque le hizo un gesto disuasorio y casi imperceptible. Sofie pareció dispuesta a ignorarlo, pero luego se encogió de hombros, se metió en su cuarto y cerró la puerta. Ya se lo harían saber en su momento; ahora Patrik y Martin querían hablar a solas con Kerstin.

Patrik fue derecho al grano y comenzó en cuanto se hubieron sentado.

—Verá, hemos encontrado una serie de... anomalías en torno al accidente de Marit.

—¿Anomalías? —repitió Kerstin mirando sin comprender a Patrik y a Martin alternativamente.

—Sí... —continuó Martin—. Existen ciertas... lesiones que probablemente no puedan atribuirse al accidente.

—¿Probablemente? —volvió a repetir Kerstin—. ¿No lo saben?

—No, aún no estamos seguros —confesó Patrik—. Sabremos más cuando el forense haya enviado el informe definitivo, pero por ahora tenemos los interrogantes suficientes como para hacerle algunas preguntas más. Queremos saber si existe algún motivo para creer que alguien hubiese querido hacerle daño a Marit.

Patrik vio que Kerstin se estremecía. Más que verlo, sintió que una idea cruzaba por su cabeza, una idea que la mujer desechó enseguida. Pero precisamente aquella idea era la que él debía abordar.

—Si sabe de alguien que pudiera querer causarle daño a Marit, debe contárnoslo. Al menos, para que podamos excluir a la persona en cuestión como sospechosa.

Patrik y Martin la observaban tensos. La mujer parecía estar debatiéndose en su interior y ambos guardaron silencio para darle tiempo a formular su respuesta.

—Bueno, durante un tiempo, recibimos unas cartas —respondió despacio y a disgusto.

—¿Cartas? —preguntó Martin lleno de curiosidad.

—Pues sí... —Kerstin hacía girar el anillo de oro que llevaba en el anular izquierdo—. Nos pasamos cuatro años recibiendo cartas.

—¿Cuál era el contenido de esas cartas?

—Amenazas, comentarios sucios, cosas sobre nuestra relación.

—Es decir, las remitía alguien que aludía a... —Patrik dudaba preguntándose en qué términos formular la pregunta—... a la naturaleza de la relación que ustedes mantenían.

—Sí —respondió Kerstin incómoda—. Alguien que sabía o sospechaba que éramos algo más que amigas y que... —Ahora le tocó a ella el turno de vacilar y de elegir los términos—... que lo «desaprobaba» —añadió al cabo.

—¿En qué consistían las amenazas? ¿Eran graves? —Martin iba anotando cuanto decían. Verdaderamente, aquello no contradecía los indicios que indicaban que la muerte de Marit no había sido un accidente.

—Sí, eran muy graves. Decían que la gente como nosotras era repugnante, que éramos repugnantes para la naturaleza. Que la gente como nosotras merecía morir.

—¿Con qué frecuencia las recibían?

Kerstin hizo memoria. Seguía nerviosa, dándole vueltas al anillo una y otra vez.

—Puede que unas tres o cuatro al año. Unos años más, otros menos. No parecían seguir un patrón. Era más bien como si a la persona en cuestión le diera un arrebató de pronto, no sé si me entienden.

—¿Por qué no lo denunciaron nunca a la policía? —preguntó Martin levantando la vista del bloc de notas. Kerstin exhibió media sonrisa.

—Marit se negaba. Temía que eso empeorase las cosas. Que se armaría un gran escándalo y que nuestra... relación se haría pública.

—¿Y ella no quería? —preguntó Patrik justo antes de recordar que eso fue lo que, según les contó Kerstin, había provocado la disputa que hizo que Marit saliese aquella noche. La noche en la que nunca regresó.

—No, no quería —repitió Kerstin en tono monocorde—. Pero guardamos las cartas. Por si acaso. —Kerstin se levantó.

Patrik y Martin se miraron atónitos. Ni siquiera se les había ocurrido preguntárselo. Era más de lo que jamás se habrían atrevido a esperar. Quizá pudiesen encontrar pruebas físicas que los condujesen al remitente de aquellas misivas.

Kerstin volvió con un grueso fajo de cartas protegidas por una bolsa de plástico. Las esparció sobre la mesa, delante de Patrik y Martin. Temeroso de destruir las pruebas, más de lo que ya lo habían hecho las manos del cartero y de Kerstin y Marit, Patrik las empujó cuidadoso con un lápiz. Las cartas seguían en los sobres y, al pensar que quizá hallasen una prueba definitiva en el ADN de la saliva con la que el remitente pegó los sellos, sintió que se le aceleraba aún más el corazón.

—¿Podemos llevárnoslas? —preguntó Martin, también esperanzado al ver las

cartas.

—Sí, claro, llévenselas —asintió Kerstin en tono cansino—. Llévenselas y quémenlas después.

—Pero, salvo las cartas, ¿no habían recibido ninguna otra amenaza?

Kerstin se había sentado de nuevo y era evidente que le costaba decidirse.

—No sé si... —añadió vacilante—. A veces llamaba alguien, pero cuando cogíamos el teléfono, la persona que llamaba no decía ni una palabra, sino que se quedaba en silencio hasta que colgábamos. Lo cierto es que intentamos averiguar el número, pero al parecer pertenecía a un móvil con tarjeta de prepago, así que no pudimos saber quién era el propietario.

—Y ¿cuándo fue la última vez que recibieron una de esas llamadas? —preguntó Martin expectante, con el bolígrafo preparado.

Kerstin hizo memoria.

—Pues... ¿cuándo sería? Hace dos semanas, más o menos —respondió sin dejar de girar el anillo en el dedo.

—Y, a excepción de las llamadas, ¿nada más? ¿Ninguna otra persona que hubiese querido hacerle daño a Marit? Por cierto, ¿cómo era la relación con su ex marido?

Kerstin se tomó su tiempo antes de contestar. Tras echar una ojeada al pasillo para asegurarse de que la puerta del dormitorio de Sofie seguía cerrada, dijo:

—Al principio era una tortura, bueno, lo fue durante bastante tiempo, la verdad. Pero este último año la cosa ha estado más tranquila.

—¿Puede explicarnos en qué sentido era una tortura? —Patrik preguntaba y Martin no dejaba de tomar notas.

—Se negaba a aceptar que Marit lo hubiese abandonado. Llevaban juntos desde la adolescencia y, bueno, según Marit, hacía muchos años que su relación no era buena, si alguna vez lo fue. A ella le sorprendió lo violentamente que reaccionó Ola cuando le confesó que quería irse de casa. Pero Ola... —Se detuvo dubitativa—. Ola es un hombre que necesita ejercer control. Todo ha de estar limpio y en orden, y el hecho de que Marit lo abandonase perturbaba ese orden. Yo creo que era más bien eso lo que lo irritaba, no el hecho de perderla.

—¿Llegó a agredirla físicamente?

—No —respondió Kerstin algo insegura. Una vez más, miró temerosa hacia la puerta de Sofie—. Aunque, claro, eso depende de qué entendamos por físicamente. Creo que nunca la golpeó, pero sí sé que le tiró del brazo en alguna ocasión y que le dio algún empujón y cosas así.

—Y ¿cómo lograron ponerse de acuerdo con respecto a Sofie?

—Sí, bueno, era uno de los temas sobre los que discutían sin cesar al principio. Marit se mudó conmigo enseguida y, aunque el tipo de relación que manteníamos no se conocía abiertamente, tenía sus sospechas. Y se mostraba totalmente en contra de

que Sofie estuviera aquí. Intentaba sabotear el tiempo que pasaba con nosotras, venía a recogerla mucho antes de lo acordado y eso.

—Pero luego, la cosa se arregló, ¿no? —preguntó Martin.

—Sí, por suerte Marit no cedió un ápice en ese punto y, al final, Ola comprendió que no tenía nada que hacer. Lo amenazó con involucrar a las autoridades y entonces Ola terminó por rendirse. Pero nunca le gustó demasiado que Sofie viniese aquí.

—¿Y Marit le explicó alguna vez el tipo de relación que mantenían ustedes?

—No. —Kerstin meneó la cabeza con vehemencia—. ¡Era tan obstinada al respecto! Según decía, no le incumbía a nadie. Ni siquiera quería contárselo a Sofie. —Kerstin sonrió y meneó la cabeza, aunque más despacio, retardando el movimiento—. Pero Sofie es más lista de lo que creía Marit. Hoy mismo me ha contado que no se dejó engañar ni un segundo por nuestros intentos de escondernos. ¡Dios santo! Nos hemos pasado años cambiando las cosas de habitación e intentando besarnos discretamente en la cocina, como unas adolescentes.

Kerstin rompió a reír y Patrik se percató, admirado, de que su semblante parecía más dulce cuando reía. Luego volvió a adoptar una expresión grave.

—Pero, de todos modos, me cuesta creer que Ola tenga algo que ver con la muerte de Marit. Ya hacía tiempo que no discutían y... bueno, no sé. Sencillamente, no me parece verosímil.

—Y la persona que llamaba y les escribía, ¿no tiene ni idea de quién pudiera ser? ¿No habló ella de ningún cliente de la tienda que mostrase un comportamiento extraño o algo parecido?

Kerstin se esforzó por recordar durante unos minutos, pero terminó por negar despacio con la cabeza.

—No, la verdad es que no recuerdo a nadie. Quizá ustedes tengan más suerte —dijo señalando el montón de cartas.

—Sí, esperemos que así sea —asintió Patrik volviendo a guardar las cartas cuidadosamente en la bolsa. Él y Martin se levantaron—. Entonces, podemos llevarnos las cartas, ¿verdad?

—Sí, desde luego, no quiero volver a verlas nunca más.

Kerstin los acompañó hasta la puerta y les estrechó la mano al despedirse.

—¿Me avisarán cuando sepan algo definitivo sobre...? —Kerstin no terminó la pregunta. Patrik asintió.

—Sí, le prometo que la llamaré en cuanto sepamos algo más. Gracias por dedicarnos su tiempo en estos momentos tan... difíciles.

La mujer asintió sin más y cerró la puerta. Patrik miró la bolsa que llevaba en la mano.

—¿Qué te parece si enviamos hoy mismo un paquetito al laboratorio de criminalística? —le preguntó.

—Me parece una idea excelente —convino Martin, ya camino de la comisaría. Ahora, al menos, tenían por dónde empezar.

—Pues sí, tenemos grandes esperanzas en este proyecto. Empezáis a emitir el lunes, ¿no?

—Sí señor, entonces será el gran día —respondió Fredrik obsequiando a Erling con una amplia sonrisa.

Estaban en la gran sala del Consejo Municipal, en una pequeña sección con una mesa rodeada de sillones. Aquélla fue una de las primeras medidas de Erling, cambiar el aburrido mobiliario de las dependencias municipales por muebles de verdad, con clase y de calidad. No le había costado el menor trabajo colar aquella factura en la contabilidad. ¿Acaso no iban a poder comprar mobiliario de oficina?

La piel del sillón rechinó un poco cuando Fredrik cambió de postura, antes de continuar:

—Estamos muy satisfechos con las grabaciones que hemos hecho hasta ahora. Bueno, no puede decirse que haya mucha acción, pero es buen material para presentar a los participantes, para marcar el tono, vamos. Luego ya es cosa nuestra conseguir que surjan desavenencias, a ver si recibimos críticas como es debido. Creo que mañana por la tarde se celebra aquí una fiesta o algo así, puede ser un buen escenario en el que empezar. O mucho me equivoco, o los participantes animarán el ambiente de lo lindo.

—Sí, bueno, nosotros queremos que Tanum suene en los medios tanto como sonaron Amal y Töreboda. —Erling daba caladas a su cigarro sin dejar de observar al productor a través de la cortina de humo—. ¿Seguro que no quieres un habano? —le preguntó señalando con la cabeza el estuche que había sobre la mesa. El *humidor*, como él solía decir, con acento en la o. Aquello era importante, claro. Sólo los aficionados guardaban sus habanos en una caja cualquiera. Los verdaderos entendidos, en cambio, tenían humidores.

Fredrik Rehn meneó la cabeza.

—No, gracias, yo me limito a fumar palillos de veneno normales y corrientes —respondió sacando del bolsillo un paquete de Marlboro antes de encender un cigarrillo. El humo empezaba a adensarse en torno a la mesa.

—En fin, no necesito decir lo importante que es que tengamos verdadera difusión en las próximas semanas. —Erling dio otra calada—. Amal ocupó las primeras páginas como mínimo una vez a la semana durante el período de grabación del programa, y Töreboda incluso mucho después. Espero que nosotros tengamos la misma cobertura, como mínimo —dijo utilizando el puro para subrayar sus palabras.

El productor no se dejó amedrentar. Estaba acostumbrado a tratar con jefes de programación seguros de sí mismos y no le asustaba uno venido a menos que se

había convertido en obispillo de un pueblucho de nada.

—Habrà titulares, habrà titulares. Si la cosa no marcha, echaremos algo de leña al fuego y asunto concluido. Créeme, sabemos exactamente qué botones pulsar con esta gente. No son muy complicados que digamos —aseguró entre risas, que Erling coreó sin dudar. Fredrik continuó—: En realidad, la cuenta es muy sencilla. Juntamos a un grupo de jóvenes imbéciles y ansiosos de salir en televisión, añadimos un montón de alcohol y de cámaras siempre grabando a su alrededor. Duermen poco, comen mal y se hallan siempre bajo la presión que ejercemos nosotros y los televidentes para que hagan algo, para que se hagan notar. Si no lo consiguen, ya se pueden ir olvidando de darse paseos por los bares, de colarse para entrar en los clubes nocturnos, de verse rodeados de tías a todas horas o de que les paguen por posar desnudos. Créeme, están lo bastante motivados como para provocar titulares y generar buenos niveles de audiencia, y nosotros tenemos las herramientas adecuadas para ayudarles a canalizar esa energía.

—Bueno, parece que sabes lo que haces. —Erling se inclinó y golpeó el puro contra el borde del cenicero para hacer caer una larga columna de ceniza—. Aunque admito que no comprendo cuál es la gracia de estos programas. Jamás se me ocurriría verlo si no tuviera un interés tan particular justo en este programa. Los que se hacían antes, ésos sí eran programas de televisión. Aquello sí que era televisión de calidad. *Här är ditt liv, Gäster med gester, Gäst hos Hagge...* Ya no quedan presentadores como Lasse Holmqvist y Hagge Geigert.

Fredrik Rehn contuvo un impulso de hacer un gesto de desprecio. ¡Que los carcamales anduviesen siempre dando la murga con lo buenos que eran antes los programas de la televisión! Pero, si los sentaban delante de uno de esos espacios con el tal Hagge o como se llamara, no tardarían ni diez minutos en dormirse. Eran soporíferos. Sin embargo, sonrió a Erling como si estuviese completamente de acuerdo con él, pues le interesaba tenerlo de su lado.

—Se sobreentiende que aquí no queremos que nadie corra peligro ni lo pase mal —prosiguió Erling con el ceño fruncido. Un ceño que le había sido de gran utilidad durante sus años de jefazo. En efecto, después de no poco entrenamiento, había conseguido que pareciese auténtico.

—Desde luego que no —convino el productor, intentando parecer tan preocupado e interesado como Erling—. Estamos muy pendientes de cómo se encuentran los participantes e incluso hemos contratado los servicios de un profesional con el que podrán hablar mientras estén aquí.

—Y ¿a quién habéis recurrido? —preguntó Erling al tiempo que dejaba el habano, del que no quedaba ya más que una porción minúscula.

—Pues tuvimos la fortuna de dar con un psicólogo que se ha mudado a Tanum recientemente. A su mujer la han trasladado a la comisaría de aquí. Resulta que tiene

una trayectoria profesional impecable, así que tuvimos suerte. Hablará con los participantes, tanto de forma individual como en grupo, un par de veces a la semana.

—Estupendo, estupendo —se congratuló Erling asintiendo—. Nos preocupa muchísimo que todos se encuentren bien —insistió con una sonrisa paternal.

—En ese punto, estamos totalmente de acuerdo —respondió el productor devolviéndole la sonrisa. Pero la suya no fue tan paternal.

Calle Stjernfelt miraba con repugnancia los restos de comida de los platos. Allí estaba, sin saber qué hacer, con la mascarilla en una mano y el plato en la otra.

—¡Joder, qué cosa más asquerosa! —exclamó sin apartar la vista de los restos de patata, salsa y carne, mezclados hasta formar un mejunje imposible de identificar—. Oye, Tina, ¿cuándo vamos a cambiar de puesto, eh? —le preguntó con frustración cuando la joven salió de la cocina y pasó ante él con dos platos de comida elegantemente servidos.

—Por mí, jamás —le soltó mientras empujaba la puerta con la cadera.

—¡Vaya mierda! ¡Esto es odioso! —rugió Calle arrojando el plato en el fregadero, cuando una voz que resonó a su espalda lo sobresaltó de pronto.

—Oye, si rompes algo te lo descontamos del sueldo. —Günther, el jefe de cocina del restaurante Gestgifveriet de Tanumshede lo miraba con encono.

—Si te has creído que estoy aquí por el salario, estás muy equivocado —le espetó Calle—. Para que lo sepas, en Estocolmo gasto yo más en una noche de lo que tú ganas al mes —añadió antes de, con gesto desafiante, soltar otro plato en el fregadero. El plato se quebró y Calle miró a Günther retándolo a actuar. Por un instante, pareció que el jefe de cocina iba a reprender al joven, pero echó una ojeada a las cámaras y, protestando entre dientes, se puso a remover las salsas que hervían en los fogones.

Calle sonrió con desprecio. Las cosas no cambiaban, aunque uno cambiase de lugar. Tanumshede o la plaza de Stureplan en Estocolmo, tanto daba. *Money talks*. Todos acudían donde estaba el dinero. Él había crecido en ese ambiente y había aprendido no sólo a vivir con el orden del mundo que implicaba tal premisa, sino también a apreciarlo. ¿Por qué no? A él sólo le reportaba ventajas. Y no tenía la culpa de haber nacido en un mundo en el que mandaba el dinero. La única vez que vio que esas reglas no funcionaron fue en la isla. Su solo recuerdo lo ponía de mal humor.

Calle abrigaba grandes expectativas cuando entró en *Robinson*. Estaba acostumbrado a ganar y, desde luego, eliminar a una pandilla de paletos imbéciles no supondría ningún problema.

Ya se sabía qué clase de gente participaba en ese programa. Desempleados, mozos de almacén y peluqueras. Para alguien como él sería pan comido dejarlos a todos fuera de juego. Pero la realidad resultó muy distinta y sorprendente. Sin la

posibilidad de sacar la cartera, sin la posibilidad de brillar como un astro, comprendió que existían otros factores que podían ser decisivos. Cuando se acabó la comida, y la mugre y las pulgas tomaron el mando, no tardó en verse reducido a un cero a la izquierda, a un don nadie. Fue una experiencia verdaderamente dolorosa. Lo descalificaron sin darle la oportunidad de pasar a la votación. De repente, se vio obligado a enfrentarse al hecho de que no le gustaba a la gente. Tampoco es que fuese el chico más popular y apreciado de todo Estocolmo, pero al menos allí la gente lo trataba con respeto y admiración. Y claro que le doraban la píldora a conciencia para poder compartir con él los momentos en que corría el champán y había montones de tías entre las que elegir. En la isla, en cambio, ese mundo se le antojaba remoto y, al final, ganó un inútil de Smáland. Un carpintero de mierda a cuyos pies todos se rindieron porque lo encontraban tan genuino, tan sincero, tan del pueblo. Menudos imbéciles. Desde luego, la experiencia de la isla era un recuerdo que deseaba olvidar tan pronto como fuese posible.

Ahora, en cambio, todo sería muy distinto. Aquí se hallaba más en su elemento. Bueno, quizá no exactamente allí, delante del fregadero, pero en este programa tendría la oportunidad de demostrar que era alguien. Aquí sí eran importantes su dialecto del selecto barrio de Östermalm, el pelo peinado hacia atrás y la ropa de marca. Aquí no se vería obligado a andar de un lado para otro medio desnudo como un salvaje ni a confiar en un personaje de poca monta. Aquí podía dominar. Con gesto díscolo, cogió otro plato sucio de la pila y empezó a enjuagarlo. Hablaría con el jefe de producción para que lo cambiaran al puesto de Tina. Aquello no se correspondía en absoluto con su imagen.

Como una respuesta ambulante a su razonamiento, Tina volvió a aparecer por la puerta.

La joven se apoyó contra la pared, se quitó los zapatos y encendió un cigarrillo.

—¿Quieres uno? —le preguntó ofreciéndole el paquete.

—Sí, qué coño —respondió Calle apoyándose como ella.

—Se supone que aquí no podemos fumar, ¿no? —preguntó Tina expulsando el humo.

—Claro que no —respondió Calle antes de formar un anillo que rodeó la bocanada de Tina.

—¿Cómo crees que irá lo de esta noche? —le preguntó Tina.

—¿Te refieres a lo de la discoteca o lo que sea?

—Sí, exacto —se rió la joven—. Creo que no he estado en una «discoteca» desde que iba al instituto —aseguró mientras estiraba los dedos de los pies, que, tras un par de horas aprisionados en unos zapatos de tacón, sentía doloridos.

—Pues creo que será divertido. Aquí somos los reyes. La gente vendrá sólo para vernos. ¿Cómo no va a ser divertido?

—Ya, bueno, pensaba preguntarle a Fredrik si no puede conseguir que me dejen cantar.

Calle se echó a reír.

—¿Qué dices? No hablarás en serio, ¿verdad? —Tina lo miró dolida.

—¿Tú crees que yo hago esto por lo entretenido que es? Tengo que apostar fuerte. Llevo varios meses recibiendo clases de canto y, después de mi participación en el programa *El bar*, las discográficas se mostraron muy interesadas.

—O sea, que ya tienes contrato para grabar un disco, ¿no? —le preguntó Calle con ironía antes de dar otra calada.

—No... Se jodió, vamos. Pero, según mi manager, es que no era el momento. Y tenemos que encontrar un tema con garra que me dé un perfil. Además, va a intentar que me fotografíe Bingo Rimer.

—¿A ti? —Calle se carcajeó implacable—. Yo creo que Barbie tiene más posibilidades que tú, vamos... Tú no tienes sus... —Calle paseó la mirada por su cuerpo, antes de rematar la frase—... sus atributos.

—¿Pero qué dices? Yo tengo tan buen tipo como esa muñeca hinchable. Sólo tengo menos tetas, pero sólo un poco. —Tina arrojó la colilla al suelo y la aplastó irritada con el tacón—. Y además, estoy ahorrando para ponérmelas nuevas —añadió mirando a Calle retadora—. Diez mil más y podré usar un sujetador de la talla 100.

—Sí, sí, buena suerte —respondió Calle, apagando él también el cigarrillo en el suelo. Y en ese preciso momento volvió Günther. Su cara adquirió un tono más rojizo que el que le había provocado el vapor de las cacerolas.

—¿Estáis fumando aquí dentro? ¡Está prohibido, prohibidísimo, totaaaaalmente prohibido! —El jefe de cocina hizo unos cuantos molinetes con los brazos, a lo que Tina y Calle se miraron y se echaron a reír. Aquel tío era una caricatura. A regañadientes, retomaron sus tareas. Las cámaras habían captado toda la escena.

Capítulo 3

Los mejores momentos eran aquellos en que se sentaban juntos, muy juntos. Los momentos en que ella sacaba el libro. El crujir de las hojas a medida que las iba pasando despacio, el olor de su perfume, la sensación de la suave tela de su blusa en la mejilla. En esos momentos, las sombras se mantenían apartadas. Todo aquello que había en el exterior y que les causaba temor y atracción a un tiempo dejaba de ser importante. Su voz, que ascendía y descendía en dóciles ondas. A veces, si estaban cansados, uno de los dos, o incluso ambos, se dormía en sus rodillas. Lo último que recordaban antes de que el sueño se apoderase de ellos era el relato, el rumor del papel y los dedos de ella acariciándoles el cabello.

Se trataba de un relato que habían oído cientos de veces. Se lo sabían de memoria y, pese a todo, cada vez que lo escuchaban, les sonaba nuevo. En ocasiones observaba a su hermana mientras escuchaba con la boca entreabierta y los ojos fijos en las páginas del libro. El cabello le caía como una cascada por la espalda, sobre el camisón. El solía cepillarle la melena todas las noches. Era su misión.

Cuando ella les leía, se disipaba el deseo de cruzar la puerta cerrada y salir al mundo del otro lado. En esos momentos no existía más que un mundo lleno de color y de aventuras, plagado de dragones, príncipes y princesas. No una puerta cerrada. No dos puertas cerradas.

El recordaba vagamente que, al principio, tenía miedo. Ya no. No ahora que ella olía tan bien y la sentía tan suave y su voz subía y bajaba de un modo tan rítmico. No ahora que sabía que ella lo protegía. No ahora que sabía que él era un pájaro cenizo.



Patrik y Martin llevaban un par de horas en la comisaría dedicándose a otros asuntos, a la espera de que Ola volviese a casa del trabajo. Sopesaron la posibilidad de ir allí y hablar con él directamente, pero decidieron esperar hasta las cinco, hora a la que concluiría su jornada laboral en la empresa Inventing. No existía razón alguna para exponerlo a una avalancha de preguntas por parte de sus compañeros de trabajo. De hecho, Kerstin les aseguró que no creía que Ola tuviese nada que ver con las cartas y las llamadas anónimas. Patrik no estaba tan seguro. Necesitaría suficientes pruebas de que así era, antes de desechar la idea. El montón de cartas había salido con destino al laboratorio de criminalística a última hora de la mañana y, además, había solicitado acceso a las listas de abonados que llamaron a Kerstin y a Marit en los períodos en

que recibieron las llamadas anónimas.

Parecía que Ola acababa de salir de la ducha cuando les abrió la puerta. Había tenido tiempo de vestirse, pero aún llevaba el pelo mojado.

—¿Sí, de qué se trata? —preguntó impaciente. Ya no quedaba ni rastro de la expresión de dolor que habían advertido el lunes, cuando le comunicaron que su ex mujer había muerto. O, por lo menos, no tan patente como la que observaron en la segunda visita a Kerstin.

—Queríamos hablar de nuevo con usted unos minutos.

—¿Ajá? —respondió Ola, aún impaciente y con expresión inquisitiva.

—Bueno, se trata de algunas circunstancias relacionadas con la muerte de Marit.

Al parecer, Ola lo entendió enseguida, porque se apartó a un lado y les indicó que entrasen.

—Pues está bien que hayan venido, porque yo pensaba llamarlos.

—¿Ah, sí? —preguntó Patrik al tiempo que se sentaba en el sofá. En esta ocasión, Ola no los condujo a la cocina, sino que les señaló el tresillo que había en la sala de estar.

—Sí, quería saber si pueden expedir una orden de alejamiento y prohibición de visitas.

Ola se sentó en un gran sillón de piel y cruzó las piernas.

—Ajá —intervino Martin con una rauda mirada inquisitiva a Patrik—. Y ¿contra quién querría que se redactara dicha orden?

En los ojos de Ola brilló un destello.

—Por el bien de Sofie, contra Kerstin.

Ni Patrik ni Martin mostraron la menor sorpresa.

—¿Y eso por qué, si puede saberse? —preguntó Patrik aparentando calma.

—¡No hay razón alguna para que Sofie vaya a casa de esa... de esa... persona! —respondió Ola con tanta animadversión que los salpicó a ambos de saliva. Se inclinó y, con los codos apoyados en las piernas, continuó—: Sofie ha ido hoy a verla. Cuando llegué a casa para el almuerzo, su mochila no estaba. Y he llamado a sus amigos. Seguro que se ha ido a casa de esa... bollera. Tendrá que haber alguna forma de impedirselo, ¿no? Quiero decir que, pienso mantener una conversación seria con Sofie cuando llegue a casa, por supuesto, pero debe existir una vía legal para impedir que la vea, ¿verdad? —Ola miraba alternativamente a Patrik y a Martin, exigiendo una respuesta.

—Pues... yo creo que será difícil —respondió Patrik, que veía cada vez más confirmadas sus sospechas. Aquello de lo que querían hablar con Ola se les antojaba no sólo posible, sino perfectamente verosímil.

—La prohibición de visitas es una medida muy severa y no creo que sea aplicable en este caso —afirmó Patrik sin dejar de observar a Ola, que se mostraba claramente

indignado.

—Pero, pero... —balbució Ola—. ¿Qué coño se supone que puedo hacer? Sofie tiene quince años y, si se niega a hacerme caso, no puedo encerrarla. Y esa mierda de... —Se tragó el insulto, aunque no sin dificultad—. Seguro que no va a colaborar. Cuando Marit vivía, me vi obligado a aguantar a esa... pero que tenga que seguir soportando esa mierda ahora, ¡no, hombre, de eso nada! —rugió estampando en la mesa tal puñetazo que Patrik y Martin dieron un respingo en sus asientos.

—En otras palabras, no aprueba el estilo de vida por el que optó su ex mujer, ¿no es eso?

—¿Que optó por un estilo de vida, dice? —resopló Ola—. De no haber sido por esa puerca que le llenó a Marit la cabeza de grillos, esto jamás habría ocurrido. Marit, Sofie y yo aún estaríamos juntos. ¡Pero no! Marit no sólo destruyó su familia y nos abandonó a mí y a Sofie, sino que, además, ¡nos convirtió en el hazmerreír de todos! —Ola meneó la cabeza, como si aún le costase creerlo.

—¿Le demostró su disconformidad de alguna manera? —preguntó Patrik insidioso. Ola lo miró suspicaz.

—¿Qué quiere decir? Desde luego, nunca oculté lo que pensaba sobre el hecho de que Marit nos abandonase. Sin embargo, he sido muy discreto a la hora de hablar de los motivos. Que tu esposa se pase al equipo contrario no es algo que uno quiera ventilar. Verse abandonado por una tía... No es nada de lo que uno pueda ir pavoneándose por ahí, precisamente. —Intentó reír, pero la amargura tornó su risa en algo mucho más ominoso.

—Ya, pero... ¿no tomó ninguna medida en contra de su ex mujer y de Kerstin?

—No entiendo qué quiere insinuar —respondió Ola entornando los ojos.

—Nos referimos a una serie de cartas amenazadoras y llamadas telefónicas intimidatorias —respondió Martin.

—¿Quién? ¿Yo? —Ola abrió los ojos de par en par. No resultaba fácil juzgar si su asombro era sincero o fingido—. Y, además, ¿qué importancia podría tener eso? Quiero decir, puesto que la muerte de Marit fue consecuencia de un accidente.

Patrik decidió aguardar unos minutos antes de corregir su afirmación. No quería revelar cuánto sabían de golpe, sino que prefería hacerlo poco a poco.

—Alguien les estuvo enviando cartas anónimas y llamándolas por teléfono, también amparándose en el anonimato.

—Ya, bueno, a mí no me parece sorprendente —respondió Ola con una sonrisa—. Ese tipo de personas suelen atraer sobre sí esa clase de atención. Puede que en las grandes ciudades se tolere, pero aquí no.

Patrik estaba a punto de desmayarse ante el exceso de prejuicios que demostraba aquel hombre. Le costó contener el impulso de agarrarlo por la camisa y decirle cuatro verdades. El único consuelo era que, a medida que hablaba, Ola iba cavando

su propia tumba.

—Es decir, que no es usted el autor de las cartas ni de las llamadas, ¿no? —preguntó Martin con la misma expresión de desprecio mal disimulada.

—No, jamás me rebajaría a algo semejante. —Ola les sonrió con superioridad. Estaba tan seguro de sí mismo, y de su casa tan limpia y tan ordenada... Patrik sentía un deseo irrefrenable de alterar tanto orden.

—En ese caso, no pondrá objeción alguna a que le tomemos las huellas dactilares, ¿verdad? Para compararlas con las que el laboratorio científico encuentre en los sobres, claro.

—¿Mis huellas dactilares? —Su sonrisa se esfumó en un instante—. No lo entiendo. ¿Por qué indagar en eso ahora? —preguntó claramente preocupado. Patrik se carcajeó para sus adentros y una breve ojeada a la cara de Martin le reveló que también su colega disfrutaba de la situación.

—Primero, responda a la pregunta. ¿O puedo dar por sentado que no tiene inconveniente en dejarnos sus huellas? Así podremos descartarlo.

Ola empezó a retorcerse en el sillón de piel. Miró vacilante de un lado a otro y se puso a ordenar los objetos que había sobre la mesa de cristal. En opinión de los dos policías, aquello estaba ya en perfecto orden, pero al parecer Ola no compartía su parecer, pues lo fue desplazando todo unos milímetros aquí y otros milímetros allá, hasta que todo estuvo lo bastante recto como para que se serenase.

—Pues... —comenzó indeciso, como queriendo retardar su respuesta—. Bueno, he de confesarlo, entonces —dijo al fin, de nuevo con una sonrisa en los labios. Se retrepó con aire de haber recuperado el equilibrio que parecía haber perdido por un instante—. Sí, será mejor decir la verdad. Es cierto que les envié unas cartas y las llamé unas cuantas veces. Claro que fue una tontería, pero esperaba que Marit tomase conciencia de que la situación era insostenible y que recobrase el sentido común. Hubo un tiempo en que nosotros estábamos estupendamente. Y podíamos volver a estarlo. Pero tenía que abandonar aquel disparate y dejar de ponerse en ridículo a sí misma y al resto de la familia. Sobre todo por Sofie. Imagínense, si hubieran tenido que ir a la escuela con semejante equipaje. Los compañeros les habrían machacado. Marit tenía que comprenderlo. No funcionaría, sencillamente, aquello no funcionaría.

—Y, sin embargo, llevaba cuatro años funcionando, así que no parecía que tuviese mucha prisa por volver con usted —observó Patrik con fingida dulzura.

—Bueno, era cuestión de tiempo, simple cuestión de tiempo. —Ola empezó a trajar de nuevo con los objetos de la mesa. De pronto, se dirigió vehemente a los dos policías—. Pero, bueno, lo que no entiendo es qué importancia puede tener eso ahora. Marit está muerta y, si Sofie y yo nos libramos de esa mujer, podremos seguir adelante. ¿Por qué hurgar en eso ahora?

—Porque hay una serie de indicios que apuntan a que la muerte de Marit no fue

fruto de un accidente.

Un siniestro silencio inundó la sala de estar. Ola los miraba perplejo.

—¿Que no fue... un accidente? —El hombre los miraba nervioso de hito en hito—. ¿Qué están insinuando? ¿Que alguien...? —Dejó la pregunta inconclusa. Si su sorpresa no era auténtica, podía afirmarse que era un gran actor. Patrik habría dado casi cualquier cosa por saber lo que pasaba por la mente de Ola en aquellos momentos.

—Sí, creemos que pudo haber alguien involucrado en la muerte de Marit. Sabremos más dentro de muy poco, pero por ahora... usted es nuestro principal candidato.

—¿Yo? —preguntó Ola sin dar crédito a lo que acababa de oír—. Pero... si yo jamás le haría daño a Marit. ¡Yo la quería! ¡Yo sólo quería que volviéramos a ser una familia!

—Ya, y movido por ese gran amor, la amenazaba a ella y a su chica —sentenció Patrik rezumando sarcasmo.

Ola se estremeció al oír la expresión «su chica».

—Es que... ¡ella no lo entendía! Seguro que sufrió una especie de crisis de los cuarenta, las hormonas se le dispararon y, de alguna manera, eso le afectó al cerebro y por eso lo tiró todo por la borda. Llevábamos veinte años juntos, ¿se imaginan? Nos conocimos en Noruega cuando teníamos dieciséis y yo creía que siempre estaríamos juntos. Superamos juntos un montón de... —Se detuvo un instante, como si dudase, antes de reanudar su alegato—: ... problemas cuando éramos jóvenes y teníamos todo lo que queríamos. Y luego, de pronto... —Ola había ido levantando la voz y ahora alzó los brazos en un gesto de impotencia, claro indicio de que aún no entendía lo que había sucedido hacía cuatro años.

—¿Dónde estuvo la noche del pasado domingo?

Patrik aguardaba una respuesta con expresión grave.

Ola le sostenía la mirada incrédulo.

—¿Me está preguntando si tengo una coartada? ¿Es eso? ¿Quiere que le dé mi puñetera coartada del domingo, es eso?

—Sí, eso es —respondió Patrik con absoluta serenidad.

Ola pareció estar a punto de perder la compostura, pero se controló.

—Estuve en casa toda la tarde. Yo solo. Sofie pasaba la noche en casa de una amiga, de modo que no hay nadie que pueda atestiguarlo. Pero así fue. —Los miró retador.

—¿Nadie con quien hablara por teléfono siquiera? ¿Ni un vecino que llamase a su puerta para pedirle un favor? —preguntó Martin.

—Nadie —repitió Ola.

—Vaya, pues eso no es nada bueno —comentó Patrik lacónico—. Significa que,

si se confirma que la muerte de Marit no fue un accidente, usted sigue siendo sospechoso.

Ola rió con amargura.

—O sea, que ni siquiera están seguros. Y aun así vienen aquí y me exigen que presente una coartada —constató meneando la cabeza con displicencia—. Que me ahorquen si están en sus cabales. —Ola se puso de pie—. Creo que deberían marcharse.

Patrik y Martin se levantaron también.

—Sí, en realidad ya habíamos terminado. Pero es posible que volvamos.

Ola rió de nuevo.

—Sí, seguro que sí. —Dicho esto, se encaminó a la cocina y no se molestó en despedirse siquiera.

Patrik y Martin salieron sin que los acompañase a la puerta. Ya en la calle, se detuvieron de pronto.

—Bueno, ¿tú qué crees? —preguntó Martin subiéndose un poco más la cremallera para protegerse la garganta. Aún no había llegado el verdadero calor primaveral y el viento seguía soplando frío.

—No lo sé —admitió Patrik lanzando un suspiro—. Si tuviéramos la certeza de que lo que tenemos entre manos es una investigación de asesinato, habría sido más fácil, pero así... —Volvió a suspirar—. Si cayera en la cuenta de qué es lo que me resulta tan familiar de todo esto. Hay algo que... —Guardó silencio meneando la cabeza con amargura—. Nada, que no caigo. Tendré que repasarlo todo con Pedersen una vez más, por si da con alguna que otra pista. Y quizá los técnicos hayan conseguido sacar algo en limpio del coche.

—Sí, esperemos que sí —asintió Martin dirigiendo sus pasos hacia el coche.

—Oye, creo que me voy a ir a casa dando un paseo —le dijo Patrik.

—Pero ¿cómo vas a ir al trabajo mañana?

—Ya veré cómo lo hago. Quizá Erica pueda llevarme con el coche de Anna.

—Bueno, vale —respondió Martin—. Entonces me voy a casa yo también. Pia no se encontraba muy bien, así que hoy tendré que mimarla un poco más que de costumbre.

—Espero que no sea nada grave —se preocupó Patrik.

—¡Qué va! Pero lleva unas semanas algo mustia y con náuseas.

—¿No estará...? —comenzó Patrik, pero una mirada de Martin lo hizo detenerse. De acuerdo, lo había captado: no era el momento ideal para hacerle esa pregunta. Sonrió y se despidió de Martin, que ya estaba en el coche. ¡Qué ganas tenía de llegar a casa!

Lars le masajeaba los hombros a Hanna, que estaba sentada ante la mesa de la cocina,

con los ojos cerrados y los brazos colgando inertes a ambos lados. Pero tenía la zona de los hombros dura como una piedra y Lars intentaba aliviar la tensión allí concentrada masajeando con mucho cuidado.

—¡Qué barbaridad! Deberías ir a un fisioterapeuta, tienes esta zona llena de contracturas.

—Sí, ya lo sé —respondió Hanna con una mueca de dolor mientras Lars presionaba una zona particularmente cargada—. ¡Ay! —se lamentó.

Lars paró enseguida.

—¿Te duele? ¿Quieres que lo deje?

—No, no, sigue —le rogó, aún con el dolor reflejado en la cara. Sin embargo, era un dolor agradable, la sensación de un músculo que se relaja y vuelve a colocarse en su lugar era maravillosa.

—¿Qué tal en el trabajo? —preguntó Lars sin dejar de masajearle los hombros.

—Pues mira, bastante bien —respondió Hanna—. Aunque un poco muermo. Ninguno de los colegas destaca por su perspicacia. Bueno, salvo Patrik Hedström, quizá. Y el otro, que es un poco más joven, Martin. El también puede llegar a ser bueno. Pero Gösta y Mellberg... —Hanna rompió a reír—. Gösta se pasa los días jugando a videojuegos y a Mellberg apenas lo he visto. Se encierra en su despacho y de ahí no sale. En fin, que esto va a ser un reto.

Por un instante, la atmósfera se tornó ligera en la habitación. Sin embargo, los viejos fantasmas de siempre no tardaron en infiltrarse, emponzoñándolo todo. Tenían tanto que decirse. Era tanto lo que debían hacer. Pero nunca se decidían a abordarlo. El pasado se interponía entre los dos como un obstáculo descomunal que se les presentaba como insalvable. Se habían resignado. La cuestión era si querían superarlo siquiera.

Lars pasó del masaje a las caricias y de los hombros al cuello. Hanna emitió un leve gemido, aún con los ojos cerrados.

—Lars, ¿se acabará alguna vez? —le susurró mientras sus manos seguían acariciándole los hombros, la espalda, bajo la camiseta. Lars tenía la boca pegada a su oreja y Hanna sentía el calor de su aliento.

—No lo sé, Hanna. No lo sé.

—Pero... tenemos que hablar de ello. Algún día tendremos que hablar de ello. —Hanna oía el tono suplicante y desesperado que siempre acompañaba a su voz cuando salía a relucir ese tema.

—No, no tenemos por qué —respondió Lars, que ya empezaba a mordisquearle la oreja. Hanna intentó resistirse, pero, como de costumbre, el deseo empezaba a prender en su interior.

—Pero, y entonces, ¿qué vamos a hacer? —La desesperación se mezclaba con el deseo y, de repente, se volvió hacia él.

Con la cara muy pegada a la de ella, le dijo:

—Vivir nuestra vida juntos. Día tras día, hora tras hora. Hacer nuestro trabajo. Sonreír, y todo lo que se espera que hagamos. Y amarnos.

—Pero... —Lars interrumpió sus protestas con un beso. La rendición subsiguiente le resultaba tan familiar... Sus intentos de abordar el tema tenían siempre el mismo final. Hanna sentía las manos de Lars por todo el cuerpo. Dejaban un rastro ardiente tras de sí y, poco a poco, sintió que las lágrimas empezaban a brotar. Todos los años de frustración, de vergüenza, de pasión, tenían cabida en aquellas lágrimas. Lars las lamía con avidez y dejaba con su lengua un rastro húmedo en sus mejillas. Hanna intentó zafarse, pero su amor, su hambre, lo inundaba todo y no le permitía huir. Finalmente, Hanna cedió. Barrió de su cerebro cualquier idea, todo el pasado. Le devolvió sus besos y se aferró a él apretándose contra su cuerpo. Se quitaron la ropa con apremio, con urgencia, y se tumbaron en el suelo de la cocina. Lejos, muy lejos, Hanna se oía gritar a sí misma.

Después, como de costumbre, se sintió vacía. Y perdida.

—¡Pues sí que parecía mustio Patrik ayer cuando llegó a casa! —observó Anna estudiando la reacción de Erica, que intentaba concentrarse en el volante. Erica exhaló un suspiro.

—Sí, puede decirse que no está en buena forma. Esta mañana, cuando lo llevé a la comisaría, intenté hablar con él, pero no estaba muy parlanchín. Ya he visto antes esa expresión. Le está dando vueltas a algún asunto relacionado con el trabajo, una idea que no le da tregua. Y lo único que se puede hacer es darle tiempo. Tarde o temprano hablará.

—¡Hombres! —exclamó Anna, y una sombra apagó su semblante. Erica la intuyó con el rabillo del ojo y sintió que se le encogía el estómago. Vivía con el temor constante de que Anna volviese a caer en la apatía, de que perdiese la chispa vital que había prendido en ella. Pero, en esta ocasión, su hermana logró desechar el recuerdo del infierno que había vivido, un recuerdo que se obstinaba en abrirse camino en su pensamiento.

—¿Es algo relacionado con el accidente de tráfico? —le preguntó.

—Eso creo —respondió Erica mirando bien a su alrededor antes de tomar la rotonda de Torp—. O, al menos, a mí me comentó que estaban investigando una serie de anomalías. Y también me dijo que el accidente le recordaba a algo.

—¿A qué? —preguntó Anna curiosa—. ¿A qué podría recordarle un accidente de tráfico?

—No lo sé, pero eso fue lo que dijo. Y que hoy investigaría el asunto más a conciencia, que intentaría llegar hasta el fondo.

—Me figuro que no has tenido ocasión de darle la lista, ¿verdad?

Erica rompió a reír.

—No, no he tenido el valor de enseñársela al verlo tan abatido. Intentaré dejárselo caer de la mejor forma posible durante el fin de semana.

—Bien —convino Anna, quien, sin que nadie se lo hubiese pedido, se había erigido en organizadora general y jefa del «proyecto boda»—. Lo más importante es que le hagas entender lo de su atuendo. Nosotras podemos ver algo hoy e incluso puedes elegir varias de las opciones, pero es él quien debe probarse la ropa.

—Sí, pero lo de su ropa no será problema. A mí me preocupa más la mía —confesó Erica en tono sombrío—. ¿Tú crees que en la tienda de vestidos de novia habrá una sección de tallas extra grandes?

Giró para acceder al aparcamiento de Kampenhof y se quitó el cinturón de seguridad. Anna hizo lo propio y se volvió hacia Erica.

—No te preocupes, estarás preciosa. ¡Ya verás! Y en seis semanas puedes perder un montón de peso. ¡Saldrá perfecto!

—Lo creeré cuando lo vea —se empecinaba Erica—. Prepárate para la realidad, ésta no será una empresa agradable.

Cerró el coche y se encaminó a la calle comercial, con Maja en el carrito. La tienda de vestidos de novia estaba en una de las estrechas callejuelas perpendiculares a la principal. Erica había llamado antes de salir para cerciorarse de que estaría abierta.

Anna no pronunció una sola palabra más hasta que no llegaron a la tienda. Justo cuando cruzaban el umbral le dio un apretón a Erica en el brazo, para infundirle ánimo. Después de todo, ¡iban buscando un vestido de novia!

Erica respiró hondo cuando se cerró la puerta y se vio dentro del comercio. Blanco, blanco y más blanco. Tul y encajes y perlas y lentejuelas. Una mujer menuda, muy maquillada y de unos sesenta años se les acercó solícita:

—¡Hola, adelante! —saludó en tono cantarín con una palmadita de entusiasmo. Teniendo en cuenta lo contenta que se había puesto al verlas, Erica pensó con cinismo que, seguramente, no acudirían allí muchas clientas.

Anna dio un paso al frente y tomó el mando.

—Estamos buscando un vestido de novia para mi hermana —explicó señalando a Erica, a lo que la señora dio otra palmadita.

—¡Oh, qué bien! ¿Va a casarse?

No, ¡qué va!, es que me apetecía mucho tener un vestido de novia, pensó Erica irritada. Sin embargo, se guardó el comentario y no dijo ni una palabra.

Parecía como si Anna le hubiese leído el pensamiento, pues se apresuró a explicar:

—Sí, van a casarse el sábado de Pentecostés.

—¡Vaya! —exclamó la mujer horrorizada—. Entonces es urgente, muy urgente.

Apenas queda poco más de un mes, ¡qué horror! No puede decirse que lo haya planeado con tiempo.

Una vez más, Erica se tragó un comentario airado al sentir en su brazo la mano de Anna, que intentaba calmarla. La señora les indicó que se acercasen y Erica la siguió vacilante. Aquella situación le resultaba tan... extraña... Claro que jamás había puesto un pie antes en una tienda de vestidos de novia, y eso bien podía explicar la sensación de extrañeza. Miró a su alrededor y sintió que la cabeza le daba vueltas, literalmente. ¿Cómo podría ella encontrar un vestido de novia allí, en medio de aquel mar de volantes y gasas?

Una vez más, allí estaba Anna, consciente de cómo se sentía. Le indicó a Erica que se sentara en el sillón, dejó a Maja en el suelo y, con voz firme y segura, le dijo a la mujer: —¿Podría sacarnos varios modelos para que los vea mi hermana? Sin demasiados adornos, algo sencillo y clásico, aunque con algún detalle que destaque, ¿verdad? —preguntó mirando a Erica, que no pudo por menos de echarse a reír: Anna la conocía casi mejor que ella misma.

La propietaria de la tienda empezó a sacar un vestido tras otro. Erica negaba unas veces, afirmaba otras. Finalmente, seleccionaron cinco vestidos y Erica entró en el probador con el corazón en un puño. Aquélla no era su distracción favorita. Poder contemplar su cuerpo desde tres ángulos distintos al mismo tiempo mientras la luz implacable evidenciaba todo lo que quedaba oculto bajo la ropa invernal era una experiencia espeluznante. En todos los sentidos, observó Erica al comprobar que debería haberse pasado la cuchilla aquí y allá. En fin, ya era tarde para remediarlo. Muy despacio y con cuidado, se puso el primero de los vestidos. Era un modelo tipo funda, con un escote palabra de honor y, cuando fue a subir la cremallera, ya sabía que aquello no sería nada agradable.

—¿Qué tal va eso? —le gritó la mujer desde el otro lado de la cortina, con su tono de voz más entusiasta—. ¿Necesita ayuda con la cremallera?

—Sí, creo que sí —respondió Erica saliendo del probador muy a su pesar. Les dio la espalda para que la señora pudiera subirle la cremallera, tomó aire y se contempló en el espejo de cuerpo entero. Aquello no tenía remedio. No, no lo tenía. Sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. No era así como se había imaginado de novia. En sus sueños, siempre había estado deliciosamente delgada, con el pecho firme y la piel tersa. La figura que la miraba desde el espejo, en cambio, parecía una variante femenina del muñeco de Michelin. Los pliegues se ondulaban claramente en la cintura, tenía la piel ajada y apagada por el frío invernal. El cuerpo del vestido había embutido sus carnes de modo que, por debajo de los brazos, sobresalían unos pliegues extraños en forma de molletes de piel y grasa. Tenía un aspecto horrible. Se aguantó las ganas de llorar y volvió a entrar en el probador. Sin saber cómo, logró bajarse la cremallera sin ayuda y se quitó el vestido. Tocaba probarse el siguiente.

Aquél pudo ponérselo sin asistencia, de modo que salió a que la vieran Anna y la propietaria. En esta ocasión, no logró ocultar cómo se sentía y vio en el espejo que le temblaba el labio inferior, pues estaba al borde del llanto. Unas cuantas lágrimas rodaron por sus mejillas y se las enjugó con el reverso de la mano. No quería ponerse a llorar allí y hacer el ridículo, pero no podía evitarlo. Tampoco aquel vestido le quedaba bien. Como el anterior, era de corte sencillo, pero iba abrochado al cuello y con la espalda descubierta, lo que, al menos, eliminaba los pliegues de los brazos. En este caso, el mayor problema era la barriga. No conseguía imaginarse cómo podría ponerse lo bastante en forma como para sentirse guapa el día de su boda. Se suponía que tenía que ser divertido. Y llevaba toda la vida esperándolo, soñando con verse allí eligiendo y descartando y probándose un montón de hermosos vestidos de novia, uno tras otro. Imaginando cómo los ojos de todos se volvían para admirarla cuando se dirigiese al altar con su novio del brazo. En sus sueños, siempre parecía una princesa el día de su boda. Al ver que las lágrimas empañaban de nuevo sus ojos, Anna se levantó y posó una mano sobre su brazo desnudo:

—Pero, querida, ¿qué te pasa?

Erica sollozó.

—Es que... Es que... estoy tan gorda. Todo me queda espantoso.

—No estás gorda en absoluto, Erica. Aún te sobran unos kilos del embarazo y nada más. Y de aquí al día de la boda, nos habremos deshecho de ellos. Tienes un cuerpo precioso. Por ejemplo, mira el escote. Yo habría matado por un escote así el día que me casé.

Anna le señaló el espejo y Erica siguió su dedo con la vista, aunque a disgusto. En un principio no vio más que su cara patética, las mejillas húmedas y la nariz hinchada y enrojecida por el llanto. Pero después bajó la mirada y, bueno, sí, quizá Anna tuviese razón. Aquel escote no estaba nada mal.

Entonces se incorporó a la conversación la propietaria de la tienda.

—Le queda precioso, lo que ocurre es que no lleva la ropa interior adecuada. Si se lo prueba con un *body* o con una faja, esa barriguilla desaparecerá como por ensalmo. Si eso no es nada, mujer. Le aseguro que he visto cosas bastante peores en mis años de oficio. Su hermana tiene razón, tiene un cuerpo muy bonito, así que es cuestión de encontrar un vestido que lo realce. Venga, pruébese éste y verá cómo se anima. Este modelo le hará más justicia si cabe.

La mujer cogió uno de los vestidos que tenía colgados en el expositor y se lo entregó con gesto alentador. Erica se lo puso, aunque con escepticismo, y volvió a salir del probador. Respiró hondo, soltó el aire y se colocó delante del espejo con el estoicismo de un soldado que vuelve a la línea de fuego. Su cara se transformó de asombro. Aquello era otra cosa. Aquel vestido le quedaba... ¡le quedaba perfecto! Todo aquello que, con los anteriores, se veía espantoso, con éste se convertía en

ventajas. La barriga aún sobresalía un poco más de la cuenta, desde luego, pero nada que no pudiera arreglarse con una buena faja. Miró asombrada a Anna y a la propietaria. Su hermana asintió encantada y la señora daba palmaditas de entusiasmo.

—¡Menuda novia! ¿Qué le decía yo? Este modelo es perfecto para su estatura y para sus formas.

Erica se miró una vez más en el espejo, aún un tanto escéptica, pero no pudo por menos de admitir que era verdad. Se veía guapa. Se sentía como una princesa. Si lograba perder algunos de los kilos de más en las semanas previas a la boda, ¡le quedaría perfecto! Se volvió hacia Anna.

—No voy a seguir probándome, me quedo con éste.

—¡Estupendo! —se congratuló la señora—. Estoy segura de que quedará más que satisfecha. Si quiere, puede dejarlo aquí hasta que se acerque el día de la boda, así podemos hacer una última prueba unos días antes. Si hay que meterle de algún sitio, habrá tiempo.

—Gracias, Anna —le susurró Erica apretándole la mano. Anna le devolvió el gesto.

—Estás preciosa —le dijo. Y Erica creyó ver un destello de llanto en los ojos de su hermana. Fue un momento muy hermoso, un momento que se merecían, después de todo lo que había sucedido, de todo lo que habían pasado.

—Bien, ¿qué tal, cómo os sentís por ahora? —Lars miró a los jóvenes que tenía en círculo a su alrededor. Nadie pronunció una palabra. La mayoría se miraba los zapatos. Todos menos Barbie, que lo observaba con insistencia—. ¿Alguien quiere empezar? —Lars los miraba alentándolos y algunos de ellos empezaron a levantar la vista.

Finalmente, fue Mehmet quien tomó la palabra.

—Pues, bueno, no va mal —dijo sin añadir nada más.

—¿Podrías contarnos algo más? —Lars hablaba con una dulzura comedida.

—Pues, bueno, quiero decir que, por ahora, está guay. El trabajo no está mal y eso... —El joven volvió a guardar silencio.

—Y a los demás, ¿qué os parecen los puestos que os han asignado?

—¿Los puestos? —resopló Calle—. Yo me paso los días fregando platos asquerosos, pero pienso hablar con Fredrik esta tarde. Ya me ocuparé yo de que haya cambios en ese terreno —aseguró dirigiéndole a Tina una mirada elocuente, que la joven le devolvió con un destello de rabia en los ojos.

—Y tú, Jonna, ¿qué tal te ha ido a ti la semana?

Jonna era la única que parecía seguir hallando sus zapatos increíblemente interesantes. Murmuró algo ininteligible por respuesta, pero sin levantar la vista. Todos los componentes del círculo formado en el centro del gran local de la granja se

inclinaron para oír mejor lo que decía.

—Perdona, no te hemos oído. ¿Podrías repetirlo? Además, me gustaría que nos mostraras un mínimo de respeto y que nos mirases a la cara cuando te diriges a nosotros. De lo contrario, parece que nos menosprecias. ¿Es eso, verdad, Jonna?

—Eso, ¿es verdad? —repitió Uffe dándole una patada en el pie—. ¿Es que te crees que eres mejor que nosotros o qué?

—Venga, Uffe, esa actitud no es muy constructiva que digamos —lo reconvino Lars—. Lo que pretendemos es crear un ambiente cálido y seguro en el que podáis expresar vuestros sentimientos y vivencias en un entorno tranquilo y acogedor.

—Esa frase es demasiado larga para Uffe, me temo —intervino Tina en tono burlón—. Tendrás que expresarte con más claridad, para que Uffe te siga.

—¡Gilipollas! —fue la bien formulada respuesta de Uffe, que acompañó el impropio con una mirada llena de odio.

—Exactamente a esto me refiero —atajó Lars con más severidad en esta ocasión—. Esos ataques no os conducirán a nada. Todos os halláis en una situación extrema que puede ejercer una enorme presión psíquica sobre vosotros, y aquí tenéis la oportunidad de aliviar esa presión de un modo saludable.

Paseó la mirada por todos los congregados y los observó severamente uno a uno. Algunos asintieron. Barbie levantó la mano para pedir la palabra.

—¿Sí, Lillemor?

La joven bajó la mano.

—Para empezar, ya no me llamo Lillemor, ahora me llamo Barbie —respondió con un mohín que enseguida transformó en una sonrisa—. Pero sólo quería decir que esto me parece fantástico. Que todos tengamos la oportunidad de reunimos así y decir lo que queramos. En Gran Hermano no tuvimos nada parecido.

—¡Anda ya! No seas pelota.—Uffe, que estaba medio tumbado en la silla, miraba a Barbie fijamente. La sonrisa de la joven se apagó y Barbie bajó la vista.

—Pues a mí me parece que ha dicho algo muy bonito —objetó Lars, que ahora asentía animando a Barbie—. Y, aparte de la terapia de grupo, podréis disfrutar de terapia individual. Bueno, creo que podemos dar por finalizada la parte común, y, Barbie, tú y yo quizá... ¿Quieres empezar tú con la terapia individual?

La joven levantó la vista y volvió a sonreír.

—¡Sí, me encantaría! Hay montones de cosas de las que necesitaría hablar.

—Perfecto —respondió Lars también con una sonrisa—. En tal caso, te propongo que nos sentemos en la habitación que hay detrás del escenario, así podremos hablar sin que nadie nos moleste. Después, iréis viniendo según el orden en el que estáis sentados en el círculo, es decir, después de Barbie, vendrá Tina, luego Uffe y así sucesivamente. ¿Os parece bien? —Nadie respondió y Lars tomó el silencio por un sí.

Tan pronto como Lars y Barbie cerraron la puerta, empezaron a hablar todos a la

vez. Todos salvo Jonna que, como de costumbre, optó por guardar silencio.

—¡Menuda chorrada! —exclamó Uffe entre risas y golpeándose las rodillas.

Mehmet lo miró irritado.

—¿Qué pasa? Me gusta la idea. Ya sabes lo pirado que se queda uno después de un par de semanas en una cosa de éstas. A mí me parece de cine que, por una vez, piensen un poco en que los participantes estemos bien.

—Que los participantes estemos bien —lo remedó Uffe con voz chillona—. Eres como una tía, Mehmet, ¿lo sabías? Deberías presentar uno de esos programas de salud que dan en televisión. Aparecer en *leggings* y camiseta de tirantes y «yogarte», o como quiera que se diga.

—No le hagas caso, es que es idiota —intervino Tina mirando con animadversión a Uffe, que ahora dirigió hacia ella su atención.

—¿Qué coño estás diciendo, soplapollas? Tú es que te crees muy lista, ¿no? Vas por ahí fardando de buenas notas y de que puedes hacer frases largas y te crees superior a los demás. Y ahora, además, piensas que vas a ser estrella del pop. —Uffe soltó una carcajada burlona y miró a su alrededor como buscando apoyo en el grupo. Nadie lo miró siquiera, pero tampoco nadie protestó, de modo que Uffe prosiguió muy animado—. Eso no te lo crees ni tú, ¿verdad? Harás el ridículo y nos pondrás en ridículo a los demás. Ya te he oído darle coba al productor para que te deje cantar esta noche ese tema tuyo tan patético, y me muero de ganas de ver cómo te tiran tomates podridos. Joder, yo mismo pienso ponerme en primera fila para bombardearte.

—Uffe, cállate ya —ordenó Mehmet mirándolo a la cara—. Eres una mala persona y un imbécil, y lo que te pasa es que le tienes envidia a Tina, porque ella tiene talento, mientras que tú sólo cuentas con una breve carrera de gilipollas en un reality-show. Luego volverás al almacén a acarrear mierda.

Uffe volvió a reír, pero en esta ocasión su risa sonó un tanto nerviosa y hueca. Las palabras de Mehmet encerraban algo de verdad, y el sonido de esa verdad empezó a llenarlo de preocupación. Sin embargo, consiguió inhibir la sensación enseguida.

—No me creáis si no queréis, pero ya la oiréis esta noche. Los paletos del pueblo se morirán de risa.

—Uffe, eres un mierda y te odio, que lo sepas —le espetó Tina al tiempo que se levantaba con los ojos llenos de lágrimas. Una cámara la siguió y la joven empezó a correr para librarse de ella, pero no había donde refugiarse de las cámaras, que los seguían, ávidas, a todas partes.

Patrik no lograba concentrarse en ninguna otra cosa. El recuerdo del accidente de tráfico lo perseguía sin tregua. Si recordara qué era lo que le resultaba tan familiar en aquella muerte... Sacó la carpeta con todos los documentos relacionados con la investigación y se sentó para revisarlos una vez más. Por enésima vez. Como siempre

que se concentraba en algo, también en esta ocasión se puso a murmurar y a hablar solo.

—Moratones alrededor de la boca, una tasa de alcohol insólita en una persona que, por si fuera poco y según sus familiares, no bebía nada.

Fue pasando el dedo por el informe de la autopsia en busca de algo que pudiera habersele escapado en las lecturas anteriores, pero no halló nada que llamase su atención. Patrik cogió el auricular y marcó un número que conocía de memoria.

—Hola, Pedersen, soy Patrik Hedström, de la policía de Tanum. Oye, tengo delante el informe de la autopsia y me preguntaba si tienes cinco minutos para repasarlo conmigo una vez más.

Pedersen le respondió que no tenía inconveniente, de modo que Patrik continuó:

—Los moratones de la boca... ¿Tú crees que es posible establecer cuándo se los hizo? Vale...

Mientras hablaba, Patrik iba anotando las respuestas del forense en el margen.

—Y todo ese alcohol... ¿Es posible concretar el espacio de tiempo en el que lo ingirió o se lo hicieron ingerir? Bueno, no quiero la hora exacta o... en fin, también, claro, si es posible, pero vamos, si lo ingirió durante un período de tiempo prolongado o si se lo tomó de golpe... en fin, ya me entiendes.

Patrik prestaba la máxima atención a las respuestas de Pedersen, sin dejar de escribir.

—Interesante, muy interesante. ¿Encontraste algún otro detalle llamativo durante la autopsia?

Patrik dejó el bolígrafo un instante, mientras escuchaba. De pronto se dio cuenta de que estaba apretando tanto el auricular contra la oreja que ya empezaba a dolerle, de modo que aflojó un poco la presión.

—¿Restos de cinta adhesiva en la boca, dices? Sí, esa información es sin duda muy importante. Pero ¿no tienes nada más que ofrecerme? —Lanzó un suspiro al oír la respuesta negativa de Pedersen y, ciertamente frustrado, se frotó los ojos con el pulgar y el índice de la mano que le quedaba libre—. Vale, pues tendré que arreglarme con eso.

Colgó apesadumbrado. Desde luego, esperaba más. Sacó las fotos del lugar del accidente y empezó a examinarlas en busca de algo, cualquier cosa, que disparase su memoria encasquillada. Lo más irritante era que no estaba seguro al cien por cien de que hubiese nada que recordar. Cabía la posibilidad de que todo fuese una invención suya, de que se tratase de una sensación rara de *déjà vu*, de algo que hubiese visto en la televisión o en una película, o que hubiese oído de pasada. Quizá era eso lo que hacía que su cerebro se empecinase en obligarlo a buscar algo que no existía. Pero justo cuando se disponía a abandonar y dejar los documentos, un rayo atravesó las sinapsis de su cerebro. Se inclinó para observar con mayor detenimiento la foto que

tenía en la mano y experimentó una incipiente sensación de triunfo. Tal vez no anduviese tan equivocado, después de todo. Tal vez fuese cierto que, en lo más recóndito de su cerebro, se hubiese ocultado algo concreto todo el tiempo.

Llegó a la puerta de una zancada. Había llegado el momento de bajar al archivo.

Fue dejando los productos en la cinta al tiempo que pasaba los códigos con gesto apático. Las lágrimas pugnaban por asomar a sus ojos, pero Barbie las retenía obstinada parpadeando continuamente. No quería hacer el ridículo poniéndose a llorar allí mismo.

La conversación de aquella mañana había removido tantos sentimientos... Tanta basura como había ido acumulando en el fondo, durante tanto tiempo, pero que ahora empezaba a emerger a la superficie. Observó a Jonna, sentada en la caja de enfrente. En cierto modo, la envidiaba. Quizá no su tendencia a estar depre y lo de los cortes. Barbie no sería capaz de llevar el cuchillo contra su propia carne como ella. Pero sí le envidiaba su indiferencia manifiesta ante lo que los demás pensaban y opinaban. Para Barbie, nada revestía mayor importancia que su aspecto y el modo en que los demás la percibían. No siempre fue así, como demostraron las fotos del colegio que sacó aquella mierda de diario vespertino. Unas fotos en las que aparecía menuda y escuálida, con el dichoso aparato en los dientes, unos pechos pequeños, casi inexistentes, y el cabello oscuro. Cuando publicaron las fotos en las portadas, creyó morir de desesperación. Pero no por la razón que todos sospechaban; no porque le preocupase que la gente supiera que tanto las tetas como el pelo eran falsos, no era tan imbécil, sino porque le dolía ver aquello de lo que ya no quedaba nada. La alegría de su sonrisa, llena de seguridad, llena de confianza. Se alegraba de ser quien era, una chica segura y satisfecha de la vida que tenía. Sin embargo, aquel día todo cambió. El día en que murió su padre.

Barbie y su padre habían vivido muy bien. Su madre murió de cáncer cuando ella era pequeña pero, de alguna manera, él había logrado hacer que se sintiera completa, nunca tuvo la sensación de que le faltase nada. Sabía que las cosas no fueron nada fáciles durante un tiempo, cuando ella era un bebé y su madre acababa de morir y cuando tuvo lugar aquel terrible suceso. Barbie había oído toda la historia, pero su padre pagó el precio, aprendió la lección, siguió adelante y se forjó una vida para sí mismo y para su hija. Hasta aquel día de octubre.

Cuando ocurrió, le pareció irreal. Toda su vida se derrumbó de un plumazo, se lo arrebataron todo. No había más familia ni más parientes a quienes recurrir, de modo que se vio arrojada a un mundo de familias de acogida y de condiciones de vida provisionales, y aprendió cosas que habría querido ignorar. Y la seguridad que antes sentía, desapareció por completo. Sus amigos no comprendieron que lo sucedido la cambió por dentro, que aquel día le arrebató algo fundamental de su ser, que nunca

volvería a ser la misma. Lo intentaron un tiempo, pero luego la abandonaron a su destino.

Y fue entonces cuando comenzó la persecución, la búsqueda de reafirmación con chicos mayores y chicas de vida dura. Ya no bastaba con ser normal y parecer un chico. Ni tampoco bastaba con llamarse Lillemor. De modo que comenzó con lo que podía permitirse. Se tiñó el pelo de rubio en el baño de la casa de uno de los novios que pasaron por su vida. Cambió toda su ropa por otra nueva más corta, más estrecha, más sexy. Porque, en efecto, había descubierto cuál era el billete que la sacaría de aquella miseria: el sexo. Con sexo compraría atención y compraría cosas. Le daría la posibilidad de distinguirse de la mayoría. Un novio que tenía dinero le pagó la operación del pecho. A ella le habría gustado un poco más pequeño, pero pagaba él, de modo que él decidía. Quería la talla ciento diez, y ésa era la talla que tenía. Una vez realizada la transformación externa, sólo era cuestión de embalaje. El novio que sucedió al que le financió el pecho, la llamaba su pequeña Barbie, y así resolvió el asunto del nombre. Después, sólo le quedaba decidir en qué foro lanzar su nuevo yo. Comenzó con varios trabajos de modelo ligera de ropa o sin nada de ropa. Pero el programa *Gran Hermano* supuso su verdadero lanzamiento. Se convirtió en la gran estrella de la serie. Y no le importó lo más mínimo que toda Suecia hubiese podido seguir su vida sexual desde sus casas. ¿A quién iba a importarle? No existía una familia que la llamase para reprenderla por ponerlos en ridículo. Estaba sola en el mundo.

Por lo general, conseguía no pensar en lo que existía antes de Barbie. Había relegado a Lillemor a lo más recóndito de su conciencia, hasta el punto de que ya apenas existía. Y otro tanto había hecho con el recuerdo de su padre. No podía permitirse evocar su imagen. Para sobrevivir, debía evitar que el sonido de su risa o la sensación de su mano en la mejilla existiesen en la vida que ahora vivía. Sería demasiado doloroso. Pero la conversación mantenida con el psicólogo aquella mañana había tocado unas cuerdas que ahora vibraban pertinaces en su pecho. Sin embargo, no parecía ser la única afectada. El ambiente se enrareció una vez que todos y cada uno de los participantes hubieron pasado por aquella habitación, después de que cada uno de ellos pasara unos minutos con él. En algún que otro momento sintió que alguno de los demás la observaba con malevolencia, pero, cuando se daba la vuelta para ver de dónde procedía aquella sensación, ésta se esfumaba.

Al mismo tiempo, algo la inquietaba. Algo sobre lo que Lillemor intentaba llamar su atención, pero Barbie ignoraba la advertencia. Había cosas a las que no podía permitirse abrir las puertas.

Los productos seguían pasando por la cinta que tenía delante. No parecían terminar jamás.

Como de costumbre, la búsqueda en el archivo resultó un trabajo tan duro como aburrido. Nada parecía hallarse donde debía. Patrik estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, con un montón de cajas a su alrededor. Sabía qué tipo de documento estaba buscando y, con un exceso de ingenuidad, creyó que estaría en la caja donde se leía «Material de formación». Pero no. Oyó pasos en la escalera y levantó la vista. Era Martin.

—Hola. Annika me ha dicho que te había visto bajar. ¿Qué haces? —Martin contemplaba desconcertado el montón de cajas dispuestas en círculo alrededor de Patrik.

—Estoy buscando las notas de una conferencia a la que asistí en Halmstad hace un par de años. Pensaba que las encontraría archivadas con cierta lógica, pero ¡qué va! Algún imbécil se ha dedicado a cambiarlo todo de sitio, así que nada está en su lugar. —Arrojó en una caja un fajo de papeles que tampoco se hallaban donde debían.

—Ya, Annika lleva mucho tiempo quejándose de que no mantenemos ningún orden en la documentación que se archiva aquí. Los documentos de los que se encarga ella sí van a su sitio, dice, pero luego parece como si tuvieran pies.

—Sí, no me explico por qué la gente no puede simplemente dejar las cosas en el mismo lugar de donde las cogió. Sé que dejé las notas en una carpeta que archivé en esta caja. —Señaló la caja marcada con la leyenda «Material de formación», y continuó—: Pero ahora resulta que no está aquí. La cuestión es en qué caja estará la maldita carpeta. «Personas desaparecidas», «Casos resueltos», «Casos sin resolver», etcétera, etcétera. Lo que tú sugieras valdrá tanto como lo que sugiera yo —aseguró abarcando con un gesto del brazo las paredes de la pequeña sala repleta de cajas de arriba abajo.

—Bueno, a mí lo que me tiene fascinado es que archives las notas que tomas cuando vas a una conferencia. Las mías siguen en el despacho, hechas un verdadero lío.

—Ya, pues ahora comprendo que eso debería haber hecho yo. Pero, en mi infinita simpleza, consideré que quizá fuesen útiles para alguno de vosotros... —respondió Patrik con un suspiro al tiempo que cogía otro montón de documentos, que empezó a hojear enseguida. Martin se sentó a su lado en el suelo y se puso manos a la obra con otra de las cajas.

—En fin, te echaré una mano, así acabarás antes. ¿Qué es lo que buscas? ¿Qué conferencia era? Y ¿por qué buscas las notas que tomaste?

Patrik respondió sin apartar la vista de sus papeles:

—Pues lo que te he dicho, una conferencia celebrada en Halmstad en 2002, si no recuerdo mal. Trataba de casos raros sobre los que seguían existiendo interrogantes que no se habían resuelto.

—¿Y? —replicó Martin inquisitivo, aguardando una explicación.

—Bueno, te lo contaré cuando encontremos las notas. Por ahora sólo tengo una vaguísima idea, así que quiero refrescar mi memoria antes de decir nada.

—Vale —convino Martin, que dejó de insistir, aunque ahora sentía una gran curiosidad. Sin embargo, conocía a Patrik lo suficiente como para saber que de nada serviría presionarlo.

De pronto, Patrik alzó la vista y sonrió malicioso:

—Pero... bueno, te lo cuento si tú también me cuentas...

—¿Que te cuente yo? ¿El qué? —preguntó Martin desconcertado en un primer momento. Sin embargo, al ver la expresión jocosa de Patrik, comprendió enseguida a qué se refería su colega. Martin se echó a reír y le dijo:

—Vale, es un trato. Cuando tú me cuentes lo tuyo, yo te contaré lo mío.

Llevaban una hora de búsqueda infructuosa cuando Patrik exclamó:

—¡Aquí está! —Sacó ansioso los documentos de la funda de plástico.

Martin reconoció la caligrafía de Patrik e intentó leer el texto desde donde estaba, pero era imposible, de modo que tuvo que esperar mientras Patrik hojeaba los papeles. Tres páginas después, su índice se detuvo en el centro del folio. Patrik frunció el entrecejo y Martin intentó animarlo con el pensamiento a que leyera más rápido. Después de lo que a él se le antojó una eternidad, Patrik lo miró triunfante.

—Vale, primero tu secreto —le dijo.

—Vamos, venga ya. Me muero de curiosidad. —Martin se echó a reír e intentó arrebatarse a Patrik los documentos, pero su colega parecía estar preparado para la maniobra, porque los retiró con celeridad y los sostuvo en el aire.

—Olvídalo. Tú primero.

Martin dejó escapar un suspiro.

—Eres un chinche, ¿lo sabías? Bueno, pues sí, es lo que crees. Pia y yo vamos a tener un niño. A finales de noviembre. —Martin lo señaló con el dedo—. ¡Pero no le digas nada a nadie aún! Sólo está de ocho semanas, y queremos guardar el secreto hasta que llegue a los tres meses.

Patrik levantó ambas manos y agitó los documentos que tenía en la derecha.

—Te prometo que seré una tumba. Pero, ¡joder! ¡Enhorabuena!

En el rostro de Martin se dibujó una sonrisa de oreja a oreja. Había estado a punto de contárselo a Patrik varias veces, porque se moría de ganas de difundir la buena noticia, pero Pia quería que esperasen hasta que hubieran pasado los meses más críticos, y así lo harían. En cualquier caso se alegraba de habérselo contado a alguien.

—Bueno, pues ya lo sabes. Y ahora, cuéntame por qué nos hemos pasado los últimos sesenta minutos aquí sentados cogiendo polvo.

Patrik adoptó enseguida una expresión grave. Le pasó a Martin los documentos y le señaló el párrafo por el que debía empezar a leer. Tras unos minutos, Martin lo miró perplejo.

—Como ves, no cabe la menor duda de que Marit fue asesinada —observó Patrik.
—No, desde luego que no.

Ya tenían una respuesta. Pero esa respuesta suscitaba montones de preguntas. Tenían muchísimo trabajo por delante.

Hacía tanto ruido con las bandejas que se oía hasta en la tienda. Mehmet asomó la cabeza por la trastienda del horno.

—¿Qué coño estás haciendo? ¿Quieres echar abajo el local?

—¡Pasa de mí, anda! —respondió Uffe desafiante, y volvió a aporrear con las bandejas.

—Sony... —Mehmet puso las manos en alto—. ¿Te has despertado con el pie izquierdo o qué?

Uffe no respondió. Se concentró en apilar las bandejas y, una vez hubo terminado, se sentó con gesto cansado. Empezaba a estar muy harto de aquello. *Fucking Tanum* no había satisfecho sus expectativas, al menos no hasta el momento. Que él tuviera que trabajar —en serio— era algo que no se le había pasado por la cabeza. Era, sin duda, un borrón en su hoja de servicios. Nunca había realizado un trabajo honrado en su vida. Algunos robos, algún que otro atraco y otras cosas por el estilo: eso era lo que le había garantizado hasta la fecha una vida de no trabajador. No es que fuese una vida de lujo, no; sólo se había atrevido a pequeños robos, aunque lo suficiente para no tener que currar. Y luego le surgió esto. Hasta la vida en la isla le resultó más fácil. Allí podía pasarse los días tomando el sol y cotilleando con los demás participantes. Con alguna que otra competición y entrega de premios *Robinson* de vez en cuando, pero, por lo demás, una vida ociosa. Y sí, joder, claro que pasaba hambre, pero a él eso no le preocupaba tanto.

Tampoco los demás participantes de *Fucking Tanum* eran como esperaba. Una panda de gilipollas. Mehmet, tan decente él, que trabajaba en el horno como una mula, de forma totalmente voluntaria. Calle, que participaba sólo para poder seguir siendo el rey de la plaza de Stureplan. Tina, una arrogante, que se creía tan superior que le entraban ganas de zumbarle. Y Jonna, una perdedora de mierda. Y aquello de los cortes, es que no conseguía explicárselo. Y, cómo no, Barbie. La expresión de Uffe se ensombreció enseguida. A esa zorra tenía que decirle un par de cosas. Si se había creído que podía opinar lo que le viniera en gana sin mayores consecuencias, estaba muy equivocada. Después de lo que le había dicho aquella mañana, lo tenía clarísimo, mantendría una charla con aquella imbécil de silicona.

—Uffe, ¿piensas hacer algo hoy o qué? —Simón lo miraba apremiante, y Uffe se levantó de la silla resoplando. Le dedicó una sonrisa a la cámara del techo y se dirigió a la tienda. Tendría que sacrificarse y currar un poco, qué remedio. Pero por la tarde... Barbie y él mantendrían una conversación muy seria por la tarde.

Cuando se marchaba a casa, Mellberg se detuvo un instante en el despacho de Hedström, que estaba con Martin. Parecían muy ocupados. La mesa estaba atestada de papeles y Martin escribía algo en el bloc. Patrik hablaba por teléfono y se había encajado el auricular entre el hombro y la oreja para, al mismo tiempo, poder rebuscar entre los papeles que tenía delante. Mellberg consideró por un instante la posibilidad de entrar y preguntarles qué era tan trascendental, pero, tras meditarlo convenientemente, decidió abstenerse. Tenía cosas más importantes que hacer. Por ejemplo, irse a casa y prepararse para la cita con Rose-Marie. Habían quedado a las siete en el restaurante Gestgifveriet, lo que significaba que disponía de dos horas para conseguir un aspecto tan presentable como fuera posible.

Jadeaba penosamente tras el corto paseo hasta su casa. Su condición física no era la que debiera, tenía que admitirlo. Cuando entró en el piso, de repente lo vio todo con los ojos de un extraño. Aquello no era suficiente, incluso él se daba cuenta. Si quería montarse un pequeño asedio nocturno en casa, debía hacer algo. Su cuerpo y su mente protestaron ante la idea de ponerse a limpiar un poco, pero, por otro lado, rara vez había tenido un acicate tan bueno. Sencillamente, causarle una buena impresión a la mujer con la que iba a verse aquella noche revestía para él una importancia insólita.

Una hora más tarde se dejó caer resoplando en el sofá, cuyos cojines había mullido por primera vez desde que llegó a aquella casa. De pronto, tuvo clarísimo por qué limpiaba tan de tarde en tarde. Muy simple: era demasiado esfuerzo. Sin embargo, cuando contempló el resultado, pudo constatar que la limpieza obraba verdaderos milagros con su hogar. Ya no ofrecía una apariencia tan miserable. Tenía varios muebles muy bonitos, que había heredado de sus padres y que, una vez liberados de la habitual capa de polvo, no podía decirse que tuviesen mal aspecto. El olor a rancio que se le adhería a la nariz nada más entrar, procedente de platos sin fregar y de otras fuentes igual de antihigiénicas, también había logrado espantarlo ventilando, y la encimera de la cocina, atiborrada por lo general de cacharros sucios, relucía ahora bajo el sol primaveral. Ahora sí que podía llevar allí a una mujer con la conciencia tranquila.

Mellberg miró el reloj y se levantó bruscamente. Tan sólo faltaba una hora para la cita con Rose-Marie y estaba sudoroso y lleno de polvo. Se vería obligado a recurrir al procedimiento de renovación abreviada. Sacó la ropa que había pensado ponerse. El repertorio no era tan amplio como hubiese querido. La mayoría de sus camisas y de sus pantalones, sometidos a una inspección más exhaustiva, presentaban una variada gama de manchas y llevaban mucho tiempo sin haber visto ni por asomo una plancha. Finalmente, el método de exclusión lo llevó a elegir una camisa blanca de rayas azules, un pantalón negro y una corbata roja con estampados del Pato Donald.

Esta última le parecía de una elegancia notable, y él mismo debía admitir que el color rojo le favorecía mucho a la cara. En cambio, los pantalones pertenecían a la categoría de la ropa sin planchar, y, durante unos segundos, reflexionó sobre cómo resolver el problema. Buscó por todo el piso, pero la plancha brillaba por su ausencia. Estaba mirando distraídamente el sofá, cuando una brillante idea aterrizó en su cerebro. Entusiasmado, quitó los cojines del asiento y extendió los pantalones, alisándolos al máximo. Ciertamente que aquello no estaba muy limpio, pero esa cuestión ya la resolvería más tarde. En realidad, bastaría con cepillar un poco debajo de los cojines. Volvió a colocarlos y se sentó encima cinco minutos. Si volvía a aplastarlos otros cinco minutos después de ducharse, los pantalones quedarían seguramente como recién planchados. Suerte que no se había convertido en un solterón inútil, constató ufano para sus adentros. Aún tenía el ingenio suficiente para encontrar remedio para todo.

La gente empezaba a acudir en masa a la granja donde se celebraría el baile. Habían retirado las camas de los participantes y cada uno de ellos guardó bajo llave sus objetos personales. Aún no se le había permitido la entrada a nadie, de modo que la cola iba creciendo como una serpentina por todo el aparcamiento. Las chicas estaban ateridas de frío y daban saltitos para entrar en calor. El fresco viento primaveral hacía cuanto estaba en su mano para que se arrepintieran de haberse puesto las faldas más cortas y las camisetas más escotadas del armario. Sin embargo, las caras de cuantos formaban la cola expresaban la misma expectación. Aquello era lo más espectacular que había ocurrido en Tanum desde hacía años. Llegaron jóvenes de toda la comarca e incluso de más allá, de Strömstad y de Uddevalla. Todos observaban ansiosos la puerta que no tardaría en abrirse. Al otro lado se hallaban sus héroes, sus ídolos, los que habían logrado alcanzar aquello con lo que ellos mismos soñaban: ser famosos; recibir invitaciones a fiestas en las que codearse con otros famosos; salir en televisión. ¿Quién podía saberlo? Quizá aquella noche consiguieran apropiarse de un poco de ese brillo, hacer algo que atrajese la atención de las cámaras hacia ellos. Como le ocurrió a aquella chica en *Fucking Töreboda*. Consiguió ennoviarse con Andreas, el de *El bar*, y desde entonces también ella había participado varias veces en el programa. ¡Si lograran algo así! Las chicas se ajustaban la ropa nerviosas, sacaban la barra de labios del bolso y mejoraban lo existente con una capa más. Se arreglaban el pelo y se ponían laca e intentaban comprobar el resultado en pequeños espejos. La expectación vibraba en el ambiente.

Fredrik Rehn vio la cola desde la ventana y se echó a reír.

—Mirad, chicos, ahí vienen los figurantes. Venga, tenemos que sacarle a lo de esta tarde todo el partido posible, ¿eh? No os reprimáis, ¿vale? Bebed y divertíos y haced lo que os apetezca. —Entornó los ojos, antes de proseguir—. Pero hacedlo

delante de las cámaras. Que a nadie se le ocurra escabullirse y pasarlo bien por su cuenta, ¿eh? Eso sería incumplimiento de contrato.

—Joder, sueñas como Drunkenstierna —observó Calle. Varios de sus compañeros asintieron y acogieron con risas el comentario; todos menos Jonna, que no conocía sus celebérrimas giras por los bares.

Fredrik sonrió, pero con la mirada sombría.

—Bueno, haré como que no lo he oído, pero yo tengo clarísimo lo que queremos conseguir esta noche: entretener a la gente. Habéis sido elegidos porque sabéis darle marcha a cualquier sitio, y ésa es aquí vuestra misión. No lo olvidéis ni un segundo. No hemos invertido un montón de dinero en una producción como ésta sólo para que vosotros seis os distraigáis un poco bebiendo e incrementando vuestras posibilidades de ligar. Habéis venido a trabajar...

—Y entonces, ¿qué coño hace Jonna aquí? —preguntó Uffe riendo y mirando a su alrededor en busca de apoyo—. Ella no sería capaz de darle marcha ni a una residencia de ancianos...

Todos estaban ya acostumbrados a la crudeza de sus burlas, y Jonna no se molestó siquiera en levantar la vista, que mantenía fija en el suelo.

—Jonna ha alcanzado una enorme popularidad entre las chicas de catorce a diecinueve años. Muchas se identifican con ella, por eso la reclutamos para el programa. —Fredrik se dirigió a todo el grupo, pero, en su fuero interno, no pudo evitar darle la razón a Uffe. Aquella chica era como un agujero negro social. Absolutamente deprimente. Sin embargo, la decisión de admitirla vino de las altas esferas, de modo que no había más remedio que aceptarlo.

—Bueno, entonces, todo el mundo tiene claro lo que toca esta noche, ¿no? ¡Marcha, marcha, marcha! —exclamó señalando obsequioso la mesa preparada con las bebidas—. Y, cuando Tina interprete su canción, la animamos todos, ¿verdad? —preguntó mirando a Uffe, que respondió con un bufido.

—Bueno, sí, lo que tú digas. A ver, ¿podemos empezar a beber ya o qué?

—Claro, adelante —respondió Fredrik con una sonrisa que dejó al descubierto una hilera reluciente de dientes blancos—. ¡Esta noche haremos buena televisión! —Los animó con los dos pulgares en alto.

Un murmullo disperso le confirmó que habían oído sus palabras. Acto seguido, se lanzaron sobre las bebidas.

La gente que guardaba cola ya empezaba a entrar.

Cuando Patrik llegó a casa, Anna estaba preparando la cena. Erica se encontraba en la sala de estar, viendo con los niños el programa infantil *Bolibompa*. Maja manoteó entusiasmada cuando apareció en la pantalla el oso Björne, y Emma y Adrian parecían estar en trance. A Erica le rugía el estómago y, muerta de hambre, olisqueó

el aire: un exquisito aroma a comida tailandesa le llegó desde la cocina. Anna le había prometido cocinar algo que fuese rico y ligero a la vez y, a juzgar por el olor, había mantenido la primera parte de su compromiso.

—Hola, cariño —saludó Erica sonriente cuando Patrik entró en la sala. Parecía agotado. Y, además, después de observarlo con algo más de atención, algo sucio.

—¿Qué has estado haciendo hoy? Pareces un poco... mugriento —le dijo al tiempo que le señalaba la camisa.

Patrik se miró la ropa y dejó escapar un suspiro. Empezó a desabotonarse la camisa.

—Estuve en el archivo de la comisaría, que está lleno de polvo, buscando unos papeles. Subo a darme una ducha rápida y a cambiarme y te lo cuento luego.

Erica lo vio desaparecer escaleras arriba en dirección al dormitorio y fue a la cocina.

—¿No acaba de llegar Patrik? Me ha parecido oír la puerta —dijo Anna sin apartar la vista de las cacerolas.

—Sí, era Patrik. Pero ha subido a ducharse y a cambiarse de ropa. Parece que hoy ha tenido un día duro en el trabajo.

Ahora Anna levantó la vista de los fogones.

—Vale, pues si me ayudas a poner la mesa, estará todo listo para cuando baje.

Justo a tiempo. Cuando Patrik bajaba la escalera con el pelo mojado y el chándal de estar por casa, Anna colocaba la cacerola en la mesa.

—¡Ñam! ¡Qué bien huele! —exclamó dedicándole una sonrisa a Anna. El ambiente en casa era totalmente distinto desde que su cuñada había despertado de nuevo a la vida.

—Un guiso tailandés, a base de leche de coco desnatada. Guarnición de arroz integral y verduras cocidas en el wok.

—¿A qué vienen esas ansias de comida saludable? —preguntó Patrik un tanto escéptico, ya menos seguro de que el sabor de la comida hiciese honor al aroma.

—Pues verás, tu futura esposa ha expresado su deseo de que los dos estéis estupendos cuando encaminéis vuestros pasos hacia el altar, de modo que el «Plan fantástico» empiece ahora mismo.

—Sí, bueno, en eso puede que tengas algo de razón —admitió Patrik tirándose ligeramente de la camiseta, con la idea de ocultar la barriga que había cogido en los últimos dos años—. ¿Y los niños? ¿No van a comer con nosotros?

—No, ellos están bien donde están —dijo Anna—. Así tendremos un rato tranquilo para nosotros.

—Pero ¿y Maja? ¿Estará bien sola?

Erica se echó a reír.

—¡Menudo padrazo estás hecho! Será sólo un rato. Y créeme, si hace algo, Emma

vendrá como un rayo a chivarse.

Como una confirmación directa de sus palabras, se oyó la vocecita de Emma desde la sala de estar:

—¡Ericaaaaa, Maja está trasteando el vídeo!

Patrik se echó a reír y se levantó.

—Ya voy yo. Sentaos y empezad vosotras.

Las dos oyeron cómo reñía a Maja, justo antes de darle un beso y luego otro a los dos mayores. Cuando volvió a la cocina, parecía más relajado.

—Y bien, ¿qué es lo que te ha hecho trabajar tan duro todo el día?

Patrik les refirió brevemente lo sucedido. Tanto Anna como Erica dejaron los tenedores en el plato, fascinadas por la historia. Erica fue la primera en hablar.

—Pero ¿cuál crees que es la conexión? Y ¿cómo vais a proseguir la investigación?

Patrik terminó de masticar antes de responder.

—Martin y yo nos hemos pasado la mitad de la mañana haciendo algunas llamadas para recabar información. El lunes intentaremos llegar al fondo de la cuestión.

—¿Quieres decir que tienes libre el fin de semana? —preguntó Erica con tanta alegría como asombro. El trabajo de Patrik destrozaba más fines de semana de lo deseable.

—Sí, para variar. Y, de todos modos, a las personas con las que tengo que hablar no podré localizarlas hasta el lunes. Así que este fin de semana, ¡estoy a vuestra disposición, chicas! —exclamó con una amplia sonrisa que Erica no pudo, por menos, que devolver.

«¡Qué rápido había pasado todo!», se dijo Erica. Tenía la sensación de que había sido ayer cuando empezaron su relación y, al mismo tiempo, como si llevaran juntos toda la vida. A veces olvidaba que había tenido una vida sin Patrik. Y pensar que, dentro de unas semanas, iban a casarse... Oyó parlotear a su hija en la sala de estar. Ahora que Anna empezaba a recuperarse, podía volver a disfrutar de todo como antes.

Ella ya estaba sentada a la mesa cuando él se presentó, con diez minutos de retraso. Los pantalones que había aplastado bajo los cojines del sofá no resultaron tan fáciles de cepillar. Entre otras cosas, se había adherido a la parte trasera un gran pegote de chicle y, para retirarlo, tuvo que emplearse a fondo con paciencia con uno de los cuchillos más afilados que tenía en la cocina. Claro que el tejido había quedado bastante deslucido después de que lo hubiera pasado por el cuchillo, pero estaba seguro de que no se advertiría si se estiraba bien la chaqueta. Se miró una última vez en el cristal reluciente de un cuadro enmarcado para asegurarse de que todo estaba en

orden. Aquella noche había puesto especial cuidado en enrollarse artísticamente el pelo en la mullera. Ni un milímetro del reluciente cuero cabelludo debía quedar al descubierto. Constató satisfecho que llevaba los años tan bien como el pelo.

Una vez más quedó sorprendido por el brinco que le dio el corazón ante la sola contemplación de aquella mujer. Verdaderamente, hacía mucho tiempo que no le latía con aquel ímpetu en el pecho. ¿Qué tenía su cuerpo rechoncho de mujer de mediana edad para provocar en él semejante reacción? La única respuesta que se le ocurría eran los ojos. Eran del azul más intenso que había visto jamás y, en contraste con el tono rojizo con que se teñía el cabello, destacaban como dos soles. La miró como embrujado y tardó en responder cuando ella le tendió la mano para estrechársela. Sin embargo, reaccionó enseguida y, como si se contemplase desde arriba, se vio inclinándose para, de un modo bastante anticuado, tomarle la mano y besársela respetuosamente. Por un instante, se sintió como un imbécil, incapaz de comprender de dónde le vino el impulso. Pero luego comprobó que su acompañante parecía apreciarlo y sintió en el estómago una agradable sensación de calidez. Aún dominaba aquellas artes. Aún sabía cómo llevar el agua a su molino.

—¡Qué agradable es este sitio! Es la primera vez que vengo —aseguró ella con voz dulce mientras estudiaban la carta con atención.

—Es un local de primera clase, te lo aseguro —respondió Mellberg sacando pecho como si el Gestgifveriet fuera de su propiedad.

—Sí, y parece que se come muy bien —convino Rose-Marie mientras recorría con la mirada todas las exquisiteces que figuraban en la carta. Mellberg también ojeaba los platos y, por un instante, sintió que lo dominaba el pánico al ver los precios. Pero luego se encontró al otro lado de la carta con la mirada de Rose-Marie y su preocupación se aplacó. En una noche como aquella el dinero no tenía la menor importancia.

Rose-Marie miró por la ventana, hacia el terreno de la granja.

—Al parecer iba a haber una fiesta esta noche.

—Sí, los del programa ese de televisión. En condiciones normales, aquí solemos vernos libres de ese tipo de espectáculos. Strömstad es, por lo general, el pueblo que cuenta con la oferta de ocio de la zona. Los colegas de allí son los que se encargan de la mayoría de los problemas de borracheras y los desmanes subsiguientes.

—¿Pensáis que habrá problemas? ¿De verdad que puedes tomarte esta noche libre? —Rose-Marie parecía preocupada.

Mellberg emitió una tosecilla y sacó el pecho un poco más. Era una sensación muy agradable la de poder sentirse importante en compañía de una mujer hermosa. Desde que, sin motivo alguno, lo trasladaron a Tanumshede, le había sucedido con escasísima frecuencia. Por alguna razón, a la gente de allí le costaba detectar sus cualidades.

—He puesto a dos hombres a vigilar el jolgorio de esta noche —respondió—. Así que podemos comer y pasar un buen rato sin sobresaltos. Un buen jefe sabe delegar, y me atrevería a afirmar que ésa es una de mis mejores cualidades.

La sonrisa de Rose-Marie le confirmó que ella no dudaba ni por un segundo de su excelencia como jefe. Aquello tenía visos de convertirse en una noche maravillosa.

Mellberg volvió a mirar a la granja. Luego se olvidó por completo de todo lo relacionado con el espectáculo. Para eso estaban Martin y Hanna. Él tenía cosas más agradables a las que dedicarse.

Antes de salir al escenario, practicó los pocos ejercicios de voz que conocía. A decir verdad, sólo iba a cantar en *playback*, de modo que bastaba con que fuese haciendo la mímica oportuna ante el micrófono, pero nunca se sabía. En una ocasión, en Örebro, la reproducción del *playback* dejó de funcionar de improviso y, como no había practicado lo suficiente, tuvo que cacarear la canción en directo. Y no quería que volviera a sucederle algo así.

Tina sabía que los demás se reían de ella a sus espaldas. Y mentiría si dijera que no le molestaba, pero, por otro lado, poco más podía hacer salvo subir a escena y demostrar de qué era capaz. Porque aquélla era, sin duda, su gran oportunidad. Su posibilidad de hacer carrera como cantante. Tina quería ser cantante desde niña. Había pasado muchas horas delante del espejo imitando a intérpretes pop con la comba o con cualquier cosa que tuviese a mano como micro. Y gracias a *El bar* tuvo la oportunidad de demostrar su valía. Antes de solicitar su participación en *El bar*, la convocaron a una audición en el programa *Idol*, pero aquella experiencia aún le dolía. Los imbéciles del jurado se la habían cepillado sin piedad, y lo habían pasado por televisión una y otra vez. Entre otras cosas, dijeron que era tan mala a la hora de cantar como Svennis a la hora de ser fiel. Al principio, no comprendió qué querían decir, y se quedó así, con una sonrisa bobalicona. Pero luego el bocazas de Clabbe empezó a carcajearse y a decir que debería darle vergüenza, irse a casa y esconderse. No demasiado ocurrente por parte de Clabbe, pero al menos ella lo entendió. La humillación se prolongó cuando, con los ojos llenos de lágrimas, intentó convencerlos de que retirasen lo que acababan de decir y explicarles que, hasta entonces, todo el mundo le había dicho siempre que tenía una voz preciosa. Que sus padres se emocionaban cuando la oían cantar. Que nadie nunca, en toda su vida, la había preparado para que la descalificaran de forma tan radical. Se sentía tan feliz aquella mañana en la cola. Miraba a su alrededor con expresión de triunfo, convencida de que sería una de las elegidas, cuya interpretación haría llorar a Kishti, el más duro de los miembros del jurado. Había elegido la canción con mucho esmero a fin de impresionarlos. Cantaría *Without you*, de Mariah Carey, su gran ídolo. Cantaría de modo que los miembros del jurado saltaran de sus asientos y, a partir de

ahí, comenzaría para ella una nueva vida. Se lo imaginaba perfectamente. Fiestas con famosos e histeria de admiradores. Giras veraniegas y vídeos en el canal MTV, exactamente igual que Darin. Lo único que tenía que hacer era ser elegida como participante y luego dominar. Pero todo salió mal. En lugar de triunfar, la exhibieron humillándola y burlándose de ella una y otra vez. Que los productores de *El bar* la llamaran después fue un regalo del cielo. Era una oportunidad que no podía desaprovechar. Al cabo de un tiempo, logró averiguar qué la hizo fracasar en *Idol*. Naturalmente, era el pecho. Su canción les gustó, claro que sí, pero no quisieron que permaneciese en el programa porque sabían que no tendría éxito si carecía de los demás requisitos. Y, para las chicas, uno consistía en tener las tetas grandes. De modo que cuando comenzaron las grabaciones de *El bar*, decidió empezar a ahorrar. Guardaría cada céntimo que ganase, hasta reunir lo suficiente para la operación. Con una talla cien, no habría obstáculos. Pero no pensaba teñirse de rubio. Hasta ahí podíamos llegar. Después de todo, ella era una chica inteligente.

Leif bajó del camión de la basura tarareando una cancioncilla. Por lo general, sólo recogía en la zona de los alrededores de Fjällbacka, pero un brote de gastroenteritis galopante lo había obligado a hacer el turno de varios compañeros, con lo que ahora tenía que hacer más horas y, además, en una zona más extensa que de costumbre. Aunque a él no le importaba demasiado. A Leif le encantaba su trabajo y la basura era basura en todas partes. Con el paso de los años, había llegado a acostumbrarse incluso al olor. De hecho, en la actualidad apenas había un olor que lo hiciese arrugar la nariz. Por desgracia, su olfato atrofiado le impedía disfrutar del aroma de los bollos de canela recién horneados, por ejemplo, o del perfume de una mujer, pero eran gajes del oficio. A él le gustaba ir al trabajo, no todo el mundo podía decir lo mismo.

Leif se puso los grandes guantes de trabajo y pulsó uno de los botones del salpicadero. El camión de la basura, de color verde, emitió un silbido ronco, pero empezó a bajar el brazo mecánico que levantaría por los aires el contenedor de la basura para luego arrojar su contenido en la prensa. Normalmente podía quedarse sentado en el camión y hacer desde allí la maniobra, pero aquel contenedor estaba un poco torcido, así que tuvo que tirar de él con las manos hasta colocarlo en la posición correcta. Y allí estaba, mirando cómo el brazo mecánico del camión lo elevaba lentamente. Aún era muy temprano y Leif bostezaba cada poco. Solía irse pronto a la cama, pero el día anterior se habían quedado con los chicos. Él y su mujer adoraban a sus nietos y les permitieron que permaneciesen despiertos jugando más de lo debido. Pero valía la pena. Haberse convertido en abuelo puso el broche de oro a su vida. Sopló y vio ascender hacia el cielo la frágil nubecilla blanquecina. Sí que hacía frío, joder, y eso que ya estaban en abril. Claro que podía cambiar de repente. Leif miró a su alrededor y observó el barrio, compuesto en su mayoría por casas de veraneo.

Pronto estarían habitadas, y la zona, llena de animación. Tendrían que vaciar todos y cada uno de los contenedores, de los que caerían restos de gambas, pero también botellas vacías de vino blanco que la gente no habría tenido ganas de llevar a la unidad de reciclado. Siempre la misma historia, igual verano tras verano. Volvió a bostezar y miró el contenedor, que se balanceaba en el aire, justo cuando se volcaba y su contenido se vaciaba en el camión. Se quedó petrificado. ¡Qué cojones!

Se abalanzó sobre el botón que detenía la prensa. Luego, sacó el móvil del bolsillo.

Patrik lanzó un hondo suspiro. El sábado no había resultado como él esperaba. Volvió a suspirar, más profundamente aún, y miró a su alrededor con resignación. Vestidos, vestidos y más vestidos. Tul y lazadas y lentejuelas y hasta el diablo y su tía. Empezó a sudar un poco y se tiró del cuello de la prenda de tortura que llevaba puesta. Le picaba y le apretaba en puntos extraños de su anatomía y le daba tanto calor como una sauna portátil.

—¿Y bien? —preguntó Erica inspeccionándolo con mirada crítica—. ¿Te sientes cómodo? —Se volvió hacia la propietaria de la tienda, que pareció encantada de verla entrar con él pisándole los talones—. Creo que habrá que arreglarlo un poco, los pantalones le quedan demasiado largos —dijo dirigiéndose a Patrik de nuevo.

—Eso no es problema, nosotros lo arreglamos.

La señora se inclinó y empezó a coger el dobladillo con alfileres. Patrik hizo una mueca imperceptible.

—¿Tiene que ser así de... estrecho? —protestó tirándose del cuello. Sentía que le faltaba la respiración.

—Este frac le queda perfecto —aseguró alegremente la señora, lo cual era un milagro, pues tenía dos alfileres en la comisura de los labios.

—Yo creo que me queda demasiado estrecho —insistió Patrik al tiempo que buscaba suplicante la mirada de Erica, con la esperanza de obtener un poco de apoyo.

Pero no hubo perdón. Erica dibujó lo que a él se le antojó una sonrisa diabólica y exclamó:

—¡Estás guapísimo! Querrás estar tan elegante como sea posible el día de nuestra boda, ¿no?

Patrik observó pensativo a su futura esposa. Empezaba a dar muestras de ciertas tendencias preocupantes. Tal vez las tiendas de trajes de novios provocasen esa reacción en las mujeres. Él, por su parte, no deseaba otra cosa que salir de allí cuanto antes. Comprendió resignado que sólo existía un modo de conseguirlo con rapidez. Con gran esfuerzo, se obligó a sonreír, sin dirigirse a nadie en particular.

—Sí —afirmó—. Creo que empiezo a encontrarme muy, muy cómodo con éste, así que nos decidimos por él.

Erica palmoteó encantada. Por enésima vez, Patrik se preguntó qué tendrían las bodas que hacían brillar así los ojos de las mujeres. Claro que a él también le hacía ilusión la idea de casarse, pero, si le hubiesen dado a elegir, habría sido suficiente con una historia mucho más discreta. Aunque, claro, no podía negar que la felicidad que irradiaba la mirada de Erica lo reconfortaba enormemente. Pese a todo, lo más importante para él era su felicidad y, si ello implicaba que, durante un día, se viera obligado a llevar un traje de pingüino, caluroso y que picaba, pues así sería. Se inclinó y la besó en los labios.

—¿Crees que Maja estará bien? —Erica se echó a reír.

—Piensa que Anna tiene dos hijos propios, yo creo que sabrá cuidar de Maja.

—Ya, pero ahora tiene tres niños a los que cuidar, imagínate que tiene que salir corriendo en busca de Adrian o de Emma y, mientras tanto, se le escapa Maja...

Erica lo interrumpió y, con una sonrisa, lo reconvino dulcemente:

—Anda, déjalo ya. Yo los he estado cuidando a los tres todo el invierno y todo ha ido bien. Y, además, Anna dijo que Dan se pasaría por casa, así que no tienes nada de qué preocuparte.

Patrik se relajó. Erica tenía razón, pero él siempre temía que algo malo le ocurriese a su hija. Quizá a causa de todo lo que había visto en su trabajo. Sabía demasiado bien las terribles desgracias que podían sobrevenirle a la gente. Y a los niños. Había leído en algún lugar que, cuando se tenían hijos, uno se pasaba el resto de su vida como si tuviese una pistola apuntándole a la sien. Y no estaba muy lejos de la verdad. El miedo siempre estaba al acecho. Había peligros por todas partes. Sin embargo, intentaría dejar de pensar en ello en aquel momento. Maja estaba bien, seguro. Y Erica y él habían tenido la oportunidad de pasar un rato juntos y a solas.

—¿Vamos a comer a algún sitio? —le propuso una vez que hubieron pagado en la tienda y después de darle las gracias a la señora. Brillaba un radiante sol primaveral, que los recibió cálido cuando salieron.

—Me parece una idea estupenda —aceptó Erica contenta, pasándole la mano por el brazo. Fueron así caminando por la calle comercial de Uddevalla, eligiendo entre los diversos restaurantes. Finalmente, se decidieron por un restaurante tailandés que había en una de las calles perpendiculares. Y ya estaban a punto de adentrarse en la aromática atmósfera del local cuando sonó el teléfono de Patrik. Miró la pantalla. Joder, de la comisaría.

—No digas nada... —comenzó Erica moviendo la cabeza con gesto cansado. Por la expresión de su rostro, comprendió enseguida de dónde procedía la llamada.

—Tengo que atender esta llamada, Erica... —le dijo—. Pero ve entrando tú, seguro que no es nada importante.

Erica murmuró entre dientes su escepticismo, pero siguió la recomendación de Patrik. Él se quedó en la puerta y respondió con desgana manifiesta.

—Aquí Hedström. —La expresión de su semblante pasó, en un segundo, de la irritación a la perplejidad.

—¿Qué coño estás diciendo, Annika?

—...

—En un contenedor de basura.

—...

—¿Hay ya alguien en camino? ¿Martin? Ah, vale. Salgo hacia allí ahora mismo, pero estoy en Uddevalla, así que me llevará un rato. Dame la dirección exacta.

Hurgó en el bolsillo en busca de un bolígrafo, hasta que lo encontró. Pero, a falta de papel, tuvo que anotar la dirección en la palma de la mano. Luego colgó y respiró hondo. No sentía el menor deseo de decirle a Erica que tendrían que posponer el almuerzo e irse a casa enseguida.

Capítulo 4

A veces creía recordar a la otra, a la que no era tan dulce, tan hermosa como ella, hay otra, cuya voz era tan fría y tan implacable. Como un cristal duro y afilado. Curiosamente, a veces la echaba de menos. Le había preguntado a su hermana si la recordaba, pero ella negó con la cabeza sin pronunciar palabra. Luego cogió su mantita, la que era tan suave y con ositos de color rosa, y se abrazó a ella con fuerza. Y se dio cuenta de que claro que sí, de que su hermana también la recordaba. En algún lugar recóndito de su pecho, no de su cabeza, anidaba el recuerdo.

En una ocasión intentó preguntar por aquella voz. Adónde había ido a parar. A quién había pertenecido. Pero ella se indignó tanto... Sólo estaba ella, ella sola, decía. Nadie más. Nunca había existido nadie con la voz dura y agria. Sólo ella. Siempre y sólo ella. Luego, los abrazó a él y a su hermana. Sintió la seda de su blusa en la mejilla, el olor de su perfume en la nariz. Un mechón del cabello largo y rubio de su hermana le hacía cosquillas en la oreja, pero no se atrevió a moverse. No se atrevía a romper la magia. Y no volvió a preguntar nunca. Oírla enfadada era tan insólito, tan perturbador, que no se atrevía a arriesgarse.

Las únicas ocasiones en que la enojaba era cuando le pedía que le dejase ver lo que se escondía allá fuera. No quería pedírselo, sabía que era inútil, pero a veces no podía contenerse. Su hermana lo miraba con el terror plasmado en los ojos muy abiertos siempre que él balbuceaba aquella pregunta. El miedo de ella lo hacía encogerse por dentro, pero no podía impedir que en su garganta se formulase el interrogante. Surgía siempre de sus labios como una fuerza de la naturaleza, como si estuviese burbujeando en su interior y quisiera subir, salir.

La respuesta era siempre la misma. Primero, la decepción en su mirada. La decepción ante el hecho de que quisiera más, a pesar de lo mucho que ella le daba, a pesar de que se lo daba todo. Decepción por que quisiera algo distinto. Luego, la respuesta reposada. A veces lloraba cuando le respondía. Eso era lo peor. A menudo se arrodillaba, le cogía la cara entre las manos. Y, finalmente, la afirmación de siempre. Que era por el bien de ellos dos. Que un pájaro cenizo no podía vivir allí fuera. Que acabarían mal, tanto él como su hermana, si les permitía cruzar la puerta.

Después, echaba la llave antes de irse. Y se quedaba pensando en sus preguntas, mientras su hermana se sentaba a su lado, pegada a él.



Mehmet se inclinó sobre el borde de la cama y vomitó. Tenía la vaga conciencia de que el vómito chapoteaba en el suelo, en lugar de en el cubo, pero estaba demasiado ido para preocuparse por eso.

—Joder, Mehmet, ¡qué asco! —Oyó la voz de Jonna a lo lejos y, con los ojos medio cerrados, entrevió cómo salía disparada de la habitación. En su estado tampoco era capaz de preocuparse por eso. Lo único que tenía en la cabeza era el retumbar doloroso que le machacaba las sienes. Tenía la boca seca con un sabor repugnante, mezcla de vómito y de alcohol rancio. Sólo tenía una idea difusa de lo que había sucedido la noche anterior. Recordaba la música, recordaba el baile, recordaba a las chicas que, vestidas con faldas diminutas, se apretaban contra él ansiosas, desesperadas, con una actitud detestable. Cerró los ojos para aislarse de los recuerdos, pero sólo consiguió reforzarlos. De nuevo se intensificaron las náuseas y Mehmet volvió a asomar la cabeza por el borde de la cama. Ya sólo le quedaba bilis. En algún lugar, cerca de él, oyó la cámara zumbando como un abejorro. Las imágenes de su familia acudieron a su mente como un torbellino. La idea de que pudieran verlo así le multiplicaba por mil el dolor de cabeza, pero no tenía fuerzas para hacer nada al respecto, salvo cubrirse entero con el edredón.

Fragmentos de palabras y de frases iban y venían. Rondaban por su memoria, pero en cuanto intentaba unirlos y formar con ellos un contexto, se desvanecían en la nada. Había algo que debería recordar. Algo cuyo recuerdo debería captar.

Palabras de enojo, palabras de maldad que habían arrojado contra alguien como si de flechas emponzoñadas se tratase. ¿Contra alguien? ¿Contra él mismo, quizá? Mierda, no lo recordaba. Se acurrucó en posición fetal. Apretó los puños contra la boca. Las palabras volvían a su memoria. Palabras groseras. Acusaciones. Palabras feas, destinadas a herir. Si no recordaba mal, no estaba seguro, alcanzaron su objetivo. Alguien lloró. Elevó sus protestas. Pero no sirvió de nada. Las voces aumentaron el volumen. Más y más alto. Luego, el chasquido de un golpe. El sonido inconfundible de la piel que estalla contra otra piel a una velocidad capaz de producir dolor. Y vaya si dolió. Un aullido, un llanto desgarrador se abrió paso entre la bruma que lo envolvía. Se encogió aún más en la cama, bajo el edredón. Intentó mantener apartado todo aquello que le rebotaba en el interior del cráneo, de forma claramente inconexa. Pero no funcionó. Los fragmentos eran tan molestos, tan fuertes, que nadie parecía poder mantenerlos a raya. Además, querían algo de él. Había algo que Mehmet debía recordar. Algo que en realidad no quería recordar en absoluto. Todo resultaba tan difuso... De nuevo sintió náuseas. Y volvió a inclinarse sobre el borde de la cama.

Mellberg yacía en la cama mirando al techo. Aquella sensación que experimentaba... A decir verdad, no era capaz de señalar con exactitud de qué sensación se trataba.

Pero sí era una sensación que no había sentido en mucho tiempo, de eso estaba seguro. Tal vez pudiese describirse como... satisfacción. Y no era ésa la sensación que debía experimentar, desde luego, teniendo en cuenta que se había ido a dormir tan solo como se despertó. Y, en su mundo, esa circunstancia jamás había ido aparejada a una cita satisfactoria. Pero las cosas habían cambiado desde que conoció a Rose-Marie. En verdad que habían cambiado. Él había cambiado.

Fue una noche tan agradable... La conversación fluía con una soltura inaudita. Hablaron de todo lo habido y por haber. Y a él le interesaba oír lo que ella tuviese que contarle. Quería saberlo todo de ella, dónde creció, qué había hecho en la vida, con qué soñaba, qué tipo de comida le gustaba, cuáles eran sus programas de televisión favoritos. Absolutamente todo. En un momento dado de la velada, vio reflejada en el cristal de la ventana la imagen de los dos riendo, brindando, charlando. Y apenas se reconoció a sí mismo. Jamás había visto en su propia cara una sonrisa como aquélla, y no pudo dejar de admitir que le sentaba muy bien. Que a ella le sentaba bien sonreír, eso ya lo sabía.

Cruzó las manos bajo la nuca y se estiró. El sol primaveral se filtraba por la ventana y cayó en la cuenta de que hacía ya mucho que debería haber lavado las cortinas.

Se despidieron con un beso ante la puerta del Gestgifveriet. Con cierto reparo, con cierta cautela. Él posó las manos sobre sus hombros con suma delicadeza, y la sensación de la superficie lisa y fresca del tejido en la yema de sus dedos, combinada con el aroma de su perfume cuando la besó, fue lo más erótico que jamás había experimentado. ¿Cómo era posible que aquella mujer lo alterase de tal modo? Y así, después de tan poco tiempo.

Rose-Marie... Rose-Marie... Pronunció su nombre saboreándolo. Cerró los ojos e intentó recrear su rostro mentalmente. Acordaron que volverían a verse muy pronto y Mellberg se preguntaba a qué hora no sería demasiado temprano para llamarla ese mismo día. Aunque, ¿no resultaría un tanto agobiante? ¿Demasiado ansioso? Pero ¡qué demonios! Aquello o funcionaba o no funcionaba: con Rose-Marie no tenía ganas de entrar en juegos complicados. Miró el reloj. Ya no era primera hora. Seguramente estaría despierta. Extendió el brazo para coger el auricular cuando sonó el teléfono. Vio en la pantalla que era Hedström. Su llamada no podía presagiar nada bueno.

Patrik se presentó en el lugar del hallazgo al mismo tiempo que los técnicos de la policía científica. Debieron de salir de Uddevalla más o menos cuando él se metió en el coche para llevar a Erica a casa. El viaje de regreso a Fjällbacka fue bastante lúgubre. Erica se dedicó a mirar por la ventana. No estaba enfadada, sólo triste, decepcionada. Y Patrik la comprendía. También él se sentía triste y decepcionado. Se

habían dedicado tan poco tiempo el uno al otro los últimos meses... Patrik apenas recordaba cuándo fue la última vez que se sentaron sencillamente a charlar los dos solos. A veces detestaba su trabajo. En ocasiones así se preguntaba por qué habría elegido una profesión que hacía que, en la práctica, careciese por completo de tiempo libre. Podían requerirlo en cualquier momento. Su trabajo siempre estaba a una simple llamada telefónica de distancia. Pero, al mismo tiempo, era mucho lo que le daba. Por ejemplo, la satisfacción de sentir que él marcaba una diferencia. Al menos, de vez en cuando. Jamás habría soportado un trabajo en el que se viese obligado a mover papeles y a manejar cifras día tras día. La profesión de policía le producía una sensación de plenitud, de que su labor tenía sentido, de que era necesario. El problema o, más bien, el reto, consistía en que también en casa lo necesitaban.

Mierda, que tenga que ser tan difícil atender a todo el mundo, se lamentó Patrik mientras giraba para aparcar a unos metros del camión de la basura. Montones de personas se habían congregado alrededor del vehículo, pero los técnicos habían acordonado la zona marcando con cinta policial un área bastante extensa en torno a la parte trasera del camión, con el fin de asegurarse de que nadie la transitara y destruyese cualquier tipo de prueba. El jefe del equipo de la policía científica, Torbjörn Ruud, se le acercó para estrecharle la mano.

—¡Hola, Hedström! Ya te digo, esto no tiene buena pinta.

—No, ya me han dicho que, al parecer, Leif recogió algo más que la basura con la que contaba.

Patrik asintió en dirección al hombre, que parecía presa del desaliento.

—Sí, se ha llevado un susto de muerte. No es un espectáculo agradable. El cadáver sigue ahí, no hemos querido tocarlo aún. Ven conmigo a verlo, pero ten cuidado en dónde pones los pies.

Ah, por cierto, toma —dijo Torbjörn tendiéndole un par de cintas de goma, que Patrik se puso alrededor de los zapatos, a fin de que sus huellas se distinguiesen del posible rastro dejado por el agresor o los agresores. Entraron juntos en la zona delimitada por la cinta blanca y azul. Patrik sintió en el estómago cierto desasosiego mientras se acercaban y tuvo que reprimir el impulso de darse media vuelta y marcharse de allí. Detestaba con toda su alma aquella parte del trabajo. Como de costumbre, tuvo que hacer acopio de valor antes de ponerse de puntillas para ver el fondo de la parte trasera del camión. Allí, en medio de un amasijo repugnante y maloliente de restos de comida, latas de conserva, pieles de plátano y otros residuos, yacía el cadáver de una chica desnuda. Flexionado, con los pies alrededor de la cabeza, como si estuviera entrenándose para algún tipo de acrobacia. Patrik miró inquisitivo a Torbjörn Ruud.

—Rigor mortis —explicó con parquedad—. Las articulaciones se pusieron rígidas cuando ya estaba en esa posición, es decir, después de que le flexionaran el cuerpo

para meterla en el contenedor.

Patrik esbozó una mueca de rechazo. Aquello era indicio de una sangre fría inusitada, de un desprecio ilimitado por el ser humano; no sólo habían matado a la joven, sino que, además, se habían deshecho de su cadáver como si de un montón de basura se tratase. Arrojada a un contenedor. Sencillamente, le parecía repugnante. Patrik apartó la vista.

—¿Cuánto tiempo os llevará la inspección del escenario del hallazgo?

—Un par de horas —respondió Torbjörn—. Supongo que, entretanto, empezaráis por preguntar a los vecinos de la zona por si ha habido testigos. Por desgracia, no hay muchos aquí —se lamentó señalando las casas vacías y abandonadas, a la espera de los inquilinos veraniegos. Sin embargo, alguna sí que estaba habitada todo el año, así que tendrían que confiar en la suerte.

—¿Qué ha pasado? —se oyó la voz de Mellberg, tan irritada como de costumbre. Patrik y Torbjörn se dieron la vuelta y lo vieron caminar resoplando hacia donde ellos se hallaban.

—Han encontrado a una mujer ahí —respondió Patrik, señalando el contenedor que estaba a un lado de la calle. En ese momento, dos de los técnicos estaban colocándose los guantes para ponerse manos a la obra—. Este operario, Leif, descubrió el cadáver cuando vació el contenedor, por eso está en el camión de la basura.

Mellberg interpretó aquella respuesta como una exhortación a pasar por encima del cordón policial y acercarse al camión de la basura para comprobarlo. Torbjörn no intentó siquiera que se pusiera las cintas de goma en los zapatos. No tenía importancia, ya habían tenido que descartar las huellas de los zapatos de Mellberg en más de una ocasión, de modo que las tenían en el registro.

—¡Joder! —exclamó Mellberg tapándose la nariz—. Aquí huele que apesta. —Se apartó, al parecer más afectado por el hedor del camión de la basura que por la visión del cadáver de la muchacha. Patrik suspiró para sí. Desde luego, todo seguía como siempre. Podían estar seguros de que Mellberg se comportaría de un modo inapropiado y con una falta de sensibilidad extrema.

—¿Sabéis quién es? —preguntó Mellberg con expresión apremiante. Patrik negó con un gesto.

—No, por ahora no sabemos nada. Había pensado llamar a Hanna y pedirle que mirase si había llegado alguna denuncia de alguna joven que no hubiese vuelto a casa anoche. Y Martin está en camino; había pensado que él y yo podíamos empezar por interrogar a los pocos vecinos permanentes de la zona.

Mellberg asintió muy serio.

—Sí, me parece una buena idea. Es precisamente lo que pensaba sugerir.

Patrik y Torbjörn intercambiaron una mirada elocuente. Como era habitual,

Mellberg se atribuía las iniciativas ajenas, pero rara vez aportaba alguna de su cosecha.

—En fin, ¿y dónde está el bueno de Molin? —preguntó Mellberg mirando displicente a su alrededor.

—Debería estar al llegar —dijo Patrik.

Como si fuese fruto de un ensayo, el coche de Martin apareció en ese preciso momento. Empezaba a ser difícil encontrar un sitio donde aparcar en la estrecha carretera de grava, así que tuvo que retroceder unos metros hasta que vio un hueco. Martin venía con la cabellera pelirroja totalmente encrespada cuando se acercó a ellos. Parecía cansado y aún tenía en la mejilla las huellas de la almohada.

—Había una chica muerta en el contenedor. Ahora está en el camión de la basura —explicó Patrik sucintamente.

Martin asintió sin más, pero no hizo amago alguno de ir a mirar. Su estómago tenía una marcada tendencia a descomponerse ante la contemplación de un cadáver.

—Hanna y tú estuvisteis de guardia ayer por la noche, ¿verdad? —preguntó Patrik.

Martin asintió.

—Sí, le estuvimos echando un ojo a la fiesta de la granja. Y buena falta que hizo. Se organizó un escándalo increíble y no llegué a casa hasta las cuatro.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Patrik frunciendo el ceño.

—En parte, lo habitual. Unos cuantos se emborracharon más de la cuenta, una bronca con un novio celoso, dos que habían bebido de más y llegaron a las manos. Pero nada comparado con la reyerta que estalló entre los participantes. Hanna y yo tuvimos que intervenir un par de veces.

—¿No me digas? —respondió Patrik lleno de curiosidad—. ¿Y eso por qué? ¿Cuál fue el motivo?

—Al parecer, todos estaban mosqueados con una de las chicas del grupo. La de las tetas de silicona. Y llegaron a darle dos buenas bofetadas antes de que pudiéramos mediar nosotros —explicó Martin frotándose los ojos para ahuyentar el cansancio.

En la mente de Patrik empezó a forjarse una idea.

—Martin, ¿podrías ir a ver el cadáver que hay en el camión de la basura?

Martin respondió con un mohín:

—¿De verdad crees que es necesario? Ya sabes cómo me... —se interrumpió y asintió resignado—. Por supuesto que lo haré, pero ¿por qué?

—Tú haz lo que te digo —insistió Patrik, que no quería revelarle aún lo que pensaba—. Luego te lo explico.

—Vale —respondió Martin angustiado. Cogió las cintas de goma que le ofrecía Patrik y, una vez que se las hubo puesto en los zapatos, cruzó apesadumbrado el cordón policial y dio un par de pasos cautelosos en dirección a la parte trasera del

camión. Después de un último y hondo suspiro, bajó la vista para, inmediatamente, volverse hacia Patrik con la perplejidad plasmada en el rostro—. Pero si es...

Patrik asintió.

—La chica de *Fucking Tanum*. Sí, lo he entendido en cuanto has empezado a hablar de ella. Además, tiene toda la pinta de haberse llevado una buena paliza.

Martin fue alejándose del camión. Estaba blanco como la cera y Patrik se percató de que luchaba por retener el desayuno. Tras unos minutos de forcejeo, el pobre Martin tuvo que darse por vencido y echó a correr en dirección a un arbusto que había unos metros más allá.

Patrik se acercó a Mellberg, que, haciendo grandes aspavientos, hablaba con Torbjörn Ruud. Patrik los interrumpió.

—Hemos identificado el cadáver. Es una de las chicas del programa. Anoche hubo una fiesta en la granja y, según Martin, estalló una buena pelea con esa chica.

—¿Pelea? —preguntó Mellberg arrugando la frente—. ¿Quieres decir que la maltrataron hasta acabar con ella?

—Eso no lo sé —admitió Patrik con un tonillo de irritación en la voz. En ocasiones, sencillamente no soportaba la estupidez de las preguntas de Mellberg—. Sobre la causa de la muerte sólo puede pronunciarse el forense, después de haberle practicado la autopsia. —Como tú bien deberías saber, añadió Patrik para sí—. Pero, desde luego, da la impresión de que ha llegado el momento de tener una charla con el resto del grupo. Y procurar que nos cedan todas las grabaciones de esa tarde. Puede que, por una vez, tengamos un testigo verdaderamente fiable por el que guiarnos.

—Sí, justo iba a decir que es posible que las cámaras hayan captado algo provechoso. —Mellberg se hinchó como un pavo, convencido de que la idea era suya desde un principio. Patrik contó hasta diez. Aquello empezaba a cansarlo. Llevaba varios años jugando a aquel jueguecito y, sencillamente, se le estaba agotando la paciencia.

—Entonces, lo haremos así —dijo con una calma forzada—. Llamaré a Hanna para que nos informe de cuáles fueron sus observaciones de lo que sucedió ayer por la noche. También deberíamos hablar con los jefes de producción de *Fucking Tanum*, y, además, puede que sea conveniente informar al Consejo Municipal. Estoy seguro de que todos estarán de acuerdo en que la grabación del programa debe interrumpirse de inmediato.

—Y ¿eso por qué? —preguntó Mellberg lleno de asombro. Patrik lo miró atónito.

—¡Es obvio! ¡Una de las participantes ha sido asesinada! No creo que puedan seguir grabando.

—Pues yo no estoy tan seguro —replicó Mellberg—. Conozco a Erling y hará lo posible para que esto continúe. Se juega su prestigio en este proyecto.

Por un instante, Patrik tuvo la sensación tan paralizante como inusual de que

Mellberg tenía razón. Pero le costaba creerlo. Después de todo, no podían ser tan cínicos...

Hanna y Lars guardaban silencio sentados a la mesa. Parecían tan apáticos y cansados como de hecho se sentían, y todo aquello que había entre ellos sin aclarar flotaba en el ambiente y contribuía a acentuar su pesadumbre. Deberían hablar de tantas cosas... Pero, como de costumbre, no se dijeron nada. Hanna sentía aquel desasosiego tan familiar en el estómago que hacía que el huevo que se estaba comiendo le supiese a papel reseco. Se obligó a sí misma a masticar y tragar, masticar y tragar.

—Lars —comenzó en un intento por iniciar la conversación, pero se arrepintió enseguida. Su nombre le sonaba tan solitario y tan extraño cuando lo pronunciaba así, en medio de aquel silencio... Tragó saliva e hizo un nuevo intento—. Lars, tenemos que hablar. No podemos seguir así.

Él no la miró siquiera. Aplicaba toda su capacidad de concentración a la tarea de ponerle mantequilla al pan. Hanna contempló fascinada cómo Lars movía el cuchillo untando la mantequilla de un lado a otro, una y otra vez, hasta que estuvo bien repartida por toda la rebanada. Había algo hipnótico en aquel movimiento y, cuando volvió a dejar el cuchillo en el tarro, Hanna se sobresaltó. Lo intentó una vez más.

—Por favor, Lars, habla conmigo. Sólo te pido eso, que hables conmigo. No podemos seguir así.

Ella misma oía el tono desesperado de su ruego. El tono suplicante de su voz. Pero era como si estuviese atrapada, sin posibilidad de bajar de un tren que circulase a doscientos kilómetros por hora en dirección a un precipicio que se acercaba a toda velocidad.

Quería inclinarse y cogerlo por los hombros y zarandearlo y obligarlo a hablar. Pero sabía que no tenía sentido. Lars se encontraba en un lugar al que ella no tenía acceso, al que él jamás le daría acceso.

Con una gran pesadumbre en el pecho, en lo más hondo de su corazón, se puso a observarlo. Hanna había decidido guardar silencio y capitular una vez más. Como en tantas otras ocasiones anteriores. Pero lo quería tanto... Todo le gustaba en Lars. Su cabello castaño, aún despeinado después del sueño. Las finas líneas que cruzaban su cara y que, pese a ser algo prematuras, le imprimían carácter. La barba sin afeitar, que parecía una lija al tocarla.

Tenía que existir un modo. Hanna lo sabía. No podía permitir que ambos cayesen en aquel abismo tenebroso, juntos, pero, al mismo tiempo, separados. Siguiendo un impulso, se inclinó y le tomó la muñeca. Y notó que estaba temblando. Levemente, como la hoja de un álamo. Lo obligó a serenarse presionándole un poco el brazo contra la mesa, lo obligó a mirarla a los ojos. Fue uno de esos instantes que sólo se dan una vez en la vida. Uno de esos instantes en que sólo pueden decirse verdades.

Verdades sobre su matrimonio. Verdades sobre la vida de ambos. Verdades sobre el pasado. Hanna iba a decir algo cuando sonó el teléfono. Lars dio un respingo y retiró el brazo. Luego, volvió a coger el cuchillo de la mantequilla. El instante se había esfumado.

—¿Qué crees que pasará ahora? —le preguntó Tina a Uffe mientras daban profundas caladas a sus cigarrillos en el jardín.

—¡Y yo qué coño sé! —respondió Uffe entre risas—. Pero me apuesto lo que quieras a que no pasará una mierda.

—Pero, después de lo de ayer... —vaciló un segundo y bajó la vista al suelo.

—Ayer no significa una mierda —insistió Uffe antes de formar un anillo de humo en el apacible aire primaveral—. No significa una mierda, créeme. Este tipo de producciones cuestan una fortuna, y no creo que vayan a cerrar el quiosco y a perder todo lo que han invertido hasta ahora. Ni lo sueñes.

—Pues yo no estaría tan segura —dijo Tina en tono sombrío y continuó mirándose los zapatos. De su cigarrillo no quedaba más que una larga columna de ceniza, que cayó directamente sobre sus botas de ante.

—¡Mierda! —exclamó inclinándose velozmente para retirar la ceniza—. ¡Ya se han estropeado! ¡Con lo caras que me costaron, joder! ¡Mieeeeerda!

—Te está bien empleado —opinó Uffe con una sonrisa burlona—. ¡Eres una consentida de mierda!

—¿Cómo que consentida? —le espetó Tina redicha antes de volver la vista hacia otro lado—. Sólo porque mis padres no se hayan pasado la vida viviendo de las ayudas sociales, sino que han trabajado para conseguir algo de dinero... ¡Eso no significa que yo sea una consentida!

—Oye, tú pasa de mis padres, ¿eh? ¡Que no sabes una puta mierda de ellos! —Uffe agitó el cigarrillo encendido delante de su cara con gesto amenazador. Tina no se dejó amedrentar, sino que dio un paso adelante.

— ¡Sé cómo eres tú! ¡Así que no resulta muy difícil ver qué tipo de personas son tus padres!

Uffe cerró el puño y se le hincharon las venas de la frente. Tina comprendió que quizá había cometido un error. Recordó la noche anterior y, rápidamente, dio un paso atrás. Tal vez no debería haber dicho aquello. Justo cuando iba a suavizar un poco la cosa, apareció Calle y los miró inquisitivo, primero al uno, luego al otro.

—¿Qué coño estáis haciendo vosotros dos? ¿Es que vais a pegaros o qué? —preguntó riéndose—. Claro, Uffe, tú eres un fiero pegando a las tías, así que venga, adelante. Veamos una repetición de la jugada.

Uffe resopló sin decir nada y bajó los brazos, pero siguió mirando a Tina con odio. Ella dio otro paso atrás. Uffe no era del todo normal. Una vez más, recreó

imágenes fragmentarias y sonidos de la noche anterior y, muy nerviosa, se dio media vuelta y entró en la casa. Lo último que oyó fue lo que, en voz baja, le dijo Uffe a Calle antes de que se cerrase la puerta:

—Bueno, a ti tampoco se te da nada mal, ¿verdad?

Pero Tina no llegó a oír la respuesta de Calle.

Una ojeada al espejo del vestíbulo le reveló a Erica que su aspecto se correspondía perfectamente con el desencanto que sentía. Se quitó el anorak muy despacio y lo colgó junto con la bufanda, y prestó atención con curiosidad. Entre el griterío de los niños, que era considerable pero, por suerte, también alegre, oyó, alternando con la de Anna, la voz de otro adulto. Entró en la sala de estar. En un inmenso revoltijo, en medio del suelo, yacían tres niños y dos adultos, manoteando, chillando y agitando brazos y pies como si de los de un monstruo deforme se tratase.

—¡Ajá! ¿Y qué es lo que está pasando aquí? —dijo con el tono más autoritario que supo adoptar.

Anna levantó la vista extrañada, con una sorprendente maraña en el pelo, por lo general tan bien peinado.

—¡Hola! —exclamó Dan alegremente alzando también la vista hacia ella, aunque enseguida se volvió para seguir jugando a las peleas con Emma y Adrian. Maja se reía a carcajadas e intentaba contribuir tirándole a Dan de los pies con todas sus fuerzas.

Anna se incorporó y se sacudió los pantalones. Por la ventana que había a su espalda se filtraba la clara luz primaveral, que formó un halo alrededor de su rubio cabello. Erica pensó en lo guapa que era su hermana pequeña. Y, por primera vez, se dio cuenta de hasta qué punto se parecía a la madre de ambas. Aquella idea reavivó el dolor que siempre se hallaba latente en su corazón. Y entonces acudía a su mente la misma pregunta de siempre. ¿Por qué? ¿Por qué no las había querido su madre? ¿Por qué Elsy nunca tuvo para ellas una palabra amable, una caricia, una palmadita, algo, cualquier cosa? Lo único que recibieron de ella fue indiferencia y frialdad. Su padre era el polo opuesto. Ella era dura, él era amable. Ella era fría, él era la calidez misma. Él intentó siempre explicarlo, excusarla, compensar. Y, hasta cierto punto, lo consiguió. Pero no podía ocupar su lugar. Ese lugar seguía vacío aún hoy en su alma, pese a que hacía ya cuatro años que Tore y Elsy habían fallecido en aquel accidente de tráfico.

Anna la observaba con expresión inquisitiva y Erica cayó en la cuenta de que se había quedado allí, mirándola fijamente. Intentó aparentar que no le ocurría nada y sonrió a su hermana.

—¿Dónde está Patrik? —preguntó Anna antes de echar un último vistazo a la montaña humana que había en el suelo y de entrar en la cocina. Erica la siguió sin

responder—. Acabo de poner una cafetera —prosiguió Anna, que empezó a servir tres tazas—. Y los niños y los mayores hemos hecho unos bollos. —Erica notó entonces el apetitoso aroma a canela que impregnaba la cocina—. Pero tú tendrás que conformarte con esto —dijo Anna poniendo sobre la mesa una bandeja con algo pequeño y con aspecto reseco.

—¿Y eso qué es? —preguntó Erica decepcionada, tanteando los supuestos dulces con la mano.

—Bocaditos integrales —respondió Anna dándose media vuelta para retirar los bollos recién horneados de la encimera, donde los había puesto a enfriar, y colocarlos en una cesta.

—Pero... —balbució Erica impotente, mientras la boca se le hacía agua ante el espectáculo de aquellos bollos esponjosos rociados de azúcar.

—Bueno, yo creía que estaríais fuera más tiempo. Había pensado ahorrarte el disgusto y congelarlos antes de que llegaras. Pero como te has adelantado... Y si quieres estar motivada, piensa en el vestido.

Erica cogió una de las galletitas y se la llevó a la boca con escepticismo. Y sí, tal como se temía, igual podría estar masticando un trozo de aglomerado.

—Bueno, ¿dónde está Patrik? Y ¿por qué habéis vuelto tan temprano? Pensé que aprovecharíais para estar a gusto, dar una vuelta por el centro y comer y esas cosas. —Anna se sentó a la mesa de la cocina y gritó en dirección a la sala de estar—: ¡La merienda está lista!

—A Patrik lo llamaron del trabajo —respondió Erica e inmediatamente se dio por vencida y dejó la galleta en el plato. El primer bocado aún le crecía en la boca.

—¿Del trabajo? —preguntó Anna extrañada—. Pero ¿no iba a tener el fin de semana libre?

—Sí, así era —respondió Erica, consciente de la amargura que destilaba su voz—. Pero no le quedó más remedio que irse. —Se detuvo un instante, insegura sobre cómo continuar, hasta que se decidió a decirlo claramente—: Leif, el conductor del camión de la basura, encontró esta mañana un cadáver en el camión.

—¿En el camión de la basura? —preguntó Anna boquiabierta—. Y ¿cómo fue a parar allí?

—Pues, al parecer, el cadáver estaba en un contenedor, y cuando fue a vaciarlo...

—¡Dios! ¡Qué espanto! —exclamó Anna sin dejar de mirar a Erica—. ¿Y de quién es el cadáver? ¿Será un asesinato? Bueno, claro, supongo que sí —se respondió a sí misma—. De lo contrario, ¿cómo iba a aparecer nadie en un contenedor? ¡Dios! ¡Qué espanto! —repitió.

Justo en ese momento entró Dan en la cocina. Las miró sin comprender y, sentándose junto a Erica, preguntó:

—¿Qué es un espanto?

—Llamaron a Patrik del trabajo. Leif, el del camión de la basura, encontró un cadáver en el camión —explicó Anna adelantándose a Erica.

—¡Anda ya! ¿Estás de broma? —preguntó Dan estupefacto.

—Por desgracia, no —intervino Erica sombría—. Pero os agradecería que no lo divulgarais. Ya se sabrá, a su debido tiempo, pero no tenemos por qué darles a las chismosas del pueblo más material del necesario.

—No, claro, no diremos nada —aseguró Anna.

—No me explico cómo puede Patrik tener el trabajo que tiene —observó Dan cogiendo un bollo de canela—. Yo no lo resistiría. Tener que enseñarles gramática a los adolescentes ya me parece bastante dramático.

—No, yo tampoco lo resistiría —confesó Anna con la mirada perdida. Tanto Dan como Erica lanzaron una maldición para sus adentros. Hablar de cadáveres y de asesinatos no era, quizá, lo más indicado para Anna.

Como si les hubiese leído el pensamiento, los tranquilizó:

—No os preocupéis por mí. No pasa nada porque habléis de ello. —Sonrió levemente y Erica se imaginó las escenas que pasaban por la mente de su hermana.

—¡Niños! ¡Aquí están los bollos! —gritó Anna una vez más, rompiendo la tensión. Oyeron el tamborileo de dos pares de pies y un par de manos y otro de rodillas y, pocos segundos después, entró por la puerta el primer aspirante a un bollo de canela.

—Bollo, yo quiero bollo —canturreó Adrian mientras, con una agilidad asombrosa, trepaba a su silla. Poco después llegó Emma y, finalmente, gateando, apareció Maja. La pequeña no había tardado mucho en aprender el significado de la palabra bollo. Erica ya se disponía a levantarse cuando Dan se le adelantó.

Cogió a Maja, no pudo evitar darle un beso en la mejilla, la sentó despacio en su trona, partió un bollo en pedacitos y empezó a dárselo a la pequeña. Tanta muestra de dulces hizo que Maja sonriera de tal forma que dejó al descubierto el par de granitos de arroz que tenía en el labio inferior. Los mayores no pudieron evitar romper a reír. Era una monería de niña.

Nadie habló más de asesinatos ni de cadáveres. Pero todos siguieron pensando en aquello a lo que Patrik debía enfrentarse.

Todos aguardaban apáticos en la sala de descanso de la comisaría. Martin seguía luciendo una palidez antinatural y parecía tan cansado como Hanna. Patrik estaba apoyado en la encimera del fregadero, con los brazos cruzados, y esperó hasta que todos se hubieron servido café. Después de haber recibido la señal de aprobación de Mellberg, tomó la palabra.

—Esta mañana, muy temprano, Leif Christensson, propietario de una empresa de recogida de basuras, encontró un cadáver en su camión. En realidad, lo habían dejado

en un contenedor, pero, al vaciarlo, cayó en el camión. Os puedo asegurar que está totalmente conmocionado. —Patrik hizo aquí una pausa y tomó un sorbo del café que tenía a su lado en la encimera. Luego prosiguió—: Acudimos enseguida al lugar del hallazgo y constatamos que se trataba de una mujer. A partir de las circunstancias hemos llegado a la conclusión preliminar de que se trata de un asesinato. El cadáver presenta, además, una serie de lesiones que apuntan a que fue agredida, lo cual confirmaría la hipótesis provisional. Sin embargo, no lo sabremos con seguridad hasta que no tengamos el resultado de la autopsia. En cualquier caso, trabajamos partiendo de la base de que la asesinaron.

—¿Sabemos quién...? —comenzó a preguntar Gösta, pero Patrik lo interrumpió con un gesto.

—Sí, hemos identificado el cadáver de la mujer. —Patrik se volvió hacia Martin, que a duras penas podía combatir las náuseas ante el solo recuerdo de las imágenes que había visto. No parecía estar en disposición de hablar aún, de modo que Patrik continuó—: Parece que se trata de una de las participantes del programa *Fucking Tanum*. La chica a la que llaman Barbie. Pronto sabremos cuál era su verdadero nombre. No me parece lo bastante digno llamarla Barbie dadas las circunstancias.

—Pero... nosotros... Martin y yo la vimos ayer —balbució Hanna. Tenía la cara tensa y miraba a Patrik y a Martin alternativamente.

—Sí, lo sé —dijo Patrik con un gesto afirmativo hacia Martin—. Fue Martin quien la identificó. Por lo visto, hubo una pelea, ¿no? —preguntó enarcando una ceja y animando así a Hanna a que continuase.

—Sí... —respondió como pensándose, como si quisiera elegir sus palabras con sumo cuidado—. Sí, la cosa se puso bastante seria durante un rato. Los demás participantes se ensañaron con ella, pero lo que yo presencié fue más bien verbal, algún empujón, nada más. Martin y yo entramos y los separamos, y lo último que vimos fue que Barbie echó a correr llorando en dirección al pueblo.

Martin asintió para confirmar sus palabras.

—Sí, así fue —aseguró—. Hubo muchos gritos e insultos, pero nada que ocasionara las lesiones que presentaba el cadáver.

—Bien, tendremos que hablar con esa pandilla —resolvió Patrik—. Y averiguar de qué iba la pelea. Y si alguien vio adónde... —vaciló un instante a la hora de decir el nombre, pero aún no tenían otro por el que llamarla—... adónde se fue Barbie. También hemos de hablar con el equipo de televisión, e ir a buscar lo que grabaron ayer y echarle un vistazo.

Annika iba anotando mientras Patrik enumeraba las tareas que deberían abordar. Antes de dirigirse a Annika, reflexionó unos segundos, transcurridos los cuales le dijo:

—También debemos encargarnos de informar a la familia. Y averiguar si la gente

observó algo raro ayer por la noche. —Volvió a guardar silencio, antes de añadir, en un tono grave—:

Cuando esto se sepa, y no tardará más de un par de horas, se organizará un buen caos. Esta noticia tendrá repercusión a escala nacional, y debemos contar con que estaremos prácticamente sitiados todo el tiempo que dure la investigación. Así que tened cuidado de con quién habláis y lo que decís. No quiero que circule por ahí un montón de información que yo... —Aquí dudó un segundo y añadió enseguida—: ... que Mellberg y yo no hayamos sancionado.

Para ser sincero, sólo le preocupaba lo que Mellberg pudiera ir diciendo por ahí. A su jefe le encantaba estar en el candelero, y un periodista que supiera darle coba podría sonsacarle, en principio, toda la información que tenían del caso. Sin embargo, nada podía hacer él al respecto. Mellberg era el jefe de la comisaría, al menos nominalmente, y Patrik carecía de autoridad para ponerle una mordaza. Sencillamente, tendría que cruzar los dedos y confiar en que Mellberg tuviese un ápice de sentido común. Aunque, desde luego, no apostaría un céntimo por ello.

—Haremos lo siguiente. Yo iré a hablar con el jefe de producción... —Tamborileó con los dedos mientras hacía memoria para recordar el nombre.

—Rehn, Fredrik Rehn —intervino Mellberg, a lo que Patrik, sorprendido, le dio las gracias con un gesto. Era tan insólito que Mellberg aportase algún tipo de información relevante...

—Exacto, Fredrik Rehn —repitió Patrik—. Martin y Hanna, vosotros escribiréis un informe de lo que presenciasteis ayer por la noche. Y Gösta... —Patrik buscaba febrilmente algo de provecho que encomendarle a Gösta, hasta que se le ocurrió una tarea—. Gösta, tú intenta averiguar más cosas sobre los propietarios de la casa a la que pertenece el contenedor. En realidad, no creo que exista ningún vínculo, pero nunca se sabe.

Gösta asintió con gesto cansino. Una misión concreta... Se le hacía pesada aun antes de comenzar.

—Muy bien —dijo Patrik dando una palmada, señal de que daba por concluida la reunión—. Tenemos trabajo.

Todos murmuraron algo a modo de respuesta y se fueron levantando. Patrik los observó mientras salían de la sala. Se preguntaba si eran conscientes de que las fuerzas de la naturaleza se desatarían sobre ellos en breve. Dentro de muy poco tiempo, los focos de toda Suecia apuntarían a Tanumshede. Tendrían que acostumbrarse a ver el nombre de su pueblo en las primeras páginas de todos los periódicos, de eso estaba seguro.

—¡Joder, esto va a ser fantástico! Huele a éxito a cien kilómetros.

En el reducido espacio del autobús del estudio, Fredrik Rehn le dio al técnico una

contundente palmada en la espalda. Habían revisado el material del día anterior y ya habían empezado a hacer los cortes. A Fredrik le gustó lo que había visto, pero incluso lo bueno podía mejorarse.

—¿Podríamos añadir más abucheos mientras canta Tina? En la cinta resultan muy pocos y, bueno, teniendo en cuenta lo mal que lo hizo, merece algo más de presión.

Se echó a reír mientras el técnico asentía entusiasmado. Más abucheos, por supuesto, eso no suponía ningún problema. Si añadía un poco de sonido en varios canales, sonaría como si todos y cada uno de los asistentes al espectáculo se hubiesen pasado el rato abucheando a Tina.

—Este grupo es una gozada —se congratuló Fredrik. Se retrepó y cruzó las piernas—. Son tan absolutamente imbéciles... pero claro, ni ellos mismos son conscientes. Tina, por ejemplo, se ha creído de verdad que va a convertirse en una cantante de éxito, ¡y resulta que no atina con una sola nota! Estuve hablando con el productor de su single y me dijo que fue una pesadilla conseguir que sonara medio fumable siquiera. Me dijo que desafinaba tanto que estuvo a punto de reventar los altavoces. —Fredrik se rió complacido y se inclinó sobre la mesa de mezclas que tenían delante, llena de botones y de reguladores. Giró el que ponía «volumen»—. ¡Escucha esto! Qué sentido del humor, ¿no? —Fredrik lloraba de risa, y el técnico no pudo evitar reírse también al oír la versión de su canción, *I Want to Be Your Little Bunny*, que podría convertirla en presidenta de la República de los Inútiles Musicales. No era de extrañar que el jurado de *Idol* la hubiese condenado.

Unos toquecitos resueltos en la puerta vinieron a interrumpir sus risas.

—Entra —gritó Fredrik desde dentro dándose la vuelta para ver quién era, pero no reconoció al hombre que abrió la puerta—. Ajá... ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó con una desagradable sensación en el estómago, provocada por la placa que acababan de mostrarle. Aquello no podía traer nada bueno. O quizá sí, dependiendo de lo que hubiera pasado y de lo televisivo que fuera—. ¿Qué lío han organizado ahora los muchachos? —preguntó con una risita al tiempo que se ponía de pie para ir a saludar.

El policía entró y, con cierta dificultad, encontró un lugar donde sentarse entre los montones de cables y conexiones. Con mirada curiosa, echó un vistazo a su alrededor.

—Exacto, aquí es donde se hace todo —respondió Fredrik henchido de orgullo—. Resulta difícil creer que, desde aquí, seamos capaces de hacer el programa que arrasa en las listas de audiencia. Bueno, una parte del proceso tiene lugar en los estudios centrales —admitió displicente—. Pero la primera versión sale de aquí.

El policía, que se había presentado como Patrik Hedström, asintió educadamente antes de aclararse la garganta con un carraspeo:

—Pues verás, resulta que tenemos malas noticias —declaró al cabo—. Se trata de

uno de los participantes.

Fredrik miró al cielo con los ojos en blanco.

—A ver, ¿cuál de ellos? —preguntó lanzando un suspiro—. Espere, deje que lo adivine... Uffe. Ha montado algún escándalo. —Se dirigió al técnico y prosiguió—: ¿No te dije que Uffe sería el primero en crear una situación dramática? —Fredrik, cuya curiosidad iba en aumento, se volvió de nuevo al policía. Mentalmente, ya le daba vueltas a las posibilidades de incorporar al programa la novedad, cualquiera que fuese. Miró al policía apremiándolo a hablar.

Patrik volvió a carraspear y dijo en voz baja: —Por desgracia, hemos hallado muerto a uno de los participantes.

Fue como si hubiesen dejado caer una bomba en el angosto espacio del autobús atestado. Todo quedó en silencio, en suspenso. Sólo se oía el zumbido del equipo electrónico.

—¿Qué ha dicho? —atinó a preguntar Fredrik cuando logró serenarse un poco—. ¿Que han encontrado muerto a uno de ellos? ¿A quién? ¿Dónde? ¿Cómo? —Las ideas giraban vertiginosamente en su cabeza. «¿Qué habría ocurrido?», se preguntaba mientras su mente fraguaba una tragedia mediática. Aquello no había ocurrido jamás con anterioridad, en ningún reality-show. Sexo sí, claro, eso ya estaba muy visto a aquellas alturas, los embarazos eran un terreno descubierto por *Gran Hermano* en Noruega, y en el tema de las declaraciones amorosas, el *Gran Hermano* sueco había ofrecido un exitazo con el caso de Olivier y Carolina. Y la agresión con un trozo de tubería en *El bar se* ganó las primeras páginas durante varias semanas. Pero, ¡una muerte! Eso era algo nuevo. Algo único. Fredrik aguardaba tenso a que el policía respondiese a sus preguntas, y sólo tuvo que esperar unos segundos.

—Se trata de la chica llamada Barbie. La encontraron esta mañana en... —Patrik dudó un instante, hasta que se decidió a continuar—... en un contenedor. Todo apunta a que le arrebataron la vida.

—¿Que le arrebataron la vida? —repitió Fredrik, calcando aquella expresión ñoña—. ¿Asesinado? ¿La han asesinado? ¿Es eso lo que está diciendo? Pero, ¿quién? —Seguramente Fredrik parecía tan desconcertado como de hecho se sentía. Aquello no se hallaba en la lista de posibles sucesos que había confeccionado mentalmente.

—Por el momento, no tenemos ningún sospechoso, pero comenzaremos un turno de interrogatorios lo antes posible. Interrogaremos a los participantes del programa. Los policías que vigilaron la fiesta de ayer han dado parte de las disputas que surgieron entre la joven asesinada y los demás participantes.

—Sí, bueno, algún que otro empujón y alguna palabra más alta que otra y esas cosas —admitió Fredrik, recordando las escenas que acababa de revisar—. Pero nada tan grave como para... —Dejó la frase sin concluir, pero tampoco era necesario.

—Además, queremos una copia de la grabación de ayer. —Patrik sonó

convinciente y expresó su deseo mirando a Fredrik a los ojos.

Este le sostuvo la mirada, antes de replicar.

—No tengo autoridad para ceder las cintas —respondió sereno—. Hasta que no vea un documento legal en virtud del cual se me obligue a ceder el material, éste permanecerá aquí. Cualquier otra cosa es impensable.

—¿Es consciente de que se trata de una investigación de asesinato? —preguntó Patrik irritado, aunque no demasiado sorprendido. Desde luego, había abrigado la esperanza de conseguirlo, pero, en realidad, no confiaba en ello.

—Sí, soy consciente, pero no podemos ceder nuestro material así, sin más. Existe una larga serie de principios éticos con los que hemos de contar. —Exhibió una sonrisa afable a modo de excusa. Patrik resopló al oírlo: ambos sabían que la ética no tenía nada que ver con su negativa.

—En cualquier caso, doy por hecho que interrumpirán las emisiones de inmediato, dado lo ocurrido, ¿no? —preguntó a modo de afirmación Patrik.

Fredrik meneó la cabeza como disculpándose.

—Eso es de todo punto imposible. Tenemos un horario de grabación reservado para las próximas cuatro semanas, y parar una producción así, sin más... No, no, eso es imposible, sencillamente. Ni creo que a Barbie le hubiese gustado, ella habría querido que continuásemos.

Con una simple ojeada a Patrik constató que se había pasado un poco. El policía estaba encendido de ira y hacía visibles esfuerzos por tragarse un par de improperios.

—¿No querrá decir que van a seguir adelante pese a que...? —se interrumpió, indignado, e hizo un inciso—. ¿Cómo se llamaba la chica en realidad? No puedo seguir llamándola Barbie, me suena como una humillación. Por cierto, voy a necesitar todos sus datos personales, así como los de su pariente más próximo. ¿Es ésa una información que puedan facilitarme, o se trata también de una cuestión de ética? —La última palabra rezumaba sarcasmo, pero su rabia no pareció afectar a Fredrik. Estaba acostumbrado a enfrentarse a los sentimientos agresivos que, por alguna razón, tan fácilmente se desencadenaban en los reality-shows, de modo que, muy tranquilo, le respondió:

—Se llama Lillemor Persson. Se crió en casas de acogida, de modo que no tenemos a nadie registrado como su pariente más cercano. Pero les proporcionaré todos los datos de que disponemos, no hay problema —afirmó con una sonrisa complaciente—. ¿Cuándo comenzarán los interrogatorios? ¿Existe la posibilidad de que se nos permita filmarlos?

Nada perdía por intentarlo, pero la mirada asesina de Patrik le valió como respuesta.

—Iniciaremos la ronda de interrogatorios de inmediato —respondió Patrik tajante antes de levantarse para salir del autobús. No se molestó en despedirse, sino que cerró

a su espalda dando un elocuente portazo.

—¡Joder, menuda bicoca! —exclamó Fredrik entusiasmado. El técnico no pudo por menos de asentir. Fredrik no se explicaba la suerte que habían tenido, la concentración dramática que ahora tendrían oportunidad de servir directamente en las salas de estar de la población. Toda Suecia querría verlos. Por un instante, pensó en Barbie. Luego, tomó el auricular. Los jefes tenían que enterarse. *Fucking Tanum* se convierte en *C.S.I.* ¡Joder! ¡Menudo éxito!

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Martin. Él y Hanna habían decidido quedarse trabajando en la sala de descanso. Cogió el termo de café para llenar las tazas y Hanna se puso un poco de leche antes de remover—. ¿Te parece que cada uno escriba primero su informe, o lo redactamos de forma conjunta directamente?

Hanna reflexionó un instante.

—Yo creo que será más completo si lo hacemos de forma conjunta, así iremos corrigiendo y precisando los detalles que cada uno recuerde.

—Sí, seguramente tienes razón —respondió Martin encendiendo el portátil—. ¿Escribo yo, o prefieres hacerlo tú?

—Escribe tú —respondió Hanna—. Yo sigo haciéndolo con dos dedos y jamás he conseguido adquirir un promedio de pulsaciones digno de mención.

—Vale, escribo yo —rió Martin mientras introducía la contraseña. Abrió un documento de Word y se preparó para llenarlo—. El primer indicio que yo noté ayer de una pelea fueron las voces que procedían desde detrás de la casa. ¿Tú también?

Hanna asintió.

—Sí, yo no me di cuenta de nada hasta que oí las voces, lo único en lo que tuvimos que intervenir con anterioridad fue para encargarnos de aquella chica que estaba tan borracha que no se tenía en pie. ¿Qué hora sería? ¿Las doce? —Martin iba escribiendo mientras Hanna hablaba—. Luego, creo que en torno a la una, oí a aquellos dos que discutían a gritos. Te llamé y fuimos a la parte trasera de la casa y vimos a Barbie y a Uffe.

—Ajá... —comentó Martin sin dejar de escribir—. Yo miré la hora, era la una menos diez. Fui el primero en doblar la esquina y, cuando llegué, vi que Uffe tenía a Barbie cogida por los hombros y la zarandeaba con violencia. Corrimos hasta donde se encontraban, yo me encargué de Uffe y lo aparté de ella, y tú te quedaste con Barbie.

—Sí, así fue —convino Hanna dando un sorbo de café—. No dejes de anotar que la agresividad de Uffe era tal que, incluso cuando lo habías agarrado y lo sujetabas fuertemente, seguía pateando al aire para alcanzar a Barbie.

—Sí, exacto —dijo Martin. El texto del documento crecía sin cesar—. «Separamos a las partes e hicimos que se calmasen» —leyó en voz alta—. «Yo hablé

con Uffe y le expliqué que, si no se relajaba, tendría que hacer una visita a la comisaría.»

—No habrás escrito «si no se relajaba», ¿verdad? —rió Hanna.

—No, bueno, después lo cambiaré. Retocaré y burocratizaré el texto luego, quédate tranquila, pero ahora prefiero plasmar las palabras tal como las decimos, para que no se nos escape ningún detalle.

—Vale —aceptó Hanna con una sonrisa. Luego se puso muy seria otra vez y continuó—: Yo hablé con Barbie e intenté averiguar lo que había provocado la pelea. Estaba muy alterada y decía que Uffe se había enfadado mucho porque creía que ella había ido hablando mal de él, pero Barbie aseguraba que no tenía ni idea de a qué se refería. Luego se serenó y a mí me pareció que se encontraba mejor.

—Después los dejamos ir a los dos —completó Martin levantando la vista del ordenador. Pulsó la tecla «intro» dos veces para comenzar un nuevo párrafo, tomó un sorbo de café y continuó—: El siguiente incidente se produjo... bueno, hacia las dos y media, diría yo.

—Sí, creo que eso es bastante exacto —dijo Hanna—. Sobre las dos y media o las tres menos cuarto, más o menos.

—Fue uno de los asistentes a la fiesta quien reclamó nuestra presencia, porque se había organizado una pelea en la pendiente que desemboca en la escuela. Acudimos allí. Vimos a varias personas que atacaban a una sola, empujándola y propinándole puñetazos no demasiado fuertes, sin dejar de gritar. Son los participantes Mehmet, Tina y Uffe, que están atacando a Barbie. Intervenimos y ponemos fin al enfrentamiento. Todos están muy alterados y la lluvia de insultos no cesa. Barbie está llorando, tiene el pelo revuelto y el maquillaje corrido y parece destrozada. Yo hablo con los demás participantes, intento averiguar qué ha sucedido. Dan la misma respuesta que Uffe, que «Barbie ha ido por ahí diciendo un montón de mentiras», pero no me dan más detalles.

—Entretanto, yo, a unos metros de los demás, hablo con Barbie —añade Hanna, visiblemente afectada por el relato—. Está triste y tiene miedo. Le pregunto si quiere ponerles una denuncia, pero asegura que no, en absoluto. Me quedo un rato hablando con ella para tranquilizarla, intento averiguar qué pasa realmente, pero insiste en que no tiene ni idea. Al cabo de un rato, me doy la vuelta para ver qué tal te va a ti. Vuelvo a dirigirme a Barbie, veo que corre en dirección al pueblo, pero luego gira a la derecha y toma la calle Affärsvägen. Sopeso la posibilidad de echar a correr tras ella, pero recapacito y pienso que quizá necesite estar sola y calmarse. —En este punto, a Hanna le tembló un poco la voz—. A partir de ahí, no vuelvo a verla.

Martin alzó la vista del ordenador y sonrió como consolándola.

—No habríamos podido hacer otra cosa, Hanna. Tú no habrías podido hacer otra cosa. Lo único que sabíamos era que se pelearon y se dijeron cosas muy fuertes. Nada

podía inducirnos a suponer que... —Martin vaciló un segundo—... que acabaría así.

—¿Crees que la mató uno de los otros participantes? —preguntó aún con la voz temblorosa.

—No lo sé —dijo Martin mientras observaba en la pantalla el texto que había escrito—. Pero creo que hay motivos para sospechar que así fue. Ya veremos qué sacamos en limpio de los interrogatorios.

Dicho esto, guardó el documento y apagó el portátil. Se levantó y lo cogió para llevárselo.

—Me voy a mi despacho a darle a esto un tono formal. Si recuerdas algo más, me lo dices.

Hanna asintió sin pronunciar palabra. Cuando Martin se hubo marchado, se quedó allí un rato más. En sus manos, que sostenían la taza de café, se apreciaba un ligero temblor.

Calle se dio una vuelta por el pueblo. En Estocolmo solía entrenar en el gimnasio cinco veces por semana, pero allí tenía que contentarse con dar paseos para mantener a raya los michelines de la cerveza. Apremió el paso un poco para quemar grasas. Tener un buen físico no era nada detestable. Él despreciaba a la gente que no se preocupaba de su cuerpo. Era un verdadero placer contemplarse en el espejo y comprobar que los músculos se sucedían alineados en el abdomen, que los bíceps se tensaban cuando flexionaba los brazos, igual que el pecho se marcaba bajo la camisa de aquel modo perfecto. Cuando salía por la zona de Stureplan, solía desabotonarse la camisa con cierto estudiado descuido hacia la medianoche. A las tías les encantaba. No podían resistir la tentación de meter la mano por la camisa y tocarlo y pasar las uñas por los músculos del abdomen de acero. Después de eso, estaba chupado lo de llevarse a casa a alguna pieza joven.

A veces se preguntaba cómo habría sido su vida si no dispusiera de un montón de pasta. Cómo sería vivir igual que Uffe o que Mehmet, que vivían en un apartamento de mierda en las afueras y que salían a flote como podían. Uffe había alardeado con él de los robos y los demás asuntos en los que estaba involucrado, pero a Calle le costó contener la risa cuando le reveló las cantidades que solía sacar. Joder, a él su padre le daba más pasta para sus gastos semanales.

Aun así, había algo que le impedía llenar el vacío que sentía en la región del corazón. Se había pasado los últimos años buscando algo que, finalmente, colmase ese vacío. Más champán, más marcha, más tías, más polvo blanco en la nariz, más de todo. Siempre más de todo. Siempre desplazando el límite más allá, gracias a todo el dinero que podía despilfarrar. El dinero no era suyo, todo era de su padre. Y siempre pensaba: «Pronto se terminará»; pero seguía habiendo dinero. Su padre pagaba una factura tras otra, compró el piso de Östermalm sin pestañear, pagó a la chica que se

montó la historia sobre la violación, totalmente inventada, claro, porque ella los acompañó de buen grado a Ludde y a él, y no cabía la menor duda de lo que se sobreentendía en esos casos. La bolsa siempre estaba llena, como un monedero mágico donde nunca faltaba dinero. No parecían existir ni límites ni exigencias. Y Calle sabía por qué. Sabía por qué su padre jamás le diría que no. Sabía que sus remordimientos lo obligarían a seguir pagando. Su padre inundaba con dinero el agujero que Calle tenía en el pecho, pero el dinero desaparecía sin llenar nunca el vacío.

Cada uno a su manera, ambos intentaban sustituir con dinero lo que habían perdido. Su padre, dando; Calle, recibiendo.

Cuando lo asaltaban los recuerdos, aumentaba el dolor en el lugar donde se abría el agujero. Calle aceleraba entonces el ritmo de sus pasos, se presionaba a sí mismo, intentaba hacer que las evocaciones desaparecieran. Lo único que podía acallarlas era una mezcla de champán y cocaína. A falta de otra cosa, tenía que vivir con eso. Y entonces, aceleraba el ritmo aún un poco más.

Gösta suspiró sentado ante el escritorio. Cada año le costaba más encontrar la motivación necesaria. Acudir al trabajo por la mañana exigía más energía de la que tenía, y esforzarse después por hacer algo concreto le resultaba casi imposible. Era como si sus articulaciones operasen bajo el peso de una carga invisible cada vez que intentaba trabajar. No tenía fuerzas para emprender nada y era capaz de pasarse días angustiado ante la idea de la exigencia de la tarea más insignificante. Ni él mismo comprendía cómo había llegado a aquella situación. Le había ido ocurriendo sin darse cuenta, a medida que transcurrían los años. Desde que murió Majbritt, la soledad lo había devorado por dentro, arrebatándole las pocas ganas de trabajar que tenía. Por descontado, nunca fue un as en el trabajo y era el primero en admitirlo, pero siempre hizo lo que debía y, de vez en cuando, incluso con cierta satisfacción. Ahora, en cambio, se planteaba cada vez con más frecuencia la pregunta de si aquello era de alguna utilidad. No tenía hijos a los que dejarles ningún legado, puesto que su único hijo había muerto a los pocos días de nacer. Tampoco había nadie que lo esperase en casa por las noches, nada con lo que llenar los fines de semana, aparte del golf. Era lo bastante perspicaz para no ignorar que el golf se había convertido en una especie de obsesión, más que en un pasatiempo. Si por él fuera, se pasaría las veinticuatro horas del día jugando. Pero con eso no pagaba el alquiler, de modo que tendría que seguir trabajando hasta que la jubilación llegase para liberarlo. Gösta contaba los días.

Se sentó y clavó la mirada en la pantalla del ordenador. Por razones de seguridad, no tenían conexión a Internet, de modo que averiguó el nombre correspondiente de la dirección realizando una llamada al servicio de información telefónica. Tras una breve conversación, consiguió que le dieran el nombre de los propietarios de la casa a

la que pertenecía el contenedor. Gösta dejó escapar un suspiro. Era una tarea absurda desde el principio. Su escepticismo se vio refrendado cuando supo que los dueños tenían su residencia habitual en Gotemburgo. Era evidente que esas personas no tenían nada que ver con el asesinato. Sencillamente, habían tenido la mala suerte de que el asesino eligiese justo su contenedor como destino final de la chica muerta.

En este punto de su reflexión, empezó a pensar en la joven. Su falta de energía para el trabajo no guardaba relación alguna con su capacidad de empatía. Sufría con las víctimas y sus familiares y se alegraba de, al menos, no haber tenido que ver el cadáver de la muchacha. Martin aún conservaba cierta palidez cuando se lo cruzó por el pasillo.

Gösta tenía la sensación de haber cumplido su cupo de personas muertas durante todos sus años de profesión. Después de cuarenta años en aquel oficio, aún recordaba a cada uno de ellos. La mayoría eran fruto de accidentes o suicidios, los asesinatos se contaban entre las excepciones. Pero cada caso de muerte había dejado una muesca en su memoria, y era capaz de evocar imágenes tan nítidas como fotografías. Tantas visitas como había hecho a los familiares del fallecido... Tanto llanto, tanta desesperación, conmoción y horror. Quizá su apatía se debiese a que su vaso de desgracias ya estaba colmado. Quizá cada muerte, el dolor y el sufrimiento de cada persona, habían ido llenando el vaso poco a poco, hasta que ya no quedaba lugar para una sola gota más. No era una excusa, pero sí una posible explicación.

Con un suspiro, cogió el auricular dispuesto á llamar a los propietarios de la casa para informar de que les habían dejado un cadáver en el contenedor. Marcó el número. Mejor terminar con ello cuanto antes.

—¿De qué va esto? —preguntó Uffe en la sala de interrogatorios, tan cansado como enojado.

Patrik tardó un poco en responder. Martin y él se entretuvieron primero en sacar sus papeles y ponerlos en orden. Estaban sentados enfrente de Uffe, ante la endeble mesa que, junto con las cuatro sillas, constituía el único mobiliario de la sala. Uffe no parecía estar especialmente nervioso, observó Patrik para sí, pero, a lo largo de los años, había aprendido que el aspecto de las personas que se sometían a un interrogatorio de la policía tenía muy poco que ver con cómo se sentían en realidad. Se aclaró la garganta, cruzó las manos por delante de los documentos y se inclinó un poco.

—Al parecer anoche se produjo una buena pelea, ¿no? —Patrik escrutó con interés la reacción de Uffe, que se limitó a exhibir media sonrisa. El joven se retrepó con indiferencia manifiesta y soltó una risita.

—Bah, ¿aquello? Sí, ése se pasó con la mano dura, ahora que lo pienso —dijo señalando a Martin—. Quizá habría que considerar la posibilidad de poner una

denuncia por violencia desmedida. —Volvió a reír mientras Patrik sentía que su irritación aumentaba por momentos.

—Sí —asintió sereno—. Tenemos aquí un informe de Martin, mi colega, y de la otra agente que estuvo en el lugar. Y ahora quiero escuchar tu versión.

—Mi versión —dijo Uffe estirando las piernas de modo que quedó medio tumbado en la silla, lo que no parecía una postura muy cómoda—. Mi versión es que hubo una simple bronca. Una bronca de nada, porque habíamos bebido. Nada más. ¿Por qué? —Uffe entornó los ojos y Patrik se dio cuenta de que su cerebro alcoholizado trabajaba de un modo frenético.

—Oye, verás, aquí las preguntas las hacemos nosotros, no tú —le respondió Patrik tajante—. A la una menos diez de la madrugada, dos de nuestros policías vieron cómo atacabas a Lillemor Persson, una de las participantes del programa.

—Querrás decir Barbie —lo interrumpió Uffe con una risotada—. Lillemor... joder, eso sí que tiene gracia.

Patrik tuvo que contener el impulso de darle a aquel jovenzuelo una buena bofetada. Martin pareció presentirlo, de modo que tomó la palabra con la intención de darle a Patrik tiempo de serenarse.

—Fuimos testigos de cómo te empleaste con Lillemor a empujones y puñetazos. ¿Qué fue lo que desencadenó esa pelea?

—No entiendo por qué tanta murga con eso. ¡Si no fue nada! Fue un pequeño... desacuerdo. ¡Apenas la toqué! —El desenfado de Uffe empezaba a ceder ante cierta preocupación.

—¿En qué no estabais de acuerdo? —continuó Martin.

—¡En nada! O sea, bueno, ella había ido hablando mal de mí, y me enteré. Sólo quería que lo confesara. ¡Y que lo retirase! No puede dedicarse a ir por la vida contando mierdas sin más. Yo sólo quería que le entrase en la cabeza.

—Y cuando, unas horas más tarde, la atacaste con otros participantes, ¿era eso lo que pretendías, que le entrase en la cabeza? —intervino Patrik mirando el informe.

—Bueeeeno —respondió Uffe vacilante. Su posición en la silla era ya más normal y la sempiterna sonrisa empezaba a esfumarse de su rostro—. Pero, joder, preguntadle a Barbie directamente. Os juro que pensará lo mismo. Fue una simple bronca, no es para que intervenga la poli.

Patrik y Martin cruzaron una breve mirada. Luego, Patrik miró a Uffe y dijo:

—Lillemor no podrá decirnos mucho sobre esto. La han encontrado muerta esta mañana. Asesinada.

Un denso silencio invadió la sala. Uffe palidecía por momentos. Martin y Patrik aguardaban su reacción.

—Estás... Estáis de broma, ¿no? —logró articular por fin. Pero ninguno de los policías se pronunciaba. Muy despacio, las palabras de Patrik empezaron a hacer

mella en su cerebro. Ya no quedaba ni rastro de la sonrisa—. ¡Qué coño! ¿Creéis que yo...? Pero si yo... ¡Si sólo fue una bronca de nada! Yo no habría... Yo no... —Uffe sólo era capaz de balbucir, con la mirada vacilante y nerviosa.

—Vamos a necesitar hacerte una prueba de ADN —repuso Patrik al tiempo que ponía sobre la mesa el material necesario—. No tendrás nada que objetar, ¿verdad?

Uffe dudó un instante.

—No, coño —dijo al fin—. Coged lo que queráis. Yo no he hecho nada.

Patrik se inclinó y, con un bastoncillo de algodón, tomó una muestra de saliva del interior de la mejilla de Uffe. Por un segundo, pareció que el joven cambiaba de opinión, pero ya era tarde, y el bastoncillo cayó en un sobre que Patrik cerró enseguida. Uffe se quedó contemplando el sobre. Tragó saliva y miró a Patrik con los ojos desorbitados.

—No cortaréis la emisión, ¿verdad? No podéis. Quiero decir que no, que no podéis hacerlo sin más. —Su voz destilaba desesperación, y Patrik sintió crecer el desprecio que le inspiraba aquel espectáculo. ¿Cómo era posible que un programa de televisión fuese más importante que la vida de una persona?

—No nos corresponde a nosotros decidirlo —respondió Patrik secamente—. Sino a la productora. Si hubiese estado en mi mano, habríamos acabado con esa porquería en un abrir y cerrar de ojos, pero... —Abrió los brazos en señal de impotencia y vio el alivio reflejado en la cara de Uffe—. Puedes irte —le dijo con acritud. Aún tenía grabado en la memoria el cuerpo de Barbie, desnudo y sin vida, y la idea de que su muerte se convirtiese en entretenimiento televisivo le producía náuseas. ¿Qué le pasaba a la gente?

El día había empezado estupendamente. Había sido divino, divino de verdad, se atrevería a decir. Primero salió a hacer una carrera bien larga bajo el frío aire primaveral. Por lo general, no era un gran aficionado a la naturaleza, pero aquella mañana, para su sorpresa, se alegró al ver la luz del sol filtrándose por entre el follaje de las copas de los árboles. Aquella maravillosa sensación duró en su pecho hasta que llegó a casa y propició unos minutos de sexo con Viveca que, para variar, se dejó convencer fácilmente. Ésa era, por lo demás, una de las pocas nubes que ensombrecían la existencia de Erling. Desde que se casaron, ella había ido perdiendo prácticamente todo interés por esa faceta del matrimonio y era incuestionable lo absurdo que resultaba buscarse una esposa joven y de buen ver de la que luego no se podía disfrutar. No, aquello tenía que cambiar. Las actividades de aquella mañana lo reafirmaron en su convicción de que tendría que hablar muy seriamente sobre ese detalle con la buena de Viveca. Tendría que explicarle que el matrimonio consistía en un toma y daca, unos servicios por otros. Y si, en lo sucesivo, quería seguir recibiendo ropa, joyas, diversión y un hogar decorado con objetos caros y hermosos,

tendría que generar y renovar su entusiasmo y mostrarse dócil en los terrenos que exigía su hombría. Aquello nunca había supuesto ningún problema antes de que se casaran, cuando ella vivía en un bonito apartamento que pagaba él y tenía que competir con su mujer, con la que llevaba casado treinta años. Entonces se mostraba complaciente a todas horas y en los lugares más extraordinarios. Erling notó que su vigor se avivaba ante el solo recuerdo. Quizá hubiese llegado la hora de recordárselo a Viveca. Después de todo, él tenía bastante que recuperar.

Erling acababa de poner el pie en el primer peldaño de la escalera, para subir a la planta de arriba, cuando lo interrumpió el timbre del teléfono. Por un instante, sopesó la posibilidad de ignorar la llamada, pero luego se dio la vuelta y se dirigió a la mesa de la sala de estar, donde se encontraba el inalámbrico. Quizá fuese algo importante.

Cinco minutos después seguía con el auricular en la mano, mudo de espanto. Las consecuencias de la noticia que acababa de recibir cruzaban su mente como un torbellino y su cerebro se esforzaba por dar con alguna posible solución. Se levantó resuelto y gritó en dirección a la primera planta:

—Viveca, me voy a la oficina. Se ha producido un incidente del que tengo que hacerme cargo enseguida.

Un murmullo procedente del piso superior le confirmó que Viveca lo había oído, de modo que Erling se puso raudo la cazadora y cogió las llaves del coche que estaban colgadas junto a la puerta de entrada. Con aquello no había contado, desde luego. ¿Qué demonios iba a hacer ahora?

Ser Mellberg en un día como aquél era una delicia. Tuvo que recordarse el motivo por el que se encontraba donde se encontraba y, con no poco esfuerzo, compuso una expresión tras la cual ocultar la satisfacción que sentía, mostrando una mezcla de implicación y resolución. Sin embargo, aquello de ser el centro de atención de los focos se le daba a la perfección. Sencillamente, realzaba su persona. Y no podía dejar de preguntarse cómo reaccionaría Rose-Marie al verlo aparecer como el hombre clave de la comisaría en todos los diarios de la mañana y de la tarde. Sacó pecho y echó hacia atrás los hombros en una pose que se le antojaba poderosa. El *flash* de las cámaras casi lo cegaba, pero supo mantener la postura. Aquella era una ocasión que no podía desaprovechar.

—Disponen de un minuto más para hacer fotos, luego tendrán que calmarse un poco.

Él mismo era consciente del respeto que infundía su voz y disimuló un estremecimiento de gozo. Para aquello había venido al mundo. Durante unos segundos más se oyó el chasquido de las cámaras, hasta que alzó una mano y paseó la mirada por los representantes de la prensa allí congregados.

—Como ya saben, esta mañana hemos encontrado el cadáver de la joven Lillemor

Persson.

Un mar de manos se alzó en el aire, y Mellberg aceptó magnánimo la intervención del enviado del *Expressen*.

—¿Se ha constatado ya que fue asesinada? —Todos aguardaban expectantes su respuesta, con el bolígrafo a unos milímetros del bloc de notas. Mellberg carraspeó discretamente.

—No podemos afirmar nada hasta que no dispongamos del examen del forense, pero todo indica que le quitaron la vida.

Un murmullo y el rumor de los bolígrafos siguieron a su respuesta. Las cámaras de televisión, identificadas con el canal y la redacción a la que pertenecían, zumbaban vertiendo sobre Mellberg la potente luz de sus focos. Durante un segundo, sopesó a cuál de ellas debía dar prioridad, hasta que decidió ofrecer su mejor perfil al canal Cuatro. Como quiera que la avalancha de preguntas no cesaba, Mellberg hizo un gesto hacia un periodista de otro diario vespertino.

—¿Tienen algún sospechoso en este momento? —Una vez más, se hizo un silencio cargado de expectación por la respuesta de Mellberg, que entornó los ojos levemente ante la potencia de los focos.

—Hemos interrogado a varias personas —declaró—. Pero, por ahora, no tenemos ningún sospechoso concreto.

—¿Se interrumpirán las grabaciones del programa *Fucking Tanum*? —En esta ocasión le tocó el turno de preguntas a un reportero del noticiario *Aktuellt*. La expectación flotaba en el aire.

—No tenemos ningún derecho, ni, por otro lado, ningún motivo, para intervenir en esa cuestión. Adoptar una postura a ese respecto es competencia de los productores del programa y de la dirección del canal de televisión.

—Pero ¿acaso puede un programa como ése continuar grabando después de que hayan asesinado a uno de sus participantes? —insistió el mismo reportero.

Mellberg respondió, manifiestamente irritado:

—Como acabo de decir, no tenemos posibilidad de intervenir sobre ese particular. Tendrán que hablar con el canal de televisión directamente.

—¿La habían violado? —Ya nadie esperaba la aprobación de Mellberg, sino que las preguntas le llovían como pequeños proyectiles.

—A esa pregunta tendrá que responder la autopsia.

—Pero ¿había algún indicio de violación?

—Estaba desnuda cuando la encontramos, pueden sacar sus propias conclusiones.

Mellberg enseguida cayó en la cuenta de que tal vez no hubiese sido muy conveniente dar a conocer ese dato, pero se sentía abrumado por la presión a la que estaba sometido, hasta el punto de que parte de la satisfacción y la excitación que había experimentado ante la idea de la conferencia de prensa empezaba a atenuarse

poco a poco. Aquello no tenía nada que ver con las conferencias de prensa para los medios de comunicación locales.

—¿Existe alguna relación entre el crimen y el lugar donde la encontraron? —En esta ocasión, era uno de los reporteros locales quien había conseguido colarse con una pregunta, compitiendo con los periodistas de los grandes diarios nacionales y de la televisión, que parecían estar mucho más curtidos a la hora de abrirse paso a codazos.

Mellberg sopesó cuidadosamente la respuesta. No quería irse de la lengua una vez más.

—No hay ningún indicio de que exista tal conexión, por ahora —dijo al cabo de unos segundos.

—Pero, ¿dónde la encontraron? —se apresuró a sacar partido el reportero del diario vespertino—. Corre el rumor de que hallaron su cadáver en un camión de la basura. ¿Es eso cierto? —Una vez más, todas las miradas quedaron pendientes de los labios de Mellberg. El comisario se los humedeció, algo nervioso.

—No hay comentarios.

Joder, no iban a ser tan tontos como para no comprender que aquella respuesta significaba que el rumor era cierto. Quizá debería haberle hecho caso a Hedström, que, justo antes de la conferencia de prensa, le propuso encargarse él del turno de preguntas. Pero, que lo ahorcaran si estaba dispuesto a ceder una ocasión como aquella para ser el centro de las cámaras. El recuerdo de la indignación que experimentó cuando Hedström formuló la pregunta le infundió valor y le ayudó a recobrar el ánimo.

—¿Sí? —dijo invitando a hablar a una mujer que llevaba un buen rato agitando la mano, sin haber tenido aún ocasión de hablar.

—¿Han interrogado a alguno de los participantes de *Fucking Tanum*?

Mellberg asintió. Esos muchachos no tenían el menor reparo en hacer el ridículo en la televisión, de modo que no le preocupó lo más mínimo compartir esa información con la prensa.

—Sí, los hemos interrogado.

—¿Alguno de ellos es sospechoso del asesinato? —El cámara del noticiario *Rapport* no dejaba de filmar mientras el reportero sostenía un enorme micrófono cerca de Mellberg para captar su respuesta.

—En primer lugar, aún no se nos ha confirmado que se trate de un asesinato. Pero no, por ahora, no disponemos de ningún dato que apunte a ninguna persona en particular. —Una mentira inofensiva, desde luego. Mellberg había leído el informe de Molin y de Kruse, y ya se había forjado una idea muy clara de quién era el culpable. Pero no era tan necio como para compartir ese tesoro antes de tener atados todos los cabos.

Las preguntas empezaban a repetirse y Mellberg se oyó a sí mismo recurrir una y otra vez a las mismas respuestas. Finalmente, se cansó y les comunicó que daba por terminada la conferencia de prensa. Con el repiqueteo de las cámaras fotográficas a su espalda, salió de la sala con toda la autoridad de que fue capaz. Su deseo era que, cuando Rose-Marie pusiera las noticias aquella noche, viese que era todo un hombre.

Durante los días que siguieron a la muerte de Barbie, le había ocurrido en más de una ocasión que la gente se detenía a señalarla murmurando. Cierto que estaba acostumbrada a que se quedasen mirándola desde que apareció en *Gran Hermano*, pero aquello era muy distinto. No se trataba de la natural curiosidad o admiración que despertaba el hecho de que hubiese aparecido en televisión, sino de un ansia de sensacionalismo y algo así como una sed mediática que la hacía encogerse de malestar.

En cuanto supo lo de Barbie, sintió deseos de irse a casa de inmediato. Su primer impulso fue huir, retirarse al único lugar en el que podía refugiarse. Al mismo tiempo, era consciente de que, en el fondo, aquello no era una solución. En casa se encontraría con el mismo vacío, la misma soledad. No habría allí nadie que la abrazase, que le acariciase la cabeza..., todos aquellos gestos sin importancia que todo su cuerpo pedía a gritos. Sin embargo, no había nadie que se los ofreciera, nadie que pudiese satisfacer aquella necesidad. Ni en su casa ni allí. De modo que tanto le daba irse como quedarse.

La caja que tenía detrás se le antojaba vacía. Ahora la ocupaba otra chica, una de las habituales de la tienda. Y aun así, ella tenía la sensación de que estaba desierta. A Jonna le sorprendió descubrir el vacío que había dejado Barbie. Se había burlado de ella, la había rechazado, apenas la había considerado un ser humano. Pero después de lo ocurrido, ahora que ya no estaba, Jonna reparaba en la alegría que irradiaba, pese a la inseguridad que sentía, pese a haber optado por el tipo de chica rubia que ansiaba despertar la atención del entorno. Barbie siempre conservó el buen humor. Era la que reía, la que se sentía feliz con lo que estaban haciendo y la que intentaba animar a los demás. Y, en lugar de agradecerse, se burlaron de ella y la condenaron juzgándola como si fuera una tía buena imbécil que no merecía ningún respeto. Y ahora que ya no estaba, resultaba evidente cuál había sido su aportación.

Jonna se tiró un poco más de los puños de las mangas. Hoy no tenía el menor interés en atraer miradas raras de compasión y admiración mezcladas con desprecio. Las heridas eran más profundas de lo habitual. Desde que Barbie murió, se había cortado a diario. De forma más dura y brutal que nunca. Más hondo en su propia carne, hasta que veía cómo se abría la piel antes de escupir la sangre que circulaba por debajo. Pero la visión de aquel flujo rojo y palpitante ya no lograba mitigar su ansiedad.

Era como si la angustia se hubiese instalado tan hondo en su ser que ya nada podía afectarle.

En ocasiones oía en su cabeza voces airadas, como si de una grabación se tratase. Podía oír lo que decían como desde fuera, o desde arriba. Era espantoso. Todo había salido tan mal. Era tan atroz. La oscuridad se había adueñado de su interior sin que ella pudiese hacer nada por evitarlo. Toda aquella materia oscura de la que intentaba liberarse a través de la sangre, por medio de las heridas, se había inflamado como una rabia incontrolable.

Ahora sentía que el vacío de la caja que tenía detrás se mezclaba con la vergüenza. Y con el miedo. Sentía el palpar de las heridas. Era la sangre, más sangre, que quería salir.

—¡Maldita sea! ¡Yo opino que ha llegado el momento de cerrar este circo! —gritó Uno Brorsson estampando el puño en la gran mesa de reuniones de las oficinas municipales, al tiempo que fijaba en Erling una mirada exigente. Ni siquiera miró a Fredrik Rehn, al que habían invitado para hablar de lo sucedido y para que les comunicase la postura de la productora.

—Pues yo opino que deberías calmarte un poco —respondió Erling con un punto de censura en la voz. En realidad, tenía ganas de agarrar a Uno por la oreja y arrastrarlo fuera de la sala de reuniones, como si se tratara de un niño desobediente, pero la democracia era la democracia y tuvo que reprimirse—. Lo que ha sucedido es una gran tragedia, pero nada que implique que debemos tomar decisiones precipitadas, más emocionales que racionales. Estamos aquí para discutir con calma la continuidad del proyecto. He invitado a Fredrik para que nos cuente cómo ven ellos el ser o no ser del programa, y os recomiendo que le prestéis atención. No en vano, él es el experto en este tipo de producciones y, por más que lo ocurrido constituye una novedad absoluta y, bueno, como he dicho, una tragedia, seguro que sus puntos de vista sobre cómo enfrentarnos a ello son sensatos.

—Menudo tontaina, un engreído de la capital —masculló Uno en voz baja, pero lo bastante alto como para que lo oyera Fredrik. El productor optó por ignorar el comentario y se sentó a horcajadas en la silla, con los brazos apoyados en el respaldo.

—Bueno, comprendo que esto haya despertado muchos sentimientos encontrados. Naturalmente lamentamos profundamente la muerte de Barbie, Lillemor, y tanto yo como todo el equipo de producción en Estocolmo sentimos mucho lo ocurrido. —En este punto, emitió un ligero carraspeo y bajó la vista apesadumbrado. Tras un instante de incómodo silencio, alzó la mirada de nuevo—. Pero, como dicen en Estados Unidos: *The show must go on*. Del mismo modo que vosotros no interrumpiríais vuestro trabajo si alguno de vosotros, Dios no lo quiera, sufriese una desgracia, tampoco nosotros podemos hacerlo. Además, estoy convencido de que Barbie,

Lillemor, habría querido que continuásemos. —Otro silencio, y de nuevo una mirada tristona.

Se oyó un sollozo en uno de los extremos de la enorme mesa reluciente.

—Pobre muchacha —se lamentó Gunilla Kjellin enjugándose una lágrima con la servilleta.

Por un instante, Fredrik pareció un tanto molesto, pero luego continuó:

—Tampoco podemos ignorar la realidad. Y una realidad es que hemos invertido una suma muy cuantiosa de dinero en *Fucking Tanum*, una inversión que, confiamos, nos proporcione un buen rendimiento tanto a vosotros como a nosotros. A nosotros, con índices de audiencia y con los ingresos procedentes de los anuncios publicitarios; y a vosotros, con turistas y los ingresos que ellos generen. Una ecuación muy sencilla.

Erik Bohlin, el jefe municipal de economía, comenzó a alzar la mano para indicar que deseaba hacer una pregunta, pero como Erling temía que encauzase la discusión en una dirección no deseada, lanzó al joven economista una agria mirada que lo indujo a bajar la mano de inmediato.

—Pero ¿cómo vamos a tener turistas ahora? Los asesinatos tienen cierto... efecto disuasorio sobre el turismo...

El anterior consejero municipal, Jörn Schuster, observaba a Fredrik Rehn con el ceño fruncido, y era evidente que esperaba obtener una respuesta. Erling notó que le subía la presión sanguínea y contó mentalmente hasta diez. Que la gente tuviera que ser tan jodidamente negativa siempre... Era un suplicio tener que fingir que tomaba en consideración a unas... personas, que no habrían sobrevivido ni un solo día en el volcán de la realidad a la que él estaba acostumbrado de sus años como jefe. Se dirigió a Jörn con serena frialdad.

—Debo decir que tu postura me decepciona enormemente, Jörn. Si había alguien a quien yo creyese capaz de ver la imagen a gran escala, ése eras tú. Un hombre con tu experiencia no debería distraerse con los detalles. Lo que aquí debemos promover es el bien del municipio, no dedicarnos a detener todo aquello que supone un avance, como una pandilla de simples burócratas.

Constató que el reproche, debidamente envuelto en adulación, provocó un débil destello en los ojos del antiguo consejero municipal. Lo que más deseaba Jörn, por encima de todo, era que lo siguieran considerando el hombre importante, como si hubiese dejado el puesto voluntariamente para actuar como una especie de mentor del recién llegado. Tanto Jörn como Erling sabían que no era el caso, pero Erling estaba dispuesto a seguirle el juego, con tal de lograr lo que quería. La cuestión era si Jörn también lo estaba. Erling aguardó, paciente. Reinaba un denso silencio en la sala y todos miraban a Jörn expectantes, deseosos de ver cuál sería su reacción. Su poblada barba blanca se agitó ligeramente cuando, tras un buen rato de reflexión, se dirigió a

Erling con una sonrisa paternal.

—Por supuesto, Erling, tienes razón. Yo también, en mis muchos años al frente de este municipio, he apoyado el desarrollo de grandes ideas sin dejarme entorpecer por las opiniones negativas ni por los pequeños detalles. —Asintió satisfecho y miró a su alrededor. Todos estaban perplejos e intentaban en vano recordar a qué grandes ideas aludía Jörn.

Erling asintió complacido. El viejo zorro había adoptado la decisión adecuada. Sabía por qué caballo debía apostar a la larga. Y con ese respaldo, Erling respondió al fin a la pregunta.

—En lo que concierne al turismo, nos hallamos en la situación única de haber visto el nombre de nuestro municipio escrito en letras grandes en todas las primeras planas del país. Claro que en relación con una tragedia, pero el hecho es, pese a todo, que el nombre del pueblo empieza a grabarse en la conciencia de casi todos los suecos. Y es una circunstancia que podemos utilizar ventajosamente. Sin duda. De hecho, pienso implicar a una agencia de publicidad, para que nos ayuden a decidir la mejor manera de sacarle partido al espacio mediático.

Erik Bohlin murmuró un comentario sobre el «presupuesto», pero Erling lo desechó de un manotazo, como si de una mosca irritante se tratara.

—Esa no es la cuestión ahora, Erik. A eso, precisamente, me refería antes, eso sólo son detalles. Ahora estamos pensando a lo grande, lo otro ya lo arreglaremos. —Se volvió hacia Fredrik Rehn, que había seguido el intercambio de opiniones con evidente regocijo—. Y *Fucking Tanum* sigue contando con todo nuestro apoyo. ¿Verdad? —Erling dirigió entonces la vista hacia los demás y fue clavando en cada uno de ellos una intensa mirada.

—¡Por supuesto! —se oyó la vocecilla de Gunilla Kjellin, que lo miró llena de admiración.

—¡Sí, qué coño, que siga funcionando esa porquería! —exclamó iracundo Uno Brorsson—. De todos modos, ya no puede ser peor.

—Sí —aprobó también Erik Bohlin escuetamente, aunque con un millón de preguntas en el aire.

—Está bien, está bien —accedió Jörn Schuster tironeándose de la barba—. Es una tranquilidad oír que todos sois capaces de ver «la imagen a gran escala», *the big picture*, exactamente igual que Erling y yo.

Le dirigió una amplia sonrisa a Erling, que hizo un esfuerzo por estirar la comisura de los labios para corresponderle. Aquel viejo no sabía lo que decía y, sin embargo, sonreía con todas sus ganas. Aquello había ido mejor de lo esperado. ¡Joder, qué listo era!

—¿Pescado o ave?

—Algo intermedio —respondió Anna riéndose.

—Venga, por favor —protestó Erica sacándole la lengua a su hermana. Estaban sentadas en la terraza, tomando café bien abrigadas bajo unas mantas. Erica tenía en el regazo las propuestas de menú del Stora Hotel, y notaba que se le hacía la boca agua. La estricta dieta de las últimas semanas había puesto en marcha sus papilas gustativas y había avivado su hambre, y tenía la sensación de que, literalmente, estaba a punto de babear.

—¿Qué te parece esto, por ejemplo? —preguntó antes de leerle a Anna en voz alta—. «Colas de cangrejo sobre una base de ensalada con vinagreta de lima» de primero; «lenguado con *risotto* de albahaca y zanahorias tostadas con miel», de segundo; y de postre, «tarta de queso con salsa de frambuesa».

—Dios, ¡qué rico! —exclamó Anna que también empezaba a tragar saliva—. Sobre todo el lenguado suena fantástico. —Dio un sorbo de café, se abrigó un poco mejor con la manta y contempló el mar que se extendía ante su vista.

Erica no podía por menos de admirarse al ver cómo había cambiado su hermana últimamente. Observó el perfil de Anna y vio que de sus facciones emanaba un sosiego que no recordaba haber detectado en ella nunca. Erica siempre estuvo preocupada por Anna y era un alivio ver que podía relajarse un poco.

—¿Te imaginas lo que le habría gustado a papá vernos aquí sentadas charlando? —dijo Erica—. Siempre intentó hacernos ver que debíamos cuidar nuestra relación de hermanas. Pensaba que yo te protegía demasiado, como si fuera tu madre.

—Lo sé —le respondió Anna volviéndose hacia Erica con una sonrisa—. También hablaba conmigo, intentaba hacerme comprender que debía ser más responsable, más adulta, no dejarte a ti toda la carga. Porque eso es lo que hacía. Y aunque protestaba por tu actitud maternal, en cierto modo me gustaba. Siempre confiaba en que tú fueras la maternal y la madura.

—Me pregunto cómo habrían sido las cosas si Elsy hubiese asumido esa responsabilidad. Porque le correspondía a ella, no a mí. —Erica sintió que se le hacía un nudo en el pecho al pensar en su madre. Una madre que, durante toda su niñez, estuvo presente físicamente, pero cuya mente estaba en otra parte.

—De nada sirve especular —opinó Anna reflexiva llevándose la manta hasta la barbilla. Aunque estaban al sol, el viento soplaba frío y aprovechaba cualquier resquicio para filtrarse—. Quién sabe lo que ella vivió de niña. Bien mirado, nunca nos habló de su niñez, ni de su vida antes de conocer a papá. ¿No es extraño? —preguntó Anna desconcertada. Nunca antes se había planteado aquel hecho. Sencillamente, tomó las cosas como eran, sin cuestionarse el porqué.

—Yo creo que era extraña en general —respondió Erica riéndose, aunque con una risa cuya amargura ella misma notó.

—No, pero en serio —insistió Anna—. ¿Tú recuerdas que Elsy nos hablase

alguna vez de su niñez, de sus padres, de cómo conoció a papá, de cualquier cosa acerca de su pasado? Yo no recuerdo una sola alusión. Y tampoco tenía fotos. Me acuerdo de que, en una ocasión, le pregunté por fotos de los abuelos y se enfadó muchísimo, y me dijo que llevaban tantos años muertos que no tenía ni idea de dónde había guardado sus cosas. Un poco raro, ¿no? Quiero decir que todo el mundo conserva viejas fotos. Y sabe dónde las tiene.

De repente, Erica cayó en la cuenta de que Anna tenía razón. Tampoco ella había visto ni oído nada relacionado con el pasado de Elsy. Era como si su madre hubiese empezado a existir en el momento en que se tomó la fotografía de su boda con Tore. Antes de aquello... no existía nada.

—En fin, en su momento, tendrás que iniciar una pequeña investigación —dijo Anna. Por su tono de voz se desprendía que no deseaba seguir hablando del asunto—. A ti se te dan bien esas cosas. Pero creo que ahora debemos volver a concentrarnos en el menú. ¿Te has decidido por la última sugerencia que me has leído? A mí me parece perfecta, todo sonaba riquísimo.

—Sí, bueno, lo veré con Patrik, para que él también opine —repuso Erica—. Pero he de admitir que me resulta un poco trivial andar atormentándolo con esto, cuando se encuentra inmerso en una investigación de asesinato. Me siento un poco... superficial, por así decirlo.

Dejó el menú en el regazo y se quedó mirando el horizonte con expresión sombría. Apenas había visto a Patrik los últimos días, y lo echaba de menos. Pero, al mismo tiempo, comprendía que era su deber trabajar duro. El asesinato de aquella chica era horrendo y sabía que Patrik deseaba atrapar al culpable por encima de todo. Al mismo tiempo, su necesidad de tener una actividad de adultos en la que emplearse se acentuaba al ver que él estaba tan ocupado con algo tan importante. Claro que su misión también era esencial; ser madre es, naturalmente, más importante que ninguna otra cosa, lo sabía y lo sentía así. Pese a todo, anhelaba dedicarse a alguna actividad... de adultos. Una actividad en la que pudiera ser Erica, y no sólo la madre de Maja. Ahora que Anna había emprendido el regreso de su país de tinieblas, abrigaba la esperanza de volver a escribir unas horas al día. Comentó la idea con Anna, que aceptó encantada encargarse de Maja durante esas horas.

De ahí que Erica hubiese empezado a buscar nuevas ideas, un caso de asesinato real con una dimensión humana interesante, que, en su opinión, podría convertirse en un buen libro. Tras la publicación de sus dos obras anteriores, había recibido varias críticas negativas en los medios. Había quienes sostenían que presentaba indicios de algo así como una mentalidad de chacal por escribir sobre asesinatos reales. Erica, en cambio, no lo veía así en absoluto. Siempre procuraba que todos los implicados pudieran expresarse y hacía cuanto estaba en su mano por ofrecer una imagen de lo ocurrido tan justa y poliédrica como fuera posible. Por otro lado, no creía que sus

novelas se hubiesen vendido tan bien si no hubieran estado escritas con empatía y compasión. Pese a todo, se veía obligada a admitir que la segunda novela, aquella en la que ella no tenía una relación personal con el caso, le había resultado más fácil de escribir que la primera, que trataba del asesinato de su amiga de la infancia Alex Wijkner. Era mucho más difícil mantener las distancias cuando todo lo que escribía se veía influenciado por el recuerdo de sus propias vivencias.

Pensar en las novelas le despertó el deseo de trabajar.

—Voy a sentarme a navegar un poco por la red —dijo poniéndose de pie—. Quiero ver si encuentro algún caso nuevo sobre el que escribir. ¿Te encargas de Maja si se despierta?

Anna sonrió.

—Sí, mujer, yo me encargo de Maja. Tú vete a trabajar. ¡Buena suerte con la pesca!

Erica se rió y entró en su despacho. La vida en aquella casa se había vuelto mucho más fácil últimamente. Sólo faltaba que Patrik empezase a ver la luz en el caso que tenía entre manos.

Capítulo 5

El olor a sal. Y a agua. El griterío de las aves allá arriba en el cielo y el azul que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. La sensación del balanceo de un barco. La sensación de que algo estaba cambiando. Algo estaba desapareciendo. Algo que había sido cálido y blando, ahora resultaba duro y afilado. Brazos que, cuando lo abrazaban, le transmitían un olor intenso, repugnante, del cual estaban impregnadas la ropa y la piel pero que, ante todo, procedía de la boca de la mujer. Y no recordaba quién era ella. Y tampoco sabía por qué intentaba recordar. Era como si, por la noche, hubiese soñado algo horrible pero familiar. Y quería saber más acerca de ese algo.

Así, no podía evitar hacer preguntas. Ignoraba por qué. Por qué no podía sencillamente aceptarlo todo, igual que su hermana. Parecía tan asustada siempre que él hacía una pregunta. Le habría gustado poder parar, pero era imposible. Sobre todo cuando sentía el olor del agua salada y recordaba el viento alborotando su cabello. Y el hombre que solía levantarlos por los aires, a él y a su hermana. Mientras que la otra, la de la voz que al principio era dulce pero que luego se volvió dura, se quedaba allí mirando. A veces, en su memoria, creía recordarla sonriendo.

Aunque, quién sabe, quizá fuese como ella decía. Ella, tan real y tan hermosa y que tanto los quería. Quizá todo era un sueño. Un mal sueño que ella reemplazaría por sueños hermosos y agradables. Él no se oponía, pero a veces se sorprendía anhelando la sal. Y el alboroto de las aves. Incluso la dureza de aquella voz. Sin embargo, nunca se atrevería a confesarlo...



—Martin, ¿qué coño estamos haciendo en realidad? —preguntó Patrik arrojando el bolígrafo sobre la mesa en un arrebato de frustración. El bolígrafo rodó por la lisa superficie y cayó al suelo. Martin lo recogió despacio y lo puso en el portalápices de Patrik.

—Patrik, piensa que sólo ha pasado una semana. Y estas cosas llevan tiempo, ya lo sabes.

—Lo que sé es que, según las estadísticas, cuanto más tiempo se tarda en resolver un caso, más alta es la probabilidad de que nunca se resuelva.

—Ya, pero estamos haciendo todo cuanto está en nuestra mano. Es que el día no tiene más horas de las que tiene —Martin observó a Patrik con curiosidad—. Por cierto, ¿no deberías quedarte en casa una mañana? Pasarte un buen rato bajo la ducha,

tomártelo con calma... Pareces agotado.

—¿Descansar en medio de este jaleo? Ni soñarlo.

Patrik se pasó la mano por el pelo, que ya tenía bastante revuelto y encrespado. El teléfono resonó chillón de improviso, y los dos colegas dieron un respingo en sus asientos. Patrik cogió el auricular un tanto irritado, para volver a colgar enseguida. Hubo un minuto de silencio, hasta que empezó a sonar otra vez. Patrik se asomó al pasillo y gritó lleno de frustración:

—Annika, joder, te dije que desconectaras mi teléfono.

Volvió a entrar en el despacho y cerró de un portazo. Los demás teléfonos de la comisaría sonaban sin cesar, pero con la puerta cerrada se oían muy lejanos.

—Venga, Patrik, esto no funciona. Estás al borde del colapso. Tienes que descansar. Tienes que comer. Y creo que deberías salir y pedirle perdón a Annika. De lo contrario, sufrirás mal de ojo. O siete años de desgracias. O puede que no vuelvas a probar sus magdalenas caseras de los viernes por la tarde.

Patrik se desplomó en la silla, pero no pudo evitar sonreír.

—Las magdalenas... Tú crees que Annika sería tan maquiavélica como para negarme sus magdalenas...

—Quizá incluso la cesta especial con pan casero y dulce de leche de Navidad...

—Martin asintió con fingida seriedad y Patrik le siguió el juego y lo miró con los ojos desorbitados.

—No, por favor, el dulce de leche no. ¡Annika no puede ser tan cruel!

—Pues yo no estaría tan seguro —replicó Martin—. Así que será mejor que vayas y le pidas perdón.

Patrik se echó a reír.

—Sí, ya sé, ahora voy —dijo alborotándose el pelo una vez más—. Pero te aseguro que jamás me habría imaginado este tipo de... asedio. La prensa y la televisión parecen haber perdido el juicio. ¡Y es como si no tuvieran escrúpulos! ¿No comprenden que, si nos tienen sitiados de este modo, sabotean la investigación? No hay manera de hacer nada de provecho.

—Pues yo diría que hemos conseguido hacer un montón de cosas en una semana —objetó Martin sereno—. Hemos interrogado a todos los participantes, los compañeros de Lillemor, hemos cotejado las grabaciones de la noche en que desapareció, estamos comprobando todas y cada una de las llamadas que hemos recibido de la gente del pueblo. Yo creo que hemos trabajado muy bien. Claro que este caso está resultando un tanto caótico a causa de la grabación de *Fucking Tanum*, pero nosotros no podemos hacer mucho por evitarlo.

—Pero ¿tú puedes explicarte que sigan transmitiendo esa porquería? —preguntó Patrik alzando las manos en señal de impotencia—. Han asesinado a una joven, y ellos utilizan esa tragedia como entretenimiento que televisar en la mejor franja de

audiencia. ¡Y toda Suecia se atrinchera en el sofá dispuesta a tragárselo sin perder detalle! A mí me parece espantoso... —vaciló buscando la palabra adecuada—... ¡irreverente!

—Pues sí, tienes razón —admitió Martin con un tono más duro—. Pero ¿qué demonios podemos hacer nosotros contra eso? Tanto Mellberg como el cerdo de Erling W. Larson están tan ansiosos de aparecer en los medios que ni siquiera se les pasó por la cabeza interrumpir el programa, así que tendremos que trabajar en las circunstancias que tenemos. Así son las cosas. Y yo sigo diciendo que tanto tú como la investigación ganaríais mucho si te lo tomaras con calma unas horas.

—No pienso irme a casa, si es eso lo que insinúas. No tengo tiempo. Pero quizá podamos almorzar en el restaurante Gestgifveriet. Eso es tomárselo con calma un rato, ¿no? —Miró a Martin irritado, aunque sabía que su colega tenía algo de razón.

—Bueno, puede valer —respondió Martin poniéndose en pie—. Y así aprovechas para pedirle perdón a Annika cuando salgas.

—Sí, mamá —bromeó Patrik. Se puso la cazadora y siguió a Martin hasta el vestíbulo. De repente, se dio cuenta de lo hambriento que estaba.

Los teléfonos no dejaban de sonar a su alrededor.

No era capaz de ir a trabajar. Y tampoco tenía por qué, puesto que aún estaba de baja por enfermedad y su médico la había animado a tomárselo con calma. Pero la habían educado conforme al principio de que el trabajo era lo primero, costase lo que costase. Según su padre, la única excusa aceptable para no acudir al trabajo era hallarse en el lecho de muerte. Y justo así era como se sentía. Su cuerpo funcionaba, se movía, comía, se lavaba y hacía todo lo que debía... de forma mecánica. Por dentro, en cambio, se sentía muerta. Nada tenía ya para ella el menor significado. Nada le inspiraba sentimientos de alegría ni despertaba en ella interés. Todo estaba frío y muerto. Lo único que sentía era sufrimiento. Tanto, que a veces se retorció de dolor.

Habían transcurrido dos semanas desde que la policía llamó a su puerta. Ya al oír los golpes, sin saber cómo, intuyó que aquella visita cambiaría su vida. Cada noche, cuando se acostaba para intentar conciliar el sueño, su memoria recreaba la disputa. Jamás podría olvidar el hecho de que la última conversación que mantuvieron fue una discusión violenta. Kerstin deseaba con tantas ansias poder retirar las últimas palabras que le espetó a Marit... ¿Qué importaba aquello? ¿Por qué no la dejó en paz? ¿Por qué tenía tanto interés en que Marit tomase partido y decidiese mostrar abiertamente su relación? ¿Por qué era tan fundamental? Lo más importante era, de hecho, que se tenían la una a la otra. Lo que los demás sabían, opinaban o decían, se le antojaba de pronto tan intrascendente que ni siquiera alcanzaba a entender cómo pudo existir un tiempo, una época pretérita y remota que sólo se hallaba a dos

semanas de distancia, en que a ella le resultaba decisivo.

Incapaz de decidir qué hacer, Kerstin se tumbó en el sofá y encendió el televisor con el mando a distancia. Se tapó con una manta, la que Marit había comprado durante una de sus visitas a Noruega. Olía a lana y al perfume de Marit, una mezcla extraña. Kerstin enterró la cara en la manta y respiró hondo, con la esperanza de que el olor colmase todas las oquedades de su cuerpo. La respiración arrastró hasta el interior de su nariz unas pelusas que la hicieron estornudar.

De repente, echó de menos a Sofie. La joven se parecía tanto a Marit y tan poco a Ola... Había estado en casa de Kerstin dos veces y en ambas ocasiones hizo cuanto pudo por consolarla, pese a que ella misma parecía estar a punto de venirse abajo en cualquier momento. Aun siendo una niña, Sofie había adquirido de repente un aspecto adulto que antes no tenía. Un rasgo nuevo de madurez dolorosa. A Kerstin le habría gustado poder erradicar de su semblante aquel indicio de madurez, poder borrarlo, hacer retroceder el reloj y recuperar la actitud de cachorro que debían mostrar las chicas de la edad de Sofie. Pero esa actitud había desaparecido para siempre. Y Kerstin sabía además que ahora perdería a Sofie. Era algo que la propia Sofie ignoraba. Seguramente, ella abrigaría la intención de mantener la unión con la compañera de su madre. Pero la vida no lo permitiría. Por un lado, la apartarían un sinnúmero de circunstancias que se le impondrían una vez que el dolor se hubiese mitigado un poco: amigos, novios, marchas, los estudios, todo aquello que debía acaparar la vida de una adolescente. Y, por otro, Ola le obstaculizaría la tarea de mantener el contacto con ella. Con el tiempo, Sofie se cansaría de oponer resistencia. Las visitas se espaciarían cada vez más, hasta interrumpirse por completo. Al cabo de un año o dos, se saludarían cuando se cruzaran por la calle, quizá se detendrían a intercambiar unas frases de cortesía, pero enseguida bajarían la mirada y se marcharían cada una por su lado. Sólo los recuerdos de otra vida juntas permanecerían. Unos recuerdos que, como jirones delicados de una frágil neblina, se esfumarían en cuanto intentasen atraparlos. Perdería a Sofie. No había otra opción que aceptarlo.

Presa de la apatía, Kerstin iba cambiando de canal. En la mayoría daban programas en los que invitaban a los telespectadores a que, a un precio altísimo, por supuesto, llamasen para adivinar una palabra. Totalmente carente de interés. De modo que su pensamiento se centró en aquella pregunta que tan a menudo se había hecho durante las dos últimas semanas. ¿Quién habría querido hacerle daño a Marit? ¿Quién la atrapó en pleno ataque de desesperación por la discusión mantenida con Kerstin, en pleno acceso de ira? ¿Habría tenido miedo? ¿Fue rápido o sufrió una muerte lenta? ¿Fue doloroso? ¿Era consciente de que iba a morir? Todas aquellas preguntas circulaban por el cerebro de Kerstin, sin que supiera cómo responderlas. Había seguido por televisión y la prensa la información sobre el asesinato de la chica del

programa *Fucking Tanum*, pero se sentía extrañamente embotada, colmada de su propio dolor. Sin embargo, no pudo evitar preocuparse por el hecho de que le restase tiempo y recursos a la investigación de la muerte de Marit; que la atención que atraían los medios de comunicación llevase a la policía a dedicar todo su tiempo a investigar la muerte de la chica y que dejarasen de preocuparse por Marit.

Kerstin se incorporó en el sofá y cogió el teléfono, que estaba sobre la mesa. Si no había quien mirase por los intereses de Marit, tendría que hacerlo ella. Se lo debía.

Desde la muerte de Barbie se reunían en círculo en el centro del jardín de la granja una vez al día. Al principio, tal medida fue acogida con una lluvia de protestas, un silencio contrariado seguido de comentarios cínicos; pero una vez que Fredrik les explicó que era un imperativo para poder seguir con la grabación del programa, los participantes consintieron en colaborar, aunque en contra de su voluntad. Algo más de una semana después y de un modo un tanto antinatural, llegaron incluso a acudir con entusiasmo a la reunión colectiva con Lars. Él no les hablaba con superioridad, los escuchaba, hacía comentarios que ellos no consideraban fuera de lugar y les hablaba con su mismo lenguaje. Y, aunque a su pesar, también Uffe empezaba a sentir cierta simpatía por Lars. Claro que antes se dejaría morir que admitirlo abiertamente. Las sesiones de grupo se habían ido alternando con conversaciones individuales y ya nadie protestaba por ello. Ciertamente ninguno de los componentes del grupo se sentía feliz con la idea, pero la medida había alcanzado al menos cierto grado de aceptación.

—¿Qué os han parecido los últimos días, después de lo ocurrido? —preguntó Lars observándolos uno a uno, con la esperanza de que alguno respondiese. Finalmente, detuvo la mirada en Mehmet.

—A mí me parece que ha estado bien —aseguró tras reflexionar brevemente—. Todo ha sido tan caótico que, en realidad, no hemos tenido tiempo de pararnos a pensar ni nada.

—¿Pensar en qué? —preguntó Lars animándolo a continuar y a desarrollar su idea.

—Pues en lo que pasó. En Barbie. —Mehmet guardó silencio y bajó la vista. Lars apartó la mirada de él y la paseó por el resto de los congregados.

—¿Y a vosotros os parece que eso es bueno? Me refiero a no tener que pensar en ello. ¿Creéis que el caos ha surtido un efecto positivo?

De nuevo se hizo el silencio.

—Yo no —respondió Jonna en tono sombrío—. A mí me parece que ha sido duro. Muy duro.

—¿En qué sentido? ¿Qué aspecto te ha parecido duro? —preguntó Lars, con la cabeza ligeramente inclinada.

—Pensar en lo que le pasó. Recrear las imágenes de lo ocurrido. Y pensar en

cómo murió y eso. Y en que la encontraron en aquel... contenedor. Un cosa tan asquerosa, vamos.

—¿Y vosotros? ¿Recordáis también imágenes de aquella noche? —Lars fijó la vista en Calle.

—Bah, pues claro que sí, joder. Pero es mejor no pensarlo. Quiero decir, ¿de qué sirve pensarlo? De todos modos, Barbie ya está muerta, ¿no?

—Ya. Y no crees que, para tu bienestar, sería mejor hacer frente a esas imágenes, trabajar con ellas, ¿verdad?

—¡Qué va! Lo mejor es tomarse otra cerveza, ¿a que sí, Calle? —Uffe le propinó una patada en la pierna a éste y rompió a reír, pero, al ver que nadie lo secundaba, recobró su malhumor habitual. Lars se centró entonces en él y Uffe empezó a retorcerse incómodo en la silla. Era el único que todavía se negaba en cierta medida a entregarse al proceso, como lo llamaba Lars.

—Uffe, tú siempre pareces tan duro y tan chulo, pero ¿en qué términos piensas tú cuando recuerdas a Barbie? ¿Qué recuerdos te vienen a la memoria?

Uffe miró a su alrededor como si no pudiese dar crédito a lo que oía. ¿Que qué recuerdos tenía de Barbie? Se rió burlón y miró a Lars, antes de responder:

—Pues, yo me atrevería a decir que miente quien diga que no son las tetas lo que recuerda de ella en primer lugar. ¡Menudas bombas de silicona! —exclamó moldeando en el aire el objeto de su recuerdo antes de mirar a su alrededor en busca de apoyo moral. Pero tampoco en esta ocasión parecieron apreciar su broma.

—Joder, Uffe, córtate un poco al hablar —lo recriminó Mehmet irritado—. ¿Eres tan tonto como parece o te lo haces?

—Oye, ¿y a ti de dónde coño te vienen esos aires? —Uffe se inclinó hacia Mehmet con gesto amenazador, pero en algún lugar recóndito de su cerebro de reptil comprendió que quizá sus comentarios no hubiesen sido muy afortunados, por lo que se retiró a su silencio y su malhumor habituales. Sencillamente, no lo pillaba. A nadie le caía bien antes de morir, y en cambio, allí estaban ahora, sentados como lloricas compungidos hablando de Barbie como si hubiera sido su mejor amiga.

—Tina, tú apenas te has pronunciado. ¿Cómo te ha afectado a ti la muerte de Lillemor?

—A mí me parece algo terrible, muy trágico. —Tina tenía los ojos llenos de lágrimas y negaba vehementemente con la cabeza—. Es que tenía toda la vida por delante. Y una carrera y eso. Iban a fotografiarla para *Slitz* cuando hubiera terminado la serie, eso ya estaba acordado, y había hablado con un tío sobre viajar a Estados Unidos para ver si podía aparecer en *Playboy*. Que podría haberse convertido en la próxima Victoria Silvstedt, vamos. Victoria no tardará en ser un vejestorio y Barbie sólo tenía que llegar y sustituirla. Ella y yo hablábamos mucho de eso y... tenía tantas aspiraciones... Era una tía genial, vamos. Joder, ¡qué pena! —Las lágrimas le rodaban

ya por las mejillas, y Tina se las enjugó cuidadosamente con la mano, para no estropearse el maquillaje.

—Sí, es una verdadera pena —dijo Uffe—. Que el mundo haya perdido a la sustituta de Victoria Silvstedt. ¿Qué va a hacer el mundo ahora, eh? —Uffe estalló en una sonora carcajada, pero alzó las manos a la defensiva al advertir las miradas iracundas que le dirigían los demás—. Vale, vale, me callo. Vosotros seguid lloriqueando, hipócritas, panda de imbéciles...

—Uffe, parece que todo esto te produce una honda frustración —observó Lars sin perder la calma.

—Tanto como frustración, no sé. A mí me parecen un puñado de hipócritas, ahí llorando por Barbie, aunque cuando estaba viva no se preocupaban una mierda por ella. Yo, al menos, soy sincero —dijo levantando las manos.

—Tú no eres sincero —objetó Jonna—. Tú eres un imbécil.

—Anda, mira, ha hablado la neurótica. Súbete las mangas, anda, que vea tu última obra de arte. Una pirada total, vamos. —Uffe se echó a reír y Lars se puso en pie.

—No creo que adelantemos mucho más por hoy. Uffe, me parece que tú y yo vamos a tener la conversación individual ahora mismo.

—*Fine, fine*. Pero no te creas que me voy a sentar a llorar, ¿vale? Con lo bien que lo hacen estos maricas. —Se levantó y le dio una colleja a Tina, que se volvió iracunda y lo amenazó con el puño. Uffe se carcajeó simplemente y echó a andar despacio detrás de Lars. Los demás se quedaron mirándolo mientras se marchaba.

Ella había ido a Tanumshede para almorzar. No habían podido verse desde la cena en el Gestgifveriet, y Mellberg anhelaba con un ansia febril que diesen las doce. Miró el reloj, que marcaba implacable las doce menos diez, mientras aguardaba en la puerta. Las manecillas se arrastraban y Mellberg miraba alternativamente el reloj y los coches que de vez en cuando entraban en el aparcamiento. Había propuesto el Gestgifveriet también en esta ocasión. Si uno buscaba un entorno romántico, no existía mejor alternativa.

Cinco minutos después, vio girar hacia el restaurante su pequeño Fiat rojo. El corazón le latía de un modo peculiar y sintió que se le secaba la boca. Con un acto reflejo, comprobó que el peluquín estaba en su lugar. Se secó las manos en los pantalones y se le acercó para darle la bienvenida. El semblante de Rose-Marie se iluminó al verlo, y Mellberg tuvo que contener el impulso de abalanzarse sobre ella y darle un largo beso allí mismo, en el aparcamiento. La intensidad de sus sentimientos lo llenaba de asombro. Se sentía de nuevo como un adolescente. Se abrazaron y se saludaron y él la dejó pasar primero para entrar en el restaurante. Durante un segundo, posó la mano en la espalda de Rose-Marie, y notó que le temblaba

ligeramente.

Una vez dentro, soltó un hipido de sorpresa. En una mesa situada junto a una de las ventanas estaban Hedström y Molin, que lo observaban perplejos. Rose-Marie miró alternativamente a Mellberg y a sus colegas con curiosidad y, muy a su pesar, Mellberg se dio cuenta de que tendría que presentárselos. Martin y Patrik le estrecharon la mano a Rose-Marie con una amplia sonrisa. Mellberg suspiraba para sus adentros. Ahora no tardaría mucho en saberlo toda la comisaría. Por otro lado... Se enderezó un poco. Desde luego, no se avergonzaba de que lo vieran con Rose-Marie.

—¿Queréis sentaros con nosotros? —preguntó Patrik indicándoles las dos sillas vacías.

Mellberg estaba a punto de rechazar la oferta cuando oyó que Rose-Marie aceptaba satisfecha. Lanzó para sí una maldición. Tenía tantas ganas de pasar un rato a solas con ella... Un almuerzo compartido con Hedström y Molin no le proporcionaría la romántica intimidad con la que había soñado. Pero debía aguantarse. A espaldas de Rose-Marie, dedicó a Patrik una mirada furiosa, pero luego retiró la silla para que Rose-Marie pudiera sentarse. Hedström y Molin no daban crédito a lo que veían. Era natural. Los mocosos de su edad no habían oído hablar siquiera de la palabra *gentkman*.

—¡Cómo me alegro de conocerte... Rose-Marie! —exclamó Patrik mirándola con interés. La mujer sonrió y las arrugas que enmarcaban sus ojos se pronunciaron aún más. Mellberg apenas podía apartar la vista de ella. Había algo en su forma de torcer la boca al sonreír y en el brillo de sus ojos... No, no tenía palabras para describirla.

—¿Y dónde os conocisteis? —intervino Molin en un tono algo jocoso. Mellberg lo observó con el entrecejo fruncido. Esperaba que no creyesen que iban a poder reírse a su costa. Y a costa de Rose-Marie.

—En Munkedal, en una verbena popular. —A la mujer le brillaban los ojos—. Tanto a Bertil como a mí nos llevaron sendos amigos y, la verdad, ninguno de los dos estaba muy entusiasmado con la fiesta, pero a veces el destino nos lleva al lugar adecuado por vías muy extrañas. —Al decir esto, sonrió a Mellberg, que se sintió enrojecer de felicidad. Ahora sabía que él no era el único que se comportaba como un loco sentimental. Rose-Marie también notó algo especial desde la primera noche.

La camarera se acercó para tomar nota.

—Pedid lo que queráis, ¡invito yo! —se oyó decir Mellberg a sí mismo, para gran sorpresa suya.

Por un instante, lamentó sus palabras, pero la admiración que reflejaban los ojos de Rose-Marie lo reforzó en su decisión y, por primera vez en su vida, comprendió el verdadero valor del dinero. ¿Qué eran unos cuantos billetes comparados con la mirada complacida de una mujer hermosa? Hedström y Molin lo contemplaban

atónitos, y Mellberg resopló irritado:

—Venga, pedid lo que sea, antes de que me arrepienta y os lo descuente del salario.

Aún en estado de *shock*, Patrik balbució que comería «mendo» y Molin, tan perplejo como su colega, sólo fue capaz de asentir para indicar que tomaría lo mismo.

—Yo tomaré *pytt i panna* —aseguró Mellberg antes de dirigirse a Rose-Marie—. Y tú, preciosa mía, ¿qué te gustaría probar hoy? —Hedström se atragantó con un sorbo de agua y le dio un ataque de tos. Mellberg lo recriminó con la mirada y pensó en lo vergonzoso que era que hombres adultos no supieran comportarse. Desde luego, la juventud de hoy presentaba lagunas imperdonables en su educación.

—Tomaré solomillo de cerdo —respondió Rose-Marie desplegándose la servilleta sobre las rodillas.

—¿Vives en Munkedal? —preguntó Martin solícito mientras le servía agua a la dama que tenían a la mesa.

—Vivo en Dingle, pero es provisional —explicó la mujer, que dio un sorbo de agua antes de proseguir—. Se me presentó la oportunidad de jubilarme anticipadamente con unas condiciones que no podía rechazar, y luego decidí mudarme más cerca de mi familia. Así que, por el momento, me alojo en casa de mi hermana, hasta que encuentre una vivienda propia. He vivido tantos años en la costa oriental que quisiera pensármelo muy bien antes de elegir dónde construir mis cimientos de nuevo.

Una vez que me haya instalado, no me moveré de allí hasta que me saquen con los pies por delante. —Rose-Marie estalló en una sonora carcajada que hizo brincar el corazón de Mellberg. Se diría que ella lo oyó, pues, bajando la mirada tímidamente, añadió—: Ya veremos dónde termino. En realidad, tiene mucho que ver con las personas que nos cruzamos en la vida. —En este punto alzó la vista, y Mellberg y ella se sostuvieron la mirada durante un silencio elocuente. No recordaba haber sido tan feliz en toda su vida. Abrió la boca para decir algo cuando llegó la camarera para servirles la comida. Rose-Marie se volvió entonces a Patrik y le preguntó:

—¿Y cómo os va con el asunto de ese asesinato tan terrible? Por lo que me ha contado Bertil, es algo espantoso.

Patrik intentaba concentrarse en que la porción de pescado, patata, salsa y verduras que tenía en el tenedor no cayese en el plato mientras se lo llevaba a la boca.

—Sí, «espantoso», ésa es la forma más apropiada de describirlo —dijo una vez que hubo terminado de masticar—. Y el circo mediático que se ha organizado en el pueblo no nos ha facilitado las cosas, precisamente —añadió mirando hacia la granja municipal.

—Ya. Yo no entiendo que la gente disfrute viendo esa basura —aseguró Rose-Marie meneando la cabeza—. Sobre todo, después de un suceso tan trágico. ¡Uf! ¡La

gente se comporta como buitres!

—Una gran verdad, sí señor —opinó Martin sombrío—. Yo creo que el problema es que no ven a las personas que aparecen en televisión como a verdaderos seres humanos. Es la única explicación que se me ocurre. No pueden verlos como a verdaderos seres humanos. De lo contrario, ¿cómo iban a regodearse en esas cosas?

—¿Sospecháis que alguno de los demás participantes esté implicado en el asesinato? —preguntó Rose-Marie, bajando la voz con cierto secretismo.

Patrik miró a su jefe de soslayo. No se sentía muy cómodo discutiendo cuestiones relativas a la investigación con personas ajenas a la profesión, pero Mellberg no se pronunció.

—Estudiamos el caso desde todos los ángulos posibles —respondió prudente—. Aún no abrigamos ninguna sospecha concreta —remató, resuelto a no decir nada más.

Comieron en silencio durante unos minutos. La comida era excelente y al extraño cuarteto le costaba hallar un tema común de conversación. De improviso, el silencio se vio interrumpido por el estruendo de un timbre de teléfono. Patrik rebuscó en el bolsillo en busca de su móvil y se encaminó a buen paso hacia el vestíbulo mientras respondía, a fin de no molestar a los demás comensales. Regresó al cabo de unos minutos y, sin sentarse de nuevo, se dirigió a Mellberg:

—Era Pedersen. La autopsia de Lillemor Persson está lista. Puede que tengamos algo más sobre lo que trabajar.

Patrik estaba visiblemente preocupado.

Hanna disfrutaba del silencio que reinaba en la casa. Había aprovechado para almorzar allí, ya que, en coche, sólo le llevaba unos minutos. Después del estrés de los últimos días en la comisaría, era un alivio poder descansar los oídos de tanto teléfono durante un rato. En casa sólo se oía, como un murmullo lejano, el rumor del tráfico de la calle.

Se sentó a la mesa de la cocina y sopló un poco para enfriar la comida que había calentado unos minutos en el microondas. Eran restos de salchicha con sofrito de verduras de la cena del día anterior, un plato que, para su gusto, sabía casi mejor al día siguiente que recién preparado.

Era tan agradable estar sola en casa. Amaba a Lars más que a nadie en el mundo, pero, cuando él estaba en casa, siempre se mascaba la tensión en el ambiente, aquel vacío impronunciable. A ella la vida en esa especie de campo de tensión cada día la destrozaba más.

El problema consistía en que era consciente de que lo que desgastaba su relación era algo que jamás podrían cambiar. El pasado descansaba sobre sus vidas como una fina membrana. En ocasiones intentaba hacerle comprender a Lars que debían retirar

juntos la membrana, dejar que entrase un poco de aire, un poco de luz. Pero él no conocía otro modo de vivir que aquella oscuridad, aquella humedad, aquello que, aunque pesado, le resultaba familiar.

A veces Hanna anhelaba otra cosa. Algo distinto del miserable círculo vicioso en el que habían caído. Y durante los últimos años, había pensado en más de una ocasión que quizá un hijo borraría el pasado. Un niño que despejase con su luz las tinieblas en que vivían, que aligerase el peso y les permitiese respirar otra vez. Pero Lars se negaba. Ni siquiera se prestaba a tratar el asunto. Ellos tenían su trabajo, cada uno el suyo, y eso bastaba, aseguraba Lars. El problema era que ella sabía que no bastaba. Sentía la exigencia constante de algo más. No veía fin a la situación. Un niño haría que todo se detuviese, que todo concluyese. Dejó el tenedor en el plato, presa del mayor abatimiento. Ya no tenía apetito.

—¿Qué tal estás? —Simon miraba preocupado a Mehmet, que estaba sentado frente a él en la zona de descanso del personal de la panadería. Llevaban trabajando intensamente muchas horas y se concedieron una breve pausa. No obstante, eso significaba que Uffe debía quedarse al frente de la tienda, por lo que Simon no dejaba de lanzar miradas nerviosas hacia esa parte del local.

—No tendrá tiempo de destrozar nada en tan sólo cinco minutos. Al menos, eso creo yo... —observó Mehmet entre risas. Simon se relajó un poco y rió también de buena gana.

—Por desgracia, yo ya he perdido la esperanza sobre lo que han llamado «incremento» de personal —confesó—. Desde luego, se ve que saqué el peor número cuando sortearon la distribución de los participantes en los distintos puestos de trabajo. —Se lamentó Simon, antes de tomar un sorbo de café.

—Bueno, el peor y el mejor —repuso Mehmet antes de dar también un trago—. También sacaste el premio gordo —observó con una gran sonrisa—. ¡Yo! Así que si nos juntas a Uffe y a mí, tendrás un trabajador medio.

—Sí, en eso tienes razón —convino Simon riendo—. ¡También me tocaste en suerte tú!

Volvió a ponerse serio y se quedó mirando a Mehmet un buen rato, aunque éste optó por ignorarlo. Había en su mirada tantas preguntas y palabras impronunciadas que no tenía fuerzas para enfrentarse a ellas en ese momento. Si es que decidía hacerlo alguna vez.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Qué tal estás? —insistió Simon, sin apartar la mirada de él.

Mehmet sintió que las manos le temblaban a causa del nerviosismo. Intentó zafarse de la pregunta.

—Bah, pues bien. No la conocía mucho. Lo peor es el jaleo que se ha armado.

Pero los del canal de televisión están encantados. Los índices de audiencia han batido todos los récords.

—Bueno, yo estoy tan harto de veros la jeta todos los días que no he tenido ganas de sentarme a ver ni un solo capítulo.

Simon había reducido la intensidad de su mirada y Mehmet pensó que ya podía relajarse un poco. Tomó un gran bocado de uno de los bollos recién horneados, disfrutando del sabor y el olor a canela caliente.

—¿Y cómo es eso de que te interrogue la policía? —Simon también cogió un bollo, y de un solo mordisco devoró un tercio.

—Pues nada del otro mundo. —A Mehmet no le gustaba abordar aquel tema con Simon. Y además, acababa de mentirle. No quería revelarle la verdad acerca de lo humillante que le resultaba verse en aquella angosta sala de interrogatorios bajo una lluvia de preguntas. Y cómo sus respuestas nunca parecían ser satisfactorias—. Se portaron bien. No creo que sospechen en serio de ninguno de nosotros. —Evitó la mirada de Simon. Durante un segundo, acudieron a su mente retazos de recuerdos, pero los ahuyentó negándose a aceptar lo que querían que recordase.

—Y el psicólogo con el que habláis, ¿es bueno o qué? —Simon se inclinó y dio otro bocado gigantesco al bollo, mientras aguardaba la respuesta de Mehmet.

—Lars es un buen tío. Nos ha venido muy bien poder hablar con él.

—¿Y cómo se lo toma Uffe? —Simon hizo un gesto hacia la tienda, donde acababa de ver a Uffe pasando por delante de la panadería y tocando la guitarra con una *baguette*. Mehmet no pudo evitar una carcajada.

—¿Tú qué crees? Uffe es... pues eso, Uffe es Uffe. Pero podría haber sido peor. Ni siquiera él se atreve a decir cualquier cosa delante de Lars. Así que... está muy bien lo de Lars.

Una señora mayor entró en la panadería y Mehmet la vio retroceder ante los saltos salvajes de Uffe.

—Oye, creo que ya es hora de ir a salvar a los clientes.

Simon giró la cabeza y también se levantó.

—Sí, de lo contrario, a la señora Hjertén le dará un infarto.

Cuando se dirigían a la tienda, Simon rozó casualmente la mano de Mehmet con la suya. Mehmet la retiró como si se hubiese quemado.

—Erica, esta tarde tengo que ir a Gotemburgo, así que llegaré a casa un poco más tarde. Yo diría que sobre las ocho.

Mientras hablaba con ella, oía de fondo el parloteo de Maja y sintió un súbito deseo de volver con su familia a casa. Daría cualquier cosa por pasar olímpicamente de todo, irse a casa y tirarse en el suelo a jugar con su hija. Los últimos meses se había encariñado mucho con Emma y con Adrian, y también deseaba poder pasar

tiempo con ellos. Además, tenía remordimientos al pensar que Erica tuviese que llevar una carga tan pesada antes de la boda, pero, tal y como estaban las cosas, por el momento no le quedaba otra opción. La investigación se hallaba en su fase más intensa y tenía que hacer cuanto estuviese en su mano.

Suerte que Erica fuese tan comprensiva, se decía mientras se subía en el coche. Estuvo pensando si pedirle a Martin que lo acompañase, pero, en realidad, no era preciso que fueran dos para ver a Pedersen. Y, al menos una tarde, Martin se merecía irse a casa con Pia un poco más temprano. El también había trabajado duro las últimas semanas. Justo cuando Patrik metió la marcha para salir, volvió a sonar el teléfono.

—Aquí Hedström —respondió un tanto irritado, pues esperaba que se tratase de otro periodista preguntón. Cuando oyó quién era, lamentó haber sido tan brusco.

—Hola, Kerstin —dijo al tiempo que apagaba el motor.

Los remordimientos, que llevaban una semana atormentándolo, lo azotaron de la forma más virulenta. Había dejado de lado la investigación de la muerte de Marit para dedicarse al asesinato de Lillemor. En realidad, no lo hizo de forma consciente. Simplemente, se dio así cuando, tras la muerte de la muchacha, los medios empezaron a ejercer una presión desmedida. Con gesto contrito, escuchó lo que le decía Kerstin, antes de responder:

—Pues... por desgracia, no hemos podido averiguar mucho todavía.

—Es cierto, pero no vamos a dejar de centrarnos en Marit, naturalmente.

Una vez más, esbozó una mueca de disgusto al oírse mentir de aquel modo. Pero lo único que podía hacer ahora era tratar de recuperar el tiempo perdido. Después de colgar, se quedó un rato pensando, marcó un número y, cuando atendieron la llamada, estuvo hablando durante cinco minutos con una persona que se mostró extremadamente confundida al oír lo que Patrik le decía. Después, algo más animado, puso rumbo a Gotemburgo.

Dos horas más tarde, giró para detenerse en el laboratorio de criminalística de Gotemburgo. No tardó en encontrar el despacho de Pedersen y, una vez delante de la puerta, dio unos golpecitos discretos. Patrik y Pedersen solían comunicarse por fax o por teléfono, pero, en esta ocasión, el forense había insistido en que deseaba sacar las conclusiones él mismo. Patrik sospechaba que el enorme interés de los medios por el caso había inducido a los jefes a procurar que nada quedase a merced del azar.

—¡Hola! ¡Cuánto tiempo sin vernos! —exclamó Pedersen cuando Patrik abrió la puerta. Se levantó y fue a estrecharle la mano.

—Pues sí, sí que hace, sí, desde la última vez que nos vimos, porque en lo que a hablar se refiere, lo hacemos cada vez con más frecuencia. Por desgracia, podría añadirse... —respondió Patrik al tiempo que se sentaba en la silla para las visitas, que estaba delante de la gigantesca mesa de escritorio de Pedersen.

—Ya, no puede decirse que yo llame para dar buenas noticias, desde luego.

—No, pero sí son importantes —se apresuró a puntualizar Patrik.

Pedersen respondió con una sonrisa. Era un hombre alto y delgado, pero daba muestras de un carácter afable que contrastaba radicalmente con la brutalidad que veía en su profesión. A juzgar por sus gafas, que llevaba en la punta de la nariz, y por el pelo canoso siempre enmarañado, aunque en distinto grado, cualquier observador podía pensar que era un hombre distraído y poco exhaustivo. Sin embargo, aquello estaba tan lejos de la verdad como pudiera imaginarse. Los documentos que tenía en la mesa estaban ordenados en pulcros montones, en tanto que las carpetas y los archivadores se hallaban cuidadosamente etiquetados y colocados en las estanterías. Pedersen prestaba mucha atención a los detalles. Sacó un montón de papeles y los revisó un poco antes de alzar la vista y tomar la palabra.

—No cabe la menor duda de que la chica murió estrangulada. Se aprecian fracturas en el hioides y en las astas mayores del cartílago tiroideo. Sin embargo, no presenta las hendiduras que dejaría una cuerda, sólo las contusiones a ambos lados del cuello, que coinciden con un par de manos. —Puso delante de Patrik una fotografía ampliada y señaló las magulladuras a las que se refería.

—¿Insinúas que alguien la estranguló con sus propias manos?

—Sí —respondió Pedersen lacónico. El forense sentía siempre una empatía inmensa con las víctimas que terminaban en su mesa de autopsias, pero su tono de voz rara vez lo dejaba traslucir—. Otro indicio de que hubo estrangulamiento es que presentaba una serie de petequias, es decir, pequeñas manchas cutáneas provocadas por la efusión interna de sangre, tanto en las membranas de los ojos como en la piel circundante.

—¿Se precisa mucha fuerza física para estrangular a alguien de ese modo? —A Patrik le costaba apartar la vista de la fotografía que representaba a una Lillemor pálida, levemente azulada.

—Más de lo que la gente cree. Estrangular a una persona lleva bastante tiempo y hay que mantener la garganta fuertemente agarrada. Pero, en este caso... —Pedersen sufrió un ataque de tos y se volvió un momento, antes de continuar—En este caso, el asesino se lo puso algo más fácil.

—¿Qué quieres decir? —Patrik se inclinó hacia delante, cada vez más interesado. Pedersen hojeó los folios que tenía delante hasta que encontró el párrafo que buscaba.

—Aquí. Encontramos restos de somníferos en su sistema circulatorio. Lo más probable es que la durmieran primero y la estrangularan después.

—Joder —dijo Patrik mirando una vez más la foto de Lillemor.

—¿Pudisteis averiguar cómo ingirió los somníferos? Quiero decir si los mezclaron con algo.

Pedersen negó con un gesto.

—El contenido de su estómago era como un cóctel diabólico. No tengo ni idea de lo que bebió, pero olía claramente a alcohol. Yo diría que estaba muy ebria en el momento de su muerte.

—Sí, bueno, se corrieron una buena juerga aquella noche, según supimos después. ¿Es posible que le administraran el somnífero en alguna de las bebidas que tomó?

Pedersen alzó los brazos con gesto impotente.

—Imposible decirlo con seguridad, pero, desde luego, es una posibilidad.

—Vale, en resumidas cuentas, la durmieron y la estrangularon. De eso estamos seguros. ¿Encontraste alguna otra cosa de interés?

Pedersen volvió a repasar sus documentos.

—Sí, se aprecian otras lesiones. Parece haber recibido golpes en el torso, y una mejilla presentaba un hematoma subcutáneo, como si le hubieran propinado una bofetada tremenda.

—Bueno, eso encaja con lo que sabemos que ocurrió aquella noche —respondió Patrik ceñudo.

—También tenía varios cortes profundos en las muñecas. Debió de sangrar mucho.

—Cortes en las muñecas... —repitió Patrik, que no había reparado en ellos cuando la vio en el camión de la basura. Claro que no fue capaz de examinarla a fondo. Le echó un vistazo y luego se dio la vuelta rápidamente. Aquellos datos eran sin duda muy interesantes—. ¿Qué puedes decir de los cortes?

—No mucho.

Pedersen se pasó la mano por el pelo y se lo revolvió un poco más. Patrik experimentó una sensación de *déjà vu*: ésa era la imagen que el espejo le devolvía a él últimamente.

—Sin embargo, el modo en que se practicaron me hace pensar que no son autoinfligidos. Ya sabes que es una práctica muy popular, sobre todo entre las adolescentes.

Patrik recordó enseguida la imagen de Jonna en la sala de interrogatorios. Los brazos plagados de heridas, desde la muñeca hasta el codo. En su mente empezó a cobrar forma una idea, pero se encargaría de ello más tarde.

—¿Y la hora? —preguntó Patrik—. ¿Podrías decir cuándo murió aproximadamente?

—Como ya sabes, yo no me dedico a una ciencia muy exacta, pero la temperatura de su cuerpo en el momento del hallazgo indica que murió durante la noche. En torno a las tres o las cuatro, diría yo basándome en mi experiencia.

—Vale —respondió Patrik con expresión meditabunda. No se molestó en tomar notas, ya que sabía que Pedersen le facilitaría una copia del resultado de la autopsia

—. ¿Algo más? —preguntó, y él mismo percibió el tono esperanzado de su voz. La semana anterior anduvieron tanteando a ciegas, ningún dato concreto hizo avanzar la investigación, así que ahora confiaba en obtener cualquier cosa, por nimia que fuera.

—Sí, recogimos unos pelos muy interesantes que tenía en la mano. Supongo que el asesino le quitó la ropa para eliminar posibles huellas, pero no cayó en la cuenta de que ella se había agarrado a algo, seguramente en el momento de morir.

—Eso significa que los pelos no pueden proceder del camión, ¿no es así?

—No, sobre todo teniendo en cuenta que los tenía bien cogidos, en el interior del puño cerrado.

—¿Y? —Patrik sentía el calor de la impaciencia. Por la expresión de Pedersen, adivinó que aquello era un buen hallazgo, que por fin podrían trabajar con algo concreto—. ¿Qué pelos eran?

—Bueno, la verdad es que no me he expresado con exactitud. Son pelos de un perro. De un galgo español, para ser exactos. Según el informe... —dijo poniendo ante Patrik el documento con los resultados del laboratorio científico que, por fortuna, ocultaron la fotografía de Lillemor.

—¿Pueden asociarse a un perro en concreto?

—Sí y no —respondió Pedersen moviendo la cabeza algo compungido—. El ADN de los perros es tan específico e identificable como el de los seres humanos. Ahora bien, exactamente igual que en el caso de las personas, es preciso que el pelo contenga el folículo piloso del que obtener el ADN. Y cuando se les cae el pelo, el folículo no suele ir con él. En este caso, no había folículos. Pero, por otro lado y por suerte para vosotros, el galgo español es una raza poco común y sólo hay en torno a doscientos ejemplares en toda Suecia.

Patrik lo contemplaba lleno de admiración.

—¿Y tú sabes todas esas cosas así, sin más? ¿Qué clase de formación recibís vosotros, eh?

Pedersen rompió a reír.

—Sí, después de las series de *C.S.I.*, nuestra fama ha mejorado mucho, desde luego. ¡Todo el mundo cree que nada tiene secretos para nosotros! Pero, por desgracia, debo decepcionarte. Resulta que mi suegro es una de esas doscientas personas que poseen un galgo español. Y cada vez que nos vemos, me veo obligado a escuchar todo lo que sabe sobre el maldito perro.

—Sí, bueno, eso me suena. No por la familia de mi actual pareja. Por desgracia, sus padres murieron en un accidente de coche hace unos años, pero sí por el padre de mi ex mujer. En su caso, siempre andaba dando clases magistrales sobre automóviles.

—Ya, es que los suegros suelen tener sus cosas... Pero también a nosotros nos pasará, a su debido tiempo —rió Pedersen antes de adoptar de nuevo una expresión grave—. Si tienes preguntas sobre los pelos de perro que hemos encontrado, puedes

hablar directamente con el laboratorio. Yo no sé más de lo que dicen estos documentos, y pensaba darte una copia.

—Estupendo —respondió Patrik—. Sólo tengo una pregunta más que hacer. Deduzco que no existe el menor indicio de agresión sexual en relación con la muerte de Lillemor, ¿es así? ¿No hay señales de violación ni nada parecido?

Pedersen negó con la cabeza.

—No, no existen indicios que apunten a nada de eso. Con ello no quiero decir que el asesinato no tenga implicaciones sexuales de todos modos, pero no hay pruebas que lo corroboren.

—Bien, gracias —contestó Patrik poniéndose en pie.

—¿Cómo lleváis el otro caso? —quiso saber Pedersen de pronto, a lo que Patrik se desplomó de nuevo en la silla. Tenía los remordimientos escritos en la cara.

—Pues... por desgracia, ha quedado en un segundo plano —confesó abatido—. Ha sido tal el caos que han organizado la televisión y los periódicos, y los jefes llamando cada cinco minutos para preguntar si habíamos descubierto algo que... sintiéndolo mucho, lo hemos dejado prácticamente aparcado. Pero no se quedará así. A partir de ahora, le daré otro giro al asunto.

—En fin, quienquiera que lo haya hecho, debe pagar por ello. Jamás he visto nada parecido, y se precisa una buena dosis de frialdad para quitarle la vida a alguien de esa manera.

—Sí, lo sé —respondió Patrik apesadumbrado. Recordó la voz de Kerstin cuando habló con ella por teléfono hacía tan sólo un par de horas, una voz muerta, desesperanzada. No podía perdonarse haber relegado la investigación de la muerte de Marit—. Pero, ya te digo, a partir de ahora cambiaré las prioridades. Creo que hoy mismo obtendré algunas respuestas en relación con ese caso. —Se levantó, cogió el montón de documentos que le entregaba Pedersen y le dio las gracias con un apretón de manos.

Ya en el coche, puso rumbo al lugar donde esperaba obtener más respuestas. O, al menos, más interrogantes.

—¿Te dio Pedersen alguna información relevante?

Martin escuchaba y tomaba notas mientras Patrik le resumía lo que Pedersen le había revelado.

—Oye, lo de los pelos de perro es muy interesante. Es algo concreto sobre lo que indagar —opinó Martin, y volvió a prestar atención.

—...

—¿Cortes? Sí, ya, me figuro lo que estás pensando. Hay una persona que, de pronto, despierta más interés.

—...

—¿Interrogarla de nuevo? Sí, por supuesto. Avisaré a Hanna e iremos a buscarla. Cuenta con ello.

Martin se despidió con un simple «adiós», colgó y se quedó pensando un rato, hasta que fue a buscar a Hanna.

Media hora más tarde, exactamente, se hallaban de nuevo en la sala de interrogatorios, con Jonna sentada al otro lado de la mesa. No tuvieron que ir muy lejos para dar con ella, pues se encontraba en su puesto de trabajo, en Hedemyrs, justo enfrente de la comisaría.

—Verás, Jonna, ya estuvimos hablando contigo de la noche del viernes, pero ¿hay algo que quisieras añadir al respecto?

Martin vio con el rabillo del ojo que Hanna clavaba la mirada en Jonna. Tenía la capacidad de adoptar una expresión tan severa que incluso él sentía deseos de confesarle todos sus posibles pecados. Martin esperaba que surtiese el mismo efecto sobre la muchacha que ahora tenían delante. Pero Jonna apartó la vista, se concentró en la mesa y emitió un murmullo apenas audible por toda respuesta.

—¿Qué has dicho, Jonna? Tendrás que hablar más claro, ¡no hemos oído lo que has dicho! —exclamó Hanna apremiante. Martin se percató de que Jonna se sintió obligada a levantar la vista ante la crudeza de su colega. Resultaba imposible no obedecer las órdenes de Hanna.

En voz baja, aunque ya con más claridad, Jonna se avino a responder.

—Ya he dicho todo lo que sé sobre la noche del viernes.

—No lo creo —replicó Hanna con una voz tan cortante como las cuchillas que Jonna usaba para herirse—. No creo que hayas contado ni una mínima parte de lo que sabes.

—No sé qué insinúa —insistió Jonna tironeándose de las bocamangas de forma compulsiva y nerviosa. Martin se estremeció al atisbar las cicatrices bajo el jersey. Sencillamente, no lo entendía. Se le escapaba por completo que alguien fuese capaz de autolesionarse de aquel modo.

—¡No nos mientas! —Hanna elevó el tono de voz y el propio Martin dio un respingo en la silla. Joder, qué dura era Hanna.

Su colega continuó, aunque en un tono más bajo e insidioso.

—Jonna, sabemos que mientes. Tenemos pruebas que indican que mientes. Date una oportunidad y cuéntanos lo que ocurrió.

Una sombra de duda recorrió el semblante de Jonna, que no cesaba de tirarse del gran jersey de lana. Tras unos segundos de vacilación, la joven declaró:

—No tengo ni idea de lo que dicen.

La mano de Hanna aporreó contundente la superficie de la mesa.

—¡Deja de mentir! Sabemos que le cortaste las muñecas.

Los ojos de Jonna buscaron inquietos los de Martin, que, con un tono de voz más

apacible, la animó a que hablase.

—Jonna, si sabes algo más, deberíamos tener conocimiento de ello. La verdad suele salir a la luz tarde o temprano de todos modos y, si nos das una explicación de lo ocurrido, lo tendrás mucho más fácil.

—Pero es que... —Jonna miraba a Martin angustiada, pero finalmente, se vino abajo—. Sí, le corté las muñecas con una cuchilla —dijo en voz muy baja—. Cuando discutimos, antes de que echara a correr.

—¿Y por qué lo hiciste? —preguntó Martin sereno, alentándola a continuar.

—Pues... pues... En realidad, no lo sé. Estaba tan cabreada. Ella había ido diciendo un montón de cosas sobre mí, porque me cortaba y eso, y quería que supiera lo que se sentía.

La joven miraba alternativamente a Martin y a Hanna.

—No comprendo por qué... Bueno, es que yo no me enfado nunca de ese modo, pero había bebido bastante y... —guardó silencio y bajó la vista.

Todo su ser parecía hundido y deprimido hasta el punto de que Martin tuvo que reprimirse para no acercarse a la joven y darle un abrazo. Pero se recordó a sí mismo que estaban interrogándola por un caso de asesinato y que si empezaban a repartir abrazos espontáneos entre los sospechosos, daría lugar a algún que otro malentendido. Miró a Hanna de soslayo. Tenía una expresión rígida e inaccesible, como si no sintiese la menor compasión por la muchacha.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó con acritud.

Jonna respondió sin levantar la vista de la mesa.

—Entonces fue cuando llegaron ustedes. Usted se puso a discutir con los otros y usted a hablar con Barbie —dijo Jonna mirando a Hanna.

Martin se dirigió a la colega.

—¿Tú la viste sangrar?

Hanna hizo memoria, pero al cabo de un rato, meneó la cabeza.

—No, admito que se me escapó ese detalle. Estaba oscuro y la chica se rodeaba el cuerpo con los brazos, así que no resultaba fácil de ver. Y luego salió corriendo y desapareció.

—¿Hay algo más que no nos hayas contado? —preguntó Martin en tono amable, al que Jonna respondió con una mirada sumisa y llena de gratitud.

—No, nada. Lo prometo. —Subrayó sus palabras negando vehementemente con la cabeza y un mechón de su larga melena le cayó en la cara. Cuando fue a retirárselo, vieron el mapa de cicatrices que era su brazo. Martin quedó sobrecogido sin remedio. ¡Dios santo! ¡Cuánto dolor le habrían causado aquellas heridas! Él apenas era capaz de quitarse una tirita siquiera y la idea de cortar su propia piel... no, jamás se atrevería.

Tras lanzar una mirada inquisitiva a Hanna, que respondió negando en silencio,

recogió los documentos que tenía sobre la mesa.

—Creo que volveremos a hablar contigo, Jonna —repuso al fin—. No creo que haga falta decir que haber ocultado información en una investigación de asesinato no te favorece lo más mínimo. Confío en que si recuerdas u oyes algo más, vengas a comunicárnoslo voluntariamente.

La joven asintió despacio.

—¿Puedo irme ya?

—Sí, ya puedes marcharte —respondió Martin—. Yo te acompaño.

Cuando salía, Martin se volvió a mirar a Hanna, que estaba trajinando con la grabadora. Su colega parecía serena.

Tuvo que dar algunas vueltas hasta encontrar la dirección en Borås. Le habían explicado cómo llegar a la comisaría, pero, una vez en la ciudad, nada parecía encajar con las instrucciones. Gracias a la ayuda de varios viandantes oriundos de la ciudad, logró por fin encontrar lo que buscaba. Aparcó fuera y, tras una breve espera en recepción, salió a recibirlo el comisario Jan Gradenius, quien lo condujo a su despacho. Patrik aceptó agradecido una taza de café y se sentó en una de las sillas para las visitas, mientras que Gradenius ocupaba su lugar detrás del escritorio. El comisario lo miraba lleno de curiosidad.

—Sí —comenzó Patrik dando un sorbo del café, que estaba realmente bueno—. Verás, es que se nos ha presentado un caso un tanto extraño en Tanumshede.

—¿Aparte del asesinato de la chica del programa televisivo?

—Exacto —respondió Patrik—. Resulta que nos avisaron de un accidente de tráfico justo la semana anterior al asesinato de Lillemor Persson. Una mujer se había salido de la carretera, cayó por una pendiente y chocó contra un árbol. En un principio, se trataba de un accidente con un solo vehículo implicado y con resultado de muerte, hipótesis que se veía reforzada por el hecho de que la mujer parecía haber bebido una barbaridad.

—Ajá, ¿pero no era así? —preguntó Gradenius, inclinándose lleno de curiosidad. A juzgar por su aspecto, el comisario rondaba los sesenta años, era alto y musculoso y lucía una frondosa cabellera gris que, seguramente, habría sido rubia en su juventud. Patrik no pudo por menos de comparar su incipiente barriga con el vientre plano que exhibía su colega, y pensó que, si la cosa no evolucionaba en otro sentido, cuando alcanzase la edad de Gradenius se parecería más bien a Mellberg. Suspiró para sus adentros y tomó otro trago de café, antes de responder a la pregunta del colega.

—No, la primera señal de que algo no encajaba fue que todas las personas del entorno de la víctima aseguraban que jamás probaba el alcohol. —Patrik vio que, por alguna razón, Gradenius enarcaba una ceja, pero continuó con su explicación sin más, pensando que luego le tocaría el turno al comisario—. Esa declaración unánime

constituyó una señal de alarma innegable. Más tarde, cuando la autopsia aportó evidencias de ciertas circunstancias extrañas... bueno, al final llegamos a la conclusión de que la víctima había muerto asesinada. —El propio Patrik oyó lo árido e impersonal que sonaba el lenguaje policial a la hora de describir lo que, en el fondo, era una tragedia. Sin embargo, era el lenguaje que ambos dominaban y cuyos matices captaban a la perfección.

—Y ¿qué evidencias aportó la autopsia? —preguntó Gradenius sin apartar la vista de Patrik y como si ya conociese la respuesta.

—Que la víctima tenía una tasa del seis coma uno por ciento de alcohol en sangre, aunque gran parte se hallaba en los pulmones. Además, presentaba lesiones y contusiones en el interior de la boca y en la garganta y, también alrededor de la boca, restos de cinta adhesiva. Además, tenía marcas en las muñecas y en los tobillos, lo que indica que la tuvieron atada.

—Sí, me suena todo eso que dices —aseguró Gradenius sacando una carpeta que tenía sobre la mesa—. Pero ¿cómo llegaste a mí con esa historia?

Patrik rió de buena gana.

—Exceso de celo en el archivo de la documentación, según uno de mis colegas. Tú y yo asistimos al seminario celebrado en Halmstad hace un par de años. Uno de los talleres consistía en presentar y discutir en cada grupo un caso dudoso. Algún caso con respecto al cual quedasen cuestiones sin resolver y que no se hubiese podido seguir investigando. Tú presentaste entonces el caso que me recordó al que ahora nos ocupa a nosotros. Además, había conservado las notas que tomé entonces, de modo que, antes de llamarte, comprobé que la memoria no me engañaba.

—Vaya, he de decir que no está nada mal que te acordaras de aquello. Y es una suerte para ti y para nosotros. Se trata de un caso que lleva años atormentándome, pero la investigación se estancó por completo. Puedes disponer de toda la información que tenemos y viceversa, quizá.

Patrik asintió y cogió la carpeta que le ofrecía Gradenius.

—¿Puedo llevarme estos documentos?

—Por supuesto, son copias —aseguró Gradenius—. ¿Quieres que lo repasemos todo juntos?

—Antes quisiera estudiarlo por mi cuenta. Luego puedo llamarte por teléfono, si te parece. Lo más seguro es que tenga un montón de preguntas que hacerte. Y me encargaré de que te envíen lo antes posible una copia de nuestro material. Intentaré que salga mañana mismo.

—Me parece bien —convino Gradenius poniéndose en pie—. Sería estupendo poder ponerle fin a esto. La madre de la víctima estaba... destrozada. Y supongo que, en cierto modo, aún lo está. Todavía me llama de vez en cuando y sería perfecto disponer de alguna información que darle.

—Haremos todo lo que podamos —respondió Patrik estrechándole la mano. Con la carpeta bien pegada al pecho, se encaminó a la salida. No veía el momento de llegar a casa y ponerse a leer aquella documentación. Tenía el presentimiento de que aquello supondría un giro en la investigación. Tenía que ser así.

Lars se derrumbó en el sofá y puso los pies sobre la mesa que tenía delante. Llevaba un tiempo sintiéndose tan cansado... Siempre oprimido por ese cansancio paralizante que lo embargaba negándose a ceder. También las cefaleas se presentaban cada vez con más frecuencia. Era como si cada uno tuviese su origen en el otro: el cansancio en el dolor de cabeza, el dolor de cabeza en el cansancio, en una espiral interminable que lo abatía cada vez más. Se masajeó despacio las sienes y la presión mitigó el dolor levemente. De pronto sintió las manos frescas de Hanna sobre las suyas. Lars las dejó caer sobre sus rodillas, se retrepó y cerró los ojos. Los dedos de ella siguieron masajeándole la cabeza. Hanna había practicado tanto últimamente que sabía muy bien lo que tenía que hacer.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó con dulzura mientras movía los dedos.

—Bien —respondió Lars, sintiendo cómo la inquietud de Hanna se infiltraba en su pecho y se quedaba allí, irritante. No quería que Hanna se preocupase. Detestaba que Hanna se preocupase.

—Pues no lo parece —objetó Hanna acariciándole la frente. La caricia en sí fue muy agradable, pero a Lars le resultaba imposible relajarse, ya que sentía flotar en el aire las preguntas que ella no formulaba. Irritado, le apartó las manos y se levantó.

—Te digo que estoy bien. Sólo un poco cansado. Será la primavera.

—La primavera... —dijo Hanna con una risa tan amarga como irónica—. ¿Culpas a la primavera? —preguntó sin moverse de detrás del sofá.

—Pues sí, ¿a qué demonios le voy a echar la culpa si no? Bueno, quizá a que llevo un tiempo trabajando como una máquina, no sólo con el libro, sino también intentando que los imbéciles de la granja no se desmadren.

—Vaya, ¡qué manera más respetuosa de hablar de tus clientes! O de tus pacientes... Y a ellos, ¿les has explicado que te parecen unos imbéciles? Me imagino que eso facilita la terapia un montón.

Hablaba presa de una crispación manifiesta, que dirigió contra Lars con la intención de que sintiera su aguijón. Él no comprendía por qué Hanna actuaba así. ¿Por qué no podía dejarlo en paz? Lars estiró el brazo en busca del mando del televisor y se sentó de nuevo en el sofá, de espaldas a Hanna. Tras cambiar varias veces de canal, se detuvo en el programa *Jeopardy*, para medir sus conocimientos con los participantes. Hasta ahora, siempre había sabido las respuestas.

—Y ¿de verdad tienes que trabajar tanto? Y además, ¡con eso! —añadió Hanna. Todo lo que no decían cargaba de tensión el ambiente.

—Bueno, supongo que no tengo ninguna obligación —respondió Lars con el íntimo deseo de que Hanna guardase silencio por fin. A veces se preguntaba si Hanna lo comprendía siquiera. Si entendía todo lo que hacía por ella. Se volvió y dirigió la mirada hacia su mujer—. Hanna, hago lo que tengo que hacer. Como siempre. Y tú lo sabes.

Sus miradas se cruzaron un instante. Luego, Hanna se dio media vuelta y se marchó. Él la siguió con la mirada. Un minuto después, oyó que salía y cerraba la puerta.

El programa *Jeopardy* seguía haciendo sus preguntas en la televisión.

—«¿Qué es *El viejo y el mar*?» —oyó preguntar al presentador. Eran unas preguntas demasiado fáciles.

—Bueno, ¿y qué os está pareciendo el programa, chicas? —preguntó Uffe al tiempo que abría unas cervezas para las muchachas, que las aceptaron entre risitas.

—Divino —dijo la rubia.

—De puta madre —opinó la de cabello castaño.

Calle se dijo que, precisamente aquella noche, no tenía ninguna gana. Uffe se había llevado dentro a dos de las chicas que andaban merodeando delante de la granja y ahora desplegaba con ellas su gran ofensiva de seducción... en la medida de sus posibilidades. La seducción no era su fuerte, precisamente.

—A ver, ¿quién os parece más guapo? —Uffe le pasó el brazo por los hombros a la rubia y se le acercó un poco más—. Yo, ¿verdad? —Se rió y le hizo cosquillas a la chica en el costado, a lo que ella respondió con una risita complacida. Animado por la reacción, continuó—: Bueno, la verdad es que no tengo competencia digna de mención. Aquí soy el único que es un hombre de verdad. —Empinó la botella para tomar un trago de cerveza, y señaló luego con ella en dirección a Calle—. Mira ése, por ejemplo. El típico ligón que se pasea por la plaza de Stureplan, con el pelo engominado y todo el equipo. Nada que les interese a unas chicas diez como vosotras. Lo único que sabe hacer es sacar la Visa de su papá, ¿sabéis? —Las chicas volvieron a reír y Uffe prosiguió—: Luego está Mehmet —dijo señalando a éste, que estaba leyendo tumbado en su cama—. Os juro que es lo opuesto a un ligón. Un verdadero currante negro. El sabe cómo mantenerse en la brecha, pero claro, es obvio que no hay carne como la sueca. —Tensó los músculos, antes de intentar meter la mano bajo el jersey de la rubia, pero la joven adivinó la maniobra y, tras una angustiosa mirada a la cámara que los enfocaba, apartó la mano de Uffe discretamente. Uffe pareció contrariado un instante, pero no tardó en reponerse del fracaso. A las chicas siempre les llevaba un rato olvidarse de las cámaras, pero luego todo iría sobre ruedas. Su objetivo aquellas semanas era poder cabalgar un poco —o un mucho, más bien—bajo las sábanas y en directo. Joder, que eso lo convertía a uno

en leyenda. En la isla estuvo muy cerca. Si aquella mema de Jokkmokk hubiese estado un poquito más borracha, le habría salido bien. Aquel recuerdo aún lo atormentaba, y estaba ansioso de tomarse la revancha.

—Mierda, Uffe, ¿no podemos simplemente tomárnoslo con calma? —Calle notaba que se iba indignando por momentos.

—¿Cómo que tomárnoslo con calma? —Uffe volvió al ataque con la mano y, en esta ocasión, llegó un poco más lejos—. No estamos aquí para tomárnoslo con calma. Y yo que creía que tú eras el marchoso por excelencia... ¿Es que has perdido el brío? ¿O sólo te va la marcha de Stureplan? —preguntó Uffe en tono hiriente.

Calle miró a Mehmet, para ver si recibía algo de apoyo por su parte, pero éste parecía totalmente absorto en su libro de ficción. Una vez más, tomó conciencia de lo harto que estaba de aquella porquería. Ni siquiera sabía por qué aceptó al principio. El programa *Robinson* fue otra cosa, pero aquello... Verse allí encerrado con semejantes imbéciles. Con un gesto altanero, se colocó los auriculares, se tumbó boca arriba y se puso a escuchar música en el iPod. Subió el volumen bien alto, para no tener que oír el parloteo de Uffe, y dio rienda suelta a sus pensamientos. Pero éstos lo retrotrajeron implacables a un tiempo pasado. En primer lugar, los recuerdos más remotos, imágenes de su niñez, granulados y entrecortados, como si se tratase de una reproducción en súper 8. Él, corriendo hacia su madre, que lo aguardaba con los brazos abiertos. El olor de su pelo, mezclado con un aroma a hierba, a verano. La sensación de seguridad total que le proporcionaba aquel abrazo. También veía reír a su padre. Y cómo los contemplaba con una mirada llena de amor. Y, pese a todo, siempre yéndose, siempre camino de otro lugar. Nunca tenía tiempo de quedarse y participar de su abrazo. Nunca tenía tiempo de oler él también la cabellera de su madre. Ese olor a Timotei que su nariz aún podía evocar perfectamente.

Luego, la película avanzaba. Hasta que se detenía en seco. La imagen se volvía nítida de pronto. Máxima definición. La imagen de sus pies, lo primero que vio cuando abrió la puerta de su habitación. El tenía trece años. Hacía ya mucho que no corría a refugiarse en su regazo. Habían sucedido muchas cosas. Y muchas otras habían cambiado.

Recordaba que gritó, preguntando un tanto irritado por qué no contestaba. Y cuando abrió la puerta sintió que lo recibía un silencio atronador y la gélida sensación que le invadió el estómago le dijo que algo andaba mal. Muy despacio, se acercó hasta ella. Parecía estar dormida. Se hallaba tendida boca arriba en la cama; el pelo, que llevaba largo cuando él era pequeño, ahora era corto. Se apreciaban grabados en su rostro surcos de cansancio, de amargura. Durante un segundo, creyó que dormía. Que dormía profundamente. Luego vio el frasco de pastillas vacío en el suelo, junto a la cama. Se le había caído de la mano cuando las pastillas empezaron a surtir efecto y ella pudo huir de una realidad que ya no era capaz de controlar.

Desde aquel día, él y su padre vivieron uno junto al otro en muda enemistad. Jamás hablaron de ello. Jamás mencionaron el hecho de que la nueva mujer de su padre se mudase a vivir con ellos tan sólo una semana después del entierro de su madre. Nadie trajo a colación ni sacó a relucir la verdad de las duras palabras que condujeron al final. Nadie habló de cómo su madre se vio apartada, rechazada con una ligereza no fingida, sino auténtica. Como un abrigo viejo que se cambia por uno nuevo.

En cambio, habló el dinero. A lo largo de los años, fue creciendo hasta convertirse en una deuda ingente, una deuda de conciencia que no parecía tener fondo. Calle lo aceptaba en silencio e incluso lo exigía a veces, pero sin nombrar lo que ambos sabían era la fuente de todo. Aquel día. El día en que el vacío resonaba en la casa. El día que él llamó a su madre pero ella no respondió.

La película se rebobinaba, lo arrastraba consigo hacia atrás, cada vez más deprisa, hasta que la imagen granulada y entrecortada volvía a su retina. En su memoria, él corría en dirección a los brazos abiertos de su madre.

—Quisiera celebrar una reunión a las nueve. ¿Puedes comprobar si los demás también podrían? En el despacho de Mellberg.

—Pareces cansado. ¿Has pasado la noche de juerga? —Annika lo miraba por encima de las gafas para el ordenador. Patrik sonrió, pero la sonrisa no halló eco en sus ojos fatigados.

—Si al menos fuese por eso. No, me he pasado media noche en vela, revisando informes y otros documentos. Y por eso hemos de reunirnos.

Se encaminó a su despacho y miró el reloj. Las ocho y diez. Estaba tan hecho papilla que sentía arenilla en los ojos, después de tanto leer y tan poco dormir. Pero aún le quedaban cincuenta minutos para ordenar sus pensamientos, antes de exponerles a sus colegas lo que había encontrado.

Los cincuenta minutos pasaron demasiado rápido. Cuando entró en el despacho de Mellberg, los halló a todos congregados. A Mellberg lo había puesto en antecedentes por teléfono aquella mañana, mientras se dirigía a la comisaría, de modo que el jefe tenía una idea aproximada de lo que Patrik iba a presentarles. Los demás lo miraban inquisitivos, pero también un tanto esperanzados.

—Últimamente nos hemos centrado demasiado en la investigación del asesinato de Lillemor Persson, en detrimento de la investigación de la muerte de Marit Kaspersen.

Hablaba de pie, de espaldas a la mesa de Mellberg y junto al bloc gigante, y dedicó a todos los presentes una mirada grave. No faltaba nadie. Allí estaba Annika, lápiz en mano, tomando notas como de costumbre. Martin estaba a su lado, con la roja cabellera totalmente revuelta. Sus pecas destacaban en contraste con la piel, aún

marcada por la palidez del invierno, y esperaba ansioso a oír lo que Patrik tuviese que decirles. Junto a Martin estaba Hanna, tranquila, fría y serena, tal y como la habían visto durante las dos semanas que llevaba trabajando con ellos. Patrik reflexionó brevemente sobre lo bien que se había adaptado al grupo. Tanto que tenía la sensación de que llevase allí mucho más tiempo. Y Gösta, como siempre, hundido en la silla. No había en su mirada indicios de que tuviese gran interés por aquello y más bien parecía desear hallarse en cualquier otro lugar, con tal de no estar allí. Pero ésa era la impresión que causaba Gösta fuera del campo de golf, se dijo Patrik irritado. Mellberg, en cambio, había inclinado su obesa anatomía, en señal de que pensaba prestarle a Patrik todo su interés. Ya estaba al corriente de adónde conducirían las conclusiones de Patrik y ni siquiera él pudo ignorar la existencia de las conexiones que su subordinado le había expuesto aquella mañana. Ahora sólo faltaba revelárselas a los colegas de un modo ordenado y metódico, para que pudieran seguir adelante con la investigación.

—Como sabéis, en un primer momento tomamos la muerte de Marit por un accidente. Pero la investigación de la policía científica y la autopsia demostraron que no fue así. La habían atado, le metieron en la boca y hasta la garganta algún objeto y luego le hicieron tragar grandes cantidades de alcohol. Ésa fue, por cierto, la causa de la muerte. Después, el asesino, o los asesinos, la montaron en su coche e intentaron hacer que pareciera un accidente. Y poco más sabemos. Aunque tampoco hemos realizado ningún esfuerzo digno de mención por seguir indagando al respecto, puesto que la investigación más... —Patrik buscaba el adjetivo adecuado—... televisiva ha reclamado toda nuestra energía y nos ha obligado a dividir nuestros recursos de un modo que, tras haber reflexionado un poco, me parece bastante desafortunado. Pero ya no tiene sentido lamentarse. Sencillamente, tendremos que cambiar de táctica y tratar de recuperar el tiempo perdido.

—Tú tenías una posible pista... —comenzó Martin.

Patrik lo interrumpió impaciente.

—Exacto, yo tenía una posible conexión. Y ayer me dediqué a investigarla —se dio la vuelta y cogió el montón de documentos que había dejado en la mesa de Mellberg—. Ayer estuve en Borås y vi a un colega llamado Jan Gradenius. Estuvimos juntos en un seminario celebrado en Halmstad hace dos años. Entonces nos habló de un caso que había tenido entre manos y en el que él sospechaba que la víctima había muerto asesinada, aunque no existían pruebas suficientes para demostrarlo. Me cedió unas copias de toda la información relativa a aquel caso y... —Patrik hizo una pausa de efecto y miró uno a uno a los congregados—. Y resulta que guarda un parecido muy desagradable con el de Marit Kaspersen. La víctima también presentaba una tasa absurdamente elevada de alcohol en sangre y en los pulmones, pese a que no lo probaba nunca, según las declaraciones de testigos y parientes.

—¿Existían las mismas evidencias físicas? —preguntó Hanna con el ceño fruncido—. Las contusiones alrededor de la boca, los restos de adhesivo y demás.

Patrik se rascó la cabeza con expresión de frustración en el semblante.

—Por desgracia, falta esa información. En un principio consideraron que la víctima, un hombre de treinta y un años llamado Rasmus Olsson, se había suicidado, tomándose primero una botella entera de algún licor para luego arrojarse desde un puente. De modo que la investigación se hizo partiendo de ese supuesto. Y, a la hora de describir a la víctima, no fueron tan exhaustivos como habrían debido. Sin embargo, existen fotos de la autopsia, y yo he podido verlas. Como profano, puedo decir que se aprecian indicios de contusiones en las muñecas y alrededor de la boca, pero se las he enviado a Pedersen para que las examine. En cualquier caso, me pasé la tarde de ayer y toda la noche estudiando todo el material que me pasó Gradenius, y no cabe duda de que existe una conexión.

—O sea que, según tú, alguien mató primero a ese tipo de Boras hace un par de años y ahora ha hecho lo mismo aquí, en Tanumshede, con Marit Kaspersen —intervino Gösta un tanto escéptico—. Un poco rebuscado, diría yo. ¿Qué relación hay entre las víctimas?

Patrik comprendía el escepticismo de Gösta pero, aun así, se irritó. En efecto, tenía la inequívoca sensación de que existía una conexión, y de que debían relacionar la antigua investigación con aquella otra.

—Eso es lo que hemos de averiguar —respondió Patrik—. Pensaba empezar por escribir aquí lo poco que sabemos, quizá así encontremos entre todos el modo de seguir adelante. —Le quitó el tapón a uno de los rotuladores y trazó una línea vertical en el centro del papel. En la parte superior de cada columna escribió «Marit» y «Rasmus» respectivamente—. Y bien, ¿qué sabemos de las víctimas? O, bueno, qué sabemos de Marit, para empezar. Yo iré escribiendo la información que tenemos sobre Rasmus Olsson, puesto que soy el único que ha tenido acceso a los datos de esa investigación. Pero luego os daré copias de todo —añadió.

—Cuarenta y tres años —comenzó Martin—. Pareja, una hija de quince años, trabajadora autónoma.

Patrik anotó cuanto Martin había dicho antes de, rotulador en mano, volverse a mirar al resto del grupo, a la espera de más información.

—Abstemia —dijo Gösta que, por un segundo, pareció estar prestando verdadera atención.

Patrik lo señaló con el dedo para marcar la importancia de lo que acababa de decir, antes de plasmar en el papel la palabra «abstemia», escrita con letras mayúsculas. A continuación, se apresuró a cumplimentar la información correspondiente en la columna de Rasmus: «Treinta y un años, soltero, sin hijos, empleado de una tienda de animales... Abstemio».

—Interesante —observó Mellberg que, con los brazos cruzados, asintió expectante desde su silla.

—¿Qué más?

—Nacida en Noruega, separada, enemistada con el ex marido, una persona formal... —intervino Hanna, que concluyó con un gesto de resignación al comprobar que no recordaba ningún otro detalle. Patrik escribió los datos. La columna de Marit crecía mientras que la de Rasmus permanecía con muy poca información. Patrik añadió «una persona formal» también en la columna de Rasmus, pues en su conversación con la policía de Boras salió a relucir que, de hecho, era un hombre cumplidor y sensato. Tras unos instantes de reflexión, escribió «¿accidente?» en la columna de Marit y «¿suicidio?» en la de Rasmus. El silencio general indicaba que no parecía haber mucho más que añadir, por ahora.

—Bien, pues tenemos dos víctimas totalmente distintas, aparentemente, asesinadas del mismo modo, mediante un procedimiento muy extraño. Difieren en edad, sexo, profesión, estado civil, en fin, que no parece que tuvieran nada en común, salvo su condición de abstemios.

—Abstemio... —intervino Annika—. Para mí esa palabra tiene casi un tono religioso. Por lo que sé, Marit no era una persona religiosa, sencillamente, no bebía alcohol.

—Cierto. Y es un dato que debemos averiguar sobre Rasmus. Puesto que es el único denominador común, creo que es el mejor punto de partida de que disponemos. He pensado que Martin y yo iremos a hablar con la madre de Rasmus; tú, Gösta, podrías ir con Hanna a tener una charla con la pareja de Marit y con su ex marido. Averiguad tanto como sea posible acerca de su vida como abstemia. ¿Existía algún motivo concreto para que no bebiese? ¿Perteneecía a algún tipo de organización? En fin, cualquier cosa que nos proporcione una pista de cuál podría ser la conexión de su caso con el de un soltero de treinta y un años residente en Boras. Por ejemplo, podéis indagar en qué ciudades había vivido con anterioridad y si, en algún período de su vida, residió en la zona de Boras.

Gösta miró a Hanna cansado, pero inquisitivo.

—Claro, podemos empezar esta misma tarde.

—Claro —corroboró Hanna que, no obstante, demostró escaso entusiasmo ante la tarea.

—¿Alguna objeción a este reparto de tareas? —le preguntó Patrik a Hanna con rabia en la voz, aunque se arrepintió enseguida. Estaba tan cansado...

—No, qué va —respondió Hanna molesta, antes de que Patrik suavizara la situación—. Simplemente, a mí me parece un poco flojo el razonamiento y me gustaría tener más datos objetivos, para no correr el riesgo de perder el tiempo con una falsa pista. Es decir, yo me pregunto: ¿de verdad es lícito concluir que existe una

conexión? Puede que el hecho de que las circunstancias de sus muertes respectivas sean similares sólo sea una coincidencia. Puesto que no existe ninguna relación evidente entre las víctimas, a mí me parece que todo es muy vago. Pero, claro, eso no es más que mi opinión personal. —Hanna extendió las palmas de las manos, como para indicar que se trataba de algo más que de un mero juicio.

Patrik respondió secamente, con una frialdad sorprendente incluso para él mismo:

—En tal caso, te aconsejo que te guardes tu opinión hasta nueva orden y que realices la tarea que se te ha encomendado.

Notó las miradas perplejas de todos en su espalda mientras salía del despacho de Mellberg. Y sabía que su estupefacción estaba más que justificada. Él no solía reaccionar con tanta brusquedad, pero Hanna había puesto el dedo en la llaga. ¿Y si su intuición lo conducía por un camino equivocado? Sin embargo, había algo en su interior que reforzaba su convencimiento: tenía que existir una relación entre ambos casos. Y se trataba de encontrarla.

—Ajá... —dijo Kristina en un tono más bien interrogativo, antes de, con una mueca de aversión, dar un sorbito de té.

En efecto, para sorpresa de Erica, Kristina le había explicado que había dejado de tomar café a causa de su «frágil estómago», según dijo con un suspiro mientras se daba una palmadita en el abdomen. Sin embargo, Erica sabía que era una gran bebedora de café, por lo que pensó que sería interesante comprobar cuánto iba a durar aquella decisión. Su suegra las obsequió con una prolija exposición del modo en que su delicado estómago había dejado de tolerar el café, antes de darles la espalda y dedicarse a jugar con Maja. Erica miró a Anna y alzó la vista al cielo discretamente, haciendo un esfuerzo por contenerse. Erica y Patrik jamás habían oído hablar de que Kristina tuviese un «estómago delicado», pero la mujer había leído en la revista *Allers* un artículo al respecto, y no tardó en adjudicarse todos los síntomas.

—¿Es esta niña el tesoro de su abuela? Que sí, que esta niña es el tesoro de su abuela, cuchicuchicuchi —parloteaba Kristina ante la mirada perpleja de Maja.

Había ocasiones en que a Erica le daba la impresión de que su hija ya era más inteligente que la abuela, pero, aunque con esfuerzo, se había abstenido de exponerle a Patrik tal teoría. Como si le hubiese leído el pensamiento, Kristina se volvió hacia su nuera y le clavó una mirada asesina.

—Bueno, ¿y cómo va lo de la boda esa? —dijo en un tono muy distinto al que había usado con la pequeña.

De hecho, cuando decía «la boda esa» usaba el mismo tono que si hubiera dicho «la mierda esa», expresión que comenzó a utilizar en el preciso instante en que tuvo claro que no sería ella quien mangonease todo lo relacionado con la celebración.

—Pues, gracias, va todo estupendamente —respondió Erica con la sonrisa más

cordial de que fue capaz, aunque maldiciendo para sus adentros con la peor retahíla de groserías que le vino a la mente. Un vocabulario digno de un marinero.

—Vaya —replicó Kristina disgustada. Erica intuía que le había preguntado con la esperanza de oír que existía cierta amenaza de catástrofe al menos.

Anna, por su parte, se había mantenido al margen escuchando entretenida la conversación entre su hermana y la suegra de ésta, pero ahora decidió echarle un cable.

—Sí, la verdad, todo va sobre ruedas. Incluso llevamos cierto adelanto con respecto a los planes, ¿verdad, Erica?

Erica asintió con orgullo manifiesto, aunque en su interior las maldiciones habían dado paso a un gran signo de interrogación.

¿Cierta adelanto con respecto a los planes? Anna exageraba, desde luego, pero Erica disimuló su asombro ante Kristina. Había aprendido un truco que consistía en pensar en su suegra como en un tiburón. Si se le permitía que olfateara la sangre, aunque fuese de lejos, uno se arriesgaba a perder un brazo o una pierna tarde o temprano.

—Pero ¿y la música? —observó Kristina un tanto desesperada y haciendo un nuevo intento por probar el té. Con cierto descaro, Erica dio un trago de su café solo y removi6 el contenido más de lo necesario para que el aroma se extendiese por la habitación y llegase hasta Kristina, que estaba sentada enfrente.

—Hemos contratado a una banda de Fjällbacka para que actúe. Se llaman Garage y son muy buenos.

—Vaya —replicó Kristina molesta—. Entonces sólo tocarán esa música pop que os gusta a los jóvenes. Los mayores tendremos que retirarnos pronto, supongo.

Erica notó que Anna le daba una patadita en la pierna bajo la mesa, y no se atrevió a mirar a su hermana por no romper a reír. Y no porque considerase la situación especialmente jocosa, pero, en fin, en cierto modo, resultaba bastante cómica.

—Bueno, al menos espero que cambiéis de idea en lo que respecta a la lista de invitados. Si no invitáis a la tía Gota y a la tía Rut, no podré salir a la calle nunca más.

—¿Ah, sí? —dijo Anna en tono inocente—. Será porque Patrik tiene una relación muy estrecha con ellas, ¿no? ¿Pasaron juntos mucho tiempo cuando Patrik era pequeño?

Kristina no se esperaba un ataque tan insidioso desde ese flanco, y permaneció en silencio unos segundos, mientras reagrupaba a sus tropas para la defensa.

—Pues, la verdad, tampoco es...

Anna la interrumpió con la misma voz inocente.

—¿Cuándo las vio Patrik por última vez? No recuerdo que las haya mencionado

nunca... —Anna guardó silencio y quedó a la espera de una respuesta.

Pero Kristina se vio obligada a retirarse con el ceno fruncido de indignación.

—Bueno, puede que haga bastante tiempo, sí. Creo que Patrik tendría... unos diez años, si no recuerdo mal.

—Ah, pues entonces quizá deberíamos ocupar sus puestos con gente con la que Patrik haya tenido relación durante los últimos veintisiete años, ¿no? —preguntó Erica, conteniendo el impulso de entrechocar la mano con la de su hermana.

—Sí, bueno, vosotras hacéis lo que os da la gana de todos modos —protestó Kristina enojada, consciente de que podía dar por perdido aquel punto de la agenda. Pero, ¡ay del que se rinde! De modo que, visiblemente asqueada, tomó otro sorbo de té y, con la mirada clavada en Erica, se preparó para lanzar la gran ofensiva—: Al menos espero que la dama de honor sea Lotta.

Erica miró a Anna con desesperación. Aquél era un ataque inesperado contra sus planes. Ni siquiera había considerado la posibilidad de que la hermana de Patrik fuese dama de honor. Lógicamente, ella le había reservado ese papel a Anna. Guardó silencio un instante, sopesando cómo contraatacar ante la última maniobra de Kristina, pero al final resolvió poner las cartas sobre la mesa.

—La dama de honor será Anna —declaró con serenidad—. Y en cuanto a los demás detalles relacionados con la ceremonia, ya sean cruciales o insignificantes, los mantendremos en secreto y serán una sorpresa el día de la boda.

Con expresión ofendida, Kristina hizo amago de ir a responder pero, al ver la férrea mirada de Erica, optó por contenerse y contentarse con murmurar:

—Bueno, yo sólo quería ayudar y punto. Pero como queréis prescindir de mi ayuda...

Erica no replicó. Simplemente, sonrió y tomó un sorbo de café.

Patrik fue durmiendo todo el trayecto hasta Boras. Estaba destrozado después de lo sucedido las últimas semanas y tras haber pasado la noche en vela leyendo los documentos de Gradenius. Cuando se despertó, justo a la entrada de la ciudad, tenía un dolor de cuello criminal, pues se había dormido con la cabeza apoyada en la ventanilla. Con una mueca, empezó a masajearse la zona dolorida mientras sus ojos se habituaban de nuevo a la luz.

—Estaremos allí dentro de cinco minutos —anunció Martin—. Acabo de hablar con Eva Olsson hace un momento y me ha explicado cómo llegar. No debemos de andar muy lejos.

—Bien —respondió Patrik parcamente al tiempo que se esforzaba por ordenar sus ideas para la conversación que tenían por delante. La madre de Rasmus Olsson reaccionó con verdadera expectación cuando la llamaron para preguntarle si podían ir a hablar con ella. «Por fin», les había dicho. «Por fin hay alguien que quiere

escucharme.» Patrik esperaba de todo corazón que la mujer no quedase decepcionada.

Le había dado a Martin una buena descripción del camino que debían seguir, de modo que no tardaron en encontrar el bloque de pisos en el que vivía. Cuando llamaron al portero automático, les abrió enseguida. También en la segunda planta una puerta se abrió en cuanto pusieron los pies en el rellano. Una mujer menuda, de cabello oscuro, los esperaba ansiosa. Una vez hechas las presentaciones, los invitó a entrar en la sala de estar. En una mesa cubierta con un mantel de encaje, había servido café, unas tazas muy bonitas que, con toda seguridad, pertenecían a la vajilla fina, unas servilletas diminutas y tenedores de postre. Había también una preciosa jarra llena de leche y un azucarero con unas pinzas de plata. Todo era tan delicado que parecía como de una casita de muñecas. Finalmente, en una gran bandeja de porcelana con el mismo dibujo que las tazas se veían cinco clases diferentes de galletas.

—Siéntense —les dijo señalando un sofá con un estampado diminuto.

Era un piso muy silencioso. El triple cristal de las ventanas lo aislaba totalmente del ruidoso tráfico de fuera y lo único que se oía era el tictac de un viejo reloj de pared. Patrik reconoció la decoración en color dorado y la forma del reloj. Su abuela paterna tenía uno igual.

—¿Los dos toman café? De lo contrario, también tengo té. —Los miró expectante, con un interés tal por complacerlos que a Patrik se le partía el corazón, pues intuía que la mujer no recibía visitas con demasiada frecuencia.

—Sí, tomamos café, gracias —respondió con una sonrisa. Mientras ella servía las tazas con mucho cuidado, Patrik pensó que la señora Olsson tenía un aspecto tan frágil y delicado como su porcelana. No mediría más de uno sesenta y supuso que tendría entre cincuenta y sesenta años. No resultaba fácil calcularlo, pues tenía un aspecto de sufrimiento atemporal, como si el tiempo en ella se hubiese detenido. Curiosamente, la mujer pareció haberle leído el pensamiento y explicó sin que le preguntaran:

—Pronto hará tres años y medio que murió Rasmus.

Buscó con los ojos las fotos dispuestas en el gran escritorio antiguo que adornaba una de las paredes de la sala de estar. Patrik la siguió también con la mirada y enseguida reconoció al hombre de las instantáneas que le había entregado Gradenius, aunque esas fotografías no guardaban mucha similitud con las que la mujer tenía en su casa.

—¿Podría probar una galleta? —preguntó Martin.

Eva Olsson asintió y apartó la vista de las fotos.

—Claro, por favor, sírvanse lo que quieran.

Martin cogió una de las galletas y la puso en el plato de postre que tenía delante. Miró inquisitivo a Patrik, que respiró hondo, como para hacer acopio de la fuerza

necesaria.

—Bueno... como le dijimos por teléfono, hemos empezado a investigar más a fondo la muerte de Rasmus —comenzó.

—Sí, ya veo —respondió Eva con un destello en sus tristes ojos—. Lo que no entiendo es que sea la policía de... Tanumshede, ¿no?, la que investigue su muerte. ¿No tendría que hacerlo la de Boras?

—Sí, bueno, formalmente, así tendría que ser. Pero la investigación se archivó aquí en Boras, y en nuestro distrito tenemos un caso que presenta ciertas coincidencias.

—¿Otro caso? —preguntó Eva tan desconcertada que se quedó con la taza a medio camino hacia la boca.

—Sí, no puedo entrar en detalles por el momento —se apresuró a explicar Patrik—. Pero nos sería de gran ayuda que pudiera contarnos todo lo sucedido en torno a la muerte de Rasmus.

—Ajá... —dijo la mujer en tono vacilante.

Patrik comprendía que, por mucho que se alegrase de que ahora volvieran a investigar el caso, le horrorizaba tener que evocar todos aquellos recuerdos. Le concedió unos minutos para que ordenase sus ideas y aguardó pacientemente. Al cabo de un rato, la mujer comenzó a hablar con voz temblorosa.

—Fue hace tres años, el 2 de octubre, bueno, hace casi tres años y medio... Rasmus... En fin, vivía conmigo. No acababa de arreglárselas solo para llevar su casa, así que vivía conmigo. Acudía a su trabajo a diario. Salía a las ocho en punto todas las mañanas. Llevaba ocho años trabajando en el mismo establecimiento, y le gustaba mucho. Eran tan amables con él... —Eva sonrió ante aquel recuerdo—. Solía llegar a casa sobre las tres. Jamás se retrasó más de diez minutos. Nunca. Así que... —En este punto, se le quebró la voz, pero se serenó enseguida y pudo continuar—. Así que, cuando dieron las tres y cuarto, luego las tres y media, y, finalmente, las cuatro... Supe que algo no iba bien. Que había sucedido algo. Y llamé a la policía de inmediato. Pero ellos, bueno, no quisieron escucharme. Me dijeron que no tardaría en volver a casa, que, como adulto que era, no podían emitir la orden de búsqueda tan pronto, «con indicios tan poco sólidos». Eso dijeron exactamente, «con indicios tan poco sólidos». Yo creo que no hay indicios más sólidos que la intuición de una madre, pero claro, yo qué sé... —se interrumpió y exhibió una pálida sonrisa.

—¿Cómo...? —balbució Martin, buscando la expresión adecuada—. ¿Cuánta ayuda necesitaba Rasmus en el día a día?

—¿Quiere decir qué grado de retraso mental sufría? —preguntó Eva sin ambages. Martin asintió incómodo.

—Pues, al principio, ninguno en absoluto. Rasmus obtenía las mejores calificaciones posibles en la mayoría de las asignaturas y, además, a mí me ayudaba

muchísimo en casa. Siempre estuvimos los dos solos, desde el principio —dijo con otra sonrisa, tan llena de amor y de dolor que Patrik tuvo que apartar la vista—. Fue a partir de un accidente de tráfico en el que se vio involucrado a los dieciocho años cuando empezó a mostrarse... cambiado. Sufrió una lesión en el cráneo y nunca volvió a ser el que era. Era incapaz de cuidarse solo, de seguir adelante con su vida, de mudarse de la casa de su madre, como los demás chicos de su edad. Rasmus se quedó conmigo. Y entre los dos nos construimos una vida a nuestra manera. Una buena vida, diría yo que pensaba Rasmus también. O, en cualquier caso, la mejor, dadas las circunstancias. Claro que tenía sus malos momentos... pero los pasábamos juntos.

—Y debido a esos... malos momentos, la policía no investigó su muerte como un caso de asesinato, ¿verdad?

—Así es. Rasmus había intentado quitarse la vida en una ocasión. Dos años después del accidente. Cuando tomó conciencia de hasta qué punto había cambiado. Y de que nada volvería a ser como antes. Pero yo lo encontré a tiempo. Rasmus me prometió que jamás volvería a intentarlo y sé que cumplió su promesa. —Miró alternativamente a Patrik y a Martin, deteniéndose unos segundos en cada uno de ellos.

—Bien, ¿y qué ocurrió después, el día que lo encontraron muerto? —preguntó Patrik antes de coger una galleta de nueces. Su estómago protestaba advirtiéndole de que ya había pasado la hora del almuerzo, pero pensó que podría mantener el hambre a raya con un poco de azúcar.

—Llamaron a la puerta. Justo antes de las ocho. Lo supe en cuanto los vi. —Eva cogió la servilleta y se enjugó despacio una lágrima que rodaba por su mejilla—. Me dijeron que habían encontrado a Rasmus. Que había saltado desde un puente. Era... ¡Era tan absurdo! El jamás habría hecho tal cosa. Y dijeron que parecía que había bebido un montón justo antes. Pero eso no podía ser. Rasmus jamás bebía. No podía, desde el accidente. No, nada encajaba, y yo lo indiqué. Pero nadie me creyó. —Bajó la vista y volvió a secarse las lágrimas con la servilleta—. Después de transcurrido un tiempo, archivaron el caso clasificándolo de suicidio. Pero yo llamo al comisario Gradenius de vez en cuando, para que no lo olvide. Tengo la sensación de que él me cree. Al menos, un poco. Y ahora aparecen ustedes...

—Sí —dijo Patrik reflexivo—. Ahora aparecemos nosotros. —Sabía perfectamente lo difícil que les resultaba a los familiares aceptar la idea del suicidio de las víctimas. Y que aceptaban cualquier razón, salvo que la persona que amaban hubiese optado por quitarse la vida y causarles tanto dolor. En no pocas ocasiones ellos mismos sabían que era cierto, pero, en este caso, Patrik se inclinaba por creer en las convicciones de Eva. Su relato suscitaba los mismos interrogantes que la muerte de Marit; y su sensación de que existía una conexión se veía reforzada a cada minuto

—. ¿Aún conserva su habitación? —preguntó en un impulso.

—Desde luego que sí —respondió Eva al tiempo que se ponía de pie, como agradecida por la interrupción—. La dejé tal y como estaba entonces. Puede parecer un poco... sentimental, pero es lo único que me queda de Rasmus. A veces entro y me siento en el borde de la cama y hasta hablo con él. Le cuento cómo ha sido la jornada, qué tiempo hace y lo que pasa en el mundo. Una vieja loca, ¿verdad? —preguntó y rompió en una carcajada tan sincera que toda su cara pareció iluminarse por un momento.

Patrik pensó que debió de ser guapa de joven. No hermosa, quizá, pero sí guapa. Una foto ante la cual pasaron al cruzar el pasillo se lo confirmó. Una joven Eva, con un bebé en brazos. El rostro encendido de felicidad, pese a que le resultaría difícil criar sola a un niño. Sobre todo en aquella época.

—Es aquí —afirmó Eva señalándoles la última habitación del pasillo.

El dormitorio de Rasmus estaba tan limpio y ordenado como el resto de la casa, sólo que aquella estancia tenía un carácter peculiar. Era evidente que la había decorado el propio Rasmus.

—Le gustaban los animales —explicó Eva orgullosa al tiempo que se sentaba en la cama.

—Sí, ya lo veo —dijo Patrik riéndose. Había pósters de animales por todas partes. Y también había animales en las fundas de los almohadones, en la colcha y en la gran alfombra, con el dibujo de un tigre.

—Soñaba con trabajar como cuidador en un zoo. Los demás chicos querían ser bomberos o astronautas, pero Rasmus quería ser cuidador de animales. Yo creía que de mayor se le pasaría, pero siguió fiel a sus inclinaciones. Hasta que... —Se le quebró la voz, carraspeó un poco y pasó la mano despacio por la colcha—. Después del accidente, le quedó el interés por los animales. Y que se le presentara la oportunidad de trabajar en una tienda de mascotas fue... un regalo del cielo. Le encantaba su trabajo, y lo hacía muy bien. Se encargaba de dar de comer a los animales y de procurar que las jaulas y los acuarios estuviesen limpios. Y lo hacía de un modo ejemplar.

—¿Podríamos echar un vistazo un momento? —preguntó Patrik con dulzura.

Eva se puso de pie.

—Pueden mirar lo que quieran y preguntar lo que necesiten saber, con tal de que hagan lo posible por traernos la paz a mí y a Rasmus.

Cuando la mujer salió de la habitación, Patrik y Martin intercambiaron una mirada. No era preciso que dijeran nada. Ambos sentían el peso de la responsabilidad que llevaban sobre sus hombros. No querían traicionar las esperanzas de la madre de Rasmus, pero tampoco podían prometerle que sus investigaciones condujesen a alguna parte.

En cualquier caso, pensaban hacer cuanto estuviese en su mano.

—Yo miraré en los cajones y tú en el armario, ¿de acuerdo? —dijo Patrik, que ya había abierto el primer cajón.

—Claro —convino Martin dirigiéndose a la pared, cubierta por un armario de puertas blancas y sencillas—. ¿Buscamos algo en concreto?

—Si quieres que te sea sincero, no tengo ni idea —confesó Patrik—. Cualquier cosa que nos dé una pista de cuál es la conexión entre Rasmus y Marit.

—Vale —aceptó Martin con un suspiro. Era consciente de que ya resultaba bastante difícil dar con aquello que uno sabía que quería encontrar; buscar algo así, indeterminado, se le antojaba casi imposible.

Invirtieron una hora en revisar todo lo que había en el cuarto de Rasmus, pero no hallaron nada que despertase su interés. Absolutamente nada. Abatidos, fueron en busca de Eva, que estaba trajinando en la cocina, y se plantaron en el umbral.

—Gracias por dejarnos mirar.

—No hay de qué —respondió ella con una mirada esperanzada—. ¿Han encontrado algo? —El silencio de los dos policías le dio la respuesta, y la esperanza que había sentido dio paso al desánimo.

—Lo que buscamos es la conexión con la víctima hallada en nuestro distrito. Se trata de una mujer, Marit Kaspersen. ¿Le suena? ¿Es posible que Rasmus la conociera en algún contexto?

Eva hizo memoria, pero terminó por negar con un gesto.

—No, no lo creo. Ese nombre no me dice nada en absoluto.

—Sólo hemos hallado una conexión evidente, y es que Marit tampoco probaba el alcohol, pero, cuando murió, tenía una tasa elevadísima. Rasmus no pertenecería a alguna asociación de abstemios o algo así, ¿verdad? —preguntó Martin.

Una vez más, la mujer negó con la cabeza.

—No, nada de eso. —Vaciló un instante, antes de reiterar sus palabras—. No, no pertenecía a ninguna asociación de ese tipo.

—De acuerdo —dijo Patrik—. En ese caso, le damos las gracias, hasta nueva orden. Pero volveremos a llamarla. Y seguramente, tendremos más preguntas que hacerle.

—Pueden llamar a medianoche si quieren. Aquí estaré —respondió Eva.

Patrik tuvo que contener el impulso de avanzar unos pasos y darle un abrazo a aquella mujer menuda de ojos tristes y castaños como los de una ardilla.

Justo cuando se disponían a salir, Eva Olsson los detuvo.

—¡Un momento! Hay algo que quizá les interese saber. —Se dio media vuelta y entró en su dormitorio, de donde regresó después de transcurridos unos minutos—. Esta es la mochila de Rasmus. Siempre la llevaba encima. Y también la llevaba cuando... —Volvió a quebrársele la voz—. No he sido capaz de sacarla de la bolsa en

la que estaba cuando la policía me la devolvió.

—Eva le entregó a Patrik la bolsa de plástico transparente que contenía la mochila de Rasmus—. Llévensela, quizá haya algo que les sea de ayuda.

Cuando se cerró la puerta, Patrik se quedó allí, con la bolsa en la mano. Observó la mochila, que reconocía de las fotografías tomadas en el lugar donde murió Rasmus. Lo que no se distinguía en las fotos, que habían sido tomadas de noche, era que estaba cubierta de manchas de color oscuro. Patrik comprendió que era sangre reseca. La sangre de Rasmus.

Hojeaba impaciente las páginas mientras hablaba por el móvil.

—Sí, pero si lo tengo aquí delante.

—...

—Pero, entonces, ¿qué pagáis?

—...

—¿Sólo eso? —Frunció el ceño, algo decepcionada.

—Bueno, pues entonces llamo a la revista *Hant*.

—Vale, diez mil me va bien. Puedo entregároslo mañana. Pero para entonces el dinero tiene que estar ingresado en mi cuenta. De lo contrario, no os lo daré.

Tina cerró satisfecha la tapa del móvil. Se apartó un poco de la granja y se sentó a leer en una roca. No conocía bien a Barbie. Y, por otro lado, tampoco tuvo nunca el menor interés. Y le resultaba un poco desagradable tener acceso a todo lo que pasaba por su cabeza ahora, después de su muerte. Pasó la hoja del diario y leyó con avidez. Ya veía los párrafos en el periódico vespertino, con los mejores fragmentos subrayados. Lo que más sorpresa le causó cuando empezó a leer el diario era el hecho de que Barbie no fuese tan estúpida como ella pensaba. Sus razonamientos y exposiciones estaban bien formulados y, de vez en cuando, eran muy inteligentes. Pero Tina enarcó una ceja, insatisfecha, cuando llegó al pasaje que la inclinó definitivamente a venderles aquella basura a los periódicos. Aunque no sin antes haber arrancado aquella página, por supuesto. La página en la que decía:

«Hoy estuve escuchando a Tina mientras ensayaba su tema. Lo cantará esta noche, en la fiesta de la granja. Pobre Tina. No sabe lo mal que suena. Me pregunto cómo funcionan esas cosas, cómo es que algo que suena tan mal para los de fuera puede sonar tan bien para el que lo canta. Aunque, claro, en eso se basa todo el concepto del programa *Idol*, así que debe de ocurrir con bastante frecuencia. Al parecer fue su madre la que la convenció de que podía ser cantante. En ese caso, la madre de Tina debe de tener un oído enfrente del otro. No se me ocurre otra explicación. Pero no tengo valor para decírselo a Tina. Así que le sigo el juego, aunque en el fondo sé que le hago un flaco favor. Hablo con ella de su carrera musical, de los éxitos que cosechará, de los conciertos y las giras. Pero me siento

como una mierda, porque en realidad le estoy mintiendo a la cara. Pobre Tina».

Presa de la mayor indignación, Tina rasgó la hoja y la partió en pedacitos. ¡Gilipollas! Si había sentido el menor atisbo de pena por que Barbie hubiese muerto, ya se le había pasado, desde luego. La muy cerda se había llevado su merecido. Era una imbécil que no sabía de qué hablaba. Tina hundió los trozos de papel en la grava. Luego, continuó hojeando, hasta llegar a aquello que la llenó de desconcierto. En una de las páginas que había escrito poco después de que llegaran a Tanum, Barbie había escrito:

«Hay en *él* algo que me resulta familiar. No sé lo que es. Siento que mi cerebro trabaja a toda máquina para intentar encontrar algo que está oculto, pero no sé lo que es. Es algo en su modo de moverse, en su modo de hablar. Sé que lo he visto antes, pero no recuerdo dónde. Lo único que sé es que siento una desazón que crece sin cesar. Es como si algo se me removiera en el estómago. Y no puedo detenerlo, hasta que lo sepa.

»He pensado tanto en mi padre últimamente... Me pregunto por qué. Creía que había pasado página hacía mucho tiempo a esa parte de mis recuerdos. Me duele demasiado recordar. Ver su sonrisa, oír su voz ronca y sentir sus dedos en la frente cuando me retiraba un mechón de pelo para darme un beso de buenas noches. Todas las noches. Siempre me daba un beso en la frente y otro en la punta de la nariz. Ahora lo recuerdo. Por primera vez en muchos años. Y me veo a mí misma como desde fuera. Veo lo que he hecho conmigo misma. Lo que he permitido que hagan otros. Veo los ojos de mi padre fijos en mí. Veo su desconcierto, su decepción. Su Lillemor se encuentra ahora muy lejos. Oculta en algún lugar, detrás de toda la ansiedad y el agua oxigenada y la silicona. Me puse un disfraz detrás del cual esconderme, para que los ojos de mi padre no me encontraran, para que no me vieran. Me dolía recordar cómo me miraba. Cómo estuvimos los dos juntos tantos años. La tranquilidad y la calidez de vivir con él. La única forma de sobrevivir al frío que me sobrevino después era olvidar aquella calidez. Pero ahora, vuelvo a sentirla. La recuerdo. Y la siento. Y hay una voz que me grita. Mi padre intenta decirme algo. ¡Si supiera qué! Pero sé que tiene algo que ver con *él*. Eso sí que lo sé».

Tina leyó el pasaje varias veces. ¿A qué se refería Barbie? ¿Acaso había reconocido a alguien allí, en Tanum? Aquellas líneas habían despertado la curiosidad de Tina, sin lugar a dudas. Enrolló su larga melena castaña y la dejó descansar sobre el hombro. Con el diario en el regazo, encendió un cigarrillo, dio un par de caladas con auténtica fruición y volvió a hojearlo. Salvo el fragmento que acababa de leer, no había en él mucho más que le resultara de interés. Algunos pasajes en los que explicaba cómo veía a los demás participantes, ideas sobre el futuro, el mismo aburrimiento que todos empezaban a sentir por el día a día en aquel lugar... Por un instante, Tina pensó que tal vez la policía tuviese interés en aquel diario, pero luego

vio los fragmentos de la hoja que acababa de arrancar y desechó la idea. Disfrutaría viendo las ideas íntimas de Barbie aireadas en la prensa de la tarde. Se lo había ganado, por falsa y por mojigata.

Vio con el rabillo del ojo que Uffe se le acercaba. Para sacarle un cigarro, seguro. Tina se apresuró a guardar el diario dentro de la cazadora y adoptó la expresión más neutra de que fue capaz. Aquella historia era suya, y no pensaba compartirla.

Capítulo 6

La añoranza del mundo exterior era cada vez más intensa. A veces los dejaba correr por el césped, pero sólo por breves espacios de tiempo. Y siempre con la angustia pintada en los ojos, que lo hacía mirar a su alrededor asustado y sin cesar, en busca de los monstruos que, según ella, se escondían allá fuera, los monstruos de los que sólo ella era capaz de defenderlos.

Pero, pese al miedo, era maravilloso. Sentir que la luz del sol le calentaba la piel y el cosquilleo de la hierba en la planta de los pies. Solían correr como locos, él y su hermana, y a veces no podían ni contener la risa cuando ella los veía saltar de un lado a otro. En una ocasión hasta jugó al pilla pilla y rodó con ellos por el césped. En aquel instante, él sintió una felicidad pura y verdadera. Pero el ruido de un coche en la distancia la hizo levantarse y, con el terror en la mirada, les gritó que entrasen corriendo. Rápido, debían correr rápido. Y acuciados por aquel horror sin nombre, se precipitaron hacia la puerta y entraron en su habitación. Ella llegó corriendo detrás de los dos y cerró con llave todas las puertas de la casa. Luego se quedaron en el cuarto, abrazados, temblando como un fardo en el suelo. Ella les había prometido una y otra vez que nadie se los llevaría, que nadie volvería a hacerles daño nunca.

Y él la creyó. Y se sentía agradecido por su protección, como si fuese el último bastión contra todos aquellos que deseaban hacerles daño. Pero, al mismo tiempo, no podía dejar de añorar el mundo exterior. La luz del sol. La hierba bajo los pies. La libertad.



Gösta observaba a Hanna a hurtadillas mientras se dirigían a la casa de Kerstin. Constató que Hanna se había ganado su admiración sin paliativos en un tiempo récord. No a la manera patológica de un viejo verde, sino más bien en un sentido paternal. Al mismo tiempo, la colega le recordaba muchísimo a su difunta esposa de joven. También ella tenía el pelo rubio y los ojos azules y, al igual que Hanna, era menuda pero fuerte. Pero era obvio que las conversaciones con los familiares de las víctimas no eran su plato favorito. Vio con el rabillo del ojo lo tensa que estaba y tuvo que contenerse para no ponerle una mano en el hombro y tranquilizarla. Algo le decía que Hanna no apreciaría su gesto. Más bien, se arriesgaría a llevarse un rechazazo.

Habían llamado de antemano para avisar de su visita, y cuando Kerstin abrió la

puerta, Gösta vio que había aprovechado para darse una ducha justo antes de que llegaran. Su rostro sin maquillar reflejaba la misma resignación que había visto en tantas ocasiones anteriores. Era la expresión que caracterizaba a los familiares de las víctimas una vez pasada la primera conmoción y el dolor quedaba más desnudo y acerado. En ese estadio del duelo, tomaban plena conciencia del carácter definitivo de lo sucedido.

—Entren —les dijo. A Gösta no le pasó inadvertida la palidez verdosa de su cara, propia de quien lleva demasiado tiempo sin salir al aire libre.

Hanna aún parecía serena cuando se sentaron a la mesa de la cocina. El piso estaba limpio y ordenado, pero olía un poco a cerrado, lo que corroboró la impresión de Gösta de que Kerstin no había salido de allí desde la muerte de Marit. Se preguntó cómo se las arreglaba con la comida, si alguien le haría la compra. En respuesta a sus pensamientos, Kerstin abrió el frigorífico para sacar un poco de leche que tomar con el café, y Gösta comprobó con una rápida ojeada que estaba bien provisto. Kerstin puso también unos bollos que parecían haber salido del horno, de modo que era evidente que alguien le hacía las compras.

—¿Saben algo más? —preguntó con voz cansina mientras se sentaba. Aunque pareció más bien que preguntaba como si fuera un deber, no porque le importase. Una consecuencia más de la certeza de la cruda realidad. Había tomado conciencia de que Marit había desaparecido para siempre, y aquella realidad era capaz de ensombrecer por un instante el anhelo de respuesta, el deseo de escuchar una explicación. Pese a que las circunstancias fuesen muy distintas de un caso a otro, Gösta había constatado en sus cuarenta años de servicio que, en efecto, así solía ocurrir. Para ciertos familiares, la búsqueda de una explicación se convertía en lo más importante, pero en la mayoría de los casos no era más que un modo de retrasar el enfrentamiento con la verdad, de dilatar el momento de la aceptación. Sin embargo, él había visto familiares que vivían en la negación durante años, en ocasiones hasta que ellos mismos emprendían el viaje a la otra vida. Kerstin no pertenecía a esa clase. Ella se había enfrentado cara a cara con la muerte de Marit, y dicho encuentro parecía haberle absorbido toda la energía, todas las fuerzas. Sirvió el café de la cafetera con movimientos lentos—. Perdón, quizá alguno de los dos hubiese preferido té... —dijo algo desconcertada.

Gösta y Hanna negaron con un gesto. Permanecieron en silencio unos segundos, hasta que Gösta respondió por fin a la pregunta de Kerstin.

—Sí, bueno, hemos encontrado algún que otro dato sobre el cual seguir trabajando.

Volvió a guardar silencio, sin saber cuánto estaba autorizado a revelarle. Entonces Hanna tomó la palabra.

—Hemos obtenido cierta información que indica la existencia de una conexión

con otro caso de asesinato acontecido en Boras.

—¿En Boras? —repitió Kerstin y, por primera vez, detectaron en sus ojos un destello de interés—. Pero... no lo entiendo... ¿Boras?

—Sí, también nosotros nos preguntamos por qué —intervino Gösta al tiempo que cogía un bollo—. Y por eso estamos aquí, para comprobar si, que usted sepa, existe algún tipo de relación entre Marit y la víctima de Boras.

—¿Qué...? ¿Quién...? —Kerstin los miraba insegura. Se pasó un mechón de su melena corta por detrás de la oreja derecha.

—Se trata de un hombre de unos treinta años llamado Rasmus Olsson. Murió hace tres años y medio.

—Pero ¿no resolvieron el caso?

Gösta intercambió una mirada con Hanna.

—No, la policía consideró que se hallaban ante un caso de suicidio. Había ciertos indicios de que así fuera y, bueno... —Gösta hizo un gesto resignado.

—Pero es que Marit no ha vivido nunca en Boras. Por lo menos, no que yo sepa. Aunque también pueden preguntarle a Ola, claro.

—Sí, por supuesto, hablaremos con Ola —afirmó Hanna—. Pero, entonces, ¿a usted no le suena que haya ninguna relación? Una de las circunstancias comunes a las muertes de Rasmus y de Marit es que... —vaciló un instante— ... que, en el momento del fallecimiento, ambos presentaban una tasa muy elevada de alcohol en sangre, pese a que jamás bebían. Marit no pertenecería a ninguna asociación de abstemios, ¿verdad? O quizá fuese miembro de alguna asociación religiosa, ¿no?

Kerstin rompió a reír y la risa arrancó cierto color a sus mejillas.

—¿Marit religiosa? No. De ser así, yo lo sabría. Bueno, todos los años íbamos al alba al servicio religioso del día de Navidad. Yo creo que era la única vez que Marit ponía el pie en la iglesia. Ella era como yo en ese punto, no era creyente, aunque conservaba algunos principios de la infancia, la convicción de que existe algo más. O al menos, yo espero que así sea. Ahora más que nunca —añadió con voz queda.

Ni Hanna ni Gösta pronunciaron una palabra. Hanna clavó la vista en la mesa y Gösta creyó ver un destello húmedo que empañaba sus ojos ligeramente. Lo entendía a la perfección, aunque ya hacía muchos años que no lloraba en presencia del familiar de una víctima. Sin embargo, estaban allí para realizar un trabajo, de modo que, con mucho miramiento, continuó:

—Y el nombre de Rasmus Olsson, ¿le suena de algo?

Kerstin meneó la cabeza y se calentó las manos con la taza.

—No, nunca lo había oído.

—Bien, en ese caso, no creo que lleguemos mucho más lejos, por ahora. Ni que decir tiene que también hablaremos con Ola. Y, si recuerda algo, no dude en llamarnos. —Gösta se puso en pie y Hanna siguió su ejemplo. Parecía aliviada.

—Sí, claro, si recuerdo algo les llamaré —aseguró Kerstin sin levantarse para acompañarlos a la salida.

Ya en el umbral, Gösta no pudo contenerse y le dijo:

—Kerstin, debería salir a dar un paseo, hace un tiempo estupendo. Y necesita salir y respirar un poco de aire fresco.

—Vaya, se parece a Sofie —dijo Kerstin, volviendo a sonreír—. Sé que tienen razón, quizá salga a dar un paseo a media mañana.

—Bien —asintió Gösta sin más antes de cerrar la puerta. Hanna no lo miró. Ya iba un par de pasos por delante, en dirección a la comisaría.

Con mucho cuidado, Patrik dejó la bolsa con la mochila encima del escritorio. Aunque ignoraba si sería necesario, puesto que la policía ya lo había revisado todo hacía tres años y medio, se puso unos guantes de látex, por si acaso. No sólo por no interferir ni malograr el posible trabajo de la policía científica, sino también porque le desagradaba la idea de tocar la sangre reseca de la mochila con sus manos.

—¡Uf! ¡Qué vida más solitaria! Y qué trágica... —exclamó Martin a su lado, mientras observaba lo que hacía su colega.

—Sí, parece que la única persona que tenía en el mundo era su hijo —convino Patrik abriendo la cremallera con un suspiro.

—No debió de ser nada fácil, tener un hijo y criarlo sola. Y luego el accidente... —Martin vaciló un instante—. Y el asesinato.

—Ya, y luego que te crean —añadió Patrik, que ya estaba extrayendo el contenido de la mochila. Había un *walkman*, aunque Patrik intuía que esa denominación para el aparato que tenía delante revelaba más de lo que él habría deseado acerca de su edad y su falta de interés por la técnica. Ya no se llamaban así y él lo sabía, pero no tenía ni idea de su nombre actual. En cualquier caso, era un reproductor de música diminuto, con unos auriculares. Aunque dudaba mucho de que funcionase, ya que parecía haberse llevado un buen golpe en la caída desde el puente, y algo resonó en su interior cuando Patrik lo sacó.

—¿Desde qué altura cayó? —preguntó Martín sacando una silla para sentarse junto a la mesa.

—Diez metros —respondió Patrik, que seguía concentrado en vaciar la mochila.

—¡Vaya! —exclamó Martin con una mueca—. No debía de ofrecer un espectáculo muy agradable.

—No —contestó Patrik mecánicamente. Las fotografías del lugar del accidente pasaban a toda velocidad por su mente. Cambió de tema de conversación—. Estoy un poco preocupado, no sé cómo vamos a distribuir los recursos ahora que tenemos que investigar dos casos simultáneamente.

—Te comprendo —admitió Martin—. Y sé lo que estás pensando. Que

cometimos un error permitiendo que los medios de comunicación nos empujasen a relegar la muerte de Marit a un segundo plano. Y sí, bueno, seguro que es cierto, pero lo hecho, hecho está, y ahora no tiene mucho remedio, salvo que repartamos las tareas de un modo más inteligente.

—Sí, ya sé que tienes razón —respondió Patrik sacando una cartera, que dejó sobre la mesa—. Y, aun así, me cuesta dejar de pensar en todo lo que deberíamos haber hecho de otra forma. Además, tampoco sé cómo proseguir con la investigación del caso de Lillemor Persson.

Martin reflexionó un instante.

—Lo que tenemos hoy por hoy, tal y como yo lo veo, son los pelos del perro y las grabaciones que nos ha cedido la productora.

Patrik abrió la cartera y empezó a revisar el contenido.

—Sí, es más o menos lo que yo pensaba. Los pelos del perro son una pista muy interesante en la que debemos seguir indagando. Según Pedersen, se trata de una raza poco común, quizá existan registros, listas de propietarios, asociaciones, en fin, cualquier cosa que nos permita llegar hasta el dueño. Quiero decir que, con doscientos perros en toda Suecia, debería ser fácil localizar a un propietario que viva en esta zona.

—Sí, suena lógico —opinó Martin—. ¿Quieres que me encargue yo?

—No, se me ha ocurrido que podría hacerlo Mellberg. Así se hará como es debido. —Martin lo miró perplejo y Patrik se echó a reír—. ¿Y tú qué crees? Por supuesto que quiero que te encargues tú, hombre.

—Ja-ja-ja. Muy gracioso —respondió Martin bromeando. Pero enseguida se puso serio otra vez, se inclinó sobre los objetos que había en la mesa y preguntó—: ¿Qué es eso?

—Nada emocionante, me temo —respondió Patrik—. Dos billetes de veinte, una moneda de diez, el carné de identidad, un papel con la dirección de su casa y los números de teléfono de su madre, tanto el de casa como el móvil.

—¿Sólo eso? —preguntó Martin.

—Sí. Bueno, no... —se corrigió con una sonrisa—. También hay una foto de él con Eva. —Se la enseñó a Martin. Un joven Rasmus rodeaba con su brazo los hombros de su madre y sonreía a la cámara. Rasmus le sacaba a Eva dos cabezas, y se percibía cierta actitud protectora en su gesto. Sería de antes del accidente. Después, se invirtieron los papeles y la que protegía era Eva. Patrik volvió a dejar la foto en la cartera.

—¡Mira que hay gente sola en el mundo! —dijo Martin fijando la vista en un punto indeterminado del horizonte.

—Sí, sí que hay —convino Patrik—. ¿Estás pensando en alguien en concreto?

—No... bueno, estaba pensando en Eva Olsson. Pero también en Lillemor.

Imagínate, no tener a nadie que llore tu muerte. Sus padres fallecieron y no tiene más familiares. Nadie a quien transmitirle la noticia. Lo único que ha dejado son unos cientos de horas de grabaciones televisivas, que terminarán cogiendo polvo en algún archivo.

Guardaron silencio unos minutos. Ambos recrearon la imagen de un ataúd descendiendo solitario en el hoyo, ni un solo familiar, ningún amigo. Infinitamente triste.

—Un diario —anunció Patrik rompiendo el silencio. Se trataba de un libro negro bastante grueso, cuyas páginas tenían un borde dorado. Se notaba que para Rasmus era muy importante.

—¿Qué hay? —preguntó Martin con curiosidad. Patrik hojeó un poco las páginas repletas de texto.

—Creo que son notas sobre los animales de la tienda —dijo Patrik al fin—. Mira esto, por ejemplo: «*Hercules*, pienso tres veces al día, cambio de agua frecuente, limpieza diaria de la jaula. *Gudrun*, un ratón por semana, limpieza semanal del terrario».

—Parece que *Hercules* es un conejo o una cobaya o algo así, y yo diría que *Gudrun* es una serpiente —sonrió Martin.

—Sí, Rasmus era muy meticuloso, tal y como nos dijo su madre —dijo Patrik mientras pasaba las páginas del libro. Todas trataban de animales y no contenían nada que despertase su interés—. Bueno, ya no parece que haya nada más.

Martin dejó escapar un suspiro.

—Ya, bueno, yo tampoco creía que fuésemos a encontrar nada decisivo para la investigación. La policía de Boras ya lo revisó todo en su momento. Pero, claro, la esperanza es lo último que se pierde.

Patrik devolvió el libro al interior de la mochila con mucho cuidado. De pronto, se oyó un ruidito.

—Espera, aquí hay algo más. —Volvió a sacar el diario, lo dejó encima de la mesa y volvió a meter la mano en la mochila. Cuando sacó lo que había en el fondo, Martin y él se quedaron mirándose atónitos y sin dar crédito a lo que veían. Desde luego, no esperaban encontrar aquello en la mochila de Rasmus, pero el hallazgo demostraba, fuera de toda duda, que existía una conexión real entre las muertes de Rasmus y Marit.

Ola no sonó muy satisfecho cuando Gösta lo llamó al móvil. Estaba en el trabajo y prefería que esperasen para hablar con él. Gösta, ofendido por la actitud altanera de Ola, no estaba magnánimo aquella mañana y le explicó tranquilamente que se presentarían en las oficinas de Inventing al cabo de media hora. Ola masculló algo sobre «el poder del Estado» con ese acento noruego suyo tan cantarín, pero tuvo la

sensatez suficiente como para no protestar.

Hanna parecía seguir de mal humor y, cuando se sentaron en el coche y pusieron rumbo a Fjällbacka, Gösta se preguntó qué le pasaría. Tenía la sensación de que se trataba de algún encontronazo en el frente familiar, pero no la conocía lo suficiente como para preguntarle. Sólo esperaba que no fuese nada grave. Hanna no parecía en general una mujer dada a la charla, de modo que Gösta guardó silencio. Cuando pasaron por delante del campo de golf de Anrás, la colega miró por la ventana y le preguntó:

—¿Es bueno ese campo de golf?

Gösta aceptó de muy buen grado aquella pipa de la paz.

—¡Es excelente! Sobre todo el hoyo nueve es todo un reto. En una ocasión colé incluso un *hole in one*, aunque no en ese hoyo, claro.

—Ajá, por lo que yo sé de golf, el *hole in one* es algo bueno —observó Hanna con la primera sonrisa del día—. ¿Te invitaron a champán en el club? —preguntó—. ¿No es eso lo habitual?

—Sí, señor —respondió Gösta con la cara radiante de alegría ante el solo recuerdo—. Claro que me invitaron a champán, y en general fue una ronda de primera. La mejor hasta el momento, a decir verdad.

Hanna se echó a reír.

—Desde luego, no es exagerado decir que estás contaminado con la bacteria del golf...

Gösta la miró con una sonrisa en los labios, pero se vio obligado a fijar la vista en la carretera cuando entraron en la parte que se estrechaba, al pasar por Mórnhult.

—Sí, bueno, es que tampoco tengo mucho más que el golf —respondió Gösta, y la sonrisa se borró de su semblante.

—Eres viudo, ¿no? —dijo Hanna con dulzura—. ¿Y no tienes hijos?

—No —Gösta no abundó en el tema. No quería hablar del niño que, en la actualidad, sería un hombre adulto, pero que no alcanzó más que unos días de vida.

Hanna tampoco insistió con más preguntas y recorrieron en silencio el resto del trayecto hasta las oficinas de Inventing. Cuando salieron del coche, un montón de miradas curiosas los siguieron mientras caminaban hacia la entrada. Ola los recibió de muy mal humor en cuanto entraron en el vestíbulo.

—Bueno, espero que sea importante, puesto que vienen a interrumpirme en el trabajo. Ahora se pasarán semanas hablando de esto.

Gösta sabía a qué se refería y, en realidad, habrían podido esperar unas horas más, pero había algo en Ola que lo impulsaba a contrariarlo por sistema. Quizá no fuese nada loable ni tampoco muy profesional, pero eso era lo que sentía.

—Vayamos a mi despacho —les dijo más sereno.

Gösta había oído a Patrik y a Martin hablar del orden y la limpieza exagerados

que reinaban en casa de Ola, de modo que no se sorprendió al ver su oficina. En cambio Hanna, que no se había enterado, enarcó una ceja de sorpresa al entrar. Más que limpia, la mesa parecía esterilizada. No perturbaba su brillante superficie ni un solo lápiz, ni un clip, nada. Tan sólo se veía un cartapacio de color verde, colocado exactamente en el centro aritmético de la mesa. En una de las paredes había una estantería llena de archivadores perfectamente ordenados y marcados con etiquetas escritas con una caligrafía primorosa. Nada sobresalía de su lugar ni un milímetro, no había nada desordenado.

—Siéntense —los invitó al tiempo que señalaba las sillas para las visitas, mientras que él se sentaba detrás del escritorio, con los codos apoyados en la mesa.

Gösta no pudo por menos de preguntarse si no le quedarían en la chaqueta unas manchas blancas dada la cantidad de cera que habría aplicado a la superficie para que brillase como un espejo.

—¿De qué se trata? —inquirió Ola.

—Estamos investigando una posible conexión entre la muerte de su ex mujer y otro caso de asesinato.

—¿Otro asesinato? —preguntó Ola, momentáneamente desconcertado hasta el punto de que pareció perder su máscara de serenidad. No obstante, la recuperó enseguida y añadió—: ¿Qué asesinato? No será el de la rubia esa del programa, ¿verdad?

—¿Se refiere a Lillemor Persson? —intervino Hanna con una expresión que reflejaba sin ambages la opinión que le merecía el hecho de que Ola aludiese a la joven asesinada en aquellos términos.

—Sí, sí, bueno —respondió Ola con un gesto despectivo de la mano, para demostrar con la misma claridad que no le importaba mucho la opinión de Hanna sobre su modo de expresarse.

Gösta sentía deseos de atizarle a aquel tipo. De buena gana habría sacado las llaves del coche para hacerle una marca de parte a parte en el centro de la mesa. Cualquier cosa, con tal de desequilibrar la perfección asfixiante de Ola.

—No, no nos referimos al asesinato de Lillemor —explicó Gösta en un tono de voz gélido—. Hablamos de un asesinato cometido en Boras. Un muchacho llamado Rasmus Olsson. ¿Le dice algo ese nombre?

Ola mostró un sincero desconcierto, pero eso no tenía el menor significado. Gösta había conocido a un sinnúmero de excelentes actores durante su carrera de policía. Alguno incluso habría podido encontrar un hueco en el teatro nacional Dramaten.

—¿Boras? ¿Rasmus Olsson? —Sus palabras resonaron como un eco de la conversación que habían mantenido con Kerstin hacía una hora—. No, no tengo ni idea. Marit nunca vivió en Boras. Y desde luego, no conoció a ningún Rasmus Olsson. Bueno, no lo conoció mientras estuvo conmigo, claro. Después no tengo la

menor idea de a qué se dedicó. Claro que, teniendo en cuenta lo bajo que cayó, todo es posible. —Su voz rezumaba desprecio.

Gösta se metió la mano en el bolsillo y tanteó las llaves del coche. Le hormigueaban las manos de ganas...

—En otras palabras, no conoce la existencia de ninguna relación entre Marit y la ciudad de Borås, ni con la persona cuyo nombre acabamos de mencionar, ¿no es eso?

—Hanna repitió la pregunta de Gösta y Ola posó la mirada en ella.

—¿Es que no me explico bien? —preguntó—. En lugar de hacerme repetir lo que digo, podría haber estado tomando notas...

Gösta agarró bien las llaves del coche en el bolsillo, pero Hanna no pareció verse afectada por el tono venenoso de Ola, sino que continuó impertérrita:

—Rasmus también era abstemio. ¿No se le ocurre ninguna conexión por ese motivo? ¿Alguna asociación o algo así?

—No —respondió escuetamente—. Tampoco existe ninguna relación de ese tipo, y no comprendo por qué le conceden tanta importancia al hecho de que Marit no bebiese alcohol. Sencillamente, era algo que no le interesaba —dijo poniéndose de pie—. Si no tienen nada más relevante que preguntar, creo que podrían volver cuando lo tengan. Y, cuando eso ocurra, preferiría que vinieran a mi casa.

A falta de más preguntas y con el sincero deseo de salir de aquel despacho y de marcharse muy lejos de Ola, Gösta y Hanna se levantaron también. No se molestaron ni en darle un apretón de manos ni en decirle adiós. Todos esos gestos de cortesía se les antojaban un desperdicio con él.

La reunión con el ex marido de Marit no les había proporcionado nada nuevo. Aun así, durante el camino de regreso a Tanumshede, Gösta notó un extraño desasosiego. Había algo en la reacción de Ola, algo de lo que dijo o de lo que no dijo, que le zumbaba en la cabeza reclamando su atención. Pero, por más que se esforzaba, no daba con lo que era.

Hanna también guardaba silencio, mirando el paisaje y como encerrada en su propio mundo. Gösta quería echarle una mano, decirle algo que la consolara, pero no lo hizo. En realidad, ni siquiera sabía si había algo por lo que consolarla.

Con su padre en el trabajo se estaba a gusto en el piso. Sofie prefería estar sola en casa. De lo contrario, su padre siempre estaba encima dándole la tabarra con los deberes, preguntándole dónde había estado, adónde iba, con quién hablaba por teléfono, cuánto gastaba en llamadas. Dale que te pego. Y, además, tenía que procurar que todo estuviese en orden. No podía haber cercos de vasos en la mesa de la sala de estar, ningún plato en el fregadero, los zapatos formando una línea perfecta en el zapatero, ni un solo pelo en la bañera después de ducharse... Podía hacer una lista infinita. Sabía que era una de las razones por las que Marit había optado por irse.

Sofie los oía discutir y, cuando tenía diez años, ya conocía todos los matices de sus disputas. Pero su madre tenía la oportunidad de irse y, mientras vivió, Sofie contaba con un respiro dos semanas al mes, lejos de tanto rigor y tanta perfección. Con Kerstin y Marit podía poner los pies en la mesa del sofá, poner la mostaza en medio del frigorífico, en lugar de en el compartimento de la puerta, y dejar enredados los flecos de la alfombra, en lugar de verse obligada a peinarlos para que se vieran lisos y ordenados. Era maravilloso estar con ellas y le ayudaba a sobrellevar la semana de disciplina estricta. Pero ahora se acabó la libertad, ya no había escapatoria. Se veía atrapada allí, en medio de tanta pulcritud y de tanto brillo. En un hogar donde siempre la interrogaban y la cuestionaban. Los únicos momentos de descanso los hallaba cuando volvía pronto de la escuela. Entonces se permitía pequeños actos de rebeldía. Como, por ejemplo, tomarse una taza de cacao sentada en el sofá blanco, poner música pop en el reproductor de CD de Ola y desordenar los cojines. Sin embargo, siempre lo arreglaba todo antes de que él llegase a casa. Cuando Ola entraba por la puerta, no quedaba ni rastro de su rebelión. No imaginaba un horror mayor que la posibilidad de que Ola saliese un poco antes del trabajo y la descubriese. Aunque era altamente improbable: sólo estando enfermo de muerte se le pasaría por la cabeza salir del trabajo un minuto antes de la hora. Debido a su cargo de jefe de equipo, consideraba vital dar ejemplo, y no toleraba los retrasos, las bajas por enfermedad y las salidas anticipadas del trabajo ni en sí mismo ni en sus subordinados.

Marit lo compensó con el cariño. Sofie lo veía clarísimo ahora. Ola era la crudeza, la limpieza, el frío, en tanto que Marit significaba la seguridad, el calor, un poco de caos y de alegría. Sofie había pensado a menudo qué verían el uno en el otro al principio. Cómo dos personas tan distintas llegaron a conocerse, a enamorarse, a casarse y a tener un hijo juntos. Para Sofie siempre fue un misterio, desde que le alcanzaba la memoria.

Se le ocurrió una idea. Aún faltaba más de una hora para que su padre volviese del trabajo. Entró en el dormitorio de Ola, que antes fuera también el de su madre. Sabía dónde lo tenía todo. En el armario, al fondo, en el rincón. Una gran caja con todo lo que Ola llamaba «las chorradas sentimentales de Marit», pero de las que aún no se había desprendido. A Sofie le sorprendía que su madre no se las hubiese llevado cuando se mudó, pero quizá deseaba dejarlo atrás todo, puesto que se disponía a comenzar una nueva vida. Lo único que quiso llevarse consigo era a Sofie. Eso le bastaba.

Sofie se sentó en el suelo y abrió la caja. Estaba llena de fotos, de recortes, de mechones de pelo de Sofie cuando era pequeña y las pulseritas de plástico que les pusieron a ella y a Marit en la maternidad para identificarlas como madre e hija. En un tarro pequeño sonó un ruidito y, al abrirlo, Sofie constató con cierta repugnancia

que eran dos dientes diminutos, seguramente suyos, aunque no por ello le daban menos asco.

Pasó media hora repasando despacio el contenido de la caja. Una vez lo hubo examinado todo, fue colocándolo en pequeños montones que dispuso en el suelo. Comprobó perpleja que las viejas fotos de cuando Marit era adolescente mostraban a una jovencita que se parecía muchísimo a ella. Nunca antes había reparado en que fuesen tan iguales, pero se alegraba. Estudió a fondo la fotografía de boda de Marit y Ola, en un intento de detectar el germen de todos los problemas que los esperaban. ¿Sabrían ya que no iba a funcionar? Sofie creyó intuir que así era, Ola tenía un aspecto severo, pero satisfecho a un tiempo. La expresión de Marit denotaba casi indiferencia, era como si hubiese clausurado los canales de todos sus sentimientos. Y, desde luego, no se la veía como a una novia radiante de felicidad. Los recortes de los periódicos amarilleaban un poco y crujieron resacos cuando Sofie los desplegó. Era el anuncio de la boda, el de su nacimiento, un recorte de cómo tejer patucos, recetas de cenas succulentas, artículos sobre enfermedades infantiles. Sofie sentía como si tuviese a su madre entre las manos. Casi se imaginaba a Marit sentada a su lado riéndose de los artículos que había recortado sobre la mejor manera de limpiar el horno o sobre cómo se prepara el jamón de Navidad perfecto. Sintió que Marit le ponía la mano en el hombro y sonreía cuando sacó una foto de las dos en el hospital, Marit con un bulto colorado y arrugado en el regazo. Ahí se la veía tan feliz... Sofie se puso la mano en el hombro, tratando de imaginar que debajo estaba la de su madre. El calor que irradiaba la mano de Marit en la suya. Pero enseguida se hizo patente la realidad. Lo único que había debajo de su mano era el tejido de la camiseta, y su mano estaba fría como el hielo. Ola siempre quería cerrar las fuentes de calor, para ahorrar en la factura del gas.

Cuando llegó al artículo que había en el fondo de la caja, al principio creyó que habría ido a parar allí por error. El titular no encajaba en absoluto, y le dio la vuelta para ver si era el de la otra cara el que Marit quiso conservar. Pero allí no había más que un anuncio de una marca de jabón. Un tanto distraída, comenzó a leer la entradilla y, con la primera frase, sintió que se le helaba la sangre en el cuerpo. Con los ojos desorbitados y sin dar crédito a lo que leía, devoró cada frase y cada letra. Aquello no podía ser. Sencillamente, no podía ser.

Sofie volvió a colocarlo todo en la caja y la guardó en su lugar, en el fondo del armario. Las ideas se agolpaban sin ton ni son en su cabeza.

—Annika, ¿podrías ayudarme? —Patrik se desplomó en una silla de la recepción.

—Claro que sí —respondió Annika observándolo preocupada—. Pareces una ruina —constató la recepcionista. Patrik no pudo evitar echarse a reír.

—Vaya, gracias, ahora me encuentro mucho mejor...

Annika no se dio por enterada de su sarcasmo y continuó dándole instrucciones.

—Vete a casa, come y duerme. El ritmo que has llevado estas semanas es inhumano.

—Sí, ya lo sé —respondió Patrik con un suspiro—. Pero ¿qué demonios puedo hacer? Dos investigaciones de asesinato paralelas, los medios de comunicación atacándonos como una manada de lobos y, por si fuera poco, una de las muertes presenta indicios de una conexión que se halla fuera de nuestro municipio. Y, de hecho, eso es lo que quería pedirte. ¿Podrías ponerte en contacto con el resto de los distritos policiales del país y preguntar por casos de asesinato sin resolver o por investigaciones de accidente o de suicidio en las que se observen las siguientes características?

Le dio a Annika una lista con una serie de puntos. Ella los leyó detenidamente, dio un respingo al leer el último y le preguntó:

—¿Tú crees que hay más?

—No lo sé —confesó Patrik masajeándose la base de la nariz con los ojos cerrados—. Pero no detectamos la relación entre la muerte de Marit y el caso de Boras, y quiero asegurarme de que no hay más casos similares.

—¿Estás pensando en un asesino en serie? —preguntó Annika, reacia a dar crédito a tal idea.

—No, no es eso. Todavía no —puntualizó Patrik—. Puede que se nos haya escapado una conexión evidente entre estas víctimas. Aunque, por otro lado, la definición de asesino en serie incluye dos víctimas o más en una serie, de modo que, desde un punto de vista formal, podría decirse que eso es lo que buscamos, sí. —Sonrió con desgana—. Pero no se lo digas a la prensa. Imagínate la que se armaría delante de esta ventanilla. Imagínate los titulares: «Asesino en serie arrasa en Tanumshede». —Patrik estalló en una carcajada, pero a Annika parecía costarle ver el lado divertido del asunto.

—Haré lo que me pides, mandaré la consulta —le dijo—. Pero tú te vas a casa. Ahora mismo.

—¡Si sólo son las cuatro! —protestó Patrik, aunque nada deseaba más que obedecer la orden de Annika. La recepcionista tenía una actitud maternal que movía a niños y adultos a querer sentarse en su regazo y dejarse acariciar la cabeza. Patrik pensaba que era un desperdicio que no tuviese hijos. Sabía que ella y Lennart, su marido, se habían pasado años intentándolo en vano.

—En el estado en que te encuentras ahora no eres de ninguna utilidad, lárgate, vete a casa y descansa y vuelve mañana cuando te hayas recuperado. De esto me encargo yo, ya sabes que no hay problema.

Patrik se debatió unos segundos con el pequeño Lutero que llevaba dentro, hasta que resolvió que Annika tenía razón. Estaba destrozado y sentía que así poco podía

hacer por nadie.

Erica cogió la mano de Patrik y lo miró. Contempló el mar cuando cruzaban la plaza de Ingrid Bergman y respiró hondo el aire frío y primaveral mientras el ocaso enrojecía el cielo en el horizonte.

—¡Qué bien que hayas podido salir un poco antes hoy! Pareces agotado... —dijo descansando la mejilla en su hombro. Patrik la acarició y la apretó contra sí.

—Sí, yo también me alegro de haberme ido un poco antes. Pero claro, no tenía elección: Annika me echó prácticamente de la comisaría —explicó.

—Recuérdame que le dé las gracias en cuanto tenga ocasión. —Erica sentía el corazón ligero. Aunque no el paso: sólo habían recorrido la mitad de la pendiente de Långbacken y tanto ella como Patrik iban sin resuello—. No puede decirse que estemos en excelente forma física —comentó sacando la lengua como un perro, dando así a entender lo cansada que estaba.

—Desde luego que no —convino Patrik resoplando—. En tu caso tiene un pase, tú trabajas sentada, pero yo soy una vergüenza para el Cuerpo...

—¡Qué va, hombre! —protestó Erica pellizcándole la mejilla— Tú eres el mejor de todos...

—Pues entonces, que Dios asista a los habitantes del municipio de Tanumshede —respondió entre risas—. He de decir que la dieta de tu hermana parece haber funcionado. Un poco, al menos. Esta mañana me dio la impresión de que los pantalones no me apretaban tanto.

—Sí, yo también lo he notado —aseguró Erica—. Pero, ya ves, sólo nos quedan unas semanas, así que tendremos que perseverar.

—Sí, luego podremos inflarnos de comer y engordar juntos —concluyó Patrik antes de girar a la izquierda a la altura del supermercado Evas Livs.

—Y envejecer. Podremos envejecer juntos.

La abrazó aún más fuerte y le dijo muy serio:

—Sí, y envejecer juntos. Tú y yo. En la residencia. Y Maja vendrá a vernos una vez al año. Y vendrá porque la amenazaremos con desheredarla si no...

—¡No, calla! ¡Eres un horror! —exclamó Erica dándole en el hombro muerta de risa—. Como comprenderás, cuando seamos viejos, viviremos en casa de Maja. Lo que significa que hemos de espantar a cualquier posible pretendiente.

—Bah, eso no es problema —respondió Patrik—. Yo tengo licencia de armas.

Habían llegado a la iglesia y se detuvieron un instante. Ambos alzaron la vista hacia la torre, que se erguía elevándose por encima de sus cabezas. La iglesia era un edificio imponente, construido en granito y situado en lo más alto de Fjällbacka, desde donde dominaba el mar hasta el horizonte.

—Cuando era pequeña, soñaba con cómo sería el día en que me casara aquí —

confesó Erica—. Y me resultaba siempre tan lejano... Y ahora, aquí estoy, ya soy adulta, tengo una hija y voy a casarme. ¿No es absurda la vida a veces?

—Absurda es poco —repuso Patrik—. No olvides que, además, yo estoy separado. Eso da más puntos.

—Es verdad, ¿cómo he podido olvidarme de Karin? ¿Y de Leffe? —rió Erica. Y, pese a la risa, había un poso de amargura en su voz, como siempre que hablaba de la ex mujer de Patrik. Cierto que ella no era nada celosa, y que, desde luego, no tenía ningún interés en que Patrik hubiese sido virgen a los treinta y cinco, cuando lo conoció; pero nunca le resultaba agradable imaginárselo con otra mujer.

—¿Vamos a ver si está abierta? —preguntó Patrik señalando la puerta.

Abrieron la puerta y entraron muy despacio, temiendo romper alguna especie de regla no escrita. La figura de un hombre que había delante del altar se volvió hacia ellos.

—¡Hombre, hola! —Era Harald Spjuth, el pastor de Fjällbacka, con su habitual expresión de alegría en el semblante. Patrik y Erica sólo habían oído decir bondades de aquel hombre y deseaban que él los casara—. ¿Habéis venido a practicar un poco? —les preguntó mientras se les acercaba.

—No, hemos salido a dar un paseo y se nos ocurrió entrar un rato —respondió Patrik estrechándole la mano.

—Ah, muy bien, pues no os molesto —replicó Harald—. Estaba arreglando esto un poco, así que sentíos como en casa. Y si tenéis alguna duda acerca de la ceremonia, no hay más que preguntar. Aunque yo había pensado que podríamos hacer un ensayo un poco antes.

—Sería estupendo —aseguró Erica, a la que cada vez le caía mejor el sacerdote.

Por las habladurías del pueblo Erica sabía que había encontrado el amor a edad madura y que ya tenía una compañera en la casa parroquial. Erica se alegraba por él. Ni siquiera las señoras más religiosas y de más edad tuvieron nada que objetar ante el hecho de que aún no se hubiese casado con su Margareta, a la que, siempre según los rumores, había conocido a través de un anuncio en el periódico. En efecto, el pastor «vivía en pecado» en la casa parroquial; y eso indicaba hasta qué punto lo apreciaban en el pueblo.

—Había pensado que podríamos decorar la iglesia con rosas rojas y rosas. ¿Qué te parece, Patrik? —preguntó Erica mirando a su alrededor.

—Quedará muy bien —respondió Patrik distraído. Al ver la expresión de Erica, sintió remordimientos—. Oye, lamento de verdad que tengas que llevar toda esta carga tú sola. Me gustaría mucho poder involucrarme más en los preparativos de la boda, pero... —Hizo un gesto de impotencia y Erica le cogió una mano.

—Lo sé, Patrik. Y no tienes que pedir perdón por nada. Anna me ayuda. Nosotras nos encargaremos. Quiero decir que no es más que una simple boda, tampoco puede

ser tan difícil, ¿no?

Patrik enarcó una ceja y Erica se echó a reír.

—Vale, es bastante difícil. Y pesado. Y, ante todo, es toda una empresa mantener a tu madre en su sitio. Pero te aseguro que también es muy divertido.

—Bueno, vale —respondió Patrik, sintiéndose menos culpable.

Cuando salieron de la iglesia, el atardecer había dado paso a la noche. Recorrieron despacio el mismo camino de regreso a casa, bajando por Långbacken, en dirección a Sálvik. Ambos habían disfrutado del paseo y de la charla, pero querían llegar a casa antes de que Maja se durmiera.

Por primera vez en mucho tiempo, Patrik tuvo la sensación de que la vida era algo bueno. Por suerte, existían aspectos que compensaban el mal. Y que transmitían la luz y la energía suficientes para seguir adelante.

Detrás de ellos, la oscuridad se cernía sobre Fjällbacka. Por encima del pueblo se veía la iglesia. Vigilante. Protectora.

Mellberg daba vueltas por su pequeño piso de Tanumshede con el frenesí de un demente. Una vez hecho, podía pensarse que había sido una locura invitar a cenar a Rose-Marie con tan poco tiempo para prepararlo todo, pero tenía tantas ganas... De oír su voz, de hablar con ella, de que le contase cómo le había ido la jornada, de saber en qué pensaba. Así que la llamó. Y se oyó a sí mismo preguntarle si no querría ir a cenar a su casa.

De modo que ahora se hallaba en un verdadero aprieto. Salió corriendo de la comisaría hacia las cinco y, sin saber qué hacer, se fue al supermercado Konsum. Se le quedó la mente en blanco. Ni un solo plato se dignaba asomar a su cabeza y, teniendo en cuenta lo limitados que eran sus conocimientos de cocina, quizá no fuese tan extraño. Mellberg contaba con la cantidad suficiente de instinto de supervivencia como para comprender que no debía apostar por ningún plato de alta cocina; tocaba más bien un plato medio preparado. Recorrió indefenso los pasillos hasta que la encantadora Mona, empleada del supermercado, se le acercó y le preguntó si buscaba algo concreto. Mellberg le expuso abruptamente su dilema y la mujer lo guió sin prisas hasta la sección de preparados de carne y charcutería. Tras decidirse por un pollo asado, Mona le ayudó a localizar las patatas con mahonesa, verduras para una ensalada, pan recién hecho y helado Carte d'Or para el postre. Quizá no fuese un menú propio de un *gourmet*, pero desde luego era algo que ni siquiera él podía malograr. Una vez en casa, se entregó como un loco a crear de nuevo el orden que el viernes anterior, sin ir más lejos, había reinado allí, y ahora intentaba colocarlo todo del modo más vistoso posible. Sin embargo, aquella empresa resultó ser un reto mucho mayor de lo que esperaba. Con las manos llenas de grasa, miró irritado el pollo, que parecía mirarlo burlón desde la bandeja, lo cual no dejaba de ser una

proeza, puesto que al animal le habían arrancado la cabeza hacía mucho tiempo.

—¿Cómo coño...? —vociferó tirando un poco del ala del animal. ¿Cómo iba a conseguir que aquello tuviese un aspecto apetitoso en la bandeja? Además, el condenado pollo se le resbalaba como una anguila. Finalmente, se cansó de esforzarse por conseguir una buena presentación y sirvió una pechuga y un muslo para cada uno. Así tendría que valer. Luego cogió una buena porción de patatas con mahonesa y la colocó al lado, antes de ponerse manos a la obra con la ensalada. Cortar pepino y tomate era algo que dominaba, desde luego. No puso la ensalada en los platos, sino en una gran fuente de plástico. Era roja y estaba algo estropeada, pero su vajilla era limitada. Y, de todos modos, lo más importante era el vino. Descorchó una botella de tinto y la colocó en la mesa. Por si acaso, tenía dos más en la despensa. No pensaba dejar nada al azar. *Tonight's the night*, se dijo silbando complacido. Rose-Marie no podría reprocharle que no se hubiese esforzado. Jamás se había esforzado tanto por una mujer. Nunca. Ni siquiera sumando todos los esfuerzos de su vida.

El último detalle que faltaba, para completar el ambiente, era la música. Su colección podía calificarse de escuálida, pero al menos tenía un CD con lo mejor de Sinatra. Lo había comprado barato en la estación de servicio de Statoil. En el último minuto, se acordó también de encender las velas, luego dio un paso atrás y admiró su creación. Mellberg estaba extremadamente satisfecho consigo mismo. Nadie podría decir que no era un hacha para el romanticismo.

Acababa de cambiarse de camisa cuando llamaron a la puerta. Rose-Marie llegaba con diez minutos de antelación, constató mirando el reloj, y se apresuró a meterse el faldón de la camisa por la cintura del pantalón.

—Joder, joder —masculló entre dientes cuando se le cayó el peluquín y, mientras el timbre volvía a sonar, Mellberg se apresuró a entrar en el cuarto de baño para colocárselo. Tenía muchísima pericia, de modo que en un santiamén se había vuelto a cubrir la calva con esmero. Tras una última ojeada al espejo, constató que tenía un aspecto de lo más elegante.

A juzgar por la admiración que reflejaba la mirada de Rose-Marie cuando Mellberg abrió la puerta, ella era de la misma opinión. Él, por su parte, se quedó sin respiración al verla. Llevaba un esplendoroso vestido rojo y una gruesa gargantilla de oro como único adorno. Cuando cogió su abrigo, notó el aroma de su perfume y cerró los ojos un instante. No comprendía qué tenía aquella mujer que tanto lo alteraba. Sintió que le temblaban las manos mientras le colgaba el abrigo en la percha, y se obligó a respirar hondo varias veces para serenarse. No podía comportarse como un adolescente nervioso.

La conversación fluyó sin dificultad durante la cena. Los ojos de Rose-Marie brillaban al resplandor de las velas y Mellberg le contó un sinfín de anécdotas de su carrera policial, animado por el ostensible entusiasmo de su dama. Una vez

consumidas las dos botellas de vino y ya ingeridos tanto el único plato como el postre, pasaron al sofá de la sala de estar para tomarse el café con un coñac. Mellberg sentía la tensión en el aire y estaba cada vez más convencido de que, aquella noche, la cosa se dispararía. Rose-Marie lo miraba de un modo que sólo podía significar una cosa. Sin embargo, no quería correr ningún riesgo lanzándose a la carga en el momento equivocado. Bien sabía él lo sensibles que eran las mujeres a la oportunidad del momento. Al final, no pudo contenerse más. Miró fijamente el centelleo de los ojos de Rose-Marie, tomó un buen trago de coñac y se lanzó sobre ella.

Y sí, vaya si la cosa se disparó... Mellberg llegó a creer en algún momento que se había muerto y que estaba en el cielo. Ya entrada la noche, se durmió con una sonrisa en los labios y se abandonó a una hermosa ensoñación con Rose-Marie como protagonista. Por primera vez en su vida, Mellberg era feliz en los brazos de una mujer. Se dio media vuelta y se puso a roncar. En la oscuridad, a su lado, yacía Rose-Marie mirando al techo. Ella también sonreía.

—¿Qué cojones es esto? —bramó Mellberg al entrar en la comisaría hacia las diez de la mañana. No es que fuera un gran madrugador en condiciones normales, pero aquella mañana parecía más cansado que de costumbre—. ¿Lo habéis visto? —preguntó agitando un periódico. Pasó como un rayo por delante de Annika y entró en tromba en el despacho de Patrik sin llamar a la puerta.

Annika estiró el cuello para tener algo de perspectiva de lo que ocurría, pero sólo oyó maldiciones sueltas procedentes del despacho de Patrik.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Patrik tranquilamente, cuando Mellberg dejó por fin de soltar improperios. Le indicó a su jefe que se sentara. Mellberg parecía a punto de sufrir un infarto en cualquier momento y aunque Patrik, en momentos de debilidad, deseaba que Mellberg perdiera la vida, no quería, en el fondo, que éste cayese muerto en su despacho.

—¿Has visto esto? Esos mierdas... —Mellberg estaba tan enfadado que no era capaz de pronunciar palabra y, simplemente, estampó el periódico en la mesa de Patrik. Sin saber lo que contenía el diario, pero lleno de malos presentimientos, Patrik le dio la vuelta para leer lo que decía la primera página. Cuando vio los titulares en negro, él mismo sintió crecer la ira en su pecho.

—¡Qué cojones! —estalló Patrik.

Mellberg asintió y se desplomó en la silla, enfrente de Patrik.

—¿De dónde demonios han sacado esto? —le preguntó agitando él también el periódico.

—No lo sé —respondió Mellberg—. Pero cuando pille a ese hijo de perra...

—¿Qué más dice? A ver, déjame que vea las páginas centrales. —Patrik hojeó nervioso las páginas y leyó cada vez más iracundo—. Menudos... menudos hijos de

perra.

—Sí, una institución fenomenal, el tercer poder estatal —ironizó Mellberg meneando la cabeza.

—Esto tiene que verlo Martin —dijo Patrik poniéndose de pie. Se asomó al pasillo, llamó al colega y volvió a sentarse.

Unos segundos más tarde llegó Martin.

—¿Sí? —preguntó sorprendido. Sin decir una palabra, Patrik le mostró el diario.

Martin leyó en voz alta:

—«¡Exclusiva! Hoy, selección de fragmentos del diario de la víctima. ¿Reconoció la joven a su asesino?» —Martin se quedó mudo y miró incrédulo a Patrik y a Mellberg.

—En las páginas centrales encontrarás los párrafos del diario —observó Patrik con amargura—. Mira, aquí. Léelo. —Le tendió el periódico a Martin y tanto Patrik como Mellberg guardaron silencio mientras leía.

—¿Será verdad? —preguntó Martin cuando hubo terminado—. ¿Creéis que es auténtico? O sea, ¿tenía Lillemor un diario o será una invención del periódico?

—Eso es lo que vamos a averiguar. Ahora mismo —repuso Patrik levantándose—. ¿Quieres venir, Bertil? —le preguntó, cumpliendo con su deber de subordinado.

Mellberg pareció sopesarlo durante un segundo, pero se decidió enseguida.

—Pues... no, tengo algunas cosas que hacer, así que id vosotros.

A juzgar por lo cansado que parecía estar, la más importante de las tareas que Mellberg pensaba abordar sería sin duda echar una cabezadita, pensó Patrik. Pero, en el fondo, se alegraba de que no los acompañara.

—Bien, pues vamos —le dijo Patrik a Martin.

Fueron caminando a buen paso hasta la granja. La comisaría se hallaba en un extremo de la pequeña calle comercial de Tanumshede, y la granja en el otro, de modo que no les llevaba ni cinco minutos ir hasta allí. Lo primero que hicieron fue llamar a la puerta del autobús, que la productora tenía permanentemente aparcado allí. En el mejor de los casos, el productor estaría dentro. De lo contrario, tendrían que llamarlo.

Hubo suerte, pues la voz que les respondió invitándolos a entrar era sin duda la de Fredrik Rehn. Estaba repasando la emisión del día siguiente con uno de los técnicos y, cuando entraron, se volvió hacia ellos enojado.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó dándoles a entender que la investigación de la policía no era sino una molestia para el desarrollo de su trabajo. O, más bien, que le encantaba el interés que la investigación despertaba por la serie, pero que detestaba los momentos en que la policía les hacía perder el tiempo a él y a los participantes.

—Queremos hablar con ustedes. Y con los chicos. Llame a todo el grupo y dígales que vengan a la granja. Ahora. —La paciencia de Patrik estaba

definitivamente agotada y no pensaba perder tiempo en ser cortés.

Fredrik Rehn, que no era consciente de la magnitud de la ira a la que se enfrentaba, empezó a protestar con una vocecilla quejosa.

—Ahora están en el trabajo. Y, además, estamos grabando, de modo que no pueden...

—¡He dicho AHORA! —rugió Patrik de modo que tanto Rehn como el técnico se llevaron un susto.

Mascullando y muy a disgusto, el productor empezó a llamar a los móviles que les habían proporcionado a los participantes. Después de cinco llamadas, se volvió hacia Patrik y Martin y declaró indignado:

—Bueno, misión cumplida. Estarán aquí dentro de unos minutos. ¿Puedo saber qué es tan importante como para que vengan a interrumpir un proyecto que vale millones y que, además, cuenta con el respaldo de la autoridad municipal, puesto que también supone grandes ventajas para la comarca?

—Se lo contaré dentro de unos minutos, cuando todos estemos reunidos ahí dentro —replicó Patrik, que salió del autobús seguido de Martin. Con el rabillo del ojo vio que Fredrik Rehn se abalanzaba de nuevo sobre el teléfono.

Fueron llegando uno tras otro, algunos irritados por verse convocados con tan poco margen, y otros, como Uffe y Calle, contentos con la interrupción de su jornada laboral.

—¿Qué pasa? —preguntó Uffe sentándose en el borde del escenario. Sacó un paquete de cigarrillos y se disponía a encender uno cuando Patrik lo interrumpió arrebatándoselo de la boca y arrojándolo a la papelera.

—Aquí dentro está prohibido fumar.

—¡Qué mierda! —replicó Uffe indignado, aunque sin atreverse a protestar más. Había algo en la actitud de Patrik y de Martin que le decía que no los habían hecho ir allí para hablar de la normativa de prevención de incendios.

Justo ocho minutos después de que Patrik hubiese llamado a la puerta del autobús, entró el último de los participantes.

—Pero ¿qué pasa? ¡Esto parece un entierro, joder! —dijo Tina entre risas antes de sentarse en una de las camas.

—Cierra el pico, Tina —le espetó Fredrik Rehn, que se apoyó en la pared con los brazos cruzados. Estaba decidido a que aquella interrupción fuese lo más breve posible. Y ya había empezado a llamar a sus contactos. No pensaba aguantar atropellos de la policía. Le pagaban demasiado bien para aguantar esas cosas.

—Estamos aquí porque queremos una respuesta —comenzó Patrik mirando a su alrededor y fijando la vista unos segundos en cada uno de los participantes—. Quiero saber quién de vosotros encontró el diario de Lillemor. Y quién se lo ha vendido a un periódico vespertino.

Fredrik Rehn frunció el entrecejo. Parecía desconcertado.

—¿Un diario? ¿De qué coño de diario habla?

—Del diario que hoy ha publicado parcialmente *Kvállstidningen* —respondió Patrik sin mirarlo—. El que anuncian todas las primeras planas de hoy

—¡Vaya! ¿Hoy salimos en primera página? ¡Joder, qué bien! Eso tengo que verlo yo.

Una mirada de Martin bastó para que guardase silencio, aunque le costaba contener la sonrisa. Una primera plana era oro molido en su sector. Ninguna otra cosa daba tanta audiencia.

Todos los participantes callaban. Uffe y Tina eran los únicos que miraban a los policías. Jonna, Calle y Mehmet bajaron la cabeza con gesto abatido.

—Si no me decís dónde se hallaba el diario, quién lo encontró y dónde está ahora, haré cuanto esté en mi mano para cerrar esta guardería inmediatamente —continuó Patrik—. Habéis podido seguir sólo porque nosotros os lo hemos permitido, pero si no habláis ahora mismo... —Dejó la frase inconclusa.

—Joder, venga, hombre —intervino Fredrik Rehn un tanto estresado—. Si sabéis algo, hablad ahora mismo. Si alguno de vosotros sabe algo y no lo dice, le haré la vida imposible al que sea y me las arreglaré para que no tenga ni la más remota posibilidad de salir en televisión. —Bajó la voz y, en un susurro amenazador, insistió —: El que no hable ahora está acabado, ¿lo habéis pillado?

Todos se revolvieron nerviosos. El silencio resonaba en la gran sala de la granja. Finalmente, Mehmet carraspeó.

—Fue Tina. Yo la vi cogerlo. Barbie lo tenía debajo del colchón.

—¡Cállate la boca! ¡Cállate la boca, negro de mierda! —lo amenazó Tina con una mirada llena de odio—. ¡No pueden hacer nada! ¿Es que no lo entiendes? ¡Joder, eres un imbécil integral! No tenías más que cerrar el pico...

—¡Ahora eres tú la que tiene que cerrar el pico! —rugió Patrik acercándose a Tina, que obedeció por primera vez un tanto asustada—. ¿A quién le entregaste el diario?

—No debería revelar mis fuentes —masculló Tina en un último intento por hacerse la dura.

—Pero si la fuente eres tú... —observó Jonna lanzando un suspiro. Seguía mirando al suelo sin importarle la mirada asesina de Tina.

Patrik repitió su pregunta, subrayando cada sílaba, como si estuviese hablándole a un niño pequeño:

—¿A-quién-le-en-tre-gas-te-el-dia-rio?

Finalmente, y muy a su pesar, Tina le dijo el nombre del periodista y Patrik se dio la vuelta sin malgastar una sola palabra más con ella. Si empezaba a hablar, temía no poder parar nunca.

Cuando Martin y él pasaron por delante de Fredrik Rehn, este les preguntó amedrentado:

—Y... bueno... ¿qué va a pasar ahora? ¿No hablaría en serio cuando...? Quiero decir que podremos continuar, ¿no? Mis jefes... —Rehn comprendió que no lo escuchaban y guardó silencio.

Ya en la puerta, antes de salir, Patrik se dio la vuelta: —Sí, sigan haciendo el ridículo en la televisión. Pero si entorpecen o impiden esta investigación una vez más, de la manera que sea... —Dejó la amenaza en el aire, sin pronunciarla expresamente.

Allí se quedaron todos, mudos y abatidos. Tina parecía herida, pero en la mirada que le lanzó a Mehmet se leía que aún no había dicho la última palabra.

—Venga, volved al trabajo. Tenemos que recuperar el tiempo de grabación perdido. —Fredrik Rehn los echó de la sala y todos se encaminaron apesadumbrados hacia la calle Affärsvägen. *The show must go on.*

—¿Qué ha pasado? —preguntó Simon preocupado mientras Mehmet volvía a ponerse el delantal.

—Nada. Una mierda.

—¿A vosotros os parece que esto es normal? ¿Seguir grabando después de la muerte de una de las chicas? A mí me parece un poco...

—¿Un poco qué? —preguntó Mehmet—. ¿Insensible? ¿De mal gusto? —insistió alzando la voz—. Y que no somos más que una panda de imbéciles con encefalograma plano que beben y follan delante de las cámaras y hacemos el ridículo voluntariamente, ¿verdad? Eso es lo que piensas, ¿no? ¿Y no se te ha ocurrido pensar que quizá sea mejor que lo que tenemos en casa? ¿Que es una oportunidad de huir de algo con lo que tendremos que enfrentarnos de todos modos? —Se le quebró la voz y Simon lo sentó amablemente en una silla de la trastienda.

—A ver, ¿qué supone esto para ti, en realidad? —preguntó sentándose enfrente de Mehmet.

—¿Para mí? —la voz de Mehmet destilaba amargura—. Se trata de rebelarme. De pisotear todo lo que tiene algún valor. De pisotearlo hasta que ya nada me impulse a pegar los fragmentos. —Se cubrió la cara con las manos, sollozando. Simon le acarició la espalda despacio, rítmicamente.

—No quieres vivir la vida a la que te quieren obligar, ¿es eso?

—Sí y no. —Mehmet miró a Simon—. No es que me obliguen, ni que me amenacen con enviarme a mi país ni nada de eso que los suecos creéis que hacen todos los extranjeros. Es más bien una cuestión de expectativas. Y de sacrificios. Mis padres han sacrificado mucho por nosotros, por mí. Para que nosotros, sus hijos, tuviéramos una vida mejor, llena de posibilidades. Lo dejaron todo. Su hogar, sus familias, el respeto que gozaban entre sus iguales, sus trabajos, todo. Sólo para que

nosotros tuviéramos una vida mejor. Para ellos, todo empeoró. Y yo lo veo. Veo la añoranza en sus miradas. Veo Turquía en sus miradas. Para mí no significa tanto, puesto que nací aquí. Turquía es un lugar al que vamos en verano, pero no lo llevo en el corazón. Sin embargo, éste tampoco es mi hogar, este país en el que debo cumplir sus sueños, sus esperanzas. No tengo cabeza para los estudios. Mis hermanas sí, pero, por irónico que parezca, yo, el hijo varón, no la tengo. El portador del apellido paterno. El que lo ha de transmitir. Yo sólo quiero trabajar con mis manos, no tengo grandes ambiciones. Me doy por satisfecho con volver a casa y sentir que he hecho algo con mis propias manos. No puedo estudiar. Y ellos se niegan a entenderlo. Así que tengo que destrozar el sueño de una vez por todas. Pisotearlo. Hasta que quede hecho añicos. —Las lágrimas corrían por sus mejillas y el calor que le transmitían las manos de Simon no consiguió más que intensificar su dolor. Estaba tan cansado de todo. Tan cansado de no ser suficiente. Tan cansado de mentir sobre quién era...

Levantó la cabeza muy despacio. La cara de Simon quedó a tan sólo unos centímetros de la suya. Simon lo miró inquisitivo a los ojos mientras, con la mano, que olía a bollos recién hechos, secaba las lágrimas de sus mejillas. Entonces, los labios de Simon rozaron vacilantes los suyos. Mehmet quedó sorprendido al sentir que aquello era lo correcto. Después se perdió en una realidad de la que había tenido una vaga idea hasta entonces, pero que jamás se había atrevido a ver en su totalidad.

—Quisiera hablar unos minutos con Bertil. ¿Está en su despacho? —preguntó Erling guiñándole un ojo a Annika.

—Pasa —le respondió Annika con parquedad—. Ya sabes dónde está.

—Gracias —respondió Erling con otro guiño. No terminaba de explicarse por qué su encanto no surtía efecto sobre Annika, pero se consolaba pensando que se trataría, sin duda, de una cuestión de tiempo.

Se dirigió con paso decidido al despacho de Mellberg y llamó a la puerta. Como no recibía respuesta, volvió a llamar. En esta ocasión, sí oyó un vago murmullo y sonidos misteriosos al otro lado de la puerta. Erling se preguntó qué estaría haciendo Bertil allí dentro. Obtuvo la respuesta cuando Mellberg le abrió por fin. Era evidente que acababa de despertarse y a sus espaldas se veían, de hecho, la manta y el almohadón encima del sofá. Además, en la cara de Mellberg se apreciaba la huella del almohadón.

—¡Qué demonios, Bertil! ¿Qué es eso de acostarse a dormir en pleno día? —Erling había meditado muy bien qué actitud debía adoptar ante el comisario jefe y había decidido mostrarse sutil y amigable antes de pasar a una actitud más seria. Por lo general, no tenía problemas para manejar a Mellberg. En las cuestiones municipales que involucraban al Cuerpo de Policía había logrado una colaboración fluida y muy agradable simplemente adulándolo y sobornándolo con alguna que otra

botella de buen whisky. Y no veía por qué iba a ser diferente en esta ocasión.

—Bueno, ya sabes —respondió Mellberg algo preocupado—. Ha habido tanto jaleo últimamente, que tengo las fuerzas muy mermadas.

—Sí, comprendo que os estáis empleando a fondo —observó Erling y vio con asombro que el comisario se sonrojaba hasta las orejas.

—Dime, ¿qué puedo hacer por ti? —preguntó Mellberg indicándole que tomase asiento.

Erling se sentó y le dijo con gesto de honda preocupación:

—Pues verás, resulta que hace un rato he recibido una llamada de Fredrik Rehn, el productor de *Fucking Tanum*. Al parecer, algunos de tus policías han estado en la gran sala de la granja haciendo de las suyas. Incluso han amenazado con detener la producción. Bueno, debo decir que me he quedado un tanto perplejo. Y también un poco decepcionado. Creía que estábamos de acuerdo con respecto a este asunto y que no habría fisuras en la colaboración. Sinceramente, Bertil, he quedado muy decepcionado. ¿Tú puedes explicarme lo ocurrido? —Miró a Mellberg con el ceño fruncido, artimaña con la que había aterrorizado a más de un contrario a lo largo de su carrera. Sin embargo, en esta ocasión el comisario no se dejó amilanar, sino que miró a Erling en silencio, sin molestarse en responder, de modo que Erling empezó a sentirse ligeramente preocupado. Tal vez debería haberle llevado una botella de whisky, por si acaso.

—Erling... —comenzó Mellberg.

El consejero municipal se retorció en la silla. ¿No podía aquel tío ir al grano de una vez? Le había hecho una pregunta muy sencilla, velando por el bien de la comunidad. No entendía que fuese para tanto.

—Erling, estamos investigando un asesinato —continuó Bertil Mellberg clavando la mirada en el hombre que tenía enfrente—. Alguna de las personas involucradas en el programa no sólo nos ha ocultado pruebas importantes, sino que, además, le ha vendido el material a la prensa. De modo que, en estos momentos, me siento inclinado a secundar la opinión de mis colegas de que lo mejor sería interrumpir el programa.

Erling sintió que empezaba a sudar. Fredrik Rehn no se había molestado en comunicarle aquel pequeño detalle. Aquello era un asunto muy feo. Muy, muy feo.

—¿Y viene... en el periódico de hoy? —balbució el consejero.

—Sí —respondió Mellberg—. En primera plana y en las páginas centrales. Fragmentos de un diario que llevaba la joven asesinada, pero de cuya existencia nosotros no teníamos noticia. Y que alguien nos ocultó. Es más, la persona en cuestión optó por vendérselo al *Kvällstidningen*. De modo que, en estos momentos, Hedström y Molin, dos de mis hombres, están trabajando para conseguir el diario y comprobar si es o habría sido de ayuda a la hora de localizar al asesino.

—Pues no tenía ni idea... —confesó Erling W. Larson recreando mentalmente la conversación que pensaba mantener con Fredrik Rehn en cuanto saliera de allí. Acudir a una reunión de negocios sin disponer de toda la información era como lanzarse desarmado al campo de batalla, eso lo sabía cualquier novato. Menudo imbécil. Pero Rehn iba a enterarse de que no podía jugar con el consejero municipal de Tanumshede.

—Dame una sola razón para que no desenchufe este programa ahora mismo —le dijo Mellberg.

Erling guardaba silencio. Se le había quedado la mente en blanco. Todos los argumentos se habían esfumado. Miró a Mellberg, que se echó a reír a carcajadas.

—Vaya, por fin te veo indefenso. Joder, jamás creí que ocurriría tal cosa. Pero voy a portarme bien. Sé que son muchos los que disfrutan con esa basura en la tele. De modo que podrán seguir emitiendo, pero, al menor problema... —Lo señaló con un dedo amonestador y Erling asintió agradecido. Había tenido suerte. Se estremeció ante la idea de lo humillante que habría sido tener que admitir ante el Consejo Municipal que no podrían llevar a término el proyecto. Jamás habría podido recuperarse de semejante pérdida de prestigio.

Ya estaba a punto de salir cuando oyó que Mellberg le decía algo, así que se dio la vuelta.

—Oye... mis reservas de whisky empiezan a menguar. No tendrás ninguna botella de sobra, ¿verdad?

Mellberg le guiñó un ojo y Erling le respondió con una sonrisa forzada. A decir verdad, le habría gustado meterle a Mellberg en el gaznate la botella entera. Sin embargo, respondió:

—Claro, Bertil, cuenta con ello.

Lo último que vio antes de cerrar la puerta fue la expresión de satisfacción en el rostro de Mellberg.

—¡Qué cosa más ruin! —sentenció Calle mirando a Tina mientras ella preparaba una bandeja con el pedido de una mesa.

—Ya, claro, como tú eres tan honrado... ¡Qué fácil es para ti, que nadas en el dinero de tu padre! —le espetó Tina, que casi volcó el vaso de cerveza que acababa de colocar en la bandeja.

—Oye, hay cosas que no se hacen ni por dinero.

—«Hay cosas que no se hacen ni por dinero» —lo remedó Tina con voz aflautada y una mueca de desprecio—. ¡Joder! ¡Es repugnante lo santurrón que puedes ser! Y el cerdo de Mehmet. Tengo que matarlo.

—Oye, relájate —le dijo Calle inclinándose sobre la barra—. Recuerda que han amenazado con cortar la grabación si no se lo decíamos. Y tú parecías más interesada

en salvar tu propio pellejo. Pero no tienes derecho a hundirnos a todos en la mierda.

—Era un farol, ¿no lo entiendes? ¿Cómo iban a eliminar lo único que les ha proporcionado un poco de publicidad? Si viven para esto, coño.

—Ya, bueno, pero yo no creo que Mehmet tenga la culpa de nada. Si yo te hubiera visto coger el diario, también lo habría dicho.

—Seguro que sí, pedazo de inútil —dijo Tina tan indignada que la bandeja le temblaba entre las manos—. ¿Sabes lo que te pasa a ti? Que te pasas los días en la plaza de Stureplan y crees que la vida es así. Ir por ahí tirando de las tarjetas de papá, andar por la vida pasando de currarte nada y aprovecharte de los demás. ¡Es tan patético! Y ahora vienes a decirme a mí qué está bien y qué está mal. Yo al menos intento hacer algo con mi vida, quiero algo, tengo aspiraciones. ¡Y tengo talento, dijera lo que dijera esa cretina de Barbie!

—Ya, así que ahí es donde te duele, ¿no? —repuso Calle burlón—. Escribió algo sobre tu supuesta carrera como cantante y eres tan ruin que decidiste airear su vida en la prensa para vengarte. Ya oí lo que os gritabais la noche que murió. No soportabas que dijera lo que todos pensamos.

—Ese putón mintió. Me aseguró que no os había dicho a ninguno que yo no llegaría a nada y que no tenía talento. Mintió y me aseguró que no se lo había dicho a nadie, que era una invención malévola, que quien hubiese dicho aquello mentía. Pero luego lo leí en su diario, así que era verdad. ¡Claro que lo pensaba y seguro que había ido diciéndolo y difundiendo un montón de mierda sobre mí! —Tina volcó uno de los vasos, que se cayó al suelo. Los fragmentos se esparcieron por toda la estancia.

—¡Mierda! —exclamó Tina dejando la bandeja con los vasos que quedaban. Cogió el cepillo y empezó a recoger los fragmentos—. ¡Mierda, puta mierda!

—Oye —dijo Calle—. Jamás le oí a Barbie una mala palabra sobre ti. Por lo que yo sé, lo único que hizo fue animarte, como tú misma dijiste en la última reunión con Lars. Incluso lloraste con lágrimas de cocodrilo, si no recuerdo mal.

—No creerás que soy tan imbécil como para ponerme a hablar mal de una muerta, ¿verdad? —le preguntó barriendo las últimas esquirlas de vidrio.

—Sea lo que sea lo que escribió en el diario, no puedes reprochárselo, porque es verdad. Cantas como una urraca y si yo fuera tú empezaría a afinar un poco mi solicitud para el McDonalds —dijo Calle riéndose al tiempo que echaba una rápida ojeada a la cámara.

Tina soltó el cepillo en el suelo y se le acercó de una zancada. Pegó su cara a la de él y le susurró llena de ira:

—Más te valdría callarte la boca, Calle. Tú no fuiste el único que oíste lo que se dijo la noche que Barbie murió. Tú también te metiste con ella y te pasaste bastante. Por algo que había dicho por ahí de que tu madre se había suicidado por culpa de tu padre. Según ella, tampoco lo había ido contando, así que yo en tu lugar me callaría

la boca.

Cogió la bandeja y salió en dirección al restaurante. Calle estaba pálido. Evocó mentalmente las acusaciones, las duras palabras que le había dicho a Barbie aquella última noche. Recordó también su mirada incrédula ante aquello de lo que la había acusado. Su insistencia cuando, al borde del llanto, le aseguraba que no había dicho nada parecido y que no sería capaz de decirlo jamás. Lo peor era que no podía librarse de la sensación de que le había dicho la verdad.

—Patrik, ¿tienes un minuto? —Annika guardó silencio al ver que estaba ocupado al teléfono.

Levantó un dedo para indicarle que esperase un momento. La conversación parecía estar tocando a su fin.

—Vale, de acuerdo, lo haremos así —dijo Patrik irritado—. Vosotros nos dais el diario y nosotros os damos información de primera mano cuando encontremos al culpable.

Estrelló el auricular en la base del teléfono y se volvió hacia Annika con expresión atormentada.

—¡Idiotas! —exclamó indignado y lanzando un suspiro.

—¿El periodista del diario vespertino? —preguntó Annika antes de sentarse.

—El mismo —respondió Patrik—. Oficialmente, acabo de cerrar un acuerdo con el diablo. Lo más probable es que hubiéramos conseguido el diario de todos modos, pero habríamos tardado más. Llevamos tres días trapicheando con ellos, así que ahora lo haremos así. Tendremos que darles su libra de carne.

—Sí —asintió Annika. Entonces, Patrik se dio cuenta de que estaba esperando impaciente para poder decirle algo.

—Bueno, ¿y qué querías decirme? —le preguntó.

—La consulta que cursé el lunes pasado ha dado resultado —le reveló Annika sin poder ocultar su satisfacción.

—¿Tan pronto? —exclamó Patrik sorprendido.

—Sí, supongo que la atención mediática de que goza Tanumshede en estos momentos ha sido una ventaja —constató.

—Bien, ¿y qué tienes? —preguntó con repentino interés.

—Posiblemente, dos casos más —le dijo mirando sus papeles—. Al menos el modo en que murieron coincide al cien por cien. Y... —vaciló un instante— ... en ambos casos encontraron lo mismo que nosotros en Rasmus y Marit.

—¡Vaya, vaya! —comentó Patrik inclinándose—. Bien, cuéntame todo lo que tengas.

—Uno de los casos es de Lund. Un hombre de unos cincuenta años, murió hace seis. Estaba muy alcoholizado y aunque abrigaron ciertas dudas sobre sus lesiones,

consideraron que se había matado bebiendo. —Annika miró a Patrik, que la animó a seguir—. El otro caso se produjo hace diez años. En Nyköping. Una mujer de setenta años. Se clasificó como asesinato, pero jamás lograron resolverlo.

—Es decir, dos asesinatos más —concluyó Patrik, intuyendo la envergadura de lo que se les avecinaba—. En total, cuatro casos de asesinato que parecen estar relacionados.

—Sí, eso parece —convino Annika quitándose las gafas, que empezó a hacer girar entre sus dedos.

—Cuatro asesinatos —repitió Patrik abatido. El cansancio se extendía sobre su semblante como una fina membrana gris.

—Cuatro, más el asesinato de Lillemor Persson. Lo admito, creo que hemos llegado al límite de nuestra capacidad —observó Annika con pesadumbre.

—Pero, ¿qué dices? —preguntó Patrik—. ¿No crees que podamos con la investigación? ¿Piensas que deberíamos pedir ayuda a la central? —La miró pensativo, con la sospecha de que quizá tuviera razón. Por otro lado, ellos tenían todos los datos, sólo ellos podían encajar todas las piezas del rompecabezas. Exigiría colaboración entre distritos, pero estaba convencido de que eran lo bastante competentes para controlar la situación—. Empezaremos con ello y ya veremos si necesitamos ayuda —decidió.

Annika asintió. Si él lo decía, lo harían así.

—¿Cuándo piensas presentárselo a Mellberg? —le preguntó agitando sus notas.

—En cuanto haya hablado con los responsables de las investigaciones en Lund y Nyköping —respondió—. ¿Tienes ahí los datos de contacto?

Annika asintió.

—Aquí te dejo las notas, contienen todo lo que necesitas. —Patrik le dio las gracias con un gesto. Ya en el umbral, Annika pareció dudar un poco.

—O sea, un asesino en serie, ¿no? —preguntó sin poder dar crédito a lo que acababa de decir.

—Eso parece —contestó Patrik. Luego cogió el auricular y empezó a llamar.

—Oye, ¡qué bonito tienes esto! —exclamó Anna al ver la planta baja.

—Bueno, está un poco vacío. Pernilla se llevó la mitad de las cosas y yo... pues no he tenido tiempo de reemplazarlas. Y ahora parece que no tiene mucho sentido. Tendré que vender la casa y en un apartamento no podré meter muchos muebles.

Anna asintió y lo miró compasiva.

—Sí, es duro. Aunque, comparado con lo que has tenido que pasar... —dijo Dan.

—No te preocupes, no espero que todo el mundo compare sus problemas con los míos. Cada uno tiene su perspectiva de las cosas y yo no puedo convertirme en la medida y el modelo de lo que es razonable quejarse. Lo entiendo.

—Gracias —respondió Dan con una amplia sonrisa—. En otras palabras, me permites que me lamente todo lo que quiera, ¿no?

—Bueno, puede que no todo lo que quieras... —repuso Anna con una sonrisa. Se dirigió a la escalera y señaló la planta superior con un gesto inquisitivo.

—Claro, puedes subir a mirar si quieres. Incluso he hecho la cama y he recogido del suelo la ropa sucia, así que no hay riesgo. No te verás atacada por unos calzoncillos sucios.

Anna puso cara de asco y volvió a reír. Se había reído mucho y muy a menudo últimamente. Era como si tuviese que recuperar varios meses de risas. Y, en cierto modo, así era.

Cuando volvió a bajar, Dan había puesto la mesa con unos bocadillos.

—¡Ñam! ¡Qué rico! —dijo sentándose a la mesa.

—Sí, pensé que nos vendría bien. Y esto es lo único que tengo que ofrecer en estos momentos. Las niñas me dejaron el frigorífico vacío y no he tenido tiempo de ir a comprar.

—Bocadillos es perfecto —replicó Anna dando un gran mordisco a uno de queso.

—¿Cómo van los preparativos de la celebración? —preguntó Dan preocupado—. Tengo entendido que Patrik se pasa los días trabajando y no quedan ni cuatro semanas para el día de la boda.

—Sí, puede decirse que vamos con el tiempo justo... Pero lo vamos resolviendo entre Erica y yo, así que creo que lo conseguiremos. Siempre y cuando la madre de Patrik se mantenga al margen.

—¿Por qué? —preguntó Dan curioso. Anna le respondió con una animada descripción de la última visita de Kristina.

—¡Anda ya! ¡Estás de broma! —repuso muerto de risa.

—Te lo juro —aseguró Anna—. Fue tal y como te lo he contado.

—Pobre Erica —dijo Dan—. Y yo que pensaba que la madre de Pernilla se metía en todo cuando íbamos a casarnos. —Dan meneó la cabeza.

—¿La echas de menos? —preguntó Anna. Dan fingió no haberla entendido.

—¿A la madre de Pernilla? No, ni lo más mínimo, la verdad.

—Venga, hombre, ya sabes a quién me refiero. —Anna lo observó con una mirada escrutadora.

Dan se tomó unos minutos para reflexionar.

—No, creo que puedo decir sinceramente que ya no —dijo al fin—. Antes sí, pero no estoy seguro de que la echase de menos a ella, sino más bien lo que teníamos... como familia, no sé si me explico.

—Sí y no —respondió Anna con una súbita expresión de infinita pena—. Creo que quieres decir que echabas de menos el día a día, la seguridad, lo predecible. Yo eso jamás lo tuve con Lucas. Nunca jamás. Pero, en medio del miedo y, más tarde,

del terror auténtico, tengo la sensación de que eso era lo que yo añoraba también. Un poco de rutina de lunes. Un poco de vida predecible. Lo cotidiano.

Dan puso su mano sobre la de ella.

—No tienes por qué hablar de eso.

—No pasa nada —replicó Anna cerrando los ojos para contener las lágrimas—. He hablado tanto durante las últimas semanas que empiezo a cansarme de mi propia voz. —Anna se rió y se sonó en una servilleta.

Dan mantuvo la mano sobre la de ella.

—Pues yo no me canso lo más mínimo de oírte. Por lo que a mí respecta, podrías estar hablando días enteros.

Se hizo un plácido silencio mientras los dos se miraban a los ojos. El calor de la mano de Dan se extendía por todo el cuerpo de Anna e incluso llegó a derretir partes que ni siquiera sabía que tenía congeladas. Dan abrió la boca para decir algo pero, justo en ese momento, sonó el móvil de Anna. Se sobresaltaron y Anna retiró la mano para sacar el teléfono, que tenía en el bolsillo. Miró la pantalla.

—Es Erica —dijo como disculpándose antes de levantarse para contestar.

En esta ocasión, Patrik decidió convocar a sus colegas en la cocina. Había tanto que digerir entre lo que pensaba exponerles que creyó que podrían necesitar tanto una taza de café bien cargado como algún bollo. Dejó que se fueran sentando, aunque él permaneció de pie. Todos lo miraban tensos según iban entrando. Era evidente que algo pasaba, pero Annika no les había revelado nada, así que ninguno sabía aún de qué se trataba. Sólo que era algo importante, a juzgar por la expresión grave de Patrik. Un pájaro pasó volando ante la ventana de la cocina y, en un acto reflejo, todos se volvieron atraídos por el movimiento, pero enseguida fijaron de nuevo la vista en Patrik.

—Servíos café y bollos antes de empezar —los animó Patrik con voz grave. Se oyó un murmullo mientras todos se servían café del termo y se pedían unos a otros la cesta de los bollos, pero enseguida volvió a reinar el silencio—. A petición mía, Annika envió el lunes pasado una consulta sobre casos de fallecimiento que presentasen similitudes con los asesinatos de Rasmus y Marit.

Hanna alzó la mano y Patrik le indicó con un gesto que podía hablar.

—¿Qué, exactamente, se pedía en la consulta?

Patrik asintió, dando a entender que comprendía la pregunta.

—Enviamos una lista de puntos característicos de estos dos casos de asesinato. Y, en la práctica, abarcan dos ámbitos: el modo en que murieron y el objeto hallado cerca de las dos víctimas.

Esto último constituía una novedad para Gösta y Hanna, que se inclinaron hacia Patrik con gesto inquisitivo.

—¿Qué objeto es ése? —preguntó Gösta.

Patrik echó una ojeada hacia Martin y explicó:

—Cuando Martin y yo revisamos la mochila que Rasmus llevaba cuando murió, encontramos un objeto que también hallamos cerca del cadáver de Marit. En su caso, en el asiento del acompañante. No reaccionamos al verlo porque lo consideramos parte de la basura que había en el coche. Sin embargo, al encontrarlo también en la mochila...

—Pero ¿qué es? —insistió Gösta inclinándose aún más hacia Patrik.

—Una página arrancada de un libro. De un libro infantil, para ser exactos —explicó Patrik.

—¿Un libro infantil? —repitió Gösta incrédulo. Hanna también parecía desconcertada.

—Sí, son páginas del cuento de *Hansel y Gretel*, ya sabéis, de los cuentos de los hermanos Grimm.

—Tú estás de broma —afirmó Gösta.

—Por desgracia, no. Y no sólo eso. Ese dato, en combinación con los detalles sobre el modo en que murieron Rasmus y Marit, nos ha llevado a localizar otros dos casos seguramente relacionados con el nuestro.

—¿Dos casos más? —Ahora le tocó a Martin preguntar sin dar crédito a lo que oía.

Patrik asintió.

—Sí, hemos recibido la información esta mañana. Otros dos casos encajan en el patrón. Uno en Nyköping y el otro en Lund.

—O sea, dos casos más —repitió Martin como un eco, como si a su cerebro le costase asimilar la información que Patrik acababa de exponer. Éste lo entendía a la perfección.

—¿Es totalmente seguro que los cuatro casos guardan relación? —preguntó Hanna—. Suena demasiado increíble, por decirlo de alguna manera.

—Murieron de forma idéntica y todos tenían cerca una página arrancada del mismo cuento. De modo que sí, creo que podemos dar por hecho que los cuatro casos están relacionados —repuso Patrik con acritud, un tanto sorprendido y molesto al ver cuestionada su afirmación—. En cualquier caso, seguiremos con la investigación, o con las investigaciones, partiendo de la base de que existe una conexión entre ellas.

Martin pidió la palabra. Patrik se la concedió con un gesto de asentimiento.

—¿Las otras víctimas también eran abstemias?

Patrik meneó la cabeza despacio. Eso era lo que más lo irritaba.

—No —dijo al fin—. La víctima de Lund había consumido muchísimo alcohol, y la policía no disponía de ese dato con respecto a la víctima de Nyköping, pero había pensado que tú y yo podríamos ir a hablar con ellos y averiguar más detalles.

Martin asintió.

—Claro, ¿cuándo salimos?

—Mañana —respondió Patrik—. Bien, si nadie quiere añadir nada más, podemos dar por finalizada la reunión y ponernos manos a la obra. Si hay algo que haya quedado poco claro, propongo que leáis mi resumen. Annika ha sacado copias y podéis ir cogiendo un ejemplar cada uno según vayáis saliendo.

Se levantaron taciturnos y meditabundos. Todos pensaban en las dimensiones del caso al que se enfrentaban y trataban de incorporar a su vocabulario la expresión «asesino en serie». Jamás, en toda la historia de la comisaría de Tanumshede, habían tenido que recurrir a ella. No era un hito agradable.

Gösta se dio la vuelta al oír a alguien a su espalda cuando iba a entrar en su despacho.

—Martin y yo nos vamos mañana y estaremos fuera dos días —explicó Patrik.

—¿Y? —preguntó Gösta.

—Había pensado que Hanna y tú os encargarais de lo demás entretanto. Por ejemplo, podríais revisar la carpeta de Marit. Yo he leído su contenido tantas veces que creo que sería beneficioso que alguien lo hiciese con nuevos ojos. Y haced lo mismo con lo que tenemos de Rasmus Olsson, por cierto. Además, Martin había comenzado a elaborar una lista de todos los propietarios de galgos españoles del país, y estaría bien que continuaseis con ella. Habla con Martin esta tarde y le preguntas hasta dónde llegó. Y... ¿qué más había? Ah, sí, el periodista del *Kvällstidningen* ha enviado por fax una copia del diario de Lillemor Persson. Nos enviarán también el original, pero llega por correo ordinario y no tenemos tiempo que perder esperándolo. Yo me llevo una copia, pero Hanna y tú podéis ir echándole un vistazo.

Gösta asintió agotado.

—Bien —concluyó Patrik—. Entonces en marcha. ¿Se lo cuentas tú a Hanna?

Gösta volvió a asentir. Más agotado si cabe. Vaya mierda tener que trabajar de aquel modo. Estaría totalmente exhausto antes de que la temporada de golf hubiese empezado siquiera.

Capítulo 7

Era por las noches cuando más cercano sentía el horror. ¿Y si venían mientras ella estaba durmiendo? ¿Y si no le daba tiempo de despertar hasta que no fuese demasiado tarde? En el dormitorio, él y su hermana tenían cada uno su cama. Ella solía ir por las noches a taparlos hasta la barbilla y a darles un beso en la frente, primero a él, luego a su hermana. Un dulce «buenas noches» y apagaba la luz. Y cerraba con llave. Y era entonces cuando el mal campaba a sus anchas dominando sus sentidos. Sin embargo, supieron hallar consuelo. Con pasos cautos y de puntillas, se pasaba a la cama de su hermana y se acostaba pegado a ella bajo el edredón. No acostumbraban a hablar, simplemente se quedaban así, muy cerca, sintiendo el calor mutuo. Tan cerca que se intercambiaban el aliento, aire ardiente que llenaba sus pulmones y se extendía hasta sus corazones invadiéndolos de una sensación de seguridad.

A veces se quedaban así, despiertos, mucho rato. Cada uno veía el miedo en los ojos del otro, aunque incapaces de formularlo con palabras. En esos instantes, sentía a veces tal amor por su hermana que creía que podría estallar. Llegaba a cada rincón de su ser y lo impulsaba a querer acariciar cada centímetro de su piel. La veía tan indefensa, tan inocente, tan atemorizada por lo de fuera. Más asustada aun que él mismo. En su caso, el miedo convivía mezclado con el anhelo de lo que existía allá fuera. Aquello a lo que habría tenido acceso, de no ser por su condición de pájaro cenizo, y de no ser porque lo desconocido lo aguardaba allí.

A veces, cuando yacía así por las noches, con su hermana en sus brazos, se preguntaba si lo terrible guardaba alguna relación con la mujer de la voz agria. Después, el sueño se apoderaba de él. Y con el sueño, los recuerdos.



Martin se mareaba en coche desde siempre. Aun así, trataba de leer las páginas fotocopiadas del diario de Lillemor.

—¿Quién será ese «él» del que habla y al que dice reconocer? —preguntó desconcertado sin dejar de leer, por si encontraba más pistas.

—No lo explica —respondió Patrik, que había leído las copias antes de partir—. Ni siquiera parece estar segura de haberlo visto, o de dónde lo vio.

—Pero sí dice que le produce una sensación desagradable —observó Martin señalando el lugar de la página donde acababa de leerlo—. Resulta increíble que haya sido casualidad que la mataran después.

—Sí, estoy de acuerdo —admitió Patrik mientras aceleraba para adelantar a un camión—. Pero no hay nada más en el diario que resulte de interés, de todos modos. Y puede ser cualquiera. Alguien del pueblo, alguien del grupo de participantes, alguien del equipo de producción... Lo único que sabemos es que se trata de un hombre. —Se detuvo, pues oyó que Martin empezaba a respirar con dificultad—. ¿Te encuentras bien? ¿Te estás mareando? —Una simple ojeada a la cara de Martin le confirmó que así era. Sus pecas relucían rojizas en contraste con la palidez de su cara, más acentuada que de costumbre, y el pecho se le agitaba subiendo y bajando al ritmo de su respiración—. ¿Quieres que abra la ventanilla para que entre un poco de aire fresco? —preguntó algo preocupado. Por un lado, lo sentía por el colega; por otro, no tenía ninguna gana de hacer el viaje hasta Lund con una vomitona en el coche. Martin asintió y Patrik bajó la ventanilla del lado del acompañante. Martin se apoyó en la ventanilla y respiró con avidez el oxígeno, aunque venía mezclado con el humo de los coches, por lo que no le reportó el alivio que esperaba.

Unas cuantas horas más tarde, con las piernas entumecidas y con dolor de espalda, entraron en el aparcamiento de la comisaría de policía de Lund. No se habían permitido más que una breve pausa para orinar y estirar las piernas, ya que ambos estaban ansiosos por saber qué sacarían de la reunión con el comisario Kjell Sandberg. Sólo tuvieron que aguardar unos minutos en recepción: el comisario bajó enseguida. En realidad, el hombre libraba aquel sábado, pero después de la llamada de Patrik, aceptó acudir a la comisaría.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó Kjell Sandberg echando a andar delante de ellos.

Era un hombre de muy baja estatura —poco más de uno sesenta, calculó Patrik—, pero parecía compensarlo con la gran cantidad de energía acumulada en su breve persona. Hablaba con todo el cuerpo y gesticulaba sin cesar, y tanto a Martin como a Patrik les costó seguir su carrera por el pasillo. La marcha culminó por fin en una sala de descanso y entonces Kjell los invitó a pasar primero.

—He pensado que podíamos sentarnos aquí en lugar de en mi despacho —dijo Kjell señalando una mesa donde había un montón de archivadores. En el primero de ellos se leía «Börje Knudsen» que, según sabía Patrik desde el día anterior, era el nombre de la víctima número tres, o número dos, para ser exactos y consecuentes con la cronología. Se sentaron y Kjell empujó el montón hacia Patrik—. Ayer estuve revisándolo todo otra vez. Después de vuestra consulta, bueno, podría decirse que vi una serie de detalles a una luz distinta. —Meneó la cabeza como lamentándolo y excusándose un poco.

—Y hace seis años, ¿no hubo ninguna sospecha de que algo no encajaba? —preguntó Patrik, aunque procurando que no sonara como un reproche.

Kjell meneó de nuevo la cabeza. Cada vez que lo hacía, su enorme bigote aleteaba de un modo un tanto cómico.

—No, la verdad, no se nos pasó por la cabeza que hubiese nada extraño en la muerte de Börje. Ya sabéis, Börje era uno de los borrachos habituales, a los que uno esperaba encontrarse muerto cualquier día. Había estado a punto de morir de una borrachera en más de una ocasión, pero se había librado. Aquel día pensamos simplemente que... Bueno, cometimos un error, no hay que darle más vueltas —dijo con expresión angustiada.

Patrik asintió como para consolarlo.

—Por lo que sé, era fácil cometer ese error precisamente en este caso. También nosotros creímos durante bastante tiempo que nuestro asesinato había sido un accidente. —Con esta confesión, Patrik pareció conseguir que Kjell se sintiera un poco mejor.

—¿Qué fue exactamente lo que hizo que reaccionarais, o, bueno, que reaccionaras a nuestra consulta? —preguntó Martin tratando de no quedarse mirando el aleteo del bigote. Aún conservaba algo de la palidez del viaje y se alegró de poder comer un par de galletas María, que lo animaron un poco. Por lo general, solía tardar unas horas en volver a su ser después de un viaje en coche.

Kjell no dijo nada al principio, se puso a remover en el montón de archivadores, buscando algo. Finalmente, sacó uno que dejó abierto delante de Patrik y de Martin.

—Mirad. Aquí tenéis las fotos de Börje cuando lo encontraron. En fin... llevaba algo más de una semana muerto en el apartamento, así que no ofrecen un espectáculo muy agradable que digamos —explicó disculpándose—. Nadie reaccionó hasta que no empezó a oler mal.

Kjell tenía razón, sin duda, aquellas fotos eran horrendas, pero lo que captó su atención fue algo que Börje sostenía en la mano. Parecía una hoja de papel arrugada. Siguieron mirando fotos hasta que llegaron a un primer plano del papel ya desplegado, después de que se lo hubieran quitado a Börje de la mano. Era una página del libro que Patrik y Martin tan bien conocían a aquellas alturas. El cuento *Hansel y Gretel*, de los hermanos Grimm. Se miraron y Kjell asintió.

—Sí, es una coincidencia extraordinaria como para atribuírsela a la casualidad. Y lo recordaba porque me pareció muy extraño que Börje tuviese en sus manos una página de un cuento. Él no tenía hijos.

—¿Y la página? ¿La conserváis? —preguntó Patrik conteniendo la respiración, tenso y expectante ante la respuesta. Kjell no pronunció una palabra, pero, con una sonrisa en los labios, sacó una funda de plástico que tenía encima de la silla contigua.

—Una combinación de suerte y habilidad —declaró sonriente.

Patrik cogió la funda con expresión solemne y se aplicó a examinarla enseguida. Luego se la pasó a Martin, que también la observó con suma atención.

—¿Y qué me dices del resto, de las lesiones y el modo en que murió? —preguntó Patrik observando con más detenimiento las fotos del cadáver de Börje. Creyó

advertir unas sombras violáceas alrededor de la boca, pero el cuerpo se hallaba en tal estado de descomposición que resultaba casi imposible distinguirlo. Sintió que se le revolvían las tripas sólo de mirarlo.

—Por desgracia, no tenemos información alguna sobre las lesiones. Como os decía, no se hallaba en un estado que permitiera observar nada y, además, Börje siempre estaba más o menos lesionado, o sea que la cuestión es si habríamos reaccionado aunque... —No acabó la frase, pero Patrik comprendió lo que quería decir. Börje era un borracho que solía andar metido en peleas y el que lo hubiesen hallado muerto de una borrachera no dio pie a que se abriera ninguna investigación. Claro, sí, ahora que sabían lo que había sucedido, fue un error, pero Patrik lo comprendía. Con todos los datos en la mano, resultaba muy fácil juzgar.

—Pero ¿presentaba una tasa de alcohol muy elevada?

Kjell asintió con tal vehemencia que el bigote, más que agitarse, empezó a saltar.

—Sí, eso encaja, pero incluso así... Presentaba una tasa absolutamente anormal, aunque, claro, con los años, había alcanzado una tolerancia muy acusada. Y, según el forense, se había bebido una botella entera y de eso murió, sin más.

—¿Tenía algún familiar con el que pudiéramos hablar?

—No, no tenía a nadie. Las únicas personas con las que tenía relación éramos los policías y sus compañeros de la pandilla de alcohólicos del barrio. Y las personas a las que conocía en sus estancias en la cárcel, claro.

—¿Cuáles eran los motivos por los que iba a parar a la cárcel?

—Bueno, las causas eran muy variadas. Tenéis la lista, con las fechas correspondientes, en la primera carpeta. Agresiones, amenazas, conducción bajo los efectos del alcohol, homicidio preterintencional, atracos, todo un repertorio. Yo diría que pasaba más tiempo entre rejas que fuera.

—¿Puedo llevarme este material? —preguntó Patrik cruzando los dedos.

Kjell asintió.

—Sí, ésa era la idea. Y prométeme que llamaréis si pensáis que podemos ayudaros en algo. Yo me encargaré de preguntar entre los colegas, por si hubiera algo más que os sea de utilidad.

—Muchísimas gracias —respondió Patrik y se puso de pie, al igual que Martin.

Camino de la salida, tuvieron que volver a recorrer el pasillo medio a la carrera para seguir el ritmo de Kjell. Las piernas del colega escaniano funcionaban como pequeños palillos de tambor.

—¿Regresáis hoy mismo? —quiso saber Kjell volviéndose hacia ellos justo delante de la salida.

—No, hemos reservado habitación en el Scandic, así que tendremos tiempo de revisar el material tranquilamente antes de la próxima parada de mañana.

—Sí, que será Nyköping, ¿no? —dijo Kjell muy serio—. Los asesinos que

reparten su talento de este modo no son frecuentes, por suerte.

—No —contestó Patrik con la misma seriedad—. No son frecuentes. No lo son en absoluto.

—¿Qué prefieres? ¿Lo de los chuchos o revisar el material de Marit? —Gösta no podía ocultar su frustración ante la carga laboral que les habían encomendado. Hanna tampoco parecía muy animada. Seguramente, se había hecho a la idea de pasar una agradable tarde de sábado en casa con su marido. Sin embargo y muy a su pesar, Gösta tuvo que admitir que, si en algún caso tenían justificación las horas extraordinarias, era en uno como aquél. No todos los días se les presentaba en la comisaría una investigación de asesinato múltiple; cinco, para ser exactos.

Hanna y él se habían instalado en la mesa de la cocina para organizar el trabajo que Patrik les había encomendado, pero ninguno de los dos parecía sentir el menor entusiasmo. Gösta observó a su colega, que servía el café junto al fregadero. Desde luego, no podía decirse que, cuando empezó con ellos, fuese una de esas mujeres entradas en carnes, pero ahora más que delgada estaba raquítica. Se preguntó una vez más si tendría algún problema en casa. Últimamente había en su semblante una expresión tensa, casi atormentada. Tal vez ella y su marido no pudieran tener hijos, aventuró Gösta. Después de todo, Hanna tenía cuarenta años y no tenía niños. Le habría gustado poder ofrecerse para que le contara lo que quisiera, pero tenía la sensación de que no dispensaría una buena acogida a tal ofrecimiento. Hanna apartó un mechón de su rubio cabello y, de repente, Gösta advirtió en su gesto una fragilidad y una inseguridad inmensas. Hanna Kruse era, en verdad, una mujer llena de contradicciones. Era fuerte, dura y valiente en apariencia pero, al mismo tiempo y de vez en cuando, en ciertos gestos, Gösta creía entrever algo muy distinto... algo... roto. Esa era la palabra que en su opinión mejor lo describía. Cuando Hanna se volvió hacia él, no obstante, Gösta se preguntó si no estaría interpretando de más. La expresión de Hanna era hermética, su rostro denotaba fortaleza. No había ni rastro de debilidad.

—Yo me encargaré de los documentos de Marit —propuso ella mientras se sentaba—. Y tú te encargas de los chuchos, ¿te parece bien? —le preguntó mirándolo por encima de la taza.

—Me parece bien. Ya te dije que podías elegir —respondió Gösta un tanto más irritado de lo que pretendía.

Hanna sonrió y la sonrisa suavizó sus rasgos de modo que Gösta dudó aún más de que sus especulaciones fuesen acertadas.

—Un suplicio, ¿no, Gösta?, esto de tener que trabajar.

Le guiñó un ojo, para hacerle ver que estaba bromeando y Gösta no pudo por menos de responder con una sonrisa. Dejó a un lado las reflexiones sobre su vida

doméstica y decidió disfrutar sin más de su nueva colega. Le gustaba muchísimo, de verdad.

—Bien, pues yo me encargo de los chuchos —convino poniéndose de pie.

—¡Guau! —contestó ella entre risas. Después, se puso a hojear los documentos que contenía la carpeta de Marit.

—He oído que el otro día hubo aquí una especie de juego dramático —observó Lars mirando con gravedad a los participantes, que escuchaban sentados en círculo a su alrededor. Nadie pronunció una palabra. Lars lo intentó de nuevo—. ¿Alguien tendría la amabilidad de informarme de lo que pasó?

—Tina hizo el ridículo —murmuró Jonna.

Ésta la miró iracunda.

—¡Y una mierda! —le espetó mirándolos a todos—. Lo que os pasa es que tenéis envidia porque lo encontré yo y no vosotros. Y habríais hecho lo mismo.

—Oye, yo jamás habría hecho algo tan sucio —aseguró Mehmet sin levantar la vista de sus zapatos. Lo había visto demasiado apagado últimamente, de modo que Lars centró su atención en él.

—¿Y cómo estás tú, Mehmet? Pareces bastante abatido.

—No, no es nada —respondió aún con la vista en sus zapatos.

Lars lo observó inquisitivo, pero decidió no insistir. Era evidente que Mehmet no deseaba hablar. Quizá fuera más fácil en la sesión individual. Lars volvió a Tina, que, obstinada, meneaba la cabeza.

—¿Qué decía el diario que tanto te indignó? —le preguntó afable. Tina apretó los labios con rebeldía manifiesta— ¿Qué te hizo pensar que tenías derecho a exponer de ese modo a Barbie..., quiero decir, a Lillemor?

—Decía que Tina no tenía ningún talento —intervino Calle solícito. El ambiente entre él y Tina había sido bastante frío desde la discusión en el restaurante Gestgifveriet, y ahora aprovechaba la ocasión de hacerle la puñeta. Aún le dolía el comentario con que ella había terminado la discusión, por lo que su voz resonó con maldad. En aquellos momentos, su mayor deseo era herirla—. Y no creo que se le pueda reprochar —añadió con frialdad—. No hizo más que constatar un hecho.

—¡Cállate, cállate, cállate! —gritó Tina salpicando saliva.

—Calma, chicos —atajó Lars con dureza—. Es decir, que Lillemor escribió en su diario algo negativo sobre ti, y por eso te creíste con derecho a mancillar su memoria. —Lars le dedicó una mirada de reproche y Tina apartó la vista. Sonaba tan... duro y tal cruel dicho así...

—Escribió un montón de mierda sobre todos vosotros —dijo mirando al grupo con la esperanza de reconducir parte del descontento de Lars hacia alguno de los otros—. Decía que tú eras un niño rico consentido, Calle; que tú, Uffe, eras uno de

los tíos más tontos que había conocido en su vida. Y que Mehmet sufría una inseguridad y una angustia tales ante la idea de no complacer a su familia que debería echarle un poco de valor a la cosa. —Hizo una pausa, antes de dirigirse a Jonna—. Y de ti dijo que tenías los problemas típicos de los países desarrollados y que era ridículo y patético que anduvieras haciéndote cortes a todas horas. Así que cada uno recibió su parte, ¡que lo sepáis! ¿Alguno de vosotros sigue pensando que «deberíamos honrar su memoria» o la basura esa que decís? Si tenéis remordimientos por haberla puesto entre la espada y la pared la noche de la fiesta, ¡olvidadlo! ¡Se lo tenía merecido! —Tina se apartó la melena de la cara con un gesto brusco, como retando a que la contradijeran.

—¿Y morir? ¿También se lo tenía merecido? —preguntó Lars tranquilamente.

Se hizo el silencio en la sala. Tina se mordía una uña de puro nerviosismo. Luego, se levantó bruscamente y echó a correr hacia la calle. Todos la siguieron con la mirada.

La carretera se extendía infinita ante su vista. Sus cuerpos empezaban a resentirse después de tantas horas de coche y Patrik iba dormitando en el asiento del acompañante. Martin se había ofrecido a conducir en esta ocasión, con la esperanza de mantener a raya las náuseas. Hasta el momento, había funcionado, y ya sólo les quedaban unos kilómetros hasta Nyköping. Martin bostezó y contagió a Patrik. Ambos se echaron a reír.

—Me temo que anoche nos quedamos hasta muy tarde —dijo Patrik.

—Sí, yo diría que sí, pero es que había mucho que revisar.

—Desde luego —respondió Patrik sin añadir más comentarios al respecto. La noche anterior, habían desbrozado la información relativa al caso varias veces en la habitación de Patrik. Martin no se fue a la suya hasta bien entrada la madrugada y luego les llevó cerca de otra hora más conciliar el sueño, excitados con tantas ideas y cabos sueltos—. Oye, ¿cómo está Pia? —preguntó, por abordar un tema distinto de los asesinatos.

—¡Muy bien! —a Martin se le iluminó la cara—. Ya se le han pasado las molestias y ahora está estupendamente, la verdad. ¡Joder, es tan emocionante!

—Sí, lo es, sin duda —aseguró Patrik sonriendo al pensar en Maja. Las echaba tanto de menos a ella y a Erica que casi sentía un dolor físico.

—¿Queréis saber de antemano si es niño o niña? —preguntó Patrik curioso cuando tomaron la salida hacia Nyköping.

—Pues, no sé, pero no lo creo —dijo Martin concentrándose en los indicadores—. ¿Qué hicisteis vosotros? ¿Lo preguntasteis?

—No, a mí me parece que eso es como hacer trampas. Dejamos que fuese una sorpresa. Y con el primer hijo, no importa, la verdad. Claro que estaría bien que el

segundo fuera un niño, para tener la parejita.

—Pero, ¿no iréis a...? —comenzó a preguntar Martin mirando a Patrik.

—No, no, ¡qué va! —negó Patrik riendo—. Todavía no, ¡por Dios! Con habituarnos a la vida con Maja tenemos de sobra. Pero más adelante...

—¿Y qué dice Erica? Teniendo en cuenta lo mal que lo ha pasado con Maja... —Martin guardó silencio, pues no sabía si Patrik quería hablar del tema.

Salieron del coche entumecidos y se estiraron un poco antes de entrar en la comisaría. Ya empezaba a resultarles algo habitual. Al menos, a Patrik, ya que era la tercera vez en muy poco tiempo que visitaba una comisaría de otra ciudad. La comisario que los recibió provocó en Patrik una reflexión sobre lo heterogéneo que era el Cuerpo de Policía de Suecia. Jamás había conocido a nadie cuyo aspecto encajase tan poco con la imagen que uno se forjaba a partir del nombre. En efecto, Gerda Svensson no sólo era mucho más joven de lo que él esperaba —rondaba los treinta y cinco—, sino que, pese a la clara sonoridad sueca de su nombre, su piel era tan oscura como la caoba. Era una mujer de una belleza sorprendente. Patrik cayó de pronto en la cuenta de que se había quedado mirándola boquiabierto como un pez y una breve ojeada a Martin le permitió constatar que su colega hacía el ridículo con la misma destreza que él. Le dio un codazo en el costado y le tendió la mano a la comisario Svensson, para presentarse.

—Mis colegas nos aguardan en la sala de reuniones —declaró Gerda Svensson indicándoles con la mano la dirección que debían tomar. Tenía una voz suave y profunda a un tiempo, y muy agradable al oído. A Patrik le costaba apartar la vista de aquella mujer.

No dijeron nada mientras se dirigían a la sala de reuniones, y sólo se oía el resonar de sus zapatos contra el suelo. Cuando entraron en la sala, dos hombres se adelantaron para darles la mano. El primero, que dijo llamarse Konrad Meltzer, frisaba los cincuenta, era menudo y macizo, pero con chispa y una sonrisa afectuosa. El otro tendría la misma edad que Gerda y era alto, corpulento y rubio. Patrik no pudo evitar pensar que Gerda y él formaban una pareja excelente. Supo enseguida que ellos dos lo habían comprendido mucho antes que él, ya que el hombre se presentó como Rickard Svensson, es decir, compartían apellido.

—Por lo que he visto, disponéis de información que puede ser relevante para un asesinato que nosotros archivamos sin resolver. —Gerda se había sentado entre Konrad y su marido, y ninguno de los dos parecía oponerse a que ella tomase el mando—. Yo dirigí la investigación de la muerte de Elsa Forsell —añadió como si hubiese leído la mente de Patrik—. Konrad y Rickard formaban parte de mi equipo y dedicamos muchas horas a las pesquisas. Por desgracia, llegamos a un punto en que nos estancamos... hasta anteayer, cuando llegó vuestra consulta.

—Supimos que vuestro caso guardaba relación con el nuestro en cuanto leímos lo

de la página del cuento —intervino Rickard cruzando las manos sobre la mesa. Patrik no pudo por menos de preguntarse cómo funcionaría la cosa, siendo Gerda su esposa y su jefe a la vez. Aunque Patrik se tenía por un hombre igualitario e instruido, a él le habría costado un poco tener a Erica como superior en el trabajo. Por otro lado, tampoco a ella le gustaría que él fuera su jefe, de modo que quizá no fuese tan extraño.

—Rickard y yo nos casamos una vez finalizada la investigación. Desde entonces, trabajamos en unidades distintas —aclaró Gerda mirando a Patrik, que se ruborizó hasta las cejas. Por un instante se preguntó si no sería cierto que aquella mujer le leía el pensamiento. Sin embargo, se dijo que no debía de resultarle muy difícil adivinar lo que pensaba, ya que, seguramente, no era el primero en hacerse tales reflexiones.

—¿Dónde encontrasteis la página vosotros? —preguntó para cambiar de tema. A los labios de Gerda asomó una sonrisa discreta: se había dado cuenta de que Patrik lo había entendido, pero fue Konrad quien tomó la palabra.

—Estaba entre las páginas de una Biblia que tenía al lado.

—¿Dónde hallaron su cadáver? —quiso saber Martin.

—En su piso. Fue uno de los miembros de su comunidad.

—¿De su comunidad? —se sorprendió Patrik—. ¿Qué clase de comunidad era?

—La Cruz de la Virgen María —respondió Gerda—. Una comunidad católica.

—¿Católica? —preguntó Martin—. ¿Acaso era de algún país del sur?

—El catolicismo no se da sólo en los países del sur —replicó Patrik, un tanto avergonzado por la ignorancia de Martin—. Está extendido por una parte considerable del mundo y en Suecia existen varios miles de católicos.

—Exacto —confirmó Rickard—. Hay unos ciento sesenta mil católicos en este país. Elsa llevaba muchos años en esa comunidad que, en principio, era su familia.

—¿No tenía más parientes? —quiso saber Patrik.

—No, no localizamos a ningún familiar —contestó Gerda moviendo la cabeza negativamente—. Interrogamos a los demás miembros de la comunidad para ver si se había producido una especie de cisma o algo así, que hubiese podido culminar en el asesinato de Elsa, pero el resultado fue cero.

—Si quisiéramos hablar con alguien que hubiese tenido una relación cercana con Elsa... ¿quién se os ocurre? —Martin tenía el bolígrafo preparado para anotar el nombre.

—Sin duda, el sacerdote. Silvio Mancini. El sí es del sur de Europa —dijo Gerda guiñándole un ojo a Martin, que se sonrojó en el acto.

—Por lo que deduje de vuestra consulta, también la víctima de Tanumshede presentaba indicios de haber estado atada, ¿no es cierto? —Rickard le dirigió la pregunta a Patrik.

—Así es. Nuestro forense halló huellas de una cuerda en los brazos y en las

muñecas. Si no me equivoco, fue una de las razones que os inclinaron a considerar la muerte de Elsa como un asesinato, ¿verdad?

—Sí. —Gerda sacó una fotografía que les pasó a Patrik y a Martin por la mesa. Ambos la observaron unos segundos y constataron que, en efecto, las marcas de la cuerda se apreciaban con total claridad. Patrik reconoció además los extraños moratones alrededor de la boca—. ¿Detectasteis residuos de pegamento? —le preguntó a Gerda.

—Sí, el pegamento procedente de cinta adhesiva marrón normal y corriente. —Gerda carraspeó un poco—. Comprenderéis que nos interesa mucho conocer la información de que disponéis sobre los demás casos. A cambio, claro está, os facilitaremos todo lo que tenemos nosotros. Sé que, en ocasiones, se da un alto grado de rivalidad entre los distritos policiales, pero nosotros deseamos sinceramente iniciar una buena colaboración con canales abiertos entre nosotros. —No lo dijo como una súplica, sino como una fría constatación. Patrik asintió sin la menor vacilación.

—Por supuesto. Necesitamos toda la ayuda que nos podáis prestar. Igual que vosotros. De modo que lo más lógico es que nos facilitéis copias de vuestro material y viceversa. Además de mantenernos en contacto por teléfono.

—Bien —dijo Gerda.

A Patrik no le pasó inadvertida la admiración que reflejaba la mirada que Rickard dirigió a su mujer. El respeto de Patrik por Rickard Svensson aumentó enseguida. Era preciso ser un hombre de verdad para saber apreciar a tu mujer, cuando ésta había ascendido más alto que tú en el escalafón.

—¿Sabéis dónde podemos localizar a Silvio Mancini? —preguntó Martin cuando ya se levantaban para despedirse.

—La comunidad católica tiene un local en el centro —Konrad les anotó la dirección en un bloc, arrancó la hoja y se la dio a Martin antes de explicarles cómo llegar.

—Cuando hayáis hablado con Silvio, podéis pasar por aquí a recoger el paquete con las copias de todo el material —sugirió Gerda mientras le estrechaba la mano a Patrik—. Daré orden de que las hagan ahora mismo.

—Muchas gracias por la ayuda —dijo Patrik con sinceridad. Tal y como Gerda había mencionado, la colaboración entre los distritos no siempre era el punto fuerte de la policía, y se sentía muy satisfecho de que en el caso de aquella investigación ocurriese justo lo contrario.

—¿No piensas dejarte ya de tonterías?

Jonna cerró los ojos. La voz de su madre sonaba siempre tan dura y tan acusadora por teléfono...

—Tu padre y yo hemos estado hablando y pensamos que es una irresponsabilidad

inaudita por tu parte malgastar tu vida de ese modo. Además, tenemos que mirar por nuestra reputación en el hospital. Debes comprender que no eres tú sola la que hace el ridículo, ¡nosotros también!

—Ya sabía yo que algo tendría que ver esto con el hospital —murmuró Jonna.

—¿Qué dices? Tienes que hablar un poco más alto, Jonna, no oigo lo que dices. Ya tienes diecinueve años, deberías haber aprendido a expresarte bien a estas alturas. Y te diré que los últimos artículos que publicaron los diarios no nos han gustado lo más mínimo. La gente empieza a preguntarse qué clase de padres somos. Y debes saber que hemos hecho lo que hemos podido. Pero tu padre y yo tenemos una misión importante que cumplir y tú ya eres mayor, Jonna, lo bastante para comprenderlo y para demostrar un poco de respeto por lo que hacemos. ¿Sabes? Ayer operé a un niño ruso que sufría un grave fallo cardíaco. En su país no podía recibir la atención quirúrgica que necesitaba, pero ¡yo le ayudé! Le ayudé a sobrevivir, a vivir una vida digna. En mi opinión, deberías mostrarte un poco más humilde ante la vida, Jonna. Tú has vivido una existencia sin problemas. ¿Te hemos negado algo alguna vez? Siempre has tenido ropa, techo y comida. Piensa en todos los niños que no lo han pasado ni la mitad de bien que tú, ¿qué digo la mitad?, ni una décima parte. A ellos les habría gustado estar en tu pellejo. Y, desde luego, a ellos no se les han ocurrido esas tonterías de autolesionarse y cosas de ésas. ¿Sabes? Yo creo que eres una egoísta, Jonna, y que ya es hora de que madures. Tu padre y yo pensamos...

Jonna colgó el auricular y se desplomó hasta quedar sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. La ansiedad crecía sin cesar hasta que sintió como si quisiera subir y salirle por la garganta. Llenó cada milímetro de su cuerpo, como si fuera a estallarle dentro. La sensación de no tener adonde ir, ningún lugar al que huir, se adueñó de ella como en tantas ocasiones anteriores y, con mano temblorosa, fue a sacar la cuchilla que siempre llevaba en el monedero. Los dedos le temblaban de forma tan incontrolada que se le cayó al suelo. Lanzó una maldición y trató de recuperarla. Se cortó los dedos varias veces pero, tras unos cuantos intentos, lo consiguió y se la llevó despacio hacia la cara interior del brazo derecho. Fijó la vista en la cuchilla con la máxima concentración mientras la hundía en la piel escoriada, cubierta de cicatrices, que parecía un paisaje lunar de carne rosa en algunas zonas y blanca en otras, surcada por pequeños ríos de color rojo. Cuando empezaron a brotar las primeras gotas de sangre, sintió que la angustia cedía. Apretó más fuerte y el hilillo rojo se convirtió en una corriente bombeante. Jonna la observó con una expresión de alivio. Levantó la cuchilla otra vez y dibujó otro río entre las cicatrices. Luego, alzó la cabeza y le sonrió a la cámara. Casi parecía feliz.

—Hola, buscamos a Silvio Mancini —dijo Patrik sosteniendo la placa a la vista de la mujer que les abrió la puerta. Ella se hizo a un lado y gritó hacia el interior del

local: — ¡Silvio! Está aquí la policía.

Un hombre de pelo cano que vestía vaqueros y un jersey se les acercó por el pasillo y Patrik acertó a constatar que, en su subconsciente, se había imaginado que aparecería con el uniforme completo de cura, en lugar de con ropa normal. La parte lógica de su yo se dijo que el sacerdote no podía llevar la sotana a todas horas, pero a él le llevó unos segundos reajustar sus expectativas.

—Patrik Hedström y Martin Molin —saludó Patrik señalando a su colega. El sacerdote asintió y los invitó a sentarse en un pequeño tresillo. No era un local muy amplio, pero sí muy cuidado y profusamente adornado con todos los atributos que Patrik, como profano, asociaba al catolicismo: imágenes de la Virgen María y un gran crucifijo, por ejemplo. La señora que les había abierto la puerta apareció con una bandeja de café y galletas. Silvio le dio las gracias amablemente, pero ella respondió sólo con una sonrisa y se retiró enseguida. Silvio dirigió su atención hacia los dos policías y preguntó en un sueco correcto, aunque con inconfundible acento italiano:

—Bien, ¿qué puedo hacer por la policía?

—Queríamos hacerle algunas preguntas sobre Elsa Forsell.

Silvio exhaló un suspiro.

—Ya, bueno, yo tenía la esperanza de que, tarde o temprano, la policía encontraría algo con lo que seguir investigando. Aunque creo en el fuego del infierno como en una realidad tangible, prefiero que los asesinos reciban su castigo ya en esta vida. —El sacerdote exhibió una sonrisa con la que consiguió expresar humor y empatía a un tiempo. Patrik experimentó la sensación de que él y Elsa habían sido muy buenos amigos, impresión que el propio Silvio confirmó con su siguiente comentario—: Elsa fue una buena amiga durante muchos, muchos años. Participaba con asiduidad en las actividades de la comunidad y yo era, además, su confesor.

—¿Nació en el seno de una familia católica?

—No, en absoluto —rió Silvio—. Pocas lo son en Suecia, a menos que hayan venido de un país católico. Pero Elsa asistió a uno de nuestros servicios religiosos y, bueno, yo creo que encontró lo que buscaba. Elsa era... —Silvio dudó un instante—. Elsa era una especie de alma destrozada. Buscaba algo y lo halló entre nosotros.

—¿Y qué era lo que buscaba? —preguntó Patrik observando al hombre que tenía enfrente. Todo en aquel sacerdote confirmaba que era un hombre bueno, un hombre que irradiaba serenidad, que transmitía paz. Un auténtico hombre de Dios.

Silvio guardó silencio un buen rato antes de responder. Parecía querer medir muy bien sus palabras, pero al final miró a Patrik fijamente y declaró:

—Perdón.

—¿Perdón? —repitió Martin extrañado.

—Perdón —reiteró Silvio con calma—. Lo que todos buscamos, la mayoría sin ser conscientes de ello. Perdón por nuestros pecados, por nuestras debilidades, por

nuestras faltas y nuestros errores. Perdón por cosas que hemos hecho... y por cosas que hemos dejado de hacer.

—¿Y cuál era el motivo de Elsa para buscar el perdón? —preguntó Patrik tranquilo, observando atentamente al sacerdote. Por un instante, creyó que Silvio estaba a punto de ir a contarles algo, pero luego bajó la vista y dijo:

—La confesión es sagrada. Y, además, ¿eso qué importa? Todos tenemos algo por lo que ser perdonados.

Patrik tuvo la sensación de que había algo más detrás de aquellas palabras, pero sabía lo suficiente acerca del voto de silencio de un confesor como para no seguir presionando al sacerdote.

—¿Durante cuántos años fue Elsa miembro de esta comunidad? —preguntó cambiando de asunto.

—Dieciocho años —respondió Silvio—. Ya digo, nos hicimos muy buenos amigos.

—¿Sabe si Elsa tenía enemigos? ¿Alguien que deseara su muerte?

Una vez más advirtió la misma vacilación en el cura, quien, finalmente, negó con la cabeza.

—No, no conozco a nadie que le deseara ningún mal. Aparte de nosotros, Elsa no tenía ni amigos ni enemigos. Nosotros éramos su familia.

—¿Es eso algo habitual? —se interesó Martin, incapaz de impedir que en su voz resonara el escepticismo.

—Ya sé lo que piensa —repuso sin alterarse el hombre de cabellos plateados—. No, no tenemos normas ni restricciones de ese tipo para nuestros fieles. La mayoría tienen familia y otros amigos fuera de la parroquia. Somos como cualquier otra comunidad cristiana. Pero en el caso concreto de Elsa... bueno, ella sólo nos tenía a nosotros.

—El modo en que murió... —comenzó Patrik—. Sabe que alguien la obligó a ingerir una gran cantidad de alcohol. ¿Cómo era su relación con la bebida?

De nuevo creyó advertir Patrik una ligera vacilación, como si el sacerdote reprimiese su voluntad de hablar. Sin embargo, respondió riéndose:

—Pues yo diría que Elsa era, a ese respecto, como la mayoría de la gente. Se tomaba una o dos copas de vino algunos sábados, pero sin excesos. Sí, diría que su relación con la bebida era bastante normal. Además, yo le enseñé a apreciar los vinos italianos, incluso organizamos alguna que otra tarde de cata aquí en el local. Tuvieron mucho éxito.

Patrik enarcó una ceja. Aquel cura católico lo tenía muy sorprendido, desde luego.

Después de haber reflexionado un instante, por si se les había quedado alguna pregunta en el tintero, Patrik dejó su tarjeta de visita sobre la mesa.

—Si recuerda algún detalle, no dude en llamarnos, por favor.

—Tanumshede —leyó Silvio en la tarjeta—. ¿Dónde queda eso?

—En la costa oeste —respondió Patrik poniéndose de pie—. Entre Strömstad y Uddevalla, más o menos.

Totalmente perplejo, observó que Silvio palidecía por completo. Durante un segundo, lo vio tan blanco como a Martin durante el viaje en coche del día anterior. Pero el sacerdote se recuperó enseguida y asintió sin pronunciar palabra. Patrik y Martin se despidieron un tanto desconcertados. Ambos con la sensación de que Silvio Mancini sabía mucho más de lo que les había confiado.

La expectación se mascaba en el ambiente. Todos estaban ansiosos por oír lo que Patrik y Martin habían conseguido averiguar durante su excursión aquel fin de semana. Patrik se fue derecho a la comisaría en cuanto llegaron de Nyköping y dedicó un par de horas a preparar la reunión. De ahí que las paredes de su despacho estuvieran plagadas de fotos y papeles, notas, dibujos y flechas por todas partes. Parecía caótico, pero ya se encargaría él de poner orden en aquel jaleo.

No quedó mucho espacio libre en su despacho cuando todos hubieron tomado asiento, pero Patrik no quiso colocar el material en ningún otro lugar, de modo que tendrían que arreglarse. Martin llegó el primero y se sentó al fondo. Luego llegaron Annika, Gösta, Hanna y Mellberg, por ese orden. Nadie dijo ni una palabra, sino que se dedicaron a mirar con interés el material fijado a las paredes. Todos trataban de hallar el hilo conductor, la guía que los llevaría hasta el asesino.

—Como ya sabéis, Martin y yo hemos estado este fin de semana en Lund y en Nyköping. Las dos comisarías se habían puesto en contacto con nosotros, pues tenían casos cuyas características coincidían con las de las muertes de Marit Kaspersen y Rasmus Olsson. La víctima de Lund —se dio la vuelta para señalar una fotografía de la pared— se llamaba Börje Knudsen. Tenía cincuenta y dos años, alcohólico recalcitrante, encontraron su cadáver en su piso. Para entonces llevaba allí tanto tiempo que, por desgracia, no lograron encontrar indicios de lesiones físicas como las que hemos documentado en las demás víctimas. Sin embargo... —Patrik hizo aquí una pausa y dio un trago del vaso de agua que tenía en la mesa—. Sin embargo, sí que tenía esto en la mano —añadió señalando lo que había en la pared, junto a la foto: la funda de plástico con la página del cuento.

Mellberg levantó la mano.

—¿Tenemos respuesta del laboratorio sobre si había huellas dactilares en las páginas que encontramos en los casos de Marit y Rasmus?

A Patrik lo sorprendió el hecho de que su jefe anduviese tan alerta.

—Sí, nos llegó la respuesta, y nos han devuelto las páginas —asintió señalando las páginas que había junto a las fotos de Marit y Rasmus—. Pero, por desgracia, no

hallaron huellas dactilares. La página encontrada en la mano de Börje está sin analizar, así que saldrá para el laboratorio hoy mismo. Sí lo está, en cambio, la que descubrieron en Elsa Forsell, la víctima de Nyköping. El análisis se llevó a cabo durante la investigación inicial, con resultado negativo.

Mellberg asintió, dando a entender que quedaba satisfecho con la respuesta, y Patrik continuó.

—El caso de Börje se clasificó como un accidente, sencillamente pensaban que había muerto de una borrachera. En el caso de Elsa, en cambio, los colegas de Nyköping investigaron su muerte como un asesinato, aunque nunca dieron con el asesino.

—¿Tenían muchos sospechosos? —preguntó Hanna. Parecía serena, concentrada y estaba un tanto pálida. Patrik se preguntó preocupado si no estaría incubando alguna enfermedad: no podía permitirse el lujo de perder personal en aquella situación.

—No, no había ningún sospechoso. Las únicas personas con las que parecía relacionarse eran los miembros de su comunidad católica y, según parece, ninguno de ellos tenía problemas con ella. Al igual que la víctima de Lund, también a ella la asesinaron en su piso. —Señaló la foto que habían tomado del lugar del crimen—. Y, oculto entre las páginas de la Biblia que tenía en la mano, estaba esto. —Señaló entonces la página del cuento de *Hansel y Gretel*.

—Pero ¿qué clase de loco de mierda es? —preguntó Gösta incrédulo— ¿Qué coño tiene que ver el cuento con todo esto?

—No lo sé, pero me huelo que es la clave de esta investigación —respondió Patrik.

—Esperemos que la prensa no se entere de esto —masculló Gösta—. De lo contrario, tendremos al «asesino de Hansel y Gretel», con esa afición que tienen por bautizar a los asesinos...

—Ya, bueno, no tengo que recordaros lo importante que es que nada de esto llegue a oídos de la prensa —recalcó Patrik, que tuvo que contenerse para no mirar a Mellberg. Pese a ser el jefe, siempre constituía una carta dudosa. Pero incluso él parecía haber recibido su ración de atención mediática las últimas semanas, porque asintió conforme.

—¿Tenemos algún dato, o alguna intuición, de cuáles serían los puntos de contacto entre los asesinatos? —preguntó Hanna.

Patrik miró a Martin, que fue quien respondió:

—No, por desgracia, volvemos al punto cero. Börje no era precisamente abstemio, y Elsa parecía tener una relación normal con la bebida, ni abstinencia radical ni consumo exagerado.

—De modo que no tenemos ni idea de cuál es la conexión entre los asesinatos —

concluyó Hanna con gesto preocupado.

Patrik dejó escapar un suspiro y abarcó con una mirada todo el material que había fijado en las paredes.

—No —dijo finalmente—. Lo único que sabemos es que, con toda probabilidad, el asesino es el mismo en los cuatro casos. Por lo demás, no existe un solo punto de contacto entre ellos. Nada hay que nos indique que Elsa y Börje guarden relación alguna con Marit y Rasmus ni con las ciudades en las que vivían. Aunque, como es natural, tendremos que emprender otra ronda de interrogatorios con los parientes de Marit y Rasmus para ver si les suenan los nombres de Börje y de Elsa, o si saben si alguno de los dos vivió en Lund o en Nyköping. En estos momentos, estamos dando palos de ciego, pero la conexión existe. ¡Tiene que existir! —exclamó Patrik con frustración.

—¿No podrías marcar las ciudades en el mapa? —sugirió Gösta señalando el mapa de Suecia que colgaba de una de las paredes.

—¡Por supuesto! ¡Es una buena idea! —respondió Patrik sacando de una cajita que tenía en el cajón unos alfileres con la cabeza de distintos colores. Con mucha precisión, clavó cuatro alfileres en el mapa: uno en Tanumshede, otro en Boras, otro en Lund y otro en Nyköping.

—En cualquier caso, el asesino se mantiene en la mitad sur de Suecia. Al menos limita un poco la zona de búsqueda —observó Gösta enfurruñado.

—Sí, habrá que conformarse con lo poco que tenemos —replicó Mellberg con una carcajada, pero guardó silencio enseguida, al ver que a nadie parecía hacerle la menor gracia.

—Bueno, creo que tenemos trabajo por hacer —dijo Patrik muy serio—. Y no podemos perder de vista la investigación del caso Persson —les recordó—. Gösta, ¿qué tal la lista de los dueños de galgos españoles?

—Está terminada —contestó Gösta—. Ciento sesenta propietarios. Es lo máximo que he conseguido, porque parece que hay algunos que no figuran en ningún listado ni registro.

—Pues sigue adelante con los que tienes, compara la dirección de cada uno y comprueba si es posible relacionar a alguno con esta zona.

—Claro —respondió Gösta.

—Había pensado que podríamos tratar de conseguir más información a partir de las páginas del cuento —continuó Patrik—. Martin y Hanna, ¿podrías hablar con Ola y con Kerstin una vez más, por si les suenan los nombres de Elsa o de Börje? Hablad también con Eva, la madre de Rasmus Olsson. Pero hacedlo por teléfono, os necesito aquí.

Gösta levantó la mano, algo inseguro.

—¿No podría ir yo con Hanna a hablar con Ola Kaspersen? Hanna y yo

estuvimos con él el viernes pasado, y yo me quedé con la sensación de que no nos lo contó todo.

Hanna miró a Gösta.

—Pues yo no me di cuenta —aseguró la colega dando a entender que Gösta se estaba sacando aquello de la manga.

—Sí, mujer, claro que te darías cuenta de que... —Gösta se volvió hacia Hanna para seguir con la explicación, pero Patrik lo interrumpió.

—Vale, vosotros vais a Fjällbacka y habláis con Ola. De la lista puede encargarse Annika. Por cierto, me gustaría verla, así que, cuando hayas terminado con ella, déjala en mi mesa.

Annika asintió sin dejar de tomar notas.

—Martin, tú revisarás el material audiovisual de la noche en que murió Barbie. Puede que se nos haya escapado algo, así que examina la grabación escena a escena.

—Cuenta con ello —respondió Martin resuelto.

—Bien, en ese caso, adelante —concluyó Patrik poniéndose en jarras. Todos se levantaron y salieron en fila, uno tras otro. Ya solo en su despacho, Patrik volvió a mirar a su alrededor. Aquella tarea los superaba. ¿Cómo lograrían encontrar el vínculo entre todas aquellas piezas?

Descolgó de la pared las cuatro hojas del cuento con la mente totalmente en blanco. ¿Qué haría para sacar más información de aquello?

Una idea fue abriéndose paso en su mente. Patrik cogió la cazadora, puso las hojas cuidadosamente en una carpeta y se apresuró a salir de la comisaría.

Martin cruzó las piernas sobre la mesa con el mando a distancia en la mano. Empezaba a estar cansado y aburrido de aquello. Todo había sido demasiado intenso, había estado demasiado alerta, había vivido demasiada tensión aquellas últimas semanas. Sobre todo, había descansado demasiado poco y había pasado demasiado poco tiempo con Pia y «la piña», como la llamaban.

Pulsó la tecla de «reproducir» y dejó que la cinta pasara a cámara lenta. Ya la había visto con anterioridad, y dudaba de la utilidad que tendría hacerlo otra vez. ¿Por qué iba a haber rastro del asesino o de cualquier otra pista en aquella grabación? Seguramente, Lillemor encontró la muerte cuando salió corriendo de la finca. Pero Martin estaba acostumbrado a obedecer y no estaba dispuesto a ponerse a discutir con Patrik.

Sintió que le entraba sueño de estar retrepado en la silla viendo la película. El ritmo lento contribuía a aumentar la sensación de cansancio y tuvo que obligarse a mantener los ojos abiertos. Él no advertía nada nuevo en la pantalla. En primer lugar, se veía el enfrentamiento entre Uffe y Lillemor. Cambió de cámara lenta a la velocidad normal para poder oír el sonido y constató, una vez más, la hostilidad de la discusión. Uffe acusaba a Lillemor de haber ido hablando mal de él, de haberles

dicho a los demás que era imbécil, tonto, un troglodita. Y Lillemor se defendía llorando y porfiando que ella no le había dicho nada de eso a nadie, que todo era mentira, que alguien quería hacerle una putada. Uffe no parecía creerla y la discusión adquirió un cariz más físico. Luego, Martin vio cómo él mismo y Hanna aparecían en escena para poner fin a la trifulca. La cámara se acercaba de vez en cuando a sus rostros y Martin constató que expresaban tanto enojo como de hecho sentían.

Después se sucedían unos cuarenta y cinco minutos de grabación en los que no sucedía nada. Martin intentó prestar atención en la medida de lo posible, trató de ver cosas que se le hubiesen escapado con anterioridad, algo que alguien dijese, algo del entorno. Pero nada parecía interesante. Nada era nuevo. Y el sueño amenazaba constantemente con cerrarle los ojos. Pulsó el botón de «pausa» y fue a buscar un café. Iba a necesitar todos los medios a su alcance para mantenerse despierto. Volvió a pulsar la tecla de «reproducir» y se sentó dispuesto a seguir mirando la cinta. Empezaba a fraguarse la pelea entre Tina, Calle, Jonna, Mehmet y Lillemor. Oyó las mismas acusaciones que ya había oído de Uffe. Le gritaban a Lillemor, la empujaban y la acosaban preguntándole qué coño era eso de ir hablando mal de ellos. Vio a Jonna atacarle duramente y, exactamente igual que antes, Lillemor se defendió llorando a lágrima viva de modo que el maquillaje se le corrió y le emborronó las mejillas.

Martin no pudo por menos de conmoverse al verla de pronto tan pequeña, tan indefensa y tan joven bajo la melena, el maquillaje y la silicona. No era más que una pobre chica. Tomó un sorbo de café y vio en la pantalla cómo Hanna y él intervenían para poner fin a la pelea. La cámara seguía primero a Hanna, que se apartó unos metros con Lillemor, y luego al propio Martin que, con expresión furibunda, les leía la cartilla al resto de los participantes. Luego, la cámara enfocó de nuevo el aparcamiento y grabó el momento en que Lillemor echaba a correr hacia el pueblo. La cámara se acercó a su espalda mientras la muchacha se alejaba, luego aparecía Hanna hablando por el móvil y después otra vez Martin, que, aún enojado, seguía con la mirada la huida de Lillemor.

Una hora más tarde, Martin no había visto más que a un puñado de jóvenes borrachos y a los participantes, que continuaban la fiesta. Los últimos fueron a acostarse hacia las tres y las cámaras dejaron de filmar. Martin se quedó sentado mirando sin ver la negra pantalla mientras rebobinaba la cinta. No podía decir que hubiese descubierto nada que les permitiese avanzar. Sin embargo, algo carcomía su subconsciente y lo importunaba como una carbonilla en el ojo. Miró una vez más la pantalla a oscuras. Y volvió a pulsar el botón de «reproducir».

—Sólo tengo una hora para el almuerzo —advirtió Ola iracundo cuando abrió la puerta—. Así que ya pueden abreviar.

Gösta y Hanna entraron y se quitaron los zapatos. Era la primera vez que iban a casa de Ola, pero no se sorprendieron ante el orden desmesurado y la limpieza que allí reinaban, ya que habían visto su despacho.

—Yo voy a ir comiendo entretanto —dijo señalando un plato de arroz, pechuga de pollo y guisantes.

Ni una gota de salsa, constató Gösta, que, por su parte, era incapaz de pensar siquiera en comerse nada que no llevase salsa. Eso era precisamente lo más interesante, la salsa. Por otro lado, había sido agraciado con una capacidad de asimilación de los alimentos que le impedía engordar y adquirir la odiosa barriga de cincuentón, pese a que su alimentación le habría debido garantizar una bien hermosa. Tal vez Ola no tuviese tanta suerte.

—Bueno, ¿y qué quieren ahora? —preguntó mientras ensartaba con cuidado unos guisantes en el tenedor.

Gösta observó fascinado que Ola parecía reacio a mezclar los alimentos en cada bocado, ya que comía los guisantes, el arroz y el pollo todo por separado.

—Hemos obtenido información nueva desde la última vez que hablamos —repuso Gösta con acritud—. ¿Le resultan familiares los nombres de Börje Knudsen y de Elsa Forsell?

Ola frunció el entrecejo y se volvió al oír un ruido a su espalda. Era Sofie, que salió de su habitación y se quedó mirando sorprendida a Gösta y a Hanna.

—¿Cómo es que estás en casa? —le preguntó Ola iracundo y mirándola amenazador.

—Pues... me sentía mal —respondió la muchacha, que, de hecho, no parecía encontrarse muy bien.

—¿Y qué es lo que te pasa? —insistió Ola como si aún no estuviera convencido.

—Estaba mareada y he vomitado —explicó. Le temblaban ligeramente las manos y tenía la piel sudorosa, lo que, finalmente, pareció persuadir a su padre de que decía la verdad.

—Pues vuelve dentro y acuéstate —le dijo en un tono algo más amable. Pero Sofie negó vehementemente con la cabeza.

—No, yo también quiero estar —replicó resuelta.

—Te digo que vayas a acostarte. —La voz de Ola sonaba firme, pero la mirada de su hija no lo era menos. Sin responder siquiera, se sentó en una silla, en el rincón, y aunque era evidente que a Ola le resultaba bastante incómodo que estuviera con ellos, no insistió más. En silencio, tomó otro bocado de arroz.

—¿Qué le han preguntado? ¿Qué nombres son esos? —quiso saber Sofie mirando a Gösta y a Hanna con los ojos brillantes, como si tuviera fiebre.

—Preguntábamos si tu padre o tú habéis oído los nombres de Börje Knudsen o de Elsa Forsell en relación con tu madre.

Sofie pareció reflexionar unos segundos. Luego, negó con la cabeza y miró inquisitiva a su padre.

—Papá, ¿a ti te suenan?

—No —aseguró Ola—. Jamás los había oído con anterioridad. ¿Quiénes son?

—Otras dos víctimas —explicó Hanna.

Ola se sorprendió y se quedó con el tenedor a medio camino hacia la boca.

—¿Cómo? ¿Qué me dice?

—Son dos personas que fueron víctimas del mismo asesino de su ex mujer y de tu madre —añadió Hanna con tiento, sin mirar a Sofie a la cara.

—¿Qué coño están diciendo? Primero vienen a preguntarme por el tal Rasmus. ¿Y ahora resulta que traen a dos más? De verdad, me pregunto a qué se dedica la policía.

—Trabajamos las veinticuatro horas —repuso Gösta ofendido. Desde luego, había algo en aquel tipo que lo sacaba de quicio. Respiró hondo y añadió—: Las víctimas vivían en Lund y Nyköping. ¿Saben si Marit tenía alguna relación con esas ciudades?

—¿Cuántas veces voy a tener que decirlo?! —rugió Ola—. Marit y yo nos conocimos en Noruega. A los dieciocho años, nos vinimos aquí a trabajar. Y, desde entonces, ¡no hemos vivido en ningún otro lugar! ¿Les cuesta entenderlo o qué?

—Papá, cálmate —intervino Sofie posando una mano sobre el brazo de su padre para serenarlo. Pareció conseguirlo, pues Ola dijo con fría calma:

—Creo que deberían estar haciendo su trabajo, en lugar de venir aquí cada dos por tres a interrogarnos. Nosotros no sabemos nada.

—Puede que no sepan que lo saben —observó Gösta—. Y nuestro trabajo consiste en averiguarlo.

—¿Tienen alguna idea de por qué asesinaron a mi madre? —preguntó Sofie con un hilo de voz. Gösta vio con el rabillo del ojo que Hanna volvía la cabeza. Pese a la dureza de sus formas, aún le afectaba mucho el contacto con los familiares de las víctimas. Una cualidad molesta pero, en cierto modo, positiva en un policía. Él, por su parte, se había curtido con el tiempo. En un acceso de lucidez, comprendió que quizá por eso había rehuido el trabajo en los últimos años. Su cupo de desgracias estaba colmado y él había clausurado todas las vías.

—No podemos decir nada sobre el tema en este momento —le dijo Gösta a Sofie, que tenía, en verdad, muy mal aspecto. Esperaba que no les contagiase nada. Desde luego, llegar a la comisaría y mandarlos a todos a la cama con gastroenteritis no lo convertiría en el policía más popular—. ¿Hay algo, lo que sea, que no nos hayan contado sobre Marit, pero que querrían aprovechar para contar ahora? Cualquier cosa podría ser de utilidad para encontrar la conexión entre Marit y las demás víctimas. —Miró fijamente a Ola. La sensación que experimentó cuando hablaron con él en las

oficinas de Inventing seguía viva. Había algo que aquel hombre se resistía a contarles.

No obstante, Ola le respondió entre dientes y sosteniéndole la mirada:

—¡No-sabemos-nada! ¿Por qué no van a hablar con la bollera esa? Quizá ella sí sepa algo.

—Yo... yo... —balbució Sofie mirando insegura a su padre. Se diría que la joven se esforzaba por formular una frase, sin saber cómo—. Yo... —comenzó de nuevo, aunque una mirada de Ola la obligó a callar. Luego, echó a correr hacia la cocina, tapándose la boca con la mano. Desde el baño la oyeron vomitar.

—Mi hija está enferma. Quiero que se marchen ahora mismo.

Gösta miró inquisitivo a Hanna, que se encogió de hombros. Se encaminaron a la puerta. El policía se preguntaba qué estaría tratando de decirles Sofie.

La biblioteca estaba tranquila y silenciosa aquel lunes por la mañana. Antes se llegaba dando un cómodo paseo desde la comisaría, pero como la habían trasladado a los locales de «Futura», Patrik tuvo que coger el coche. No había nadie al otro lado del mostrador cuando entró, pero, después de llamar en voz baja, apareció de detrás de las estanterías la bibliotecaria de Tanumshede.

—¡Hola! ¿Tú por aquí? —preguntó Jessica sorprendida enarcando una ceja. Patrik se dio cuenta de que hacía bastante tiempo que no ponía un pie en la biblioteca. Desde que acabó el instituto, más o menos, aunque se abstuvo de calcular cuántos años hacía de eso. En cualquier caso, Jessica aún no era la bibliotecaria, puesto que tenían la misma edad.

—Hola, sí, ya. Me preguntaba si podrías ayudarme con un asunto. —Patrik dejó la carpeta en la mesa que había delante del mostrador de préstamo y sacó las fundas de plástico que protegían las páginas. Jessica se acercó curiosa para verlas. Era alta y delgada y tenía una melena de color castaño claro que ahora llevaba recogida en una práctica cola de caballo. Un par de gafas descansaban sobre la punta de su nariz, y Patrik no pudo por menos de preguntarse si serían administrativo obligatorio en los estudios de biblioteconomía.

—Claro, dime, ¿qué necesitas? —se interesó Jessica.

—Tengo aquí una serie de páginas de un cuento infantil —expuso Patrik señalando las hojas—. Quería saber si hay algún modo de averiguar de dónde o, más bien, de quién son estas páginas.

Jessica se encajó las gafas en la base de la nariz y sacó las hojas con cuidado para examinarlas. Las colocó una al lado de la otra, pero luego las cambió de sitio.

—Ahora están en orden —dijo satisfecha.

Patrik se inclinó para ver mejor. Y sí, ahora lo veía claro. Ahora el cuento se desarrollaba como debía, con el principio en la página que habían encontrado en la

Biblia de Elsa Forsell. Una certeza empezó a adquirir cuerpo en su interior. Las páginas se hallaban ahora en el orden en que se habían cometido los asesinatos. En primer lugar, la página de Elsa Forsell, en segundo lugar, la de Börje Knudsen, después la de Rasmus Olsson y, finalmente, la que hallaron en el coche de Marit Kaspersen. Miró a Jessica agradecido.

—Ya me has ayudado —le agradeció volviendo a concentrarse en las páginas—. ¿Sabrías decirme algo del libro? —preguntó—. ¿De dónde ha salido?

La bibliotecaria reflexionó un minuto, al cabo del cual fue detrás del mostrador y empezó a teclear en el ordenador.

—A mí me parece que es un ejemplar bastante antiguo —opinó—. Seguro que tiene bastantes años. Se aprecia tanto en las ilustraciones como en el lenguaje utilizado.

—¿De cuándo crees que es, más o menos? —Patrik no podía contener su curiosidad.

Jessica lo miró por encima de las gafas. Por un instante, se le antojó misteriosamente parecida a Annika.

—Es lo que estoy intentando averiguar. Si me dejas trabajar un momento.

Patrik se sintió como un escolar al que acababan de reprender. Algo azorado, guardó silencio, pero observó lleno de curiosidad los dedos de Jessica, que volaban sobre el teclado.

Al cabo de un rato, que a Patrik le pareció una eternidad, dijo:

—El cuento de *Hansel y Gretel* ha tenido en Suecia incontables ediciones a lo largo de los años, pero he descartado las posteriores a 1950, y así han quedado muchas menos. Antes de esa fecha, aparecen diez ediciones distintas. Yo diría —y subrayó el «diría»— que se trata de una de las ediciones de los años veinte. Voy a comprobar si, a través de alguna librería de viejo, puedo localizar mejores imágenes de esas ediciones. —La joven volvió a teclear y Patrik se contuvo para no ponerse a dar paseos de un lado a otro, movido por la impaciencia.

Finalmente, Jessica encontró algo.

—Mira, ¿te resulta familiar esta ilustración?

Patrik dio la vuelta por detrás del mostrador hasta llegar a su lado para verlo mejor y sonrió satisfecho al ver la cubierta, que, sin lugar a dudas, tenía el mismo tipo de ilustraciones que las páginas halladas junto a las víctimas.

—Bueno, pues ésa era la buena noticia —añadió Jessica cortante—. La mala noticia es que no se trata de una edición ni única ni de poca tirada. Se publicó en 1924 y se imprimieron mil ejemplares. Y, además, no es seguro que el propietario del libro lo haya adquirido cuando se editó. Esa persona puede haberlo comprado en una librería de viejo en cualquier momento. Si busco en páginas de Internet donde localizar libros antiguos, me aparecen diez ejemplares de este mismo libro, a la venta

en todo el país y en este momento.

Patrik sintió que el desánimo se apoderaba de él. Sabía que era rebuscado, pero, aun así, había abrigado una mínima esperanza de averiguar algo a través del libro. Patrik salió de detrás del mostrador y se quedó mirando enojado las páginas sueltas. Sentía deseos de romperlas en mil pedazos de pura frustración, pero se dominó.

—¿Te has dado cuenta de que falta una página? —preguntó Jessica colocándose a su lado. Patrik la miró sorprendido.

—No, no había reparado en ello.

—Pues está claro, por la paginación —insistió señalando los números de las páginas—. La primera hoja tiene las páginas cinco y seis, y luego salta a la nueve y la diez, después tenemos la once y la doce, y la última, la trece y la catorce. Es decir, falta la hoja correspondiente a las páginas siete y ocho.

La cabeza de Patrik era un mar de ideas. Con una certeza implacable, comprendió lo que aquello significaba: en algún lugar había otra víctima.

Capítulo 8

No debería. Y lo sabía. Pero no podía evitarlo. A su hermana no le gustaba que mendigase, que pidiese lo inalcanzable. Pero algo en su interior le impedía dejar de hacerlo. Necesitaba saber lo que había allí fuera. Qué había más allá del bosque, más allá de los campos. Aquello a lo que ella acudía a diario, cuando los abandonaba en la casa. Tenía que saber cómo era aquello cuya existencia les recordaba el ruido de un avión surcando el cielo por encima de sus cabezas, o cuando oían el ruido de un coche, lejos, muy lejos.

Al principio, ella se negaba. Les decía que ni hablar. Que el único lugar donde estaban seguros, donde él, su pobre pájaro cenizo, estaba seguro, era en la casa, en su reducto. Pero él seguía preguntando. Y cada vez que preguntaba, creía advertir que su resistencia se agotaba. Él mismo oía su obstinación, lo suplicante del tono que se le colaba en la voz cada vez que hablaba de lo desconocido, de aquello que quería ver sólo una vez.

Su hermana permanecía siempre a su lado en silencio. Los observaba con un peluche en el regazo y con el pulgar en la boca. Ella nunca confesó tener el mismo anhelo. Y jamás se habría atrevido a preguntar. Pero, a veces, él atisbaba en sus ojos un destello del mismo deseo cuando, sentada junto al banco de madera que había al lado de la ventana, miraba al bosque que, al parecer, se extendía infinito. En esos momentos, veía que su hermana abrigaba el mismo anhelo que él.

Por eso continuaba preguntando. Por eso rogaba y suplicaba. Ella le recordaba al cuento que tan a menudo leían, aquel cuento sobre dos hermanos curiosos que se perdieron en el bosque. Que estaban solos y asustados, atrapados en la casa de una bruja mala. Podían extraviarse allí fuera. Y era ella quien los protegía. ¿Acaso querían extraviarse? ¿Acaso querían arriesgarse a no encontrar nunca el camino de vuelta a casa? Ya los había salvado de la bruja en una ocasión... La voz de ella sonaba siempre tan frágil, tan triste, cuando respondía a sus preguntas con más preguntas... Pero había algo en su interior que lo impulsaba a continuar, aunque el desasosiego le arañaba y le descarnaba el pecho cuando oía su voz temblorosa, y se le llenaban los ojos de lágrimas. La atracción de lo que había fuera era tan intensa...



—¡Bienvenidos! —Erling los fue invitando a entrar agitando la mano y se irguió un poco más al ver a los cámaras que entraron detrás—. A Viveca y a mí nos alegra tanto que hayáis querido venir a esta modesta cena de bienvenida en nuestra sencilla

morada —añadió en dirección a la cámara con un cacareo. Los telespectadores apreciarían sin duda el hecho de poder adentrarse en la vida de *the rich and famous*, como él mismo le dijo a Fredrik Rehn cuando le propuso la idea. Naturalmente, a Fredrik le pareció genial. Invitar a los participantes a una cena de despedida en la casa del pez gordo del Consejo Municipal era, desde luego, de lo más apropiado—. Vamos, vamos, entrad —insistió conduciéndolos hasta la sala de estar—. Viveca no tardará en ofreceros una copa de bienvenida. ¿O acaso no bebéis? —dijo con un guiño y soltando una carcajada ante su propia ocurrencia.

Satisfecho, pensó que los telespectadores comprenderían que no era el estereotipo de funcionario municipal triste y aburrido enfundado en su traje no menos gris. No, él sabía animar el ambiente. En las conferencias siempre era él quien contaba las mejores anécdotas en la sauna de los chicos, sí, todos los empresarios lo conocían por sus bromas. Un *killer*, pero de los graciosos.

—Mira, ya viene Viveca con las copas —añadió señalando a su mujer, que aún no había pronunciado una sola palabra. Habían mantenido una pequeña charla sobre ello antes de que llegaran los invitados y el equipo de los cámaras. Debía mantenerse apartada y dejar que él brillase en solitario. No en vano era el artífice de todo aquello —. He pensado ofreceros la posibilidad de probar una bebida de adultos —continuó con una risita—. Un auténtico Dry Martini, o un *draja*, como solíamos llamarlo en Estocolmo. —Volvió a reír, demasiado alto esta vez, pero quería estar seguro de que su voz llegaba a la pantalla. Los muchachos olisquearon cautos la bebida, en cuya superficie flotaba una aceituna ensartada en un palillo.

—¿Hay que comerse la aceituna? —preguntó Uffe arrugando la nariz con repulsión.

Erling sonrió.

—No, qué va, puedes dejarla ahí. Es más bien un adorno. —Uffe asintió sin más y apuró la copa procurando evitar la aceituna.

Algunos siguieron su ejemplo y Erling comenzó a hablar, un tanto desconcertado:

—Bueno, yo había pensado daros la bienvenida con un brindis, pero se ve que algunos teníais sed. En fin, ¡salud! —Alzó un poco más su copa, recibió un murmullo indefinido por respuesta y dio un sorbito a su Dry Martini.

—¿Puedo tomarme otro? —preguntó Uffe tendiéndole la copa a Viveca. La mujer miró a Erling, y éste asintió. ¡Qué puñetas! Había que dejar que los chicos se divirtieran un poco.

Justo para el postre, empezó a apoderarse de Erling W. Larson cierta sensación de arrepentimiento. Era verdad que tenía un vago recuerdo de que, en su reunión con Fredrik Rehn, éste le había advertido de que se guardase de servirles a los chicos demasiado alcohol durante la cena, pero desechó tontamente las objeciones de Rehn. Si no recordaba mal, pensó que nada podía ser peor que aquella ocasión, en 1998,

cuando toda la dirección fue a Moscú en viaje de negocios. En realidad, lo que sucedió entonces estaba aún muy poco claro, pero él conservaba algún recuerdo fragmentario, que incluía caviar ruso, una cantidad bestial de vodka y un prostíbulo. Sin embargo, Erling no reparó en que una cosa era emborracharse en terreno ajeno y otra muy distinta tener a cinco jóvenes borrachos en su propia casa. La comida en sí había sido algo similar a una catástrofe. El canapé de huevas de salmón apenas lo habían tocado, el *risotto* con vieiras fue recibido con amagos de vomitona a modo de efectos de sonido, sobre todo de aquel bárbaro de Uffe, y ahora parecían haber alcanzado el culmen, ya que desde el baño se oían las arcadas de una vomitona de verdad. Teniendo en cuenta que al menos el postre sí se lo habían comido, se imaginó horrorizado cómo quedaría la *mousse* de chocolate en las flamantes y preciosas teselas del cuarto de baño.

—¡Pero si tenías más vino, Erla el perla! —balbució Uffe con voz gangosa saliendo triunfal de la cocina con una botella recién abierta. Con una sensación de vértigo en el estómago, Erling constató que a Uffe se le había ocurrido descorchar uno de los mejores reservas que tenía y, por ende, uno de los más caros. Sintió la efervescencia de la rabia, pero se contuvo al notar que la cámara lo filmaba en primer plano, seguramente con la esperanza de grabar una reacción de ese estilo.

—Fíjate, ¡qué suerte! —observó sereno y con una sonrisa forzada. Acto seguido, lanzó una mirada suplicante a Fredrik Rehn. Sin embargo, el productor debió de pensar que el consejero se lo tenía bien merecido y le tendió a Uffe la copa vacía para que se la llenase.

—Sírreme un poco, Uffe —pidió sin mirar a Erling.

—Y a mí —dijo Viveca, que había guardado silencio durante la cena, mirando desafiante a su marido. Erling estallaba por dentro. Aquello era un motín, pensó antes de sonreír a la cámara.

Faltaba menos de una semana para la boda. Erica empezaba a sentirse un tanto nerviosa, aunque la intendencia estaba bajo control. Anna y ella habían trabajado como animales para organizado todo, las flores, las tarjetas de distribución en las mesas, el alojamiento de los invitados, la orquesta, todo, todo, todo. Erica observó preocupada a Patrik, que estaba desayunando enfrente de ella y mordisqueaba absorto un bocadillo. Le había preparado un chocolate y una rebanada de pan ácimo con queso y huevas, la combinación favorita de Patrik, que a Erica le producía náuseas. Pero ahora estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para que Patrik ingiriese algún alimento. Desde luego, no tendría ningún problema para entrar en el frac, se decía Erica.

Los últimos días, Patrik había deambulado por la casa como un espectro. Llegaba, comía, se acostaba y se levantaba al alba para ir a la comisaría. Se lo veía agotado y

ojeroso, marcado por el cansancio y la frustración, y Erica había empezado a percibir también cierta resignación. La semana anterior Patrik le había contado que tenía que existir otra víctima. Habían vuelto a lanzar una consulta a todas las comisarías del país, pero sin resultado. Lleno de desesperanza, le explicó cómo habían revisado el material de que disponían una, dos, tres, mil veces, sin hallar nada que les permitiese avanzar en la investigación. Gösta habló por teléfono con la madre de Rasmus, pero tampoco a ella le sonaban los nombres de Elsa Forsell y Börje Knudsen. Se habían estancado.

—¿Qué tenéis hoy en la agenda? —preguntó Erica tratando de mantener un tono neutro.

Patrik mordisqueaba como un ratón la tostada de pan duro, aunque, después de un cuarto de hora, sólo llevaba la mitad. Presa del abatimiento, le dijo:

—Esperar un milagro.

—Pero ¿no podéis pedir ayuda externa? Me refiero a los demás distritos afectados. O de la policía judicial central, ¿o algo!

—He estado en contacto con Lund, Nyköping y Borås. Y están trabajando en ello. Y la central... bueno, es que yo confiaba en que seríamos capaces de resolverlo nosotros solos, pero parece que tendremos que pedir refuerzos. —Absorto en sus pensamientos, dio un mordisco minúsculo a la tostada. Erica no pudo por menos de inclinarse y acariciarle la mejilla.

—¿Sigues queriendo que lo hagamos el sábado?

La miró sorprendido, su expresión se dulcificó enseguida y, besándole la palma de la mano, le dijo:

—Cariño, ¡claro que quiero! El sábado será un día precioso, el mejor de nuestra vida, después del día en que nació Maja, claro. Y me sentiré feliz y animado, y no pensaré más que en ti y en nuestra boda. No te preocupes por eso, de verdad que tengo muchas ganas.

Erica le dirigió una mirada escrutadora, pero sólo vio sinceridad en su semblante.

—¿Seguro?

—Seguro. —Patrik sonrió—. Y no creas que no sé lo mucho que habéis trabajado Anna y tú.

—Bueno, tú has estado ocupado con tus cosas. Y, además, creo que ha sido muy beneficioso para Anna —repuso Erica echando una ojeada a la sala de estar, donde Anna se había enroscado con Emma y Adrian para ver un programa infantil. Maja aún dormía y, pese al abatimiento de Patrik, a Erica le pareció un lujo disponer de unos minutos para estar a solas con él—. ¿Sabes? Me gustaría... —No terminó la frase. Patrik la miró y le leyó el pensamiento.

—Te gustaría que tus padres hubiesen estado con nosotros.

—Sí. O, bueno... Si he de ser sincera, me gustaría que mi padre hubiese podido

estar aquí. Mi madre, en cambio, habría mostrado el mismo desinterés que siempre mostró por los asuntos de Anna y por los míos.

—¿Habéis hablado Anna y tú de por qué Elsy se comportaba así?

—No —respondió Erica reflexiva—. Pero yo he pensado mucho en ello. En por qué sabemos tan poco sobre la vida de mi madre antes de que conociera a mi padre. Lo único que nos dijo fue que nuestros abuelos maternos llevaban muchos años muertos. Anna y yo no sabemos más. Ni siquiera hemos visto nunca una fotografía. ¿No te parece extraño?

Patrik asintió.

—Sí, desde luego, es muy raro. Podrías investigar un poco en el árbol genealógico, ¿no? A ti se te da bien indagar en esas cosas y recabar información. No tienes más que ponerte manos a la obra en cuanto nos hayamos librado de la boda.

—¿En cuanto nos hayamos librado? —preguntó Erica en tono ominoso—. ¿Te parece que nuestra boda es algo de lo que haya que «librarse»?

—No —respondió Patrik, aunque no se le ocurrió una respuesta mejor formulada. En silencio, mojó la tostada de queso y huevas en el chocolate. Sabía cuándo le convenía callar. Dejar que la comida le cerrase la boca...

—En fin, hoy se acaba lo bueno.

Lars quería verse con ellos en un ambiente menos tenso que de costumbre, y los invitó a merendar en el Pappas Lunchcafé, que, naturalmente, se encontraba en la calle Affärsvägen de Tanumshede.

—Ya tenía ganas de largarme de aquí, joder —dijo Uffe antes de meterse en la boca un dulce de mazapán.

Jonna lo miró asqueada y le dio un mordisco a una manzana.

—¿Qué planes tenéis? —preguntó Lars tomando un sorbo de té. Los chicos vieron fascinados que ponía seis terrones de azúcar en la taza.

—Lo de siempre —respondió Calle—. Volver a casa, ver a los amigos. Salir de bares. Las tías del Kharma me echan de menos —dijo con una sonrisa, aunque algo inerte y lleno de desesperanza se apreciaba en sus ojos.

A Tina, en cambio, le brillaron al decir:

—¿No es ahí donde suele ir la princesa Madeleine?

—Sí, claro, Madde suele ir al Kharma —confirmó Calle con desinterés—. Antes salía con un amigo mío.

—¿De verdad? —preguntó Tina impresionada. Por primera vez, en algo más de un mes, miraba a Calle con cierto respeto.

—Sí, pero él terminó dejándola. Su mamá y su papá se metían demasiado a todas horas.

—¿Su mamá y...? ¡Oooh! —exclamó Tina con los ojos como platos—. ¡Qué

pasada!

—Bueno, y tú, ¿qué vas a hacer? —le preguntó Lars a Tina. La joven se encogió de hombros.

—Yo me voy de gira.

—De gira —repitió Uffe en tono jocosos y burlón al tiempo que cogía otro mazapán—. Irás con Drinken y cantarás una canción por noche y luego te pasarás el resto del tiempo en la barra. Yo no lo llamaría irse de gira...

—Oye, que hay un montón de bares interesados en que vaya a cantar *I Want to Be Your Little Bunny*, que lo sepas —replicó Tina—. Drinken me dijo que, además, vendrán un montón de tíos de las discográficas.

—Ya, claro, y lo que dice Drinken siempre es verdad. —Se burló Uffe poniendo los ojos en blanco.

—Joder, ¡qué a gusto me voy a quedar cuando te pierda de vista! Eres siempre tan... negativo —le espetó Tina antes de darle la espalda con desprecio. Los demás disfrutaban del espectáculo.

—¿Y tú, Mehmet? —Todas las miradas se volvieron hacia Mehmet, que no había abierto la boca desde que llegaron a la cafetería.

—Yo me quedo aquí —respondió preparado para la reacción, que no se hizo esperar.

Cinco pares de ojos incrédulos lo observaron atónitos.

—¿Qué? ¿Que te vas a quedar... ¡aquí!? —Calle lo miraba como si Mehmet se hubiese transformado en rana delante de sus narices.

—Sí, me quedo trabajando en el horno. Voy a alquilar mi apartamento un tiempo, a ver.

—¿Y dónde piensas vivir aquí? ¿Con Simon...? —Las palabras de Tina resonaron en el local y Mehmet sembró la perplejidad con su silencio—. O sea, que sí que te quedas con él... ¿Qué pasa, que estáis juntos?

—¡No, no estamos juntos! —desmintió Mehmet—. Aunque eso no te incumbe a ti, de todos modos. Sencillamente, somos... colegas.

—*Simon and Mehmet, Sitting in a Tree, K-I-S-S-I-N-G* —cantó Uffe riéndose de tal modo que por poco se cae de la silla.

—Oye, deja en paz a Mehmet —dijo Jonna casi en un susurro con el que, curiosamente, hizo callar a los demás—. Yo creo que eres muy valiente, Mehmet. Eres el mejor de todos nosotros.

—¿Qué quieres decir, Jonna? —preguntó Lars con la cabeza ladeada en un gesto amable—. ¿En qué sentido es el mejor?

—Lo es y punto —respondió Jonna tirándose de las mangas del jersey—. Es un tío legal. Y bueno, eso.

—¿Es que tú no eres buena? —quiso saber Lars. Su pregunta parecía tener

muchos sentidos ocultos.

—No —dijo Jonna en voz baja. Una vez más, recreó mentalmente la escena desarrollada delante de la finca, el odio que sintió hacia Barbie, lo herida que se sintió al saber lo que Barbie había ido diciendo de ella y su deseo de hacerle daño. Experimentó una satisfacción auténtica cuando le sesgó la piel con el cuchillo. Si hubiese sido buena, no lo habría hecho. Pero no dijo nada al respecto, sino que se puso a observar los coches que pasaban al otro lado de la ventana. Los cámaras ya habían recogido su equipo y se habían marchado. Y eso haría ella ahora, marcharse a casa. A un piso enorme y desierto. A las notas de la cocina con la recomendación de que no esperase levantada. A los folletos informativos sobre diversas carreras universitarias que le dejaban en la mesa de la sala de estar. Al silencio.

—Y tú, ¿qué vas a hacer ahora? —le preguntó Uffe a Lars en un tono ligeramente venenoso—. ¿Ahora que no podrás entretenerte con nosotros?

—No te preocupes, sabré mantenerme ocupado —respondió Lars tomando otro sorbo de su taza de té azucarado—. Terminaré el libro y quizá abra una consulta. ¿Y tú, Uffe? Tú no nos has dicho lo que vas a hacer.

Uffe se encogió de hombros con fingida indiferencia.

—Bah, nada especial. Supongo que una gira en el programa *El bar*, al menos un tiempo. Y me figuro que podré oír la dichosa canción *I Want to Be Your Little Bunny* hasta hartarme —dijo mirando a Tina con desprecio—. Y luego, pues... Bah, yo qué sé. Ya me las arreglaré. —Por un instante, la inseguridad se dejó traslucir a través de la máscara. Pero enseguida se esfumó y Uffe volvió a carcajearse como de costumbre—. ¡Mira lo que sé hacer! —Cogió la cucharilla del café y se la colocó en la nariz. ¿Cómo iba a perder el tiempo en preocuparse por el futuro? Los tíos que sabían sostener una cucharilla en la nariz siempre salían a flote.

Cuando se despidieron para dirigirse al autobús que los aguardaba para llevárselos de Tanum, Jonna se detuvo un minuto. Por un instante, creyó ver a Barbie allí sentada entre ellos, con su largo cabello rubio y sus uñas postizas tan largas que apenas si podía usar las manos. La vio riéndose con ese destello dulce y tierno en los ojos, tan característico, un destello que todos interpretaron como un indicio de debilidad. Jonna comprendía ahora que se había equivocado. Mehmet no era el único bueno. Barbie también lo era. Por primera vez, empezó a pensar en la tarde de aquel viernes en que todo salió tan mal. En quién había dicho qué, en realidad. En quién había difundido todo aquello que Jonna sospechaba ahora eran mentiras. En quién los había dirigido como a marionetas. En su mente empezó a formarse una idea, pero, antes de que hubiese cobrado forma, el autobús partió alejándolos de Tanumshede. Jonna miró por la ventanilla. El asiento contiguo iba vacío.

Hacia las diez de la mañana, Patrik empezó a lamentar no haber tomado algo más en

el desayuno. En efecto, ahora le rugía el estómago y se encaminó a la cocina de la comisaría en busca de algo comestible. Tuvo suerte, un bollo de canela yacía olvidado y solitario en una bolsa sobre la mesa, y Patrik lo devoró en un segundo. No era el tentempié ideal, pero tendría que valer. Cuando volvió al despacho aún con la boca llena de migas, sonó el teléfono. Vio que era Annika e intentó tragarse la bola a toda velocidad, pero sólo consiguió que se le atascara en el garganta.

—¿Hola? —preguntó en medio de un ataque de tos.

—¿Patrik? —Tragó un par de veces y logró arrastrar el resto de bollo.

—Sí, soy yo.

—Tienes visita —le dijo la recepcionista. Patrik comprendió que se trataba de algo importante.

—¿Quién es?

—Sofie Kaspersen.

Aquello era muy interesante. ¿La hija de Marit? ¿Para qué querría verlo?

—Dile que pase —respondió antes de salir al pasillo para recibir a Sofie. La muchacha estaba pálida y muy desmejorada, y Patrik recordó que Gösta le había comentado algo de que, cuando estuvieron en casa de Ola, sufría gastroenteritis. Y, desde luego, tenía toda la pinta.

—Tengo entendido que has estado enferma. ¿Estás un poco mejor? —le preguntó mientras la conducía a su despacho.

Sofie asintió.

—Sí, he tenido gastroenteritis, pero ya estoy bien. Sólo que he perdido un par de kilos —explicó con media sonrisa.

—Vaya, pues podrías contagiarme un poco —dijo Patrik riéndose como para romper el hielo. La muchacha parecía estar aterrada. Permanecieron unos segundos en silencio. Patrik aguardó pacientemente.

—¿Saben algo más... de lo de mi madre? —preguntó Sofie finalmente.

—No —contestó Patrik con sinceridad—. Estamos muy atascados, la verdad.

—O sea, que siguen sin saber cuál es la conexión entre ella y los demás, ¿no?

—Sí —volvió a responder Patrik, que ya empezaba a preguntarse adonde quería ir a parar la joven. Con suma cautela, sugirió—: Yo creo que la conexión se encuentra en algún dato que aún no hemos descubierto. Algo que desconocemos, tanto de tu madre como de los demás.

—Ya... —respondió Sofie, aún sin saber qué hacer.

—Es importante que lo sepamos todo si queremos encontrar a la persona que te arrebató a tu madre. —Su voz sonó suplicante, pero era evidente que Sofie tenía algo que decirle, y que ese algo guardaba relación con su madre.

Tras otra larga pausa silenciosa, la joven se llevó la mano al bolsillo de la cazadora muy despacio. Con la vista clavada en el suelo, sacó un folio de papel y se

lo entregó a Patrik. Cuando éste empezó a leer, Sofie se quedó mirándolo.

—¿Dónde has encontrado esto? —preguntó Patrik una vez hubo terminado de leerlo y con un cosquilleo de expectación en el estómago.

—En una caja. En casa de mi padre. Pero son cosas de mamá, cosas que ella guardó. Estaba entre un montón de fotos y cosas así.

—¿Sabe tu padre que lo has encontrado? —quiso saber Patrik.

Sofie negó con un gesto vehemente. Su oscuro cabello liso flotó aleteando alrededor de su cara.

—No. Y no creo que le siente muy bien. Pero los policías que estuvieron en casa la semana pasada nos dijeron que debíamos avisar si sabíamos algo y, bueno, tenía la sensación de que esto había que contarlo. Por mi madre —añadió escrutándose las uñas.

—Has hecho lo correcto —aseguró Patrik subrayando la última palabra—. Es una información que debíamos conocer y creo que acabas de facilitarnos la clave del caso. —Patrik no podía ocultar su excitación. Era tanto lo que aportaba aquella información... Empezó a darle vueltas a otras piezas del rompecabezas: la lista de delitos de Börje, las lesiones de Rasmus, la culpa de Elsa..., todo encajaba.

—¿Puedo quedármelo? —preguntó agitando el documento.

—¿No podría sacar una copia? —sugirió Sofie.

Patrik asintió.

—Por supuesto. Y, si tu padre se enfada contigo, dile que hable conmigo. No has hecho más que lo correcto.

Sacó una copia en la fotocopidora del pasillo, le devolvió a Sofie el original y la acompañó a la salida. Patrik se quedó observándola un buen rato mientras se alejaba por la calle, cabizbaja y con las manos hundidas en los bolsillos. Parecía que se encaminaba a casa de Kerstin. Esperaba que así fuera. Se necesitaban más de lo que ellas mismas creían.

Con el triunfo en la mirada, entró en la comisaría para ponerlos a todos a trabajar. ¡Por fin! ¡Por fin tenían la clave!

Bertil Mellberg acababa de vivir la mejor semana de toda su vida. Apenas podía creerlo. Rose-Marie había dormido en su casa otras dos veces y, aunque la actividad nocturna empezaba a dejar su huella en forma de un par de profundas ojeras, valía la pena. Se sorprendía a sí mismo tarareando a veces e incluso dando saltitos de alegría. Claro que sólo cuando no lo veía nadie.

Rose-Marie era fantástica. No podía creer la suerte que había tenido. Que aquel milagro de mujer lo hubiese convertido en su elegido. No, sencillamente, no lo entendía. Y ya habían empezado a hablar del futuro. En efecto, ambos estaban conmovedoramente de acuerdo en que tenían un futuro juntos. Sobre ese particular no

cabía la más mínima duda. Mellberg, que siempre había abrigado un sano escepticismo hacia la formalización de las relaciones, no podía ahora contenerse.

También habían conversado sobre el pasado. Él le había hablado de Simon y, lleno de orgullo, le mostró una foto de aquel hijo al que tan tarde había conocido en la vida. Rose-Marie comentó lo guapo que era, tan parecido a su padre, y le aseguró que tenía muchas ganas de conocerlo. Ella, por su parte, tenía dos hijas. Una vivía en Kiruna y la otra en Estados Unidos. Las dos tan lejos, se lamentó apenada mientras le mostraba una foto de los nietos norteamericanos. Quizá pudieran ir los dos a verlos en verano, sugirió Rose-Marie. Y él asintió entusiasmado. Estados Unidos... Siempre había deseado ir allí. A decir verdad, nunca había salido de Suecia. Haber cruzado el puente de Svinesund no contaba como viaje al extranjero, desde luego. Pero Rose-Marie lo abrió a un mundo nuevo. De hecho, estaba pensando en comprar un apartamento compartido en España, le confesó una noche en la cama, con la cabeza recostada en su brazo. Una casa blanca con escalinata y balcón, con vistas al mar, con piscina propia y una buganvilla trepando por la fachada y difundiendo su encantador aroma en la cálida noche estival. Mellberg se lo imaginaba a la perfección. Él y Rose-Marie sentados en el balcón al calor de la noche, abrazados, bebiendo de sendas copas heladas. Una idea empezó a germinar en su mente negándose a desaparecer. En la penumbra del dormitorio, se volvió hacia ella y le propuso emocionado que comprasen el apartamento a medias. Aguardó nervioso su reacción, que no fue, al principio, tan entusiasta como él esperaba, sino más bien preocupada. Le dijo que, en ese caso, tenían que arreglar muy bien los papeles para que no hubiera problemas de dinero entre ellos. No podían permitir tal cosa. Él sonrió y le besó la punta de la nariz. Se ponía tan bonita cuando estaba preocupada... Pero finalmente se pusieron de acuerdo y convinieron que así lo harían.

Y allí estaba Mellberg, sentado en su despacho, con los ojos cerrados, sintiendo la cálida brisa en sus mejillas y el aroma a loción solar y a melocotones frescos. Las cortinas aleteando con la perfumada brisa marina. Se vio a sí mismo inclinado sobre Rose-Marie, le levantaba el ala de la pámela y... Unos golpes en la puerta lo arrancaron de su ensoñación.

—Entra —ordenó irritado apresurándose a bajar las piernas de la mesa y fingiendo que ordenaba unos documentos que tenía esparcidos por encima—. Espero que sea importante, estoy muy ocupado —le dijo a Hedström cuando lo vio asomar por la puerta.

Patrik asintió y tomó asiento.

—Es muy importante —aseguró, dejando sobre la mesa la copia del documento que le había llevado Sofie.

Mellberg lo leyó. Y, por una vez, se mostró de acuerdo con Patrik.

Había algo en la primavera que la llenaba de melancolía. Iba al trabajo y hacía lo que debía, luego volvía a casa, hablaba con Lennart y jugaba con los perros y se iba a la cama. Las mismas rutinas que el resto de las estaciones del año, pero justo en primavera solía invadirla la sensación de absurdo. En realidad, tenía una vida más que buena. Lennart y ella tenían una relación más estable y mejor que la mayoría de las parejas que conocía, los perros eran miembros de la familia muy queridos y, además, ambos compartían el interés por las competiciones de *drag racing*, que les permitía viajar por toda Suecia de una competición a otra y que les había procurado muchos amigos. En verano, otoño e invierno, aquello era más que suficiente. Sin embargo, por alguna razón, la primavera le hacía sentir que algo le faltaba. En primavera sentía con toda su fuerza el deseo de tener hijos. Ignoraba la razón. Quizá porque fue la estación en que sufrió el primer aborto. El 3 de abril, una fecha que siempre permanecería grabada a fuego en su corazón. Pese a que hacía ya más de quince años. Ocho abortos siguieron a aquel primero, incontables visitas al médico, exploraciones, tratamientos... Pero nada servía. Y al final, terminaron por aceptarlo. Y por sacar el mejor partido de la situación. Claro que también habían sopesado la posibilidad de adoptar, pero nunca se pusieron a ello. Se habían vuelto hipersensibles e inseguros después de tantos años de pérdidas y decepciones. No se atrevían a poner sus corazones en la balanza una vez más. Y pese a que la mayor parte del año consideraba que llevaban una buena vida, en primavera añoraba a todos sus hijos no nacidos. Sus niños y niñas que, por alguna razón, no se formaban ni para la vida en sus entrañas ni para la vida de fuera. A veces los imaginaba como angelitos, como seres diminutos que flotaban a su alrededor cual hojas al viento. Esos días no eran fáciles. Y hoy era uno de esos días.

Se enjugó las lágrimas e intentó concentrarse en la hoja de cálculo que tenía en la pantalla. Nadie de la comisaría conocía su tragedia personal, sólo sabían que ella y Lennart no tenían hijos, y Annika no quería que la vieran lamentarse. Entrecerró los ojos para enfocar bien las celdas y emparejar los datos. El nombre del propietario del perro en la celda de la izquierda y la dirección en la de la derecha. Le llevó más tiempo de lo que pensaba, pero por fin había averiguado la dirección de todos los nombres que figuraban en la lista. Annika guardó el documento en un disquete y lo sacó del ordenador. Los angelitos seguían flotando a su alrededor, le preguntaban cómo se habrían llamado, a qué habrían jugado juntos, qué habrían sido de mayores... Annika sentía que el llanto volvía a acosarla y miró el reloj. Las once y media. Ya podía ir a casa a almorzar. Sentía que necesitaba un rato de tranquilidad en casa. Pero antes iría a entregarle el disquete a Patrik. Sabía que quería tener la información lo antes posible.

En el pasillo se cruzó con Hanna y vio la posibilidad de evitarse la mirada escrutadora de Patrik.

—Hola Hanna —le dijo—. ¿Podrías llevarle este disquete a Patrik? Es la relación de los suecos que tienen galgos españoles y sus direcciones. Ya está terminada. Yo... estaba pensando que hoy me voy a comer a casa.

—Oye, ¿cómo estás? ¿No te encuentras bien? —le preguntó Hanna preocupada cogiendo el disquete.

Annika se obligó a sonreír.

—Sí, muy bien. Es sólo que me apetece comer algo casero.

—Vale —asintió Hanna sin creérselo del todo—. Bueno, yo le llevo el disquete a Patrik, no te preocupes. Entonces, nos vemos luego.

—Sí, luego nos vemos —respondió Annika apresurándose hacia la salida. Los angelitos la acompañaron a casa.

Patrik levantó la vista cuando llegó Hanna.

—Toma, Annika me ha pedido que te lo dé. Los dueños de los perros. —Hanna le entregó el disquete y Patrik lo dejó en la mesa.

—Siéntate un momento —dijo señalando la silla que había enfrente del escritorio. Hanna obedeció y Patrik la observó con una mirada escrutadora—. ¿Cómo te ha ido aquí este primer mes? ¿Estás a gusto? Un comienzo algo turbulento, quizá. —Sonrió y ella le correspondió con una tímida sonrisa. A decir verdad, estaba un poco preocupado por su nueva colega.

Parecía cansada, agotada. Claro que todos lo estaban, más o menos, después de las semanas que habían pasado, pero en el caso de Hanna había algo más. Había una película transparente sobre su rostro, algo más que simple cansancio. Como de costumbre, llevaba la melena rubia recogida en una cola de caballo, pero no tenía brillo, y, debajo de los ojos, la piel aparecía fina y oscura.

—Me ha ido estupendamente —respondió Hanna con vivacidad, inconsciente de que Patrik la estuviese observando—. Me encanta, de verdad, y me gusta estar ocupada al máximo. —Miró a su alrededor, observó todos los documentos y las fotografías que cubrían las paredes, y guardó silencio—. Bueno, comprendo que puede sonar un poco absurdo, pero tú me entiendes.

—Sí, te entiendo —sonrió Patrik—. Y Mellberg, ¿se ha... portado bien?

Hanna rompió a reír. Por un instante, su expresión se relajó un poco y Patrik reconoció en ella a la mujer que empezó en la comisaría hacía cinco semanas.

—Apenas lo he visto, si he de ser sincera, así que bueno, podemos decir que sí, que se ha portado bien. Lo que he aprendido a lo largo de estas cinco semanas es que, en la práctica, todos te consideran jefe a ti. Y he de decir que haces honor a tal consideración.

Patrik sintió que se ruborizaba sin poder remediarlo. No solían alabarlo, y no sabía cómo reaccionar.

—Gracias —murmuró con timidez y cambió de tema enseguida—. Habrá una nueva reunión dentro de una hora. He pensado que nos veamos en la cocina. Esto se nos queda muy estrecho.

—¿Ha habido alguna novedad? —preguntó Hanna irguiéndose en la silla.

—Pues... sí, podría decirse que sí —respondió Patrik sin poder contener media sonrisa—. Puede que hayamos encontrado la clave de la relación entre los cuatro casos —declaró sonriendo ya abiertamente.

Hanna se revolvió en la silla.

—¿La conexión? ¿Has encontrado la conexión?

—Bueno... yo no. Digamos que me la han traído. Pero he de hacer dos llamadas para confirmarlo, así que no quisiera decir nada antes de la reunión. Por ahora, sólo he informado a Mellberg.

—Vale, pues nos vemos dentro de una hora —convino Hanna antes de levantarse para salir. Patrik seguía sin poder librarse de la sensación de que algo le pasaba, pero se dijo que, llegado el momento, Hanna acudiría a él para contárselo.

Cogió el auricular y marcó el primer número.

—Hemos encontrado la conexión que estábamos buscando.

Patrik miró a su alrededor para disfrutar del efecto provocado por semejante declaración. Su mirada se detuvo un segundo en Annika y se inquietó al notar que parecía haber estado llorando. Aquello era del todo inusual, Annika siempre estaba alegre y tenía una actitud positiva en todas las situaciones, de modo que se dijo que debería hablar con ella después de la reunión, a fin de averiguar qué le ocurría.

—Sofie Kaspersen nos ha traído hoy la pieza decisiva del rompecabezas. Entre las pertenencias de su madre, encontró un viejo artículo y decidió venir a entregárnoslo. Está claro que Gösta y Hanna, que estuvieron en casa de su padre la semana pasada, supieron transmitirle la necesidad de que colaborasen, lo que la llevó a tomar esa resolución. ¡Buen trabajo! —dijo asintiendo alentador en la dirección de los dos colegas—. El artículo... —No pudo resistir la tentación de hacer una pequeña pausa de efecto al sentir la expectación que reinaba en la sala—. El artículo explica que, hace veinte años, Marit sufrió un accidente de tráfico en el que hubo un muerto. Su vehículo colisionó con el de una señora mayor que falleció en el acto y, cuando la policía acudió al lugar del siniestro, comprobaron que Marit sobrepasaba la tasa de alcohol permitida. La condenaron a once meses de cárcel.

—¿Por qué no hemos sabido nada al respecto hasta el momento? —preguntó Martin intrigado—. ¿Fue antes de que se mudara aquí?

—No. Ella y Ola tenían veinte años y llevaban ya uno viviendo en Tanumshede cuando tuvo lugar el accidente. Pero de eso hace mucho tiempo, la gente olvida, y quizá lo veían con cierta condescendencia. La tasa de alcohol estaba justo por encima

del límite legal, y cogió el coche después de haber estado cenando en casa de una amiga, donde tomó un poco de vino. Lo sé porque he localizado los documentos relacionados con el accidente. Los teníamos en el archivo.

—O sea, que durante toda la investigación, hemos tenido los papeles que demostraban lo que dices ahí abajo, ¿no? —preguntó Gösta incrédulo.

—Sí, ya sé —asintió Patrik—, pero no es extraño que no lo encontrásemos. Ocurrió hace tantos años que no figuraba en ningún archivo electrónico, y no existía razón alguna para revisar los documentos del archivo así, al azar. Y, desde luego, tampoco existía razón alguna para revisar el cajón de las sentencias por conducción bajo los efectos del alcohol.

—Ya, pero aun así... —masculló Gösta abatido.

—Lo he comprobado con Lund, Nyköping y Boras. Rasmus Olsson sufrió sus lesiones en un accidente de tráfico. El conducía, se le fue el coche contra un árbol y su acompañante, un amigo de su misma edad, falleció a consecuencia de la colisión. Börje Knudsen tenía un repertorio delictivo tan largo como mi brazo. Uno de ellos es un accidente, ocurrido hace quince años, en el que provocó un choque frontal con un vehículo que venía en sentido contrario. Una niña de cinco años murió en aquel accidente. Es decir, en tres de los cuatro casos, nuestras víctimas, en estado de embriaguez, protagonizaron un accidente de tráfico que causó la muerte de otra persona.

—¿Y Elsa Forsell? —quiso saber Hanna clavando la mirada en Patrik, que hizo un gesto de resignación.

—Es el único caso en que aún no cuento con la confirmación necesaria. No hay ninguna sentencia contra ella en Nyköping, pero el sacerdote de su comunidad religiosa nos habló con insistencia de la «culpa» de Elsa. Y yo creo que se trata de una culpa del mismo tipo, sólo que no la hemos encontrado todavía. Voy a llamar al sacerdote, Silvio Mancini, después de nuestra reunión a ver si puedo sacarle algo más.

—Buen trabajo, Hedström. —Lo felicitó Mellberg desde el lugar donde estaba sentado, junto a la mesa de la cocina común. Su intervención fue tan inesperada que todas las miradas se volvieron hacia él.

—Gracias —respondió Patrik tan perplejo que ni siquiera se sintió avergonzado. Un elogio por parte de Mellberg era como... No, ni siquiera se le ocurría un buen símil. Sencillamente, Mellberg no elogiaba a nadie y punto. Un tanto desconcertado por lo inesperado del comentario, prosiguió—: En otras palabras, ahora hemos de trabajar partiendo de los nuevos datos. Averiguar tanto como podamos de aquellos accidentes. Gösta, tú te encargarás de Marit. Martin, tú dedícate al caso de Boras. Hanna, tú indaga en el de Lund. Yo trataré de averiguar algo más sobre Nyköping y Elsa Forsell. ¿Alguna pregunta?

Nadie se pronunció, de modo que Patrik dio por concluida la reunión y se marchó dispuesto a telefonar a Nyköping. Reinaba en la comisaría una especie de frenesí, una energía y una tensión renovadas. Era tan evidente que Patrik pensó que podría palparlo con la mano. Se detuvo en el pasillo, respiró hondo y entró para hacer aquella llamada.

Cuando iba a Italia a ver a la familia y los amigos, todos acostumbraban a hacerle siempre las mismas preguntas. ¿Cómo podía vivir a gusto en el frío norte? ¿No eran los suecos una gente muy rara? Por lo que ellos sabían, siempre estaban encerrados en sus casas y apenas hablaban con nadie. Además, no sabían entendérselas con el alcohol: bebían como esponjas y siempre se emborrachaban. ¿Cómo quería vivir allí?

Silvio solía dar un trago de un buen vaso de vino tinto y contemplar unos segundos los olivares de su hermano antes de responder:

—Los suecos me necesitan.

Y, de hecho, era lo que sentía. Cuando, treinta años atrás, partió rumbo a Suecia, le pareció una aventura. La oferta de un trabajo temporal que le hizo la comunidad católica de Estocolmo le brindó la oportunidad que siempre había buscado, la oportunidad de conocer un país que siempre se le había antojado mítico y extraordinario. Una vez allí, quizá no le resultó tan extraordinario. Y era verdad que, el primer invierno, estuvo a punto de morir de frío, hasta que aprendió que, para salir a la calle en enero, debía ponerse tres capas de ropa. Pese a todo, fue un amor a primera vista. Se enamoró de la luz, de las comidas, de la fría apariencia y el interior ardiente de los suecos. Aprendió a apreciar y a comprender sus pequeños gestos, lo obsequioso de sus comentarios, la amabilidad discreta de que hacían gala los rubios hombres del norte. Aunque esto último no era del todo cierto. En realidad, se quedó muy sorprendido cuando aterrizó en tierra sueca y comprobó que no todos los suecos eran rubios de ojos azules.

En cualquier caso, allí permaneció. Después de diez años en la comunidad de Estocolmo, se le ofreció la posibilidad de dirigir su propia parroquia en Nyköping. Con el transcurso de los años había adquirido incluso cierto acento de Sörmland, mezclado con su sueco italianizado, y le encantaba comprobar el regocijo que semejante mezcla provocaba en su auditorio de vez en cuando. Reír era algo que los suecos hacían con poquísima frecuencia. Quizá el común de los mortales no asociara el catolicismo a la alegría y a la risa, pero para él la religión era eso precisamente. Si el amor a Dios no era luz y deleite, ¿qué podía serlo en la vida?

Aquello sorprendió a Elsa al principio. Elsa acudió a él quizá con la esperanza de encontrar allí cilicio y látigo. En cambio, halló una mano cálida y una mirada afable. Llegaron a conversar tanto sobre ello... Su sentimiento de culpa, su necesidad de verse castigada... A lo largo de los años, la fue guiando por todos los estratos de los

conceptos de culpa y perdón. La parte más importante del perdón era el arrepentimiento. El arrepentimiento sincero. Y eso lo había sentido Elsa de un modo desmedido. Durante más de treinta años, había sentido arrepentimiento, cada día y cada segundo. Demasiado tiempo para llevar un yugo tan pesado. Silvio se alegraba de haber aligerado su carga levemente, para que pudiera respirar un poco, al menos durante unos años, hasta el día de su muerte.

Silvio frunció el entrecejo. Había pensado mucho en la vida de Elsa —y también en su muerte— desde que recibió la visita de los policías. En realidad, había pensado mucho en ello antes también, pero sus preguntas removieron una infinidad de sentimientos y de recuerdos. Sin embargo, la confesión era sagrada. El sacerdote no podía traicionar la confianza que los fieles depositaban en él. Y lo sabía. Aun así, las ideas giraban en su cabeza, el anhelo de romper una promesa a la que estaba obligado por Dios. Pero sabía que era imposible.

Cuando sonó el teléfono que tenía en el escritorio, supo instintivamente quién llamaba. Respondió con una mezcla de esperanza y de angustia.

—Aquí Silvio Mancini.

Sonrió al oír la voz del policía de Tanumshede. Escuchó un buen rato lo que Patrik Hedström tenía que decirle y, finalmente, respondió al tiempo que meneaba la cabeza:

—Lo siento, me es imposible desvelar lo que Elsa me confió.

—Lo sé, está sujeto al voto de silencio.

El corazón le latía acelerado en el pecho. Por un instante, creyó ver a Elsa en la silla de enfrente. Tan erguida, con su melena corta de color gris ceniciento y aquella delgadez. Silvio intentó hacerla engordar un poco a base de pasta y de galletas, pero nada parecía arraigar en sus huesos. Elsa lo contemplaba con dulzura.

—Lo siento muchísimo, pero no puedo. Tendrán que encontrar otras vías para... —Elsa asentía animándolo desde la silla y Silvio trató de comprender qué deseaba transmitirle. ¿Acaso quería que hablase? No servía de nada, pues le era imposible. Elsa seguía observándolo y, de repente, tuvo una idea. Muy despacio, le dijo a Patrik:

—No puedo revelar lo que Elsa me dijo, pero sí lo que es conocido por todos. Elsa era de su región. Era de Uddevalla.

Desde su lugar en la silla de enfrente, Elsa le sonrió antes de desaparecer. Silvio sabía que no había sido real, sino producto de su imaginación. Pero fue un alivio verla.

Cuando colgó el auricular, se sintió en paz. No había traicionado a Dios, y tampoco había traicionado a Elsa. El resto era cosa de la policía.

Erica comprendió que algo había ocurrido en cuanto Patrik cruzó la puerta. Caminaba con paso ligero y con los hombros relajados.

—¿Te ha ido bien hoy? —preguntó cauta acercándosele con Maja en brazos. La pequeña se echó radiante en sus brazos y Patrik la cogió.

—Sí, hoy ha ido estupendamente —respondió dando unos pasos de baile con su hija. Maja se rió tanto que le entró hipo. Papá era tan divertido que era para morirse de risa. Y ella lo sabía desde muy temprana edad.

—Cuéntame —le pidió Erica y entró en la cocina para terminar de preparar la cena, seguida de Patrik y Maja. Anna, Emma y Adrian estaban viendo en la tele *Bolibompa*, y lo saludaron abstraídos con la mano. El oso Björne reclamaba toda su atención.

—Hemos encontrado la conexión —dijo Patrik dejando a Maja en el suelo. La pequeña se quedó allí un momento, debatiéndose entre su padre y Björne, pero al final se decidió por el más peludo de los dos y se marchó gateando en dirección a la tele—. Siempre me deja, siempre voy en segundo lugar —suspiró melodramático mirando a Maja.

—Eh, pero para mí sigues siendo el número uno —dijo Erica abrazándolo largamente antes de volver a los preparativos de la cena. Patrik se sentó a mirarla.

Erica carraspeó y lanzó una mirada elocuente hacia las verduras que había en la encimera.

Patrik se levantó de un salto y empezó a cortar el pepino para la ensalada.

—Ordéname que salte y sólo te preguntaré a qué altura —aseguró entre risas y se hizo a un lado para esquivar un amago de patada que Erica fue a darle en broma.

—Espera y verás, a partir del sábado, el látigo restallará en esta casa con renovada intensidad —repuso Erica intentando en vano infundir temor. Sólo de pensar en la boda, se ponía de buen humor.

—Pues a mí me parece que restalla bastante bien ya —le dijo inclinándose para besarla.

—¡Eh, parad ya! —se oyó gritar a Anna desde la sala de estar—. ¡Os oigo besaros, muac, muac! Que sepáis que aquí hay menores.

—Ejem... Quizá deberíamos dejarlo para más tarde —propuso Erica guiñándole un ojo a Patrik—. Bueno, a ver, cuéntame las novedades.

Patrik le expuso brevemente lo que habían averiguado y la sonrisa se borró del rostro de Erica. Era tan trágico, tanta muerte y, pese a que la investigación había experimentado un avance significativo, comprendía que iba a resultar difícil también en lo sucesivo.

—De modo que la víctima de Nyköping también había causado la muerte de alguien con un coche, ¿no?

—Bueno, aún no conocemos los detalles. Ese accidente es mucho más antiguo que los otros, así que nos llevará tiempo averiguar algo más. Pero hoy he estado hablando con los colegas de Uddevalla y nos enviarán todo el material de que

dispongan en cuanto lo encuentren. A algún pobre diablo le tocará arrastrarse y rebuscar un buen rato entre cajones polvorientos.

—Es decir, que alguien se dedica a asesinar a gente que ha matado a alguien por conducir borracho. Pero esos delitos al volante se extienden desde el primer accidente, hace treinta y cinco años, hasta... ¿cuándo fue el último?

—Hace diecisiete años —dijo Patrik—. Rasmus Olsson.

—Y por toda Suecia. —Constató Erica pensativa, sin dejar de remover el contenido de la olla—. Desde Lund hasta aquí. ¿Cuándo tuvo lugar el primer asesinato?

—Hace diez años —respondió Patrik observando atentamente a su futura esposa. Erica estaba acostumbrada a manejar datos y a analizarlos, y él solía recurrir a su sagacidad.

—O sea, que el asesino se mueve a lo largo de una zona muy extensa, sus crímenes están alejados en el tiempo y lo único que las víctimas tienen en común es que los han asesinado por haber causado una muerte accidental al conducir bebidos.

—Exacto, así es —suspiró Patrik. Al oír la síntesis de Erica, tomó conciencia de lo imposible que era la situación. Mezcló las verduras en una fuente y la colocó en la mesa—. No olvides que seguramente nos falte una víctima —le dijo en voz baja al tiempo que se sentaba—. Lo más probable es que se trate de la víctima número dos, a la que aún no hemos encontrado. Bueno, yo estoy seguro de que es así. Se nos ha escapado uno.

—¿No hay manera de obtener más información de las páginas del cuento? —Quiso saber Erica mientras colocaba la olla humeante sobre un salvamanteles.

—Parece que no —dijo Patrik—. Así que ahora tengo todas mis esperanzas puestas en que la información sobre el accidente de Elsa Forsell aporte algún dato que nos permita seguir avanzando. Ella fue la primera víctima, y algo me dice que por esa razón es la más significativa.

—Sí... puede que tengas razón —convino Erica antes de llamar a Anna y a los niños. Ya hablarían después.

Habían pasado dos días desde que supieron lo que tenían en común las víctimas del asesino en serie. La euforia inicial se fue apagando, sustituida por cierto abatimiento. Aún seguían sin comprender por qué tanta dispersión geográfica. ¿Acaso se dedicaba el asesino a viajar por toda Suecia en busca de sus víctimas o había vivido en todas esas ciudades? Aún eran demasiados los interrogantes. Habían leído con lupa todo el material disponible sobre los accidentes en que habían estado involucradas las víctimas, pero no hallaron nada que las vinculase. Patrik se sentía inclinado a pensar que no existía ninguna relación personal entre los asesinatos, sino que el asesino era una persona rebosante de odio que, de forma totalmente arbitraria, había elegido a

una serie de víctimas en razón de sus acciones. De ser así, el asesino no tenía en cuenta que varias de las víctimas hubiesen demostrado arrepentimiento sincero después del suceso. Elsa había vivido cargando con la culpa y buscó el perdón en la religión. Marit jamás volvió a probar el alcohol, y lo mismo ocurrió con Rasmus, que, de todos modos, no podía beber a causa de las lesiones provocadas por el accidente. Börje era la excepción. Él continuó bebiendo y continuó conduciendo bebido y no parecía vivir preocupado por la niña cuya muerte debía llevar en su conciencia.

Sin embargo, era imposible sacar ninguna conclusión, puesto que faltaba una de las víctimas para tener la imagen completa. Cuando el teléfono sonó a las nueve de la mañana del miércoles, Patrik no tenía ni idea de que aquella llamada le brindaría la última pieza del rompecabezas.

—Aquí Patrik Hedström —respondió, y tapó enseguida el micrófono con la mano, para que la persona que llamaba no lo oyese bostezar. Por esa razón no oyó bien el nombre—. Perdón, me ha dicho que se llama...

—Vilgot Runberg, soy comisario de Ortboda.

—¿Ortboda? —repitió Patrik buscando febrilmente en un mapa mental del país.

—A las afueras de Eskilstuna —explicó el comisario un tanto impaciente—. Pero es una comisaría pequeña, sólo somos tres.

El comisario apartó la boca del auricular para toser y, un segundo después, prosiguió: —Resulta que acabo de volver de dos semanas de vacaciones en Tailandia.

—¿Ajá? —respondió Patrik preguntándose adonde conduciría aquella conversación.

—Sí, por eso no había visto vuestra consulta hasta ahora.

—Ajá —dijo Patrik con renovado interés. Sintió la expectación ante lo que intuía que iba a oír.

—Sí, los muchachos son relativamente nuevos en la zona, así que no sabían nada del asunto, pero yo conozco el caso, sin duda. Yo mismo dirigí la investigación, hace ocho años.

—¿Qué caso? —preguntó Patrik, cuya respiración sonaba ahora entrecortada y superficial. Se apretó el auricular contra la oreja por miedo a perderse una sola palabra.

—Pues sí, hace ocho años, un hombre del pueblo... Bueno, yo pensaba que en todo aquello había algo muy extraño. Pero, claro, tenía antecedentes de alcoholismo y... —El comisario dejó la frase inconclusa: le costaba admitir el error cometido—. En fin, que todos creímos que había recaído y que había bebido hasta morir, pero las lesiones que mencionáis... Debo confesar que, bien mirado, yo tuve mis dudas entonces. —Se hizo un largo silencio y Patrik comprendió lo mucho que al comisario le estaba costando hacer aquella llamada.

—¿Cómo se llamaba el hombre? —preguntó Patrik para romper el silencio.

—Jan-Olov Persson —respondió el comisario Runberg— Tenía cuarenta y dos años, trabajaba de carpintero. Era viudo.

—¿Y había sido alcohólico?

—Sí. Durante un tiempo estuvo verdaderamente en el arroyo. Cuando su mujer murió, pues... bueno, el hombre se hundió. Fue una historia verdaderamente lamentable. Una noche se sentó borracho al volante y atropello a una pareja joven que había salido a pasear. El hombre falleció y a Jan-Olov lo encerraron una temporada. Pero una vez que salió, jamás volvió a probar el alcohol. Se portaba bien, hacía su trabajo, cuidaba de su hija...

—Y luego, un día, lo encuentran muerto y con una tasa insólita de alcohol en la sangre.

—Exacto —suspiró Runberg—. Como te decía, creí que nos hallábamos ante una recaída que se le había ido de las manos. Lo encontró su hija de diez años. La pequeña declaró que se había cruzado en la puerta con un desconocido, pero supongo que no le prestamos mucha atención. Pensamos que era el *shock*, o que quería proteger a su padre... —Su voz terminó por apagarse y la vergüenza impregnó el silencio que se hizo a continuación.

—¿Hallasteis cerca de su cadáver alguna página suelta de un libro? De un cuento, concretamente.

—Cuando leí vuestra consulta, estuve haciendo memoria, pero no lo recuerdo —admitió Runberg—. De ser así, no reparamos en ello. Supongo que pensamos que sería de la niña.

—O sea, que no tenéis nada —se oyó preguntar Patrik, decepcionado.

—No, no tenemos mucho que digamos. Ya te digo, creíamos que el tipo se mató bebiendo. Pero puedo enviarte lo poco que conservamos.

—¿Tenéis fax? Si pudieras enviármelo por fax... Estaría bien recibirlo lo antes posible.

—Claro —respondió Runberg, antes de añadir—: Pobre niña, ¡qué vida la suya! Primero murió su madre, cuando era pequeña, y su padre da con sus huesos en la cárcel. Y luego se le muere el padre. Y ahora resulta que, según he leído en los periódicos, la han asesinado ahí, en Tanum. Se ve que estaba participando en uno de esos reality-shows. La verdad es que jamás la habría reconocido por las fotos. Apenas quedaba rastro de la pequeña Lillemor. A los diez años era menuda y escuálida y tenía el pelo oscuro, y ahora... En fin, se produjeron muchos cambios durante esos años.

Patrik sentía que todo le daba vueltas. En un primer momento, le costó interiorizar la información. Luego, en una fracción de segundo, tomó conciencia de lo que implicaban las palabras que acababa de oírle decir a Vilgot Runberg. Lillemor, la joven Barbie, era hija de la segunda víctima. Y, ocho años atrás, había visto al

asesino.

Cuando Mellberg entró en el banco, se sentía más seguro y más feliz de lo que se había sentido en muchos, muchos años. Él, que detestaba gastar dinero, estaba a punto de invertir doscientas mil coronas sin el menor atisbo de duda. Y es que iba a comprarse un futuro. Un futuro con Rose-Marie. Siempre que cerraba los ojos, algo que, a decir verdad, sucedía cada vez más a menudo en horario laboral, percibía el olor del hibisco, el perfume a sol y agua marina, y el aroma de Rose-Marie. No alcanzaba a comprender la suerte que había tenido y lo mucho que su vida había cambiado en tan sólo unas semanas. En junio irían juntos al apartamento por primera vez y pasarían allí cuatro semanas. Ya contaba los días.

—Quisiera ordenar una transferencia de doscientas mil coronas —le dijo a la cajera entregándole el impreso con el número de cuenta. Sentía cierto orgullo. No eran muchos los que habían conseguido ahorrar tanto dinero con un sueldo de policía, pero granito a granito... Ahora disponía de unos ahorros respetables. Rose-Marie tenía la misma cantidad y el resto podían pedirlo prestado, según propuso ella misma. Sin embargo, cuando lo llamó el día anterior, le advirtió que era importante que se diesen prisa, pues había otra pareja interesada.

Mellberg saboreó sus palabras, «otra pareja». Quién iba a decirle que formaría una pareja, a sus años... Rió para sus adentros. Desde luego, él y Rose-Marie también podían competir con los jóvenes en la alcoba. Rose-Marie era maravillosa en todos los sentidos.

Ya estaba a punto de darse la vuelta y marcharse una vez finalizada la transacción, cuando se le ocurrió una brillante idea.

—¿Cuál es el saldo actual de la cuenta? —le preguntó ansioso a la cajera.

—Dieciséis mil cuatrocientas coronas —le respondió la mujer. Mellberg se lo pensó un nanosegundo, antes de tomar la decisión.

—Quiero un reintegro. Me lo llevo todo al contado.

—¿Al contado? —le preguntó la cajera asombrada mientras él asentía con firmeza. Un plan había cobrado forma en su cabeza y, cuanto más lo pensaba, más apropiado se le antojaba. Con gesto ampuloso, se guardó el dinero en la cartera y volvió a la comisaría. Jamás habría podido imaginar que se sentiría tan bien gastando dinero.

—Martin. —Patrik entró jadeante en el despacho del colega, que se preguntó qué habría ocurrido—. Martin —repitió al tiempo que se sentaba para recobrar el aliento.

—¿Te has rayado como un disco? —bromeó Martin sonriente—. Creo que deberías cuidarte ese jadeo.

Patrik desechó la broma con un gesto y, por una vez, no aprovechó la oportunidad de hacer unos chistes.

—Están relacionadas —declaró inclinándose sobre Patrik.

—¿Quiénes están relacionadas? —Martin se extrañó al ver a Patrik tan alterado.

—Las dos investigaciones —reveló Patrik triunfal.

Martin se sintió más confuso aún.

—Ajá... —respondió vacilante—. Ya hemos constatado que el denominador común es la conducción bajo los efectos del alcohol... —Frunció el entrecejo tratando de comprender sobre qué deliraba Patrik.

—No, no esas investigaciones, sino las dos investigaciones independientes que llevamos. El asesinato de Lillemor guarda relación con los demás. Es el mismo asesino.

A aquellas alturas, Martin ya estaba convencido de que Patrik se había vuelto loco de atar. Se preguntó preocupado si se debería al estrés. La gran cantidad de trabajo de las últimas semanas, combinada con el nerviosismo por la boda. Eso podía pasar en las mejores familias...

Patrik pareció adivinar lo que pensaba y lo interrumpió irritado.

—Te digo que están relacionadas, escucha.

Le expuso brevemente lo que le había revelado Vilgot Runberg y el asombro de Martin fue creciendo a medida que hablaba. No podía creerlo, resultaba demasiado inverosímil. Miró a Patrik intentando asimilar todos los datos.

—Es decir, la víctima número dos es un tal Jan-Olov Persson que, a su vez, era padre de Lillemor Persson. Y Lillemor vio al asesino cuando tenía diez años.

—Exacto —confirmó Patrik aliviado al ver que Martin lo captaba por fin—. ¡Y coincide con lo que escribió en el diario! Recuerda que decía que le sonaba la cara de alguien, aunque no sabía de qué. Un breve encuentro ocho años atrás, cuando ella sólo contaba diez, no puede quedar nítido en el recuerdo.

—Pero el asesino cayó en la cuenta de quién era y temió que se le refrescase la memoria.

—Sí, y por eso tuvo que matarla antes de que pudiese identificarlo y lo relacionáramos con el asesinato de Marit.

—Y, a la larga, con los demás asesinatos —remató Martin entusiasmado.

—Así es, ¿verdad que sí? —preguntó Patrik con la misma alegría.

—De modo que si damos con el asesino de Lillemor, resolveremos también los demás asesinatos —concluyó Martin más calmado.

—Sí. O al contrario, si resolvemos los otros casos, daremos con el asesino de Lillemor.

—Sí. —Ambos guardaron silencio unos minutos.

Patrik sentía deseos de gritar «¡Eureka!», pero comprendió que no era muy

apropiado.

—¿Con qué contamos para investigar en el caso de Lillemor? —fue la pregunta retórica de Patrik—. Tenemos los pelos del perro y la grabación de la noche del asesinato. Tú le echaste otro vistazo el lunes, ¿no? ¿Viste algo más que fuese de interés?

Algo empezó a moverse en el subconsciente de Martin, pero lo que quiera que fuese se negaba a emerger a la superficie, de modo que terminó por negar con un gesto.

—No, no vi nada nuevo. Sólo lo que contenía el informe conjunto de Hanna y mío. Patrik asintió despacio.

—Entonces, nos pondremos a repasar la lista de los dueños de galgos españoles. Annika me la entregó el otro día. —Se levantó—. Voy a comunicarles las novedades a los demás.

—Sí, ve —le respondió Martin ausente. Seguía intentando recordar qué le había pasado inadvertido. ¿Qué demonios era lo que había visto en la grabación? ¿O qué no había visto? Cuanto más se esforzaba, tanto más parecía escapársele la idea. Exhaló un suspiro. Más le valía dejarlo por el momento.

La noticia causó en la comisaría el mismo efecto que una bomba. En un primer momento, todos reaccionaron con la misma suspicacia que Martin, pero a medida que Patrik fue exponiéndoles los hechos, fueron aceptándola. Una vez informados todos los colegas, Patrik volvió a su escritorio para diseñar una estrategia de cómo continuar.

—Menuda noticia —le dijo Gösta desde el umbral de la puerta.

Patrik asintió sin pronunciar palabra.

—Ven y siéntate aquí —lo invitó. Gösta obedeció—. Sí. El único problema es que no sé cómo voy a desbrozar esta maraña —admitió Patrik—. Había pensado repasar la lista que confeccionaste con todos los dueños de galgos españoles y echarle un vistazo a los documentos que nos han enviado de Ortboda —añadió señalando los faxes que tenía sobre la mesa y que había recibido diez minutos antes.

—Sí, hay cosas que hacer —suspiró Gösta con una mirada a todos los papeles que cubrían las paredes—. Es como una tela de araña gigantesca, pero sin guía que nos lleve al lugar donde se encuentra la araña.

Patrik soltó una risita.

—Vaya, Gösta, menudo símil, no sabía que tuvieses una vena poética.

Gösta murmuró una respuesta inaudible, se levantó y dio una vuelta por la habitación, con la cara a unos centímetros de los documentos y las fotografías que lo empapelaban todo.

—Debe de haber algún detalle, por ínfimo que sea, que hayamos pasado por alto.

—Pues sí. Si encuentras algo, te estaré más que agradecido. Yo lo he estudiado tanto todo, que ya no veo nada —dijo abarcando con un gesto las cuatro paredes.

—Sinceramente, no entiendo cómo puedes trabajar rodeado de este modo —observó Gösta señalando las fotos de las víctimas, que estaban colocadas por orden cronológico. Elsa, junto a la ventana, y Marit cerca de la puerta—. Aún no has colocado la foto de Jan-Olov —constató indicándole el lugar correspondiente, a la derecha de Elsa Forsell.

—No, no he tenido tiempo —admitió Patrik con cierto regocijo: había ocasiones en que Gösta estallaba de repente en una especie de ansia por trabajar. El bueno de Gösta Flygare... Y, al parecer, aquélla era una de esas ocasiones—. ¿Quieres que me aparte? —preguntó al ver que quería pasar por detrás de su silla.

—Sí, me facilitaría las cosas —asintió Gösta haciéndose a un lado para que Patrik pudiera salir.

Patrik se apoyó en la pared opuesta y se cruzó de brazos. No era tan mala idea que alguien más estudiase aquello con detenimiento.

—Veo que el laboratorio te ha devuelto todas las páginas del cuento —dijo Gösta mirando a Patrik.

—Sí, llegaron ayer. La única que nos falta es la de Jan-Olov, pero no la conservan.

—Lástima —se lamentó Gösta antes de seguir con las fotos, estudiándolas en sentido inverso, desde Marit hasta Elsa Forsell—. Me pregunto por qué justamente el cuento de *Hansel y Gretel* —apuntó pensativo—. ¿Será fortuito o tendrá algún significado?

—Ya me gustaría saberlo, ya. Eso y mucho más —reconoció Patrik.

—Eh... —murmuró Gösta, que ya había llegado justo a la porción de pared cubierta por los documentos y las fotografías de Elsa Forsell.

—Llamé a Uddevalla. Aún no han encontrado los informes de su accidente, pero los enviarán por fax en cuanto den con ellos —se adelantó Patrik, adivinando la pregunta de Gösta.

Este no respondió. Simplemente, se quedó un buen rato en silencio observando los documentos. La luz primaveral se filtraba por la ventana arrancando destellos de aquellos papeles cuya superficie era satinada. Frunció levemente el entrecejo. Retrocedió un poco. Se inclinó luego para acercarse más que antes. Tanto que casi pegó la oreja a la pared. Patrik lo observaba presa del mayor de los desconciertos. ¿Qué demonios estaba haciendo?

—Colócate donde estoy yo —le dijo Gösta haciéndose a un lado.

Patrik se apresuró a adoptar la misma posición, acercó la cabeza a la pared y observó la página del libro tal y como Gösta acababa de hacer. Y así, al contraluz, vio lo que Gösta acababa de descubrir.

Sofie se sentía como congelada por dentro. Miraba el ataúd mientras lo enterraban. Miraba, pero no lo entendía. No podía entenderlo. Que fuese su madre la que ocupara aquel féretro.

El pastor hablaba o, al menos, se le movía la boca, pero Sofie no oía lo que decía a causa del murmullo ensordecedor que le ronroneaba en los oídos acallando todo lo demás. Miró a su padre de soslayo. Ola estaba serio y sereno, con la cabeza gacha y rodeando con el brazo los hombros de la abuela. Los padres de su madre habían llegado de Noruega el día anterior. Distintos a como ella los recordaba, pese a que se habían visto la Navidad pasada. La abuela tenía en la cara arrugas nuevas, y Sofie no supo bien cómo acercarse a ella. También el abuelo había cambiado. Ahora era más callado, más difuso. Siempre fue un hombre jovial y alegre, pero en el apartamento de Ola y de Sofie no hacía más que deambular de un lado a otro y sólo hablaba cuando se le dirigía la palabra.

Sofie vio con el rabillo del ojo algo que se movía junto a la verja, al fondo del cementerio. Volvió la cabeza en aquella dirección y vio a Kerstin con su abrigo rojo y las manos convulsamente aferradas a los barrotes. Sofie era incapaz de apartar la vista de ella. Se avergonzaba de que su padre estuviese allí y Kerstin, en cambio, no pudiese estar. Se avergonzaba de no haber luchado por el derecho de Kerstin a estar allí y despedirse de Marit. Pero su padre se mostró tan hostil, tan firme. Y Sofie no tuvo fuerzas. Desde que se enteró de que le había entregado a la policía el artículo sobre Marit, no paró de regañarle por haber avergonzado a la familia. Por haberlo avergonzado a él. Así que, cuando empezó a hablar del entierro y de que sólo sería para los más íntimos, sólo la familia de Marit, y «la tipa aquella que osara siquiera» acercarse, Sofie optó por la salida más fácil y guardó silencio. Sabía que no era lo correcto, pero su padre estaba lleno de odio y tan indignado que Sofie sabía que aquella lucha le costaría demasiado.

Pero cuando vio a lo lejos el rostro de Kerstin, lamentó profundamente su actitud. Allí estaba la compañera de su madre, sola y sin posibilidad de darle a su amada el último adiós. Se dijo que debería haber sido más valiente. Debería haber sido más fuerte. El nombre de Kerstin ni siquiera pudo figurar en la necrológica. Ola encargó una esquela en la que él, Sofie y los padres de Marit figuraban como los dolientes. Pero Kerstin envió la suya propia. Ola se encolerizó al verla en el periódico, el día antes de que apareciese la suya, aunque no pudo hacer nada por evitarlo.

De repente, Sofie sintió un profundo cansancio. Estaba harta de las mentiras, de las apariencias, de lo injusto que era todo. Se apartó del sendero de grava y vaciló un segundo para dirigirse luego resuelta hacia donde se encontraba Kerstin. Por un segundo, volvió a sentir la mano de su madre en el hombro y, cuando se arrojó a los brazos de Kerstin, lo hizo con una sonrisa en los labios.

—Sigrid Jansson —dijo Patrik con los ojos entrecerrados—. Mira, ¿verdad que dice Sigrid Jansson?

Le dejó espacio a Gösta, que volvió a echar un vistazo a la página y al nombre que se perfilaba a la luz del sol primaveral que entraba por la ventana.

—Sí, eso parece —confirmó Gösta satisfecho.

—¡Qué raro que no lo hayan visto en el laboratorio! —se extrañó Patrik, pero enseguida comprendió que su misión era buscar huellas dactilares. Y lo que había ocurrido era que, cuando la propietaria del libro escribió su nombre en la guarda, éste quedó grabado en la siguiente, la primera página, la que encontraron junto al cadáver de Elsa Forsell.

—¿Qué hacemos? —preguntó Gösta aún con la misma expresión ufana en el semblante.

—No es un nombre raro, pero podemos hacer una búsqueda de todas las Sigrid Jansson que haya en Suecia, a ver qué sacamos.

—Era un libro antiguo, puede que el propietario esté muerto.

—Pues... sí... —Patrik reflexionó antes de contestar—. Por eso no debemos limitar la búsqueda al término «mujeres vivas», sino que buscaremos entre las nacidas... en el siglo XX.

—Suenan razonable —admitió Gösta—. ¿Crees que el hecho de que a Elsa Forsell le tocara la primera página tiene algún significado? ¿Existirá alguna relación entre ella y esta tal Sigrid Jansson?

Patrik se encogió de hombros. En lo que concernía a aquel caso, ya nada le sorprendía. Cualquier cosa parecía posible.

—Tendremos que averiguarlo —se limitó a responder—. Y quizá sepamos más cuando llamen de Uddevalla.

Y en ese momento, como por ensalmo, sonó el teléfono que Patrik tenía en el escritorio.

—Aquí Patrik Hedström —dijo Patrik indicándole a Gösta que se quedase en cuanto oyó quién llamaba.

—...

—Un accidente. En 1969. Sí... Sí... No... Sí...

Fue respondiendo con monosílabos mientras Gösta daba saltos de impaciencia. Por la expresión de Patrik, comprendió que se trataba de una información crucial. Y así era, de hecho.

Cuando colgó, le dijo triunfal:

—Era Uddevalla. Han encontrado los datos de Elsa Forsell. Iba conduciendo cuando se produjo un accidente en el que chocó de frente con otro vehículo, en 1969. Había bebido. Y adivina cómo se llamaba la mujer que murió en dicho accidente...

—Sigrid Jansson —susurró Gösta emocionado.

Patrik asintió.

—¿Vienes conmigo a Uddevalla?

Gösta resopló sin más. Por supuesto que pensaba acompañarlo a Uddevalla.

—¿Adonde se han ido Patrik y Gösta? —preguntó Martin después de una visita al despacho vacío de Patrik.

—A Uddevalla —dijo Annika mirando a Martin por encima de las gafas.

La recepcionista siempre había sentido debilidad por Martin. Tenía un aspecto de cachorro y un toque de ingenuidad que despertaban su instinto maternal. Antes de que conociese a Pia, Martin se había pasado muchas horas con ella hablando hasta la saciedad de sus problemas amorosos y, aunque Annika se alegraba de que ahora tuviese una relación estable, había ocasiones en que echaba de menos aquellas charlas.

—Siéntate —le ordenó. Martin obedeció. Nadie en la comisaría era capaz de desoír una orden de Annika. Ni siquiera Mellberg—. ¿Qué tal estás? ¿Todo bien? ¿Estáis a gusto en el piso? Cuéntame —lo exhortó con una mirada severa. Para su asombro, vio una amplia sonrisa asomar al rostro de un Martin incapaz de estarse quieto en la silla.

—Pues verás, voy a ser padre —le soltó sonriendo más aún. Annika sintió que el llanto acudía a sus ojos. No por envidia ni por tristeza ante lo que ella no podía tener, sino de pura alegría sincera por Martin.

—¿Qué me dices?! —exclamó riendo mientras se enjugaba una lágrima que ya le rodaba por la mejilla—. ¡Dios, qué mema soy! Mira que ponerme a llorar —se excusó algo avergonzada, aunque se percató de que también Martin estaba emocionado—. ¿Para cuándo?

—Para finales de noviembre —respondió Martin sin dejar de sonreír. Annika se alegraba de verlo tan feliz.

—Para finales de noviembre —repitió—. ¿Quién lo iba a decir? Pero bueno, ¿qué haces ahí como un pasmarote? ¡Dame un abrazo! —dijo extendiendo los brazos. Martin se le acercó y le dio un fuerte abrazo. Siguieron hablando del evento un rato más, hasta que Martin se puso serio y la sonrisa se borró de su semblante.

—¿Crees que llegaremos al fondo de todo esto?

—¿Te refieres a los asesinatos? —preguntó Annika antes de menear la cabeza con gesto vacilante—. No lo sé —confesó—. Empiezo a temer que Patrik se haya metido en camisas de once varas en esta ocasión... Esto es... demasiado —dijo al fin.

Martin asintió.

—Sí, yo también he pensado lo mismo —aseguró—. Por cierto, ¿qué iban a hacer en Uddevalla?

—No lo sé. Patrik me dijo que habían llamado por lo de Elsa Forsell y que él y

Gösta tratarían de conseguir más información. Que luego me lo explicarían. Desde luego, una cosa es segura, parecían absolutamente resueltos.

Aquello despertó enseguida la curiosidad de Martin.

—Deben de haber averiguado algo importante sobre ella —apuntó reflexivo—. Me pregunto qué será...

—Ya nos lo contarán por la tarde —dijo Annika, aunque tampoco ella pudo evitar las elucubraciones sobre qué los habría hecho salir de forma tan apresurada.

—Sí, seguramente —convino Martin levantándose para volver a su despacho. De repente, sintió un anhelo inaudito de que ya fuese noviembre.

Cuatro horas tardaron Patrik y Gösta en volver de Uddevalla. Annika supo que traían noticias decisivas en cuanto los vio entrar por la puerta de la comisaría.

—Nos reunimos en la cocina —dijo Patrik escuetamente mientras se dirigía a su despacho para quitarse la cazadora.

Cinco minutos más tarde, estaban todos congregados.

—Hoy se han producido dos hechos decisivos —comenzó, mirando a Gösta—. En primer lugar, Gösta ha descubierto que en la página del libro de Elsa Forsell se veía un nombre grabado sin tinta. El nombre de Sigrid Jansson. Además, hemos recibido una llamada de Uddevalla, donde hemos estado recabando toda la información existente. Y todo encaja.

Hizo una pausa, bebió un trago de agua y se apoyó en la encimera de la cocina. Todas las miradas se clavaron en él, a la espera de oír lo que les diría a continuación.

—Elsa Forsell iba conduciendo cuando se produjo un accidente con una víctima mortal. Sucedió en 1969. Igual que las otras víctimas, también ella estaba bebida y le cayó un año de cárcel. El coche con el que colisionó lo conducía una mujer de unos treinta años, que llevaba en el coche a sus dos hijos. La mujer murió en el acto, pero los niños salieron milagrosamente ilesos. —Hizo una pausa para conseguir mayor efecto, antes de continuar—: La mujer se llamaba Sigrid Jansson.

Los demás contuvieron la respiración. Gösta asintió satisfecho. Hacía mucho que no se sentía tan orgulloso de su trabajo.

Martin levantó la mano para decir algo, pero Patrik lo detuvo:

—Espera, hay más. Al principio creyeron, como es natural, que los niños que iban en el coche eran hijos de Sigrid, pero existía un problema: Sigrid no tenía hijos. Era una mujer solitaria que vivía en el campo a las afueras de Uddevalla, en la casa de su infancia, que habitó desde la muerte de sus padres. Trabajaba de dependienta en una tienda de ropa elegante de la ciudad, era educada y siempre dispensaba un trato agradable a los clientes, pero los compañeros de trabajo a los que interrogó la policía dijeron que era introvertida y, por lo que sabían, no tenía ni parientes ni amigos con los que relacionarse. Y, desde luego, no tenía hijos.

—Pero... ¿de quién eran entonces? —preguntó Mellberg rascándose la frente con visible desconcierto.

—Nadie lo sabe. No había ninguna orden de búsqueda de dos niños de esas edades. Y nadie los reclamó. Era como si hubiesen surgido de la nada. Y cuando fueron a inspeccionar la casa de Sigrid, la policía vio que, desde luego, allí vivían dos niños. Hemos hablado con uno de los policías que llevaron la investigación, que nos contó que los niños compartían una habitación abarrotada de juguetes y con mobiliario infantil, decorada como un dormitorio para niños, pero Sigrid jamás tuvo ningún parto, según demostró la autopsia. Además, hicieron análisis de sangre y comprobaron definitivamente que no era familia de los niños y tampoco sus grupos sanguíneos coincidían.

—De modo que Elsa Forsell es la fuente de todo —dijo Martin pensativo.

—Sí, eso parece —respondió Patrik—. Parece que el accidente de Elsa Forsell puso en marcha la cadena de asesinatos. Y, en consecuencia, el asesino empezó con ella.

—¿Dónde están esos niños ahora? —preguntó Hanna, formulando en voz alta lo que todos tenían en mente.

—Estamos intentando averiguarlo —dijo Gösta—. Los colegas de Uddevalla tratan de conseguir la documentación de los Servicios Sociales, pero parece que puede llevarles tiempo.

—O sea, que tendremos que trabajar partiendo de la información de que disponemos —confirmó Patrik—. Pero el punto de referencia es que Elsa Forsell constituye la clave de este caso, así que nos centraremos en ella.

Todos salieron de la cocina, pero Patrik llamó a Hanna.

—¿Sí? —preguntó. Al ver su palidez, Patrik se reafirmó en su decisión de hablar con ella.

—Siéntate —le pidió, al tiempo que se sentaba él mismo en una de las sillas—. Oye, ¿estás bien? —Se preocupó escrutando su semblante.

—Bueno, no mucho, si he de ser sincera —afirmó bajando la mirada—. Llevo varios días sintiéndome fatal, la verdad, como si fuese a tener fiebre.

—Sí, ya he notado que no tenías muy buen aspecto. Creo que debes irte a casa y descansar. No le haces un favor a nadie fingiendo ser *superwoman*, aguantar y seguir trabajando cuando estás enferma. Es mejor que te lo tomes con calma, así recobrarás las fuerzas.

—Pero la investigación... —comenzó a protestar Hanna. Patrik se puso de pie.

—Tú obedece a tu superior, vete a casa y métete en la cama —le dijo con fingida severidad.

—A la orden, jefe —respondió Hanna con una sonrisa haciéndole en broma el saludo militar—. Pero antes tengo que terminar unas cosillas. Y tus protestas no

servirán de nada —añadió.

—Vale, tú decides —aceptó Patrik—. Pero luego vete derecha a casa y acuéstate, mujer.

Hanna sonreía vagamente cuando salió por la puerta. Patrik la observó preocupado. Desde luego, no parecía encontrarse nada bien.

Se volvió hacia la ventana y se permitió un segundo de descanso. Se habían producido tantos avances en los últimos días... Habían resuelto tantas cosas... Al mismo tiempo, tenía la sensación de que el principal acontecimiento aún los aguardaba a la vuelta de la esquina. Más que saberlo, Patrik intuía que urgía encontrar a los niños. A aquellos cuyo origen y destino todos desconocían.

—¡Está perfecto! —estalló Anna entusiasmada y Erica no pudo por menos de mostrarse conforme. Le habían retocado el vestido aquí y allá, cogido con alfileres, pero una vez hechos los cambios, le quedaría divino. Ya habían desaparecido parte de los kilos que arrastraba después del embarazo y, a consecuencia del cambio de dieta, Erica se sentía más animada y más guapa—. ¡Vas a estar guapísima! —exclamó.

Erica se rió ante la ocurrencia de su hermana que, a aquellas alturas, estaba más entusiasmada que ella misma con la idea de la boda del sábado. Le echó una ojeada a Maja, que se había dormido en la silla del coche.

—Me preocupa Patrik —dijo Erica. La sonrisa se esfumó de su semblante—. Está tan acelerado. Me pregunto si podrá disfrutar de la boda.

Anna la observó pensativa, como si estuviese sopesando algo. Al final, pareció decidirse:

—En realidad, esto iba a ser una sorpresa —confesó—. Pero hemos estado hablando con los chicos y hemos llegado a la conclusión de que es mejor saltarnos vuestras despedidas de soltero. No nos parece la situación ideal para un montón de chorradas. Así que, a cambio, os hemos reservado cena y una noche en el Stora Hotel para el viernes. Así podréis pasar unas horas tranquilos la víspera de la boda. Espero que no te importe —dijo Anna dudosa.

—¡Dios mío, qué buenos sois! Y, desde luego, muy acertado. Me temo que, sobre todo Patrik, no habría acogido muy bien una despedida de soltero en estos momentos. Suena estupendamente eso de pasar unas horas tranquilos la noche del viernes. Sospecho que el sábado no habrá un minuto de calma.

—Pues no, no lo creo —rió Anna, aliviada al ver que aceptaba su idea.

Erica cambió radicalmente de tema.

—Oye, he decidido investigar un poco por mi cuenta... sobre mamá.

—¿Investigar? —preguntó Anna extrañada—. ¿Qué quieres decir?

—Pues... bueno, indagar un poco en su familia. Averiguar de dónde era. Obtener respuestas... quizá.

—¿De verdad piensas que es necesario? —replicó Anna escéptica—. Claro, tú haz lo que quieras, pero mamá no era muy sentimental que digamos y, seguramente, ésa es la razón por la que no conservó nada ni nos contó una palabra sobre su juventud y su infancia. Ya sabes el poco interés que puso en documentar nuestra niñez, por ejemplo.

Anna profirió una amarga risa que sorprendió a Erica. Su hermana siempre había dado la impresión de no verse afectada por la frialdad de su madre.

—Pero ¿tú no sientes la menor curiosidad? —preguntó Erica observando el perfil de Anna.

La joven miraba por la ventanilla del coche.

—No —respondió con cierta vacilación al cabo de un rato.

—No te creo. Y, de todos modos, yo pienso investigar. Si quieres que te cuente lo que averigüe, bien. De lo contrario, no te lo cuento y punto.

—¿Y si no hallas respuestas, sino sólo una infancia normal, una vida normal? Si no encuentras ninguna explicación, salvo que, sencillamente, no le importábamos. ¿Qué harás entonces? —le preguntó Anna volviéndose a mirarla.

—Aceptarlo —contestó Erica—. Como siempre he hecho.

Hicieron el resto del camino en silencio, ambas sumidas en honda reflexión.

Patrik revisó la lista por tercera vez sin dejar de esforzarse por no estar pendiente del teléfono. Cada vez que éste sonaba, esperaba que fuese la comisaría de Uddevalla para comunicarle que habían encontrado más información sobre los niños. Y cada vez que sonaba, se llevaba una decepción.

También la lista de los dueños de galgos españoles lo había decepcionado: estaban desperdigados por todo el reino de Suecia y ninguno se hallaba cerca de Tanumshede. Era consciente de lo rebuscado de la apuesta, pero, aun así, había abrigado cierta esperanza. Por si acaso, repasó la lista por cuarta vez. Ciento cincuenta y nueve nombres, pero el más próximo vivía a las afueras de Trollhättan. Patrik dejó escapar un suspiro. Una buena parte de su trabajo consistía en la realización de tareas aburridas en las que perdían un montón de tiempo, pero después de los últimos acontecimientos, casi había olvidado esa circunstancia. Iba y venía por el despacho contemplando el mapa de Suecia que colgaba de la pared. Las cabezas de los alfileres parecían mirarlo como retándolo a identificar un plan, a descubrir el código según el cual estaban dispuestos. Cinco alfileres correspondientes a cinco lugares dispersos por la mitad sur de la superficie alargada de Suecia. ¿Qué había movido al asesino a desplazarse entre aquellas ciudades? ¿Se debería a cuestiones de trabajo? ¿Sería una táctica para despistar? ¿Tendría una central de operaciones fija en algún lugar? Patrik lo dudaba. Algo le decía que la respuesta se hallaba en aquella distribución geográfica, que, por alguna razón, el asesino se adaptaba a ella.

Asimismo creía que el responsable de los crímenes seguía en la zona. Era más una intuición que una certeza, pero tan intensa que no podía dejar de observar con curiosidad a todo aquel que se cruzaba por la calle. ¿Sería éste el asesino? ¿O aquél? ¿Aquel otro? ¿Quién se ocultaba tras una máscara de anonimato, de persona común y corriente?

Patrik lanzó un suspiro y alzó la vista cuando Gösta, tras unos discretos golpecitos en la puerta, entró en su despacho.

—Bueeeeno —comenzó Gösta al tiempo que se sentaba—. Verás, resulta que, desde que nos dijeron ayer lo de los niños, algo se ha puesto a funcionar aquí arriba —aseguró señalándose la sien con el dedo índice—. Seguro que no nos aporta nada, es demasiado rebuscado...

Gösta murmuraba y balbucía, y Patrik tuvo que contener el impulso de zarandearlo para hacerlo hablar.

—Verás, es que he estado pensando en un suceso ocurrido en Fjällbacka en 1967. Yo acababa de empezar en esta comisaría. Terminé pronto los estudios en otoño y...

Patrik lo miraba con creciente irritación ¡Habrased visto! ¡Cuánto preámbulo!

Gösta retomó el hilo.

—Bueno, pues como te digo, no llevaba muchos meses trabajando aquí cuando recibimos una llamada de emergencia de dos niños que se habían ahogado. Eran mellizos. De tres años. Vivían con su madre en la isla de Kalvó. El padre se había ahogado también, un par de meses antes, mientras caminaba por el hielo, y al parecer la madre empezó a darle a la bebida. Y aquel día, fue en marzo, si no recuerdo mal, cogió el barco a Fjällbacka y luego el coche hasta Uddevalla para hacer unos recados. Cuando volvió a coger el barco para regresar, había empezado a soplar el viento y, según la madre, la embarcación volcó justo antes de que llegaran y los dos niños se ahogaron. Ella logró alcanzar la orilla a nado y pidió ayuda por radio.

—Ajá —dijo Patrik—. ¿Y por qué has recordado esa historia en relación con nuestro caso? Aquellos niños se ahogaron, ¿no? No pueden ser los mismos que Sigrid Jansson llevaba en el coche dos años después.

Gösta dudaba...

—Porque hubo un testigo que aseguró que la madre, Hedda Kjellander, no llevaba a sus hijos consigo cuando subió al barco.

Patrik guardó silencio unos minutos.

—¿Por qué nadie fue hasta el fondo de aquel asunto?

Gösta no respondió enseguida, parecía afligido.

—El testigo era una señora mayor—dijo al cabo—. Estaba algo mal de la cabeza, a decir de la gente. Se pasaba los días sentada junto a la ventana con los prismáticos y, de vez en cuando, decía que había visto alguna cosa rara.

Patrik enarcó una ceja y adoptó una expresión inquisitiva.

—Monstruos marinos y cosas así —explicó Gösta, aún muy apurado. Para ser sincero, él había pensado en aquello más de una vez, en aquellos dos mellizos cuyos cuerpos nunca rescataron de las aguas, pero siempre terminaba por apartar de sí el recuerdo, procurando convencerse de que fue un trágico accidente y nada más—. Después de hablar con Hedda, la madre —continuó—, me costó creer que hubiese ocurrido de un modo distinto al que ella nos describió. Estaba desesperada, destrozada. No existía razón alguna para creer... —No concluyó la frase y se sentía incapaz de mirar a Patrik a la cara.

De pronto, a Patrik se le encendió una bombilla.

—Te refieres a Hedda la de Kalvó. —Él mismo no comprendía cómo no se le había ocurrido antes relacionarlo, pero ignoraba que Hedda hubiese tenido dos hijos. Lo único que había oído decir de ella era que sufrió dos tragedias en su vida y, desde entonces, había perdido la cabeza por el consumo de alcohol—. O sea que tú crees...

Gösta se encogió de hombros.

—No sé lo que creo, pero es una extraña coincidencia. Y la edad encaja. —Calló, como para dejar que Patrik reflexionara.

—¿Sabes qué te digo? Vamos a ir a hablar con ella —decidió finalmente.

Gösta asintió sin más.

—Podemos coger nuestro bote —propuso Patrik poniéndose de pie. Gösta seguía cabizbajo. Patrik se volvió hacia él y le dijo—: Gösta, aquello pasó hace muchos años. Y no puedo asegurar que yo no hubiese llegado a la misma conclusión. Seguramente, habría procedido como tú. Además, tampoco eras el jefe.

Gösta no estaba seguro de que Patrik no hubiese actuado de modo distinto. Y, claro, él habría podido presionar un poco más al que, a la sazón, era su superior. Pero lo hecho, hecho estaba y no merecía la pena seguir dándole vueltas.

—¿Estás enferma? —Lars se sentó preocupado en el borde de la cama y posó una mano fresca sobre su frente—. ¡Pero si estás ardiendo! —exclamó y la tapó con el edredón hasta la barbilla. Hanna empezó a temblar y experimentaba aquella sensación extraña de tener frío al mismo tiempo que no dejaba de sudar.

—Déjame sola —le dijo antes de darse media vuelta en la cama.

—Sólo quiero ayudarte —respondió Lars un tanto herido y apartó la mano que descansaba sobre el edredón.

—Ya me has ayudado bastante —replicó Hanna con amargura, sin dejar de castañetear los dientes.

—¿Te has dado de baja en el trabajo? —Lars se sentó de espaldas a ella y miró por la cristalera del balcón. Era tal la distancia que los separaba que se diría que estuviesen cada uno en un continente. Algo le encogía el corazón. Parecía miedo, pero un miedo tan profundo, tan penetrante que no podía recordar cuándo fue la

última vez que sintió algo parecido. Respiró hondo—. Si cambiara de idea con respecto a lo de los hijos, ¿modificaría algo las cosas?

El castañeteo cesó por un instante. Hanna se incorporó en la cama con esfuerzo y apoyó la espalda en los almohadones, aunque siguió tapada hasta la barbilla. Temblaba tanto, que la cama vibraba bajo el peso de los dos. Era tal la preocupación de Lars que habría podido tocarse con la mano. Como siempre que Hanna enfermaba. Si era él quien caía enfermo, no le importaba lo más mínimo, pero cuando era Hanna, se sentía morir.

—Eso lo cambiaría todo —aseguró Hanna mirándolo con ojos enfebrecidos—. Lo cambiaría todo —reiteró. Pero, tras un instante, añadió—: O... ¿lo cambiaría de verdad?

Lars volvió a darle la espalda y se concentró en el tejado del vecino.

—Seguro que sí —sostuvo al fin, aunque él mismo dudaba de estar diciendo la verdad—. Sí que lo cambiaría todo.

Se dio media vuelta. Hanna se había dormido. Se quedó contemplándola unos minutos. Al cabo de un rato, salió del dormitorio sin hacer ruido.

—¿Sabrás llegar? —le preguntó Patrik a Gösta cuando salían del embarcadero de Badholmen.

Gösta asintió.

—Sí, claro que sé llegar.

Guardaron silencio durante la travesía hasta Kalvó. Cuando por fin echaron amarras en el pequeño muelle desvencijado, la cara de Gösta estaba de un gris ceniciento. Había vuelto a la isla en varias ocasiones desde aquel día de hacía treinta y siete años, pero siempre que regresaba acudía a su memoria aquella primera visita.

Subieron despacio hacia la cabaña, que estaba en la cima de la isla. Se veía claramente que llevaba mucho tiempo desatendida y la pequeña porción de césped que la rodeaba aparecía cubierta de maleza y plantas silvestres. Por lo demás, no había más que granito hasta donde alcanzaba la vista, aunque tras un análisis más detenido se observaban, entre las grietas, pequeños brotes que aguardaban la llegada del calor para despertar. Era una casa blanca con grandes trozos desconchados bajo los cuales se adivinaba una madera gris maltratada por el viento. Los listones del tejado estaban sueltos y ladeados y aquí y allá se atisbaba un agujero, como en una boca con pocos dientes.

Gösta había encabezado la marcha y llamó a la puerta con unos golpecitos discretos. Sin respuesta. Volvió a llamar, más fuerte esta vez.

—¿Hedda? —Aporreó con el puño, con más fuerza a cada golpe, pero al cabo de unos minutos, intentó abrir. No estaba cerrado con llave y se abrió sin oponer resistencia.

Acababan apenas de entrar cuando ambos se llevaron la mano a la nariz para defenderse del hedor. Era como entrar en una pocilga. Había basura por doquier, restos de comida, periódicos atrasados y, sobre todo, botellas vacías.

—¿Hedda? —gritó Gösta avanzando despacio por el vestíbulo. Nadie respondía—. Voy a echar un vistazo a ver si la encuentro —dijo.

Patrik no podía hablar y asintió con la cabeza. El que hubiese personas capaces de vivir de aquel modo era algo que escapaba a su razón.

Tras unos minutos de búsqueda, Gösta volvió y le hizo a Patrik una seña para que lo acompañase.

—Está en la cama. Totalmente fuera de combate. Tendremos que intentar despabilarla. ¿Preparas tú el café?

Patrik contempló desorientado la cocina. Al final, dio con una lata llena de café en polvo y un cazo vacío. Le dio la impresión de que sólo se usaba para hervir agua: a diferencia del resto del menaje de cocina, tenía un aspecto más o menos limpio.

—Vamos, ven aquí. —Gösta se presentó en la cocina arrastrando lo que más que una mujer parecía una piltrafa. Hedda emitía un murmullo espeso, pero logró con apuros ir poniendo un pie delante del otro hasta la silla a la que Gösta la dirigía. La mujer se desplomó en el asiento, extendió los brazos sobre la mesa, apoyó en ellos la cabeza y se puso a roncar sin más dilación—. Hedda, no te duermas otra vez, tienes que despertarte. —Le zarandeó el hombro con delicadeza, pero ella no reaccionó. Señaló con la cabeza el cazo del fogón donde ya hervía el agua—. Café —dijo.

Patrik se apresuró a servir uno en la taza menos mugrienta que encontró. A él no le apetecía lo más mínimo.

—Hedda, tenemos que hablar contigo —insistió Gösta.

La mujer respondió con el mismo murmullo ininteligible, pero se incorporó despacio y, balanceándose levemente de un lado a otro, intentó fijar la mirada.

—Somos de la policía de Tanumshede. Patrik Hedström y Gösta Flygare. Tú y yo nos hemos visto ya en varias ocasiones. —Gösta articulaba de forma exagerada a fin de conseguir que al menos algo de lo que decía penetrase en la conciencia de aquella mujer.

Le indicó a Patrik por señas que se acercase y tomase asiento, y ambos se colocaron enfrente de Hedda. El hule de la mesa, que en su día lució un estampado de rosas sobre fondo blanco, estaba ahora lleno de restos de comida, migas y grasa hasta el punto de que apenas se distinguía el dibujo. E igual de difícil resultaba imaginar cuál habría sido el aspecto de Hedda en el pasado. El alcohol le había destrozado el cutis dejándolo cuarteado y surcado de profundas arrugas y toda ella parecía recubierta de una gruesa capa homogénea de grasa. El cabello, que un día fue rubio, sin duda, colgaba ahora gris y enmarañado en una cola de caballo recogida en la nuca. Y, seguramente, llevaba mucho tiempo sin lavárselo. Vestía una rebeca repleta

de agujeros que daba la impresión de haber sido adquirida cuando era mucho más delgada. Le quedaba estrecha de hombros y de cuerpo.

—¡Qué coño...! —interrumpió la frase y su final quedó reducido a un torpe balbucir que la mujer acompañó de un leve balanceo en la silla.

—Toma un poco de café —le propuso Gösta con una dulzura sorprendente, al tiempo que le acercaba la taza de modo que quedase dentro de su campo de visión.

Hedda obedeció sin rechistar y, con mano trémula, tomó la pequeña taza de porcelana y apuró el café de un solo trago. Hecho esto, apartó la taza con brusquedad, y Patrik la cazó al vuelo justo cuando estaba a punto de caer.

—Queremos hablar del accidente —dijo Gösta.

Hedda alzó la cabeza muy despacio y le dirigió una mirada turbia. Patrik había decidido guardar silencio y dejar que Gösta se encargase de la charla.

—¿El accidente? —repitió Hedda, cuyo cuerpo parecía haber recobrado algo de estabilidad.

—En el que murieron los niños. —Gösta no apartaba la vista de la mujer.

—Pues yo no quiero hablar de eso —farfulló Hedda desechando la propuesta con un gesto de la mano.

—Pero tenemos que hacerlo —insistió Gösta, aunque sin abandonar el tono amable.

—Se ahogaron. Todos se ahogan, ¿sabéis? —Hedda agitó el dedo en el aire rítmicamente—. ¿Sabéis? Primero se ahogó Gottfrid. Había salido a pescar caballa y tardaron una semana en encontrarlo. Una semana me pasé esperándolo, aunque claro, ya sabía yo, aquella misma noche, que Gottfrid ya no regresaría jamás con su mujer y sus hijos. —La mujer sollozó ausente, como si se hallase a muchos años de distancia.

—¿Cuántos años tenían los niños entonces? —preguntó Patrik.

Hedda lo miró por primera vez.

—¿Los niños? ¿Qué niños? —preguntó desconcertada.

—Los mellizos —aclaró Gösta atrayendo así su atención—. ¿Cuántos años tenían entonces los mellizos?

—Tenían dos años. Casi tres. Dos auténticas fierecillas. Sólo gracias a la ayuda de Gottfrid tenía yo fuerzas para criarlos. Cuando él... —A Hedda se le apagó otra vez la voz. Miró a su alrededor por la cocina como buscando algo, hasta que se detuvo en uno de los muebles. Entonces se levantó con mucho esfuerzo y se arrastró hasta la puerta, la abrió y sacó una botella de Explorer—. ¿Queréis un trago? —preguntó sosteniendo la botella. Al ver que ambos negaban con la cabeza, rompió a reír—. ¡Menos mal, porque no pensaba invitaros! —Su risa sonaba como un repiqueteo.

Hedda llevó la botella a la mesa y volvió a sentarse. No se molestó en buscar un vaso, sino que se llevó la botella a la boca y dio un trago. A Patrik le quemaba la garganta sólo de verla.

—¿Qué edad tenían los mellizos cuando se ahogaron? —preguntó Gösta. Pero Hedda no pareció oírlo, sino que permaneció en silencio con la mirada perdida.

—Era tan elegante —volvió a balbucear Hedda—. Llevaba abrigo y un collar de perlas y todo. Una mujer elegante, vaya si lo era...

—Pero ¿quién? —dijo Patrik muerto de curiosidad—. ¿Qué mujer? —Pero Hedda parecía haber perdido el hilo.

—¿Qué edad tenían los mellizos cuando se ahogaron? —repitió Gösta con más claridad esta vez.

Hedda se volvió hacia él con la botella en alto y a medio camino hacia la boca.

—Pero si los mellizos no se han ahogado, ¿no? —Volvió a empujar la botella.

Gösta le lanzó a Patrik una mirada elocuente y se inclinó ansioso.

—¿No se ahogaron los mellizos? ¿Y dónde están?

—¿Cómo que no se ahogaron? —El miedo afloró de pronto en la mirada de Hedda—. Claro que sí, se ahogaron, claro que se ahogaron... —Volvió a dar un trago, con los ojos cada vez más turbios.

—¿Qué pasó, Hedda? ¿Se ahogaron o no se ahogaron? —Gösta oyó la desesperación de su tono de voz, que no parecía surtir en Hedda otro efecto que el de hacerla adentrarse más aún en la bruma. De hecho, ni siquiera respondió, sólo meneó la cabeza.

—No creo que podamos sacarle más —se lamentó Gösta.

—No, yo tampoco lo creo, hemos de intentarlo por otra vía. Quizá debiéramos echar un vistazo por la casa.

Gösta asintió y se volvió hacia Hedda, que ya estaba a punto de apoyar de nuevo la cabeza en la mesa.

—Hedda, ¿podemos echarle una ojeada a tus cosas?

—Eh... —respondió la mujer antes de dormirse.

Gösta colocó su silla pegada a la de ella para que no cayese al suelo y los dos policías empezaron a inspeccionar la vivienda.

Una hora más tarde no habían encontrado nada más que basura, basura y más basura. Patrik lamentó no haberse llevado los guantes y ahora tenía la sensación de que le picaba todo el cuerpo. Sin embargo, no hallaron el menor indicio de que en aquella casa hubiesen vivido un día dos niños. Hedda debió de deshacerse de todas sus cosas.

Lo que había mencionado acerca de una «mujer elegante» seguía resonándole en los oídos. No se le iba de la cabeza, de modo que se sentó al lado de Hedda y trató de despabilarla otra vez. La mujer se incorporó a regañadientes, pero no podía sostener derecha la cabeza, que se le fue hacia atrás hasta que logró estabilizarla.

—Hedda, tienes que responder a mi pregunta. Esa señora tan elegante, ¿es la que tiene a tus hijos?

—Eran tan traviesos. Y yo sólo iba a Uddevalla a hacer unos recados. Tenía que comprar algo de beber también, no me quedaba una gota de alcohol en casa —farfulló mirando por la ventana el mar que lanzaba destellos al sol primaveral—. Pero ellos no dejaban de armar jaleo. Y yo estaba tan cansada y la mujer era tan elegante... Muy amable. Ella podía llevárselos, me dijo. Así que se los di.

Hedda se giró hacia Patrik que, por primera vez, advirtió en su mirada un sentimiento sincero. En lo más hondo de aquel ser existían un dolor y una culpa tan inexplicables que sólo el alcohol era capaz de ahogarlos.

—Pero me arrepentí —aseguró con el llanto en los ojos—. Y entonces, ya no los encontré. Busqué y busqué, pero se habían esfumado. Igual que la señora elegante. La que llevaba un collar de perlas. —Hedda se pasó la mano por el cuello para indicar dónde lucía el collar—. Ella también se había esfumado.

—Pero ¿por qué dijiste que se habían ahogado? —Patrik vio con el rabillo del ojo que Gösta los escuchaba desde el umbral de la puerta.

—Sentía vergüenza... Y quizá con ella estaban mejor. Pero yo sentía vergüenza...

Hedda volvió a mirar el mar y permanecieron un buen rato en silencio. El cerebro de Patrik trabajaba a toda máquina para asimilar lo que acababa de oír. No era difícil concluir que la «señora elegante» era Sigrid Jansson, que, por alguna razón, se había llevado a los hijos de Hedda. Y quizá jamás consiguieran averiguar el porqué.

Cuando se levantó y se volvió hacia Gösta, le temblaban las piernas de tanta desdicha como acababa de oír. Entonces vio que el colega tenía algo en la mano.

—He encontrado una fotografía—dijo—. Debajo del colchón. Una fotografía de los mellizos.

Patrik la cogió para verla. Dos niños pequeños, de unos dos años de edad, sentados en el regazo de sus padres, Gottfrid y Hedda. Se los veía felices. Debieron de tomarla poco antes de que Gottfrid muriera ahogado. Antes de que todo se derrumbase. Patrik escrutó la cara de los niños. ¿Dónde estarían ahora? Y, ¿sería alguno de ellos un asesino? Nada le desvelaban los rostros gordezuelos de los pequeños. Hedda se había vuelto a dormir en la mesa de la cocina. Y Patrik y Gösta salieron a respirar la brisa pura del mar. Muy despacio, Patrik se guardó la instantánea en la cartera. Él mismo se encargaría de que Hedda la recuperase cuanto antes. Ahora la necesitaban, para dar con el asesino.

Durante la travesía de regreso guardaron el mismo silencio que en el viaje de ida. Sin embargo, en esta ocasión, el silencio se percibía impregnado de conmoción y de dolor. Dolor por lo frágil e insignificante que resultaba a veces el ser humano. Conmoción por la trascendencia que sus errores podían llegar a alcanzar. Patrik se imaginó a Hedda errabunda por Uddevalla, buscando a unos hijos que, en un ataque de resignación, cansancio y síndrome de abstinencia, le había entregado a una completa desconocida. Sintió el pánico que debió de experimentar cuando

comprendió que no encontraría a sus hijos. Y la desesperación que la impulsó a decir que se habían ahogado en lugar de admitir que se los había dejado a una extraña.

Cuando Patrik amarró el viejo bote al pontón del muelle, rompieron el silencio.

—Bueno, pues ahora ya lo sabemos —dijo Gösta, aún con sentimiento de culpa.

Patrik le dio una palmadita en el hombro cuando se encaminaron al coche.

—Tú no podías saberlo —lo consoló.

Gösta no respondió y Patrik sospechaba que nada de lo que dijese podría mitigar sus remordimientos.

—Hemos de averiguar cuanto antes qué fue de los niños —observó Patrik mientras conducían rumbo a Tanumshede.

—¿Seguimos sin tener noticias de los Servicios Sociales de Uddevalla?

—No, no creo que resulte fácil rescatar información tan antigua. Pero ha de estar en algún lugar. Dos niños de cinco años no pueden desaparecer sin más.

—¡Qué vida más desgraciada la de esa mujer!

—¿Te refieres a Hedda? —preguntó Patrik, aunque sabía perfectamente que era en ella en quien Gösta pensaba.

—Sí. Figúrate, vivir toda la vida con esa culpa. Toda la vida.

—No es de extrañar que haya intentado anesthesiarse como ha podido —observó Patrik.

Gösta no respondió. Se limitó a mirar por la ventana, hasta que preguntó:

—Y ahora ¿qué hacemos?

—Hasta que sepamos adonde fueron a parar los niños, seguiremos trabajando con lo que tenemos. Sigrid Jansson, los pelos del galgo español hallados en el cadáver de Lillemor... Trataremos de encontrar la conexión entre las distintas ciudades.

Giraron para entrar en el aparcamiento de la comisaría y, abatidos por la pesadumbre, enfilaron hacia la entrada. Patrik se detuvo un instante en la recepción para comunicarle a Annika lo que había sucedido y se encerró en su despacho. Aún no se sentía con fuerzas para contárselo a los demás.

Sacó la fotografía de la cartera con mucho cuidado y se sentó a observarla. Los ojos de los mellizos lo miraban inescrutables.

Capítulo 9

Al final ella cedió. Sólo una vuelta. Sólo una breve excursión a lo grande, a lo desconocido. Luego volverían a casa y él dejaría de preguntar.

Y él asintió ansioso. Tenía unas ganas locas. Miró de reojo a su hermana y comprobó que en ella latía el mismo anhelo ante lo que los aguardaba.

Se preguntó qué verían. Cómo sería el mundo de fuera. Más allá del bosque. Una idea lo acosaba. ¿Y la otra? ¿Estaría ahí fuera la otra? La mujer de la voz dura. ¿Sentiría el olor que aún flotaba en su nariz, aquel olor fresco y salado? Y la sensación del balanceo de un bote, y el sol bañando el mar, y los pájaros sobrevolándolos y... Era incapaz de decidirse por una de tantas expectativas e impresiones. Sólo podía pensar en una cosa. Podrían salir con ella. Al mundo de allá fuera. No le costaba lo más mínimo prometerle que, a cambio, no volvería a pedírselo. Una vez bastaría. Estaba totalmente convencido. Una sola vez, para que pudiera ver lo que había fuera, para que su hermana y él lo supieran. Era lo único que pedía. Una vez.

Les abrió la puerta del coche y, con una expresión amarga, los vio sentarse detrás. Les ajustó los cinturones de seguridad y se sentó al volante meneando insatisfecha la cabeza. El río, lo recordaba, una risa chillona e histérica, cuando todo aquel deseo contenido halló por fin una vía de escape.

Después de tomar la curva, salieron a la carretera y miró a su hermana un segundo. Luego le cogió la mano. Estaban en camino.



Patrik tenía en la pantalla la lista de los dueños de galgos españoles y la estudiaba con detenimiento una vez más. Había informado a Martin y a Mellberg de lo que Gösta y él habían averiguado en Kalvó y le pidieron a Martin que llamase para apremiar a los Servicios Sociales de Uddevalla a que localizasen cuanto antes algo más de información sobre los mellizos. Por lo demás, no tenían mucho con lo que trabajar. Ya disponía de todos los documentos sobre el accidente en el que Elsa Forsell acabó con la vida de Sigrid Jansson, pero no encontró en ellos nada que les permitiese avanzar.

—¿Qué tal va eso? —preguntó Gösta asomado a la puerta.

—De puta pena —respondió Patrik arrojando el bolígrafo que tenía en la mano—. Estamos estancados y así seguiremos hasta que averigüemos algo más sobre los niños. —Dejó escapar un suspiro, se pasó las manos por el pelo y las dejó cruzadas

en la nuca.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —quiso saber Gösta solícito.

Patrik lo miró perplejo. No era habitual que Gösta acudiese a él para pedir que le diese trabajo. El comisario reflexionó un instante.

—He revisado la lista de los dueños de perros cientos de veces. Al menos, ésa es la sensación que tengo. Pero no encuentro la menor conexión con nuestro caso. ¿Podrías repasarla tú una vez más? —Le pasó el disquete a Gösta, que lo atrapó al vuelo.

—Claro —respondió.

Cinco minutos más tarde volvió Gösta con el desconcierto pintado en el semblante.

—¿No habrás borrado una línea? —preguntó suspicaz.

—¿Que si la he borrado? No, ¿por qué?

—Porque cuando hice la lista, se componía de ciento sesenta nombres. Y ahora sólo hay ciento cincuenta y nueve.

—Pregúntale a Annika, ella fue la que emparejó los nombres con las direcciones. Quizá borró alguno sin darse cuenta.

—Ajá... —replicó Gösta escéptico antes de ir en busca de la recepcionista. Patrik se levantó y lo siguió.

—Voy a comprobarlo —dijo Annika mientras buscaba en la hoja de Excel que tenía guardada en el ordenador—. Pero vamos, que yo también creo recordar que había ciento sesenta. Una cifra redonda. —Fue mirando las carpetas hasta que dio con la que buscaba.

—Míralo, ciento sesenta —confirmó volviéndose hacia Patrik y Gösta.

—Pero, entonces no lo entiendo —dijo Gösta mirando el disquete que tenía en la mano. Annika lo cogió y lo introdujo en su ordenador, abrió también el otro documento y los colocó uno junto al otro para compararlos. Cuando localizaron el nombre que faltaba en el documento del disquete, un clic resonó en la cabeza de Patrik. Dio media vuelta, echó a correr pasillo adentro hasta su despacho y se quedó mirando el mapa de Suecia. Uno tras otro, fue observando los alfileres que señalaban las ciudades de las víctimas y, lo que hasta ahora había sido un patrón indescifrable, empezó a presentársele con más claridad. Gösta y Annika lo habían seguido desconcertados y ahora lo miraban presas de la más absoluta perplejidad, al ver cómo iba sacando del cajón y arrojando un papel tras otro.

—¿Qué buscas? —le preguntó Gösta, pero Patrik no respondió. Los papeles seguían posándose en el suelo como una alfombra. En el último cajón, encontró por fin lo que buscaba. Se puso de pie muy tenso y, con el documento en la mano, fue leyendo y colocando nuevos alfileres en el mapa. Poco a poco, junto a cada una de las ciudades marcadas fue clavando un nuevo alfiler. Cuando hubo terminado, se dio la

vuelta.

—Ya lo tengo.

Dan había dado el paso, por fin. Se había puesto en contacto con una inmobiliaria situada al otro lado de la calle y ya había resuelto llamar al número de teléfono que veía todos los días desde la ventana de su cocina. Una vez en marcha la rueda, todo resultó sorprendentemente fácil. El joven que atendió la llamada le dijo que podía pasarse enseguida, y a él le iba de maravilla, porque no quería prolongarlo más sin necesidad.

Después de todo, lo de la venta de la casa ya no se le hacía tan doloroso. Todas las conversaciones que había mantenido con Anna, el infierno que, según supo, había vivido con Lucas, todo aquello lo hizo recapacitar y considerar sus esfuerzos por conservar la casa como... ridículos, a decir verdad. ¿Qué importaba dónde viviese? Lo principal era que las niñas fuesen a verlo. Que él pudiese abrazarlas y acariciarlas de vez en cuando y oírlas contar cómo habían pasado el día. Todo lo demás no importaba lo más mínimo. Y en cuanto a su matrimonio con Pernilla, era agua pasada. Había tomado conciencia de ello ya hacía mucho, pero no estaba preparado para afrontar las consecuencias. Sin embargo, había llegado la hora de cambiar radicalmente. Pernilla tenía su vida, y él la suya. Sólo esperaba que un día recuperasen la amistad que había sido la base de su matrimonio.

Pensó en Erica. Sólo faltaban dos días para su boda. Y eso lo hacía sentirse bien, en cierto sentido. El hecho de que ella siguiese adelante, igual que él. Se alegraba tanto por ella... Hacía muchos años que ellos dos formaron pareja, cuando eran jóvenes, dos personas totalmente distintas. Pero habían conservado la amistad a lo largo de los años y Dan siempre deseó para ella aquello, precisamente. Hijos, una vida en pareja, una boda en la iglesia, algo con lo que él sabía que ella siempre soñó, por más que nunca lo hubiese admitido. Y Patrik era perfecto para ella. Tierra y aire, así los veía Dan. Patrik tenía los pies totalmente en el suelo, era estable, juicioso, tranquilo. Y Erica era una soñadora, siempre con la cabeza en las nubes, aunque tan valiente y tan inteligente que no se permitía despegarse demasiado de la realidad. Estaban hechos el uno para el otro.

Y Anna. Últimamente había pensado mucho en ella. Anna era la hermana a la que Erica siempre había sobreprotegido porque la consideraba débil. Lo curioso era que para Erica, ella era la más práctica de las dos, mientras que Anna era una soñadora. Sin embargo, a lo largo de las últimas semanas, durante las cuales había tenido la oportunidad de conocerla a fondo, Dan comprendió que era totalmente al contrario. Anna era la más práctica de las dos, la que veía la realidad tal como era. O, al menos, había aprendido a hacerlo durante sus años con Lucas. En cualquier caso, Dan se había percatado de que Anna dejaba que Erica conservase su visión ilusoria. De

alguna manera, Anna comprendía la necesidad de Erica de sentirse como la responsable, la que siempre se había encargado de su hermana pequeña. En cierto modo, así era, pero al mismo tiempo, Erica había infravalorado a Anna y seguía considerándola una niña, como si ella fuera su madre.

Dan se levantó para ir a buscar la guía telefónica. Ya era hora de empezar a buscar piso.

Reinaba en la comisaría una atmósfera de abatimiento y desesperación. Patrik los había convocado a una reunión en el despacho del comisario jefe. Todos estaban cabizbajos y en silencio, incapaces de asimilar lo incomprensible. Patrik y Martin habían llevado al despacho el vídeo y el televisor. En cuanto informó a Martin, éste comprendió qué se le había escapado cada vez que vio el vídeo de la última noche de Lillemor.

—Tendremos que revisarlo todo paso a paso antes de hacer nada —dijo Patrik, rompiendo así el silencio—. No podemos cometer ningún error —añadió. Todos asintieron, comprendían perfectamente lo que quería decir—. La primera bombilla se me encendió cuando descubrimos que faltaba un nombre en la lista de los dueños de los perros. Cuando Gösta confeccionó la lista y Annika emparejó los nombres con las direcciones, había ciento sesenta nombres. Pero luego, cuando Annika me la pasó en el disquete, sólo figuraban en la lista ciento cincuenta y nueve. Faltaba el nombre de Tove Sjöqvist, con domicilio en Tollarp.

No se produjo reacción alguna, de modo que Patrik continuó.

—Volveré sobre ello, pero esa circunstancia hizo que una de las piezas del rompecabezas encajase en su lugar.

Todos sabían lo que Patrik iba a decir, y Martin cerró los ojos y se cubrió la cara con las manos, con los codos apoyados en las rodillas.

—A mí me sonaba algo relacionado con las ciudades en las que fueron asesinadas las víctimas, y cuando por fin comprendí de qué se trataba, no me ha llevado mucho tiempo descubrir la conexión.

Hizo una pausa y carraspeó, antes de proseguir:

—Las ciudades de las víctimas coinciden al cien por cien con los lugares en los que Hanna ha trabajado —dijo quedamente—. Yo había visto la lista en su solicitud, antes de que la contratáramos, pero... —Alzó los brazos en gesto impotente y dejó que Martin continuase.

—Había algo en la grabación de la noche en que murió Lillemor que me llamó la atención y, cuando Patrik me contó lo de Hanna... Bueno, será mejor que lo veamos.

Le hizo una seña a Patrik, que pulsó la tecla de reproducción. Ya habían seleccionado el minuto exacto de filmación, de modo que no tardó en verse en la pantalla la disputa, seguida de la aparición de Martin y Hanna. Se veía a Martin

hablando con Mehmet y con los demás. La cámara registró luego el momento en que Lillemor echó a correr hacia el centro, desesperada y totalmente ignorante de que se precipitaba hacia su propia muerte. Después, la cámara enfocó a Hanna hablando por el móvil. Patrik congeló ahí la imagen.

—Y eso era lo que me llamaba la atención, aunque no lo comprendí hasta tarde. ¿A quién llamó? Eran cerca de las tres de la madrugada y los únicos que estábamos de servicio éramos ella y yo, de modo que no podía estar hablando con ninguno de vosotros —explicó Martin.

—Tenemos una lista de sus llamadas y constatamos que se trataba de una llamada saliente. Que hizo a su casa. Para hablar con Lars, su marido —confirmó Patrik.

—Pero ¿por qué? —repuso Annika, poniendo en palabras el mismo desconcierto que reflejaban las caras de todos los demás.

—Le pedí a Gösta que mirase el registro de personal. Hanna y Lars tienen, ciertamente, el mismo apellido. Pero no son marido y mujer. Son hermanos. Mellizos.

Annika contuvo la respiración y un desagradable silencio se hizo en la sala, después de la bomba que Patrik acababa de soltar.

—Hanna y Lars son los mellizos desaparecidos de Hedda —aclaró Gösta.

—Sí —asintió Patrik—, aún no hemos obtenido la información de Uddevalla, pero apostaría todo lo que tengo a que los niños se llamaban Lars y Hanna, y que, en algún momento de sus vidas, cambiaron el apellido por Kruse. Probablemente, los adoptaron.

—¿Así que llamó a Lars? —preguntó Mellberg, al que parecía costarle un poco seguir el hilo.

—Creemos que llamó a Lars, que fue a recoger a Lillemor. Incluso puede que Hanna le dijese que Lars la recogería. Él conocía a los participantes y ninguno habría pensado que constituía una amenaza.

—Además de que Lillemor había escrito en su diario que había reconocido a alguien que le resultaba desagradable. Y ese alguien es, seguramente, Lars Kruse. Lo que Lillemor recordaba era el encuentro con la persona que había matado a su padre. —Martin frunció el entrecejo.

—Sí, pero no olvides que la joven confesaba no saber de qué lo conocía, no lograba conectar a la persona de Lars con aquel recuerdo. Y ni siquiera estaba segura de reconocerlo. En el estado en que se encontraba, seguro que habría aceptado con gratitud la ayuda de cualquiera, con tal de verse lejos del equipo de televisión y de los participantes que se habían metido con ella. —Patrik dudó un instante, al cabo del cual prosiguió—: No tengo pruebas de ello, pero creo que pudo ser Lars quien iniciase la bronca de aquella noche.

—¿Cómo? —preguntó Annika—. ¿Si ni siquiera estaba allí!

—No, pero hubo algo en los interrogatorios con los participantes del programa que me llamó la atención. Eché una rápida hojeada a los informes antes del comienzo de esta reunión y todos y cada uno de los que discutieron con Barbie aquella noche dijeron que «alguien les había contado que Barbie iba hablando mal de ellos» y cosas así. No tengo ningún argumento a favor, pero sí la sensación de que Lars aprovechó las charlas individuales que mantuvo aquel día con los participantes para sembrar la disensión entre ellos y Lillemor. Teniendo en cuenta la cantidad de información personal que poseía acerca de todos ellos, los secretos que le habrían confiado, sin duda, podía hacer mucho daño y dirigir las iras de todos contra Lillemor.

—Pero ¿por qué? —preguntó Martin—. Él no podía prever que los sucesos se desarrollarían como lo hicieron aquella noche, que Lillemor saldría corriendo de aquel modo.

Patrik meneó la cabeza.

—No, eso seguro que fue pura casualidad. Una oportunidad que se les presentó y que ellos aprovecharon. Yo creo que la idea era, en principio, darle a Lillemor algo de lo que ocuparse. Lars se dio cuenta enseguida de quién era, sabía que lo había visto en aquella ocasión, ocho años antes, y temió que la joven recordara. Así que quiso darle otra cosa en la que pensar. Sin embargo, cuando se le presentó la oportunidad... bueno, digamos que decidió resolverlo de un modo más permanente.

—Pero entonces, ¿Lars y Hanna han sido cómplices en todos estos asesinatos? ¿Por qué?

—Aún no lo sabemos. Seguramente, Hanna seleccionaba los nombres y las direcciones de las futuras víctimas de las distintas comisarías donde iba trabajando.

—Pero... ¿si ni siquiera había empezado a trabajar aquí cuando asesinaron a Marit!

—Esa información puede encontrarse también haciendo búsquedas en la hemeroteca. Lo más probable es que fuese así como localizó a Marit. Y, ¿por qué lo hizo? No tengo ni idea. Pero, seguramente, todo está relacionado con el primer accidente, aquel en el que Elsa Forsell mató a Sigrid Jansson. Hanna y Lars iban en el coche, Sigrid Jansson los secuestró cuando tenían tres años y vivieron aislados en su casa durante más de dos. A saber los traumas que sufrieron.

—Ah, por cierto, ¿y el nombre que faltaba en la lista? ¿Por qué te hizo pensar en Hanna cuando lo descubriste? —preguntó Annika llena de curiosidad.

—Por un lado, fue Hanna quien me lo entregó, tú le pediste que lo hiciera. Tú tenías ciento sesenta nombres en el documento, pero en el que contenía el disquete había uno menos. La única persona que pudo haberlo borrado era Hanna. Ella sabía que existía el riesgo de que yo reconociese el nombre. Cuando acababa de empezar con nosotros, me contó que Lars y ella le habían alquilado la casa a Tore Sjöqvist, que se había mudado a Escania, donde permanecería dos años. Así que, cuando

localicé el nombre, emparejado a una dirección de Tollarp, no me costó mucho sumar dos y dos. —Patrik hizo una pausa—. Yo tenía la sensación de que era preciso revisarlo todo una vez más. ¿Qué pensáis vosotros? ¿Habéis detectado alguna laguna en mi razonamiento? ¿Cabe alguna duda de que tengamos lo suficiente como para seguir adelante?

Todos menearon la cabeza. Por increíble que pudiera parecer, existía una lógica aterradora en la exposición de Patrik.

—Bien —asintió Patrik—. Lo más importante ahora es que actuemos antes de que Hanna y Lars se den cuenta de que los hemos descubierto. Y también es importantísimo que no averigüen nada sobre su madre ni sobre cómo desaparecieron, porque creo que puede ser peligroso para...

Se interrumpió al ver que Annika volvía a contener la respiración.

—¿Annika? —dijo Patrik en tono inquisitivo al observar con creciente preocupación la palidez de la mujer.

—Yo se lo conté —confesó nerviosa—. Hanna me llamó justo después de que vosotros dos llegais de Kalvó. No sonaba nada bien, pero me dijo que había dormido un poco y que se encontraba mejor. Y que no tendría que estar de baja más de uno o dos días. Y yo... pues... —Annika se atascó, pero luego se animó y miró a Patrik—. Quería mantenerla al corriente, así que le conté lo que habíais averiguado sobre Hedda.

Por un instante, Patrik se quedó mudo. Luego dijo: —No podías saberlo. Pero tenemos que salir para la isla ahora mismo.

Una actividad febril estalló de pronto en la comisaría de Tanumshede.

Sentado en la proa del Minlouis, el barco de salvamento de la compañía de rescate marítimo, Patrik sentía la desazón como un nudo en el estómago mientras navegaban rumbo a Kalvó. Alentaba mentalmente al barco a navegar más rápido, pero iban a toda máquina. Temía que fuese demasiado tarde. Poco antes de salir a toda prisa con las luces de emergencia para llegar a Fjällbacka lo antes posible, habían recibido la llamada del propietario de una embarcación que, aseguraba el hombre indignadísimo, le había confiscado una mujer policía acompañada de un desconocido. El hombre les vociferó que aquello eran maneras dignas de la mafia y que les pondría una demanda de puta madre si le causaban al barco el menor rasguño. Patrik le colgó el teléfono sin alterarse. En aquellos momentos, no tenía tiempo que perder. Lo más importante era que sabían que Lars y Hanna habían conseguido un barco y que se dirigían a Kalvó, en busca de su madre.

El barco de salvamento cayó en el valle de una ola y Patrik quedó empapado por las salpicaduras. Había empezado a soplar el viento y, en lugar del mar apacible que Gösta y Patrik habían surcado unas horas antes aquel mismo día, navegaban ahora

por unas aguas inquietas y oscuras de bravo oleaje. A sus mentes acudían nuevos escenarios, nuevas imágenes de lo que encontrarían cuando llegasen. Gösta y Martin se habían acurrucado en la cabina del barco, pero Patrik necesitaba sentir el frescor del aire para centrarse en lo que tenían por delante. Algo que, fuese cual fuese su final, no acabaría bien.

Cuando, después de una travesía de cinco minutos, que, no obstante, se les antojó infinita, arribaron por fin a la isla, vieron el barco sustraído mal amarrado en el muelle de Hedda. Peter, el patrón que gobernaba el barco de salvamento, atracó hábilmente a su lado, pese a que su embarcación era más grande que el muelle. Patrik saltó a tierra sin vacilar y Martin lo siguió. A Gösta tuvieron que ayudarlo entre todos.

Patrik había intentado convencer al colega de más edad de que se quedase en la comisaría, pero Gösta Flygare dio muestras de una tozudez sorprendente e insistió en ir con ellos. Patrik cedió, pero ahora empezaba a lamentar su decisión. Aunque, claro, ya era demasiado tarde.

Señaló con un gesto la cabaña, que daba la falsa impresión de estar vacía y desierta. Ni un solo ruido se oía procedente del interior y, cuando quitaron el seguro de las pistolas, a Patrik le dio la sensación de que el eco resonaba en toda la isla. Se encaminaron sigilosos hacia la cabaña y se agacharon al llegar ante las ventanas. Patrik oyó voces en el interior y echó una cauta ojeada a través de los cristales llenos de salitre. En un primer momento no vio más que la sombra de alguien que se movía allí dentro, pero una vez que los ojos se habituaron a la penumbra, creyó distinguir dos figuras en la cocina. Las voces subían y bajaban de volumen, pero resultaba imposible oír lo que decían. De repente, Patrik no sabía qué hacer, pero finalmente tomó una decisión. Hizo un gesto con la cabeza señalando la entrada. Con mucho cuidado, avanzaron hacia allí. Martin y Patrik se colocaron cada uno a un lado de la puerta, mientras Gösta aguardaba a cierta distancia.

—¿Hanna? Soy yo, Patrik. Estoy con otros compañeros. ¿Está todo en orden?

Nadie respondió.

—¿Lars? Sabemos que estás ahí con tu hermana. No cometáis ninguna tontería, no acabéis con más vidas.

Seguían sin responder. Patrik empezaba a ponerse nervioso y le sudaba la mano con la que sostenía la pistola.

—¿Hedda? ¿Cómo estás? ¡Hemos venido a ayudarte! Lars y Hanna, no le hagáis daño a Hedda. Hizo algo horrible pero, creedme, ya ha pagado por ello. Mirad a vuestro alrededor, observad cómo vive. Su vida ha sido un infierno a causa de lo que os hizo.

El silencio por respuesta. Patrik lanzó una maldición para sus adentros. Luego, alguien entreabrió la puerta. Patrik agarró bien la pistola y, con el rabillo del ojo, vio que tanto Martin como Gösta hacían lo propio.

—Vamos a salir—dijo Lars—. No disparéis. Si lo hacéis, la mato.

—Vale, vale —asintió Patrik intentando sonar tranquilo.

—Dejad las armas, quiero verlas en el suelo —ordenó Lars. Ellos seguían sin poder verlo por la ranura de la puerta.

Martin miró a Patrik inquisitivo y éste asintió y dejó su pistola en el suelo. Gösta y Martin siguieron su ejemplo.

—Dadle una patada —les dijo Lars con voz sorda.

Patrik dio un paso al frente y apartó de una patada las tres pistolas.

—Haceos a un lado.

Una vez más, obedecieron y, tensos, aguardaron el siguiente paso. Muy despacio, centímetro a centímetro, se fue abriendo la puerta. Patrik esperaba ver a Hedda, pero fue Hanna quien apareció. Aún se la veía enferma, sudorosa y con fiebre. Sus miradas se cruzaron y Patrik no pudo por menos de preguntarse cómo se había dejado engañar de aquel modo. Cómo logró Hanna esconder durante tanto tiempo y tras una fachada de normalidad la podredumbre que llevaba dentro. Por un segundo, le pareció leer en su semblante el deseo de darle una explicación, pero Lars la empujó hacia delante y entonces vieron la pistola con la que le apuntaba a la sien. Patrik la reconoció: era el arma reglamentaria de Hanna.

—Moveos, venga, un poco más allá —masculló Lars, en cuyos ojos Patrik no halló más que odio y negros pensamientos.

Miraba como aturdido de un lado a otro y algo le dijo a Patrik que Lars había abandonado la máscara, que ya no era capaz de seguir viviendo una doble vida. La locura —o el mal, o como queramos llamarlo— le había ganado la batalla a la parte de su personalidad que sólo deseaba llevar una existencia normal, tener un trabajo y una familia.

Se alejaron un poco, Lars pasó por delante de ellos con Hanna delante, a modo de escudo. La puerta de la casa estaba abierta de par en par y, tras echar una ojeada, Patrik comprendió por qué no había utilizado a Hedda. Horrorizado, vio que estaba atada a una silla. Le tapaba la boca el mismo tipo de cinta adhesiva cuyos restos habían detectado en las otras víctimas, con un agujero en el centro: el espacio justo para introducir por él el cuello de una botella. Hedda había muerto como vivió. Llena de alcohol.

—Comprendo que desearais la muerte de Hedda, pero ¿y los demás?

—Ella se lo llevó todo. Cuanto teníamos. Hanna la vio por casualidad y ambos supimos lo que había que hacer. Así que murió a causa de aquello que destruyó nuestras vidas, a causa del alcohol.

—¿Te refieres a Elsa Forsell? Sabemos que fue la responsable de la muerte de Sigrid, la mujer con la que vivíais.

—Estábamos bien —aseguró Lars con voz chillona. Iba retrocediendo despacio

hacia el embarcadero—. Ella se ocupaba de nosotros. Y juró que nos protegería.

—¿Quién, Sigrid? —dijo Patrik moviéndose despacio hacia Lars y Hanna.

—Sí, nosotros no sabíamos cómo se llamaba. La llamábamos mamá. Dijo que eso era, nuestra nueva madre. Y vivíamos bien. Ella jugaba con nosotros. Nos abrazaba. Nos leía.

—¿El cuento de *Hansel y Gretel*? —preguntó Patrik sin dejar de avanzar despacio hacia el muelle. Vio con el rabillo del ojo que Gösta y Martin lo iban siguiendo.

—Sí —confirmó Lars antes de pegar la boca a la oreja de Hanna—. Nos leía. Ese cuento. Hanna, ¿recuerdas lo maravilloso que era? ¿Lo hermosa que era? ¿Lo bien que olía? ¿Te acuerdas?

—Sí, lo recuerdo —asintió Hanna y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, estaban llenos de lágrimas.

—Eso fue lo único que pudimos conservar después de su muerte, aquel cuento. Queríamos demostrarles lo poco que queda cuando destrozamos la vida de alguien.

—De modo que no os bastó con Elsa —continuó Patrik sin apartar la mirada de los ojos de Lars.

—Eran muchos los que habían hecho lo mismo. Tantos... —dijo Lars sin rematar la frase—. Cada nueva ciudad a la que nos mudábamos... en cada nueva ciudad había que hacer limpieza.

—Matando a alguien que, conduciendo borracho, hubiese provocado la muerte de otra persona.

—Así es —respondió Lars sonriente—. Sólo entonces podríamos vivir tranquilos. Cuando hubiésemos demostrado que no pensábamos tolerarlo y que no habíamos olvidado. Que no puede ser que uno destruya la vida de alguien y luego siga viviendo como si tal cosa.

—¿Tal y como hizo Elsa después de haber provocado la muerte de Sigrid?

—Exacto —afirmó Lars, cuya mirada se volvió más sombría aún—. Como hizo Elsa.

—¿Y Lillemor?

Ya casi habían ganado el embarcadero y Patrik se preguntaba qué harían si Hanna y Lars lograban llegar al barco de salvamento, que era mucho más veloz que el otro. En tal caso, no conseguirían darles alcance. Sin embargo, el patrón parecía haber caído en la cuenta, porque empezó a retroceder alejándose del embarcadero, de modo que sólo quedase allí la embarcación más pequeña.

—Lillemor—resopló Lars—. Una persona necia e inútil. Exactamente igual que el resto de la basura con la que me vi obligado a trabajar. Jamás la habría reconocido por su aspecto, pero recordaba el nombre y la ciudad de la que procedía. Sabía que teníamos que hacer algo.

—Así que les contaste a los demás que Lillemor andaba hablando mal de ellos,

para crear el caos y distraer su atención de ti, ¿no?

—Vaya, no eres tonto del todo —sonrió Lars dando el primer paso atrás en el embarcadero. Por un instante, Patrik sopesó la posibilidad de lanzarse sobre él, pero, aunque comprendía que el que Lars retuviese a su hermana como rehén era una pantomima —después de todo, habían llevado a cabo los crímenes los dos juntos—, no se atrevió. No tenía ningún arma, estaba arriba, en la colina, junto con las de Martin y Gösta, así que Lars y Hanna tenían ventaja.

—Fui yo quien llamó a Lars —intervino Hanna con voz bronca.

—Lo sabemos —dijo Patrik—. Estaba grabado. Martin lo vio, pero no comprendimos...

—No, claro, ¿cómo ibais a comprender? —repuso con una sonrisa tristona.

—O sea, que Lars fue a buscarla después de tu llamada, ¿no es así?

—Sí —respondió Hanna subiendo despacio al barco. Se sentó en el banco del centro, mientras Lars se acomodaba junto al fueraborda y giraba la llave de arranque. Nada sucedió. Lars frunció el entrecejo y probó una segunda vez. El motor emitió un chirrido, pero no se puso en marcha. Patrik observaba desconcertado los intentos de Lars, pero al echar un vistazo al barco de salvamento, que se balanceaba a una distancia prudencial de la isla, comprendió lo que sucedía. El patrón sostenía, a la vista de todos, el tanque de combustible y Patrik entendió enseguida que había vaciado el depósito. «Un tipo diligente, el tal Peter», se dijo.

—No tienes combustible —dijo Patrik aparentando una tranquilidad que no sentía—. Así que no hay nada que puedas hacer. Los refuerzos ya vienen en camino, de modo que lo mejor será que os rindáis y evitéis que nadie más resulte herido. —Al propio Patrik le sonó ridículo, pero no encontraba el modo adecuado de expresarse, si es que existía alguno.

Sin pronunciar una palabra, Lars soltó el amarre y empujó el barco de una patada lejos del embarcadero. Enseguida entró en la corriente y empezaron a deslizarse despacio por las aguas.

—No llegaréis a ninguna parte —les advirtió Patrik mientras pensaba en qué posibilidades se le ofrecían. Ninguna, concluyó. La única alternativa era ir tras Lars y Hanna. Sin motor, no llegarían muy lejos, seguramente arribarían a alguna de las islas que había enfrente. Patrik hizo un último intento—. Hanna, tú no pareces haber sido el cerebro de todo esto. Aún tienes la oportunidad de ayudarnos y de ayudarte a ti misma.

Hanna no respondió. Simplemente, devolvió tranquila la mirada suplicante de Patrik. Luego, muy despacio, llevó su mano hacia la de Lars, hacia la que sostenía la pistola. Lars ya no apuntaba a su hermana, sino que tenía la mano del arma apoyada en el banco en el que ella estaba sentada. Aún con la misma parsimonia ominosa, cogió la mano de Lars y se la llevó a la sien. Patrik vio que el rostro de Lars expresó

primero extrañeza, y después, horror. Sin embargo, enseguida se vio dominado por la misma parsimonia que su hermana. Hanna le dijo algo que no pudieron oír quienes estaban en tierra. Él le susurró a su vez, la atrajo hacia sí, con la cabeza apoyada en su pecho. Entonces Hanna puso el índice en el de Lars. Y apretó el gatillo. Patrik se sobresaltó y, detrás de él, Gösta y Martin se quedaron sin respiración. Incapaces de moverse, incapaces de decir nada, vieron cómo Lars se sentaba despacio en la falca del barco, con el cuerpo de Hanna, ensangrentado y sin vida, en un tierno abrazo. La sangre le había salpicado la cara, como si se hubiera pintado para el combate. Y de esa guisa y con la misma calma, los miró por última vez. Luego se llevó la pistola a la sien. Y apretó el gatillo.

Cuando cayó hacia atrás por la borda, Hanna cayó con él. Los mellizos de Hedda desaparecieron bajo la superficie. En las profundidades a las que Hedda los desterró un día.

Tras unos segundos, las ondas provocadas por su caída desaparecieron del todo. El barco ensangrentado se balanceaba sobre las olas del mar y, a lo lejos, como en un sueño, Patrik vio un grupo de barcos que se acercaban. Habían llegado los refuerzos.

Capítulo 10

Ya cuando sintió el choque que lo convirtió todo en un infierno, supo que la culpa era suya. Ella tenía razón. Era un pájaro cenizo. No la escuchó, insistió y le suplicó, y no cedió hasta que ella consintió por fin. Y ahora el silencio era ensordecedor. El sonido de los coches al colisionar había dado paso a una calma espantosa y la presión del cinturón le había dejado un rastro de dolor en el pecho. Con el rabillo del ojo, vio que su hermana se movía. Apenas osaba mirarla, pero cuando lo hizo se dio cuenta de que tampoco ella había sufrido ningún daño. Combatió el deseo de llorar mientras oía cómo su hermana sollozaba quedamente al principio, antes de estallar en un llanto convulso y estridente. En un primer momento, no se atrevió a mirar el asiento delantero. El silencio total le decía lo que iba a encontrar. Sentía la culpa como un puño alrededor de su garganta. Con mucho cuidado, desenganchó el cinturón de seguridad y se inclinó despacio y lleno de angustia. Retrocedió en el acto y la brusquedad del movimiento intensificó el dolor del pecho. Ella clavó en él sus ojos vacíos. Muertos, ciegos. Le salía sangre por la boca y le había manchado la ropa. Creyó ver la acusación en su mirada exánime. ¿Por qué no me hicisteis caso? ¿Por qué no dejasteis que cuidara de vosotros? ¿Por qué? ¿Por qué? Eres un pájaro cenizo. Mira cómo estoy ahora.

Sollozaba e hipaba para obligar al oxígeno a pasar por la garganta, que parecía estrangulada. Alguien abrió la puerta y vio el rostro de una mujer que lo observaba conmovida. La mujer se movía de un modo extraño, tambaleándose, y notó con desconcierto que olía igual que la otra mujer. Aquella que sólo existía en su memoria. Era el mismo olor duro que emanaba de su boca, de su piel y de su ropa. Cuando desapareció la dulzura. La mujer lo sacó del coche y comprendió que era la conductora del otro vehículo, el que había chocado con el suyo. La mujer dio un rodeo para sacar a su hermana y él la observó con atención. Jamás olvidaría su semblante.

Después, fueron tantas las preguntas... Y tan extrañas.

«¿De dónde sois?», les preguntaban. «Del bosque», respondían ellos sin comprender por qué aquella respuesta provocaba tanta frustración en el entorno. «Sí, pero, ¿y antes? ¿Antes de llegar a la casa del bosque?» Ellos se quedaban mirando a los que preguntaban sin comprender qué era lo que querían saber. «Somos del bosque», era lo único que sabían responder. Claro que a veces pensaban en las saladas aguas del mar y en los gritos de las aves, pero él nunca dijo una palabra. Lo único que conocía de verdad era el bosque.

Durante los años que transcurrieron después, intentó no pensar en aquellas preguntas. Y, de haber sabido lo frío y malvado que era el mundo de fuera, jamás le habría insistido para que los llevase fuera del bosque. De mil amores se habría

quedado con su hermana, aquél era su mundo, un mundo que, una vez ocurrida la desgracia, se les antojaba maravilloso. En comparación con el otro. Pero aquélla era una culpa con la que debería cargar. Él lo había ocasionado. Él, al no creer que, en efecto, era un pájaro cenizo. Al no creer que acarrearla la desgracia no sólo a sí mismo, sino también a los demás. De modo que la culpa de la mirada muerta de sus ojos era suya y sólo suya.

Con el transcurso de los años, su hermana llegó a ser lo único que lo mantenía vivo. Estaban los dos unidos frente a todos aquellos que intentaban separarlos y convertirlos en algo tan feo como el mundo del exterior. Pero ellos eran distintos. Juntos, eran distintos. En la oscuridad de la noche, siempre hallaban consuelo y podían huir de los horrores del día. La piel de ella contra la suya, el aliento de ella mezclado con el de él.

Y, finalmente, halló un modo de compartir la culpa. Y su hermana estaba siempre dispuesta a ayudarle. Siempre juntos. Siempre. Juntos.



Los primeros compases de la marcha nupcial de Mendelssohn resonaban en la iglesia. A Patrik se le secaba la boca. Miró a Erica, que caminaba a su lado, y luchó por combatir las lágrimas que se empeñaban en salir. Un hombre de verdad debía trazar algún tipo de límite... No era de recibo que caminase hacia el altar hecho un mar de lágrimas. Pero es que se sentía tan inmensamente feliz... Patrik apretó la mano de Erica, que le respondió con una amplia sonrisa.

Era tan guapa que no podía creerlo. Ni tampoco que estuviera allí, a su lado. Una imagen de su anterior boda, cuando se casó con Karin, cruzó como un rayo su mente. Pero el recuerdo desapareció tan pronto como se había presentado. Por lo que a él se refería, aquélla era su primera vez. Era la verdadera. Todo lo demás había sido un ensayo, un rodeo, la preparación para el instante en que pudiera caminar hacia el altar con Erica y prometerle su amor en la necesidad y en la abundancia, hasta que la muerte los separase.

Ya se abrían las puertas de la iglesia y empezaron a caminar despacio, mientras el organista tocaba y las caras sonrientes de los invitados se volvían hacia ellos. Miró una vez más a Erica y él mismo sonrió con más gana aún. Llevaba un vestido de corte sencillo, con pequeños bordados en blanco sobre blanco, que le quedaba perfecto. Se había peinado con un moño suelto y algunos rizos que caían en calculado desorden y llevaba el cabello adornado con florecillas también blancas. Y unos sencillos pendientes de perlas. Estaba infinitamente hermosa. Una vez más, sintió el llanto acudir a sus ojos, pero parpadeó resuelto para mantenerlo a raya. ¡Tenía que lograrlo

sin llorar! ¡Tenía que conseguirlo!

En los bancos vieron a sus amigos y familiares. Y todos los colegas de la comisaría. Incluso Mellberg se había empaquetado en un traje y se había enroscado el cabello con más esmero de lo habitual. Tanto él como Gösta acudieron sin pareja, mientras que Martin, el padrino de Patrik, fue acompañado de su querida Pia, y Annika, de su Lennart. Patrik se alegraba de verlos a todos allí reunidos. Hacía tan sólo dos días dudaba de que fuese capaz de hacer lo que ahora se disponía a hacer. Cuando vio a Hanna y a Lars desaparecer hacia las profundidades marinas, sintió una pesadumbre y un cansancio tal que la idea de casarse se le antojaba remota. Pero llegó a casa, Erica lo mandó a la cama y lo arropó, y se pasó veinticuatro horas durmiendo. Y cuando Erica le contó que les habían regalado una cena y una noche en el Stora Hotel y le preguntó si le apetecía, sintió que era justo lo que necesitaba. Estar con Erica, una buena cena, dormir abrazado a ella y hablar, hablar y hablar.

De modo que ahora se sentía más que preparado. Lo tenebroso, lo maligno le resultaba totalmente ajeno al lugar en el que ahora se encontraba. A un día como aquél.

Llegaron al pie del altar y comenzó la ceremonia. El pastor Harald habló del amor como algo dulce y paciente, habló de Maja y de cómo Patrik y Erica habían conseguido encontrarse el uno al otro. Logró dar con las palabras precisas para describirlos a los dos y para describir cómo veían su vida juntos.

Maja, al oír que mencionaban su nombre, decidió que ya no quería seguir en el regazo de su abuela, sino que quería estar con sus padres, los cuales, por alguna razón insondable, se hallaban al fondo de aquella casa extraña y vestían una ropa rarísima. Kristina se esforzó durante unos minutos por mantenerla consigo, pero tras un gesto de Patrik, la soltó y la dejó gatear hasta el altar. Patrik la cogió y, con Maja en sus brazos, le puso el anillo a Erica. Cuando por fin se besaron, por primera vez como marido y mujer, Maja hundió riendo su carita entre las de ellos, encantada con aquel juego tan divertido. En ese instante, Patrik se sintió el hombre más rico de la Tierra. De nuevo acudieron las lágrimas, pero en esta ocasión no pudo detenerlas. Fingió que mordisqueaba a Maja para secarlas discretamente en su traje, pero enseguida comprendió que no podía engañar a nadie. Y, ¡qué demonios! Cuando Maja nació estuvo llorando como un niño, ¿por qué no iba a permitirse hacer otro tanto el día de su boda?

Maja se quedó con Martin mientras salían de la iglesia. Tras aguardar en una capillita lateral hasta que todos hubieron pasado, salieron al pórtico, donde los enterraron en arroz mientras el clic de las cámaras resonaba sin cesar. Y, una vez más, notó las lágrimas. Patrik las dejó correr.

Totalmente exhausta, Erica se sentó un rato a descansar agitando los dedos de los

pies, por fin liberados de los zapatos de tacón blancos. ¡Caramba, cómo le dolían! Pero estaba muy satisfecha de aquel día. La ceremonia había sido preciosa. La cena en el hotel, soberbia. Y el número de invitados, el suficiente, así como la cantidad de pequeños discursos solemnes. El que más la conmovió fue el de Anna. Su hermana tuvo que interrumpirse en varias ocasiones, pues se le quebraba la voz al borde del llanto. Contó cuánto y cómo quería a su hermana, intercalando pequeñas anécdotas divertidas de su infancia. Luego abordó brevemente el difícil período ya superado y terminó diciendo que Erica siempre había sido para ella una hermana y una madre, pero que ahora era, además, su mejor amiga. Aquellas palabras le llegaron a Erica al corazón. No tuvo más remedio que enjugarse el llanto en la servilleta.

En cualquier caso, la cena había terminado y llevaban un par de horas bailando. Erica se había sentido un tanto preocupada por el humor de Kristina, teniendo en cuenta todas sus objeciones a la planificación de la boda. Pero su suegra la sorprendió. Para empezar, fue la que más saltos dio en la pista de baile, entre otros, con Lars, el padre de Patrik, y ahora, con una copa de licor en la mano, charlaba con Bittan, la pareja de Lars. Erica no entendía nada.

Con los pies algo más descansados, decidió salir y tomar un poco el aire. El ambiente del local estaba cargado y hacía calor y un poco de humedad, con tanta gente bailando y tanto cuerpo sudoroso, y necesitaba sentir un golpe de aire fresco en la piel. Se puso los zapatos con una mueca de desagrado y, justo cuando iba a levantarse, sintió una mano cálida en el hombro.

—¿Cómo se encuentra mi querida esposa?

Erica miró a Patrik y le cogió la mano. Se le veía feliz, aunque un tanto maltrecho. No todas las partes del frac seguían donde debían, después de un par de *buggies* con Bittan. Erica constató sonriente que su marido bailaba con más ganas que destreza, pero el entusiasmo le valió un punto.

—Pensaba salir a tomar el aire, ¿me acompañas? —le preguntó Erica apoyándose en su brazo al sentir un dolor cortante en los pies.

—Allí donde tú vas, voy yo —salmodió Patrik. Erica notó encantada que estaba ligeramente borracho. Suerte que luego sólo tenían que subir una planta.

Salieron a la escalinata que conducía al patio empedrado. Patrik estaba a punto de decir algo cuando Erica lo mandó callar. Algo había llamado su atención.

Le indicó a Patrik con un gesto que la siguiera. Con mucho sigilo, fueron caminando de puntillas hasta las dos personas a las que Erica había visto. Nadie diría que se movían sin hacer ruido. Patrik caminaba entre risitas y estuvo a punto de caerse al tropezar con una maceta, pero el hombre y la mujer que estaban abrazados en un oscuro rincón del jardín no parecían receptivos a las impresiones auditivas.

—¿Quiénes son esos dos que se besuquean en la oscuridad? —preguntó Patrik estirando el cuello para poder ver mejor. Pero estaban tan abrazados que resultaba

difícil verles la cara.

—Tontorrón, es Dan. Y Anna.

—¿Dan y Anna? —preguntó Patrik con expresión bobalicona—. Vaya, pues no sabía yo que tuviesen interés el uno por el otro.

—¡Hombres! —resopló Erica en un susurro—. No os dais cuenta de nada. ¿Cómo se te ha podido pasar por alto algo así? ¡Yo sabía que había algo incluso antes de que ellos mismos lo supieran!

—¿Y a ti te parece bien? Quiero decir, tu hermana y tu ex... —observó Patrik algo preocupado balanceándose un poco mientras volvían al hotel.

Erica volvió la vista atrás, hacia aquella pareja que parecía haber olvidado que existía el mundo.

—¿Si me parece bien? —sonrió Erica—. Me parece más que bien. Me parece maravilloso.

Dicho esto, se encaminó con su marido a la pista de baile, tiró los zapatos bien lejos y se puso a bailar un rock descalza. Bien entrada la noche, Garage interpretó *Wonderful Tonight*, la balada con la que siempre se despedían de los novios. Erica se abrazó a Patrik y, con la mejilla en su hombro, cerró los ojos, feliz.

La boda de Patrik fue muy agradable. Una cena exquisita, barra libre y él había causado muy buena impresión en la pista de baile, estaba convencido de ello. Les demostró a los jovenzuelos cómo se hacían las cosas. Aunque ninguna de las damas de la fiesta podía compararse siquiera con Rose-Marie. Mellberg la echó de menos, pero no podía preguntarle a Patrik si podía llevar pareja a tan pocos días de la boda. Había hecho un nuevo intento en la cocina y estaba más que satisfecho con el resultado. Una vez más podría sacar la porcelana de las grandes ocasiones y las velas estaban ya encendidas.

Había esperado aquella cena con ansiosa expectación. Sin embargo, la idea que se le había ocurrido en el banco cuando ordenó la transferencia del dinero del apartamento se le antojaba aún igual de brillante. Claro que quizá fuese un tanto precipitado, pero Rose-Marie y él ya no eran tan jóvenes y, cuando se encontraba el amor a su edad, más valía reaccionar con presteza.

Había invertido mucho tiempo y esfuerzo en meditar sobre cómo hacerlo. Cuando Rose-Marie viese la mesa puesta y la comida, tenía pensado decirle que lo había organizado con un extra de elegancia para celebrar la compra conjunta del apartamento. Funcionaría. No creía que Rose-Marie sospechase nada. Luego, después de unos minutos de angustia, resolvió usar el postre, la *mousse* de chocolate, como escondite para su pequeña sorpresa. El anillo. El que había comprado el viernes pasado y que le pondría encima de la mesa junto con aquella pregunta que él jamás había formulado en su vida. Mellberg apenas podía contenerse y ardía en deseos de

verle la cara. Desde luego, no había escatimado en gastos. Sólo lo mejor era bueno para su futura esposa y estaba convencido de que ella sucumbiría al ver el anillo.

Miró el reloj. Las siete menos cinco. Faltaban cinco minutos para que Rose-Marie llamase a la puerta. Por cierto que debería hacerle una copia de las llaves de inmediato. No podía permitir que su novia llamase a la puerta como un invitado cualquiera.

A las siete y cinco, Mellberg empezó a preocuparse. Rose-Marie era siempre muy puntual. Arregló un poco el mantel, colocó bien las servilletas en las copas, desplazó los cubiertos unos milímetros a la derecha y luego otra vez al lugar de origen.

A las siete y media estaba convencido de que Rose-Marie yacía muerta en una cuneta. Se imaginó que su pequeño vehículo rojo se estrellaba contra un camión, o contra uno de esos *jeeps* monstruosos que la gente se empeñaba en comprarse y que eran capaces de demoler cuanto se cruzase en su camino. ¿No debería llamar al hospital? Caminaba desesperado de un lado a otro de la sala de estar hasta que se dijo que quizá debería llamarla primero al móvil. Se dio una palmada en la frente. ¿Cómo no lo había pensado antes? Marcó el número, que conocía de memoria, pero quedó atónito al oír el mensaje grabado según el cual «aquel número no correspondía a ningún abonado». Volvió a marcar pensando que se habría equivocado en alguna cifra, pero obtuvo el mismo mensaje por respuesta.

Tendría que llamar a su hermana y preguntarle si ella conocía la razón del retraso. De repente cayó en la cuenta de que no tenía su número. Y de que no tenía la menor idea de cómo se llamaba su hermana. Lo único que sabía era que vivía en Munkedal. ¿O no? En la mente de Mellberg empezó a germinar una idea inquietante. La desechó, se negaba a aceptarla pero, para sus adentros, vio representada a cámara lenta la escena en la que entraba en el banco para ordenar la transferencia. Doscientas mil coronas. Esa, ni más ni menos, era la cantidad que había transferido al número de cuenta que ella le había dado, un número de una cuenta en España. Doscientas mil. Dinero para comprar una participación en un apartamento. Ya no podía quitarse de la cabeza aquella idea. Llamó al número de información telefónica y preguntó si había algún teléfono o alguna dirección a nombre de Rose-Marie, pero no hallaron nada. Desesperado, intentó recordar si había visto alguna prueba, el carné de identidad o algo parecido que pudiese confirmarle que se llamaba como dijo que se llamaba. Con horror creciente, tomó conciencia de que jamás había visto ningún documento. No sabía ni cómo se llamaba, ni dónde vivía ni quién era, ésa era la amarga verdad. Sólo que ahora ella tenía doscientas mil coronas en una cuenta en España. Su dinero.

Como un sonámbulo, se acercó al frigorífico y sacó la *mousse* de Rose-Marie. Extrajo el anillo, que brillaba a través del chocolate. Mellberg lo sostuvo entre el índice y el pulgar y estuvo un rato contemplándolo. Después, lo dejó sobre la mesa y, entre sollozos, empezó a comerse el postre.

—¿No ha sido un día fabuloso?

—Ajá... —confirmó Patrik cerrando los ojos. Habían decidido desde el principio no salir de viaje de novios enseguida, sino emprender un viaje algo más largo cuando Maja hubiese cumplido un par de meses más. El primer destino de la lista era Tailandia, por el momento. Sin embargo, les resultaba un tanto extraño volver a lo cotidiano así, sin más. Pasaron el domingo durmiendo, bebiendo agua y hablando del sábado. De modo que Patrik resolvió tomarse el lunes libre. Quería tener la oportunidad de relajarse y digerirlo todo, antes de que lo cotidiano les impusiera de nuevo sus rutinas. Teniendo en cuenta su esfuerzo de las últimas semanas, nadie tuvo nada que objetar al respecto. Y allí estaban, de hecho, abrazados en el sofá, con la casa para ellos solos. Adrian y Emma estaban en la guardería y Anna se había llevado a Maja a casa de Dan para que ellos dos disfrutasen de un día de paz y tranquilidad. Y no es que necesitara ninguna excusa para ir a casa de Dan. Ella y los niños habían pasado con él todo el domingo.

—¿No sospechaste nada en ningún momento? —le preguntó Erica al verlo inmerso en sus pensamientos.

Patrik comprendió enseguida a qué se refería. Reflexionó un instante, antes de responder.

—No, la verdad es que no sospeché nada. Hanna era simplemente... normal. Sí que noté que algo la apesadumbraba, pero pensé que tendría problemas en casa. Y sí que los tenía, pero no de la naturaleza que nosotros imaginábamos.

—Pero... ¿cómo podían vivir juntos? ¿Siendo hermanos?

—No creo que obtengamos nunca todas las respuestas, pero Martin llamó antes para contarme que ya teníamos los informes de los Servicios Sociales. Después del accidente, su vida de niños de acogida fue un infierno. Imagínate hasta qué punto les afectaría que los secuestraran y los apartaran de su madre primero, y luego, verse obligados a vivir aislados con Sigrid. Aquello debió de dar origen a algo así como un lazo antinatural entre los dos.

—Ya... —respondió Erica, aunque le costaba imaginárselo. Aquello estaba más allá de todo lo... inteligible—. Pero ¿cómo puede nadie hacer convivir dos partes tan opuestas? —preguntó al cabo de unos minutos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Patrik besándola en la punta de la nariz.

—Pues que no entiendo cómo puede nadie llevar una vida normal, estudiar y hacerse policía y psicólogo, además. Y, al mismo tiempo, vivir con esa... maldad.

Patrik se tomó su tiempo antes de responder. Él tampoco lo comprendía del todo, pero había cavilado mucho al respecto desde el jueves y creía haber llegado a algo parecido a una respuesta.

—Yo creo que es eso, precisamente, son dos partes distintas. La una llevaba una

vida normal. A mí me daba la impresión de que Hanna deseaba de verdad trabajar como policía y hacer algo importante. Y era una buena policía. Sin duda. A Lars no lo conocí antes... —Hizo una pausa, antes de proseguir—. Bueno, tengo de él una idea más vaga, pero es obvio que era un hombre inteligente, y creo que él también tenía la intención de vivir una existencia normal. Al mismo tiempo, el secreto que escondían debía de devorarlos por dentro, devoraría su psique. Así que, cuando se toparon con Elsa Forsell en el primer destino de Hanna en Nyköping, fue como el detonante de algo que, en realidad, había estado latente todo el tiempo. Bueno, ésa es mi teoría, pero jamás llegaremos a saberlo.

—Ya... —respondió Erica pensativa—. Eso es lo que yo sentía con mi madre —explicó—. Como si viviese dos vidas separadas. Una con nosotros, con mi padre, con Anna y conmigo, y otra en su cabeza. Y a esa otra, nosotros no teníamos acceso.

—¿Por eso has decidido investigar?

—Sí —afirmó Erica—. No lo sé, pero tengo el presentimiento de que nos ocultaban algo.

—¿Y no tienes ni idea de qué puede ser? —Patrik le apartó de la cara un mechón de pelo sin dejar de contemplarla.

—No —respondió Erica—. Y tampoco sé con exactitud por dónde empezar. No queda nada. Ella nunca guardó nada.

—¿Estás segura? —preguntó Patrik—. ¿Has mirado en el desván? La última vez que estuve allí, había un montón de chismes viejos.

—La mayoría serán de mi padre. Pero... podríamos echarle un vistazo. Por si acaso —dijo con entusiasmo al tiempo que se ponía de pie.

—¡¿Ahora?! —preguntó Patrik, que no se sentía con ánimo de dejar el calor del sofá para subir a un desván frío y polvoriento y, además, lleno de telarañas. Y no había nada que él odiase más que las arañas.

—Sí, ahora. ¿Por qué no? —insistió Erica, que ya iba camino del piso de arriba.

—Sí, ¿por qué no? —suspiró Patrik levantándose a disgusto. Era lo bastante sensato como para no protestar cuando a Erica se le metía una idea en la cabeza.

Cuando llegaron al desván, Erica lamentó su arrebató durante un segundo. Era innegable: allí no parecía haber más que basura. Pero ya que estaban allí, bien podía echar una ojeada. Se agachó para no golpearse con las vigas y empezó a mover cajas y a abrirlas al azar. Se limpió las manos en el pantalón con cara de asco. Sí que había polvo allí arriba. Patrik también iba mirando aquí y allá. Se le había ocurrido así, sin reflexionar, y ahora dudaba de que diese algún resultado. Seguro que Erica tenía razón. Además, ella conocía mejor a su madre. Si decía que Elsy no había guardado nada... De repente, descubrió algo que llamó su atención. Al fondo del desván, en la parte de techo más bajo, había un viejo baúl.

—Erica, ven aquí.

—¿Has encontrado algo? —dijo Erica llena de curiosidad y agachándose para acercarse hasta donde estaba Patrik.

—No lo sé —confesó—. Pero este baúl tiene una pinta muy prometedora.

—Puede que perteneciese a mi padre —respondió Erica pensativa, pero algo le decía que no, que aquel cofre no era de Tore. Era de madera, pintado de verde con unas sinuosas guirnaldas de flores ya pálidas por toda decoración. La cerradura se había oxidado, pero el baúl no estaba cerrado con llave, así que levantó la tapa con cuidado. Lo primero que vio fueron dos dibujos infantiles. Al mirarlos más de cerca descubrió que había algo escrito en el reverso: «Erica, 3 de diciembre de 1974», decía en uno. «Anna, 8 de junio de 1980», se leía en el otro. Constató perpleja que era la letra de su madre. Un poco más al fondo halló un montón de dibujos y un buen número de objetos que Anna y ella habían confeccionado en la clase de trabajos manuales, mezclados con artículos de decoración navideña y otros adornos de fabricación casera. Todo aquello de lo que, según ella creía, su madre jamás se ocupó—. Mira —le dijo aún incapaz de dar crédito a lo que veía—. Mira, lo había guardado mi madre...

Fue sacando los objetos uno a uno con sumo cuidado. Era como un azaroso viaje a su propia niñez. Y a la de Anna. Erica sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y Patrik le acarició la espalda.

—Pero ¿por qué? Creíamos que ella no... ¿Por qué?

Se secó las lágrimas con la manga de la camiseta y continuó hurgando en el baúl. Más o menos hacia la mitad, se acabaron los recuerdos infantiles y empezaron a aparecer cosas más antiguas. Aún con la incredulidad en el semblante, Erica sacó un montón de fotografías en blanco y negro y se quedó mirándolas atónita.

—¿Sabes quiénes son? —preguntó Patrik.

—Ni idea —respondió Erica meneando la cabeza—. Pero puedes apostar el cuello a que lo averiguaré.

Continuó rebuscando ansiosa, pero se quedó rígida cuando notó que su mano tocaba un objeto blando que contenía otro afilado. Con mucho cuidado, fue sacándolo del baúl. Era un trozo de tela mugriento, que algún día fue blanco pero que ahora amarilleaba lleno de feas manchas de óxido. Había algo enrollado en el tejido. Erica abrió despacio el envoltorio y, al ver lo que contenía, se quedó sin aliento. En el interior del rollo de tela había una medalla de cuyo origen no cabía abrigar duda alguna. Allí estaba, la cruz gamada. Sin poder articular palabra, le mostró su hallazgo a Patrik, que tenía los ojos como platos. Miró luego el trozo de tela que se le había caído a Erica en el regazo.

—Erica...

—¿Sí? —respondió ella con la vista aún fija en la medalla que sujetaba con el índice y el pulgar.

—Creo que deberías mirar esto —observó Patrik.

—¿Qué? ¿Qué es? —preguntó desconcertada antes de ver lo que Patrik le enseñaba. Hizo lo que le decía. Dejó la medalla nazi y desplegó el retazo de tela. No era un simple trozo de tela, sino una camisita de bebé. Y las manchas marrones no eran de óxido, sino de sangre. Sangre reseca.

¿A quién había pertenecido la camisita? ¿Por qué estaba llena de sangre? ¿Y por qué la había guardado su madre en un baúl en el desván, junto con una medalla de la Segunda Guerra Mundial?

Por un segundo, sopesó la posibilidad de devolverlo todo al baúl y cerrar la tapa.

Pero, al igual que Pandora, era demasiado curiosa para dejar la tapa cerrada. Tenía que buscar la verdad. Cualquiera que ésta fuese.